

Antonio Díaz Villamil

# LA NIÑA DE SUS OJOS

1995

© Rolando Diez de Medina, 2011.  
La Paz - Bolivia

## BIOGRAFIA

Por: María Ximena Díaz Villamil G.

No es la primera vez que escribo, pero hoy lo hago con miedo recorriendo mis venas y orgullo que aflora a mi piel y baña mi espíritu de felicidad inigualable.

Siempre mis manos volaron hacia un lápiz y un papel... escribir fue siempre mi mayor anhelo y primera ilusión, o acaso el deseo incontrolable de escribir lo llevo prendido en el alma y enmarañado a cada célula necesaria para vivir. Mas, ahora, se me ha encomendado esta tarea, además de orgullosa temo ser incapaz de poder cumplirla, pues no es fácil encontrar las palabras justas ni utilizar el lenguaje correcto para escribir la vida de un hombre, que no solo dejó estampadas en sus obras las costumbres de su pueblo al que tanto amó, sino que "...supo recoger del rico hontanar del alma popular, inmenso material así para su obra teatral como para sus relatos y novelas. Supo comprender las humildes ambiciones populares, interpretar la recóndita nobleza que ella posee, traducir los dramas a que conduce a veces el ascenso económico del pueblo y los pasos en falso en que culminan frecuentemente las ansias del progreso en la escala social..." (GOMEZ, Dora; KOLLASUYO; No. 78: 1971; La paz -Bolivia: págs. 97-98).

Escribir la vida de un hombre es difícil, tal vez lo más difícil.

Hablar de la bibliografía de un hombre es como hablar de la vida misma; día y noche; cuerpo y alma; existencia y muerte.

La más extraordinaria biografía de un hombre sería el más pálido reflejo de su vida: muchos son los documentos que se han conservado, cartas y testimonios, año tras año, casi desde su nacimiento, pero difícil es alcanzar la exclusiva verdad sobre todas las circunstancias de la vida de este hombre.

Así como todo lo intrincado anhela la claridad y apetece luz todo lo oscuro; así como las fuentes no manan puras; así escribir una biografía es conquistar la claridad en medio de confusiones. Más aún, si aquella persona de la cual se pretende hablar pertenece aquel tipo humano poco frecuente y a la vez similar a los demás, cuya auténtica capacidad para producir sucesos trascendentales está concentrada en un plano no muy reducido de tiempo, que tiene una breve pero violenta afloración sentimental no desarrollada a lo largo de toda una vida, sino sólo en el estrecho y abrasador recinto de una pasión única.

Escribir y explicar todo lo que un ser humano llevó incrustado en el alma, no es fácil. Compaginar datos, fechas y años, establecer diferencias entre lo escrito y el relato de personas allegadas a él para alcanzar un mínimo de certeza de su vida y sus circunstancias es laborioso y sólo el orgullo de llevar el apellido Díaz Villamil me reta e impulsa a realizar esta tarea, tal vez la más difícil y más extraordinaria que pueda yo tener. Mis palabras las siento empequeñecidas para poder mostrar lo que fue, es y será Antonio Díaz Villamil, no solamente como escritor, sino como hombre, amante esposo, ejemplar padre y cariñoso abuelo.

El 13 de Junio de 1886 nació en La Paz. Bolivia. José Antonio Díaz Villamil, fue bautizado a los dos días de su nacimiento en la Parroquia de San Sebastián de la misma ciudad.

Sus padres fueron Porfirio Díaz y María Paz Villamil. Hombres de su familia como Perrin Pando. Sagárnaga. Pedro Villamil y Emeterio Villamil de Rada, seguramente legaron en su sangre el ansia impetuosa de enaltecer y contribuir en la historia de Bolivia.

A muy temprana edad se vio privado del amor de su padre, y su infancia se tomó triste, como la de todos los niños que tienen por ventura nacer de dos seres y tener sólo el cuidado y el afecto de uno de ellos.

Fue su madre quien con inigualable valor y bondad crió al pequeño e hizo de él, con seguridad, lo que fue. Fue ella quién lo formó ricamente en lo moral y espiritual e inculcó siempre el amor de lo creado, de ella aprendió a amar y respetar sobre todo a su Patria, tema predilecto para sus obras posteriormente.

Luego que su madre le hiciera dar los primeros pasos, ingresó al Colegio San Calixto, donde se enriqueció del saber leer y escribir; fuente de poder y creación a lo largo de su existencia. Luego asistió al Colegio Nacional Ayacucho, donde con el correr del tiempo sería profesor de Historia y Geografía.

Ya al terminar el ciclo primario, y cuando tan sólo contaba con diez años de edad, recibió el primer premio, de los tantos que más tarde recibiría en el transcurso de su vida: un ejemplar tamaño bolsillo y empastado en cuero del libro "Imitación de Cristo" de Tomás Kempis, en cuya primera página se puede leer aún: Premio a la aplicación y buena conducta del niño Antonio Díaz Villamil. Firmado: B. R. Arias, Marzo, 1910.

Desde pequeño mostraba ya el ímpetu que tenía por el estudio, el trabajo y la investigación.

Sus manitas descubrían hoja tras hoja el maravilloso mundo que se forjaba en aquellos libros de historia y geografía.

Su mente cruzaba océanos y desiertos para encontrarse con algún héroe legendario y vivir así, aquel pasaje histórico que había leído.

Año tras año, hacía cobrar vida a las palabras inertes de los libros; los héroes jugaban con él y aquellos países, tan lejanos los conocía, pues por un segundo había vivido en ellos.

Aquella historia Universal la había hecho su propia historia; aquella geografía de continentes perdidos y lejanos la había trazado y descrito con su propia alma... Y cuando en un libro, empolvado por el tiempo, encontró la historia de su propio suelo, se descubrió a sí mismo. Entonces entendió el porqué de tantas cosas y se enorgulleció de llamarse "Boliviano". Dejó aquellas fantasías trasatlánticas, tomó la pluma y empezó a escribir.

El 18 de Octubre de 1917 recibía del rectorado de la Universidad de La Paz y a nombre de la Nación, habiendo cumplido plenamente todos los requisitos fijados por las leyes universitarias, el Diploma donde se le confería el grado de Bachiller en Letras.

Concluidos sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Ayacucho, ocupando siempre los primeros lugares en su clase ingresó a la Normal Superior en el año 1918, donde también sus cuatro años de estudio obtuvieron las mejores calificaciones.

En 1920 la Federación de Estudiantes llamó a un concurso para elegir un obra teatral que merecería ser representada en la fiesta del estudiante, no con otro propósito que el de cultivar el arte escénico y crear el Teatro Municipal.

El 17 de Agosto de ese año, ya en el Teatro Municipal de La Paz, se representó la adaptación escénica de la bella novela costumbrista de Armando Chirveches: "La Candidatura de Rojas"; premiada en concurso.

La interpretación de los mismos universitarios fue un joven alarde de entusiasmo y magnífica intuición de arte teatral por improvisados actores.

Atendiendo a numerosos pedidos, se resolvió llevar por segunda vez a escena la preciosa comedia "Candidatura de Rojas", adaptación hecha por los universitarios Antonio Díaz Villamil y Julián V. Montellano, con lo cual la Federación Universitaria ingresaba en una era de florecimiento y Díaz Villamil iniciaba sus actividades teatrales.

El mismo año, dando un segundo paso hacia el éxito, escribe la novela "**El Tesoro de los Chullpas**", obra de profundo realismo con tintes fantásticos de superstición indígena.

En 1921, Díaz Villamil se casa con doña Alicia Troche del Carpio, amor que es bendecido con tres retoños: Leopoldo, Gonzalo y Álvaro. Solo la sombra de la muerte separaría los seres que el Señor juntó en penas y alegrías, triunfos y derrotas, sueños y realidades.

Ese año, celebrando el trigésimo aniversario de su fundación, el Colegio Militar había preparado distintas actividades. Comenzaron las fiestas el 17 de abril en la noche con una velada literario-musical, en la cual se presentó el drama en tres actos, prosa y original: "**La herencia de Caín**" de Antonio Díaz Villamil, que por ese entonces todavía era alumno del Instituto Normal Superior. La presentación estuvo a cargo de los cadetes del tercer año del Colegio Militar, a quienes dictaba cursos y por cuyo interés e inquietud artística, había escrito la obra.

A horas 9:30 a.m. del 17 de diciembre de 1921, en el Instituto Normal Superior de la ciudad de La Paz se instaló el Jurado Calificador a objeto de oír la lectura de tesis presentada por el alumno Antonio Díaz Villamil, de la sección Historia y Geografía, para optar el título de Profesor de Estado de Segunda Enseñanza en provisión nacional.

Antonio Díaz Villamil, versó su tesis sobre la "Colonización de América", la cual fue plenamente aprobada y aplaudida por el Jurado Calificador.

El 23 de diciembre. J. Felipe Esprella, Director del Instituto Normal Superior, informaba al Rector de la Universidad Mayor de San Andrés que, el alumno Antonio Díaz Villamil se había distinguido por su laboriosidad, competencia y decisión por el estudio, pues así lo probaban las altas calificaciones que había obtenido a lo largo de sus exámenes finales durante los cuatro años de asistencia a dicho instituto.

A partir de 1920, tras la Revolución Política del 20 de Julio, surge en Bolivia también una Revolución en el Teatro, apoyada por numerosas agrupaciones de jóvenes con un entusiasmo promisorio para el cultivo de las artes; entre ellos cabe mencionar: El Ateneo de la Juventud de La Paz, que tuvo por objeto principal impulsar las actividades culturales; es así que patrocinó muchos estrenos de obras de autores nacionales y miembros de esa prestigiosa institución nacional entre los cuales estuvo presente Antonio Díaz Villamil con "**La Voz de la Quena**", evocación incaica de la conquista, drama en tres actos, escrito en prosa y original, y que fue presentada por primera vez el 7 de octubre en el Teatro Princesa, iniciando la temporada de Teatro Nacional.

La trama de la obra con que Díaz Villamil se inicia tan brillantemente en el Teatro Nacional es por demás interesante, pues se basa en la vida del autóctono, del natural boliviano en épocas de la conquista española, que había sido casi, sino totalmente, ignorado hasta el momento variando la temática teatral del siglo pasado; ajeno a todo aquello llamado "boliviano" para ahondar ahora en los problemas nacionales, tanto sociales como políticos.

"**La Voz de la Quena**" pretende mostrar que de toda la grandeza de los hijos del sol, no queda más que la voz de la quena indígena triste, gemebunda, voz de la raza, voz del pasado..." (DIARIO; mayo, 10; 1922; Fdo. Antonio Díaz Villamil).

Digno es pues, que el drama de Díaz Villamil se cuente entre las primeras obras del teatro boliviano, en el sentido cabal y justo de la palabra.

Parte sobresaliente de la obra, es que el autor, da la connotación, al valor del oro para el incario antes de la colonización y en lo que se convirtió con la llegada de éstos. Así en la segunda escena: Calicum, curaca de Hatum-Colla se refiere a él como: "Metal maldito. ¡Extraña golosina!... ¿Qué raro conjuro, qué virtud preciada tienes, que así mueves a los que te codician, a tantos crímenes e iniquidades?.. ¡Oro vil! fuiste entre nosotros sustancia casi indiferente; hoy me causas repugnancia!...

Ahora mismo te sepultaría allá, en el fondo del lago para siempre... Pero no, no puedo destruirte, no puedo negarte, porque así vil y repugnante como eres representas la vida de nuestro Rey y llevas en tus reflejos seductores el precio de nuestra libertad. ¡Si, debo conservarte, aunque el corazón me diga que será causa de muchos crímenes y atrocidades!..."

El 8 de octubre, al día siguiente de la presentación, Enrique Baldivieso, inspirado en ella, publica en la "Ilustración", el poema titulado "El dolor de la raza", dedicado a Antonio Díaz Villamil por el éxito obtenido en su drama "La voz de la quena".

Dos años más tarde, en junio de 1924, la señora Teresa P. de Rúa, durante la conferencia en el "Ateneo de la Juventud", se refería a esta obra con las siguientes palabras: "La pluma de Díaz Villamil, ha puesto un fuerte relieve a figuras, tradiciones, lugares, costumbres y leyendas. Obras como ésta, son un triunfo para el teatro nacional y una seguridad de la consagración de su autor".

Posteriormente también incursiona en el cuento, siendo uno de los pocos escritores que escribe para niños con el sabor acertado de lo boliviano, mezclado con la fantasía de lo sobrenatural. En este campo se inicia con su libro "Khantutas", libro de cuentos que encierra el pasado de nuestra raza y su presente a través de un caleidoscopio sentimental.

El inmenso amor a "Su tierra" hizo encontrar a Díaz Villamil la belleza en las cosas ignoradas e incomprensibles, y le hizo concebir obras de aliento y de profunda delectación artística, Es así como nacen sus cuentos, plenos de ensueño y realismo como "pedazos de corazón"; plenos de perfume y de belleza, como sangrientas khantutas.

"**Leyendas de mi tierra**" también aparece en 1922. Al respecto se decía: "No hay leyenda de la tierra nuestra que contada por la diestra pluma de Antonio Díaz Villamil, deje de sugerir y de despertar en el espíritu muchas y muy bellas Ilusiones".

Una de las partes más sobresalientes que escribe en el citado libro, es el referido a la leyenda de la coca, en cuya parte final hace una advertencia para los blancos que probasen la coca, como anticipándose en el tiempo, con estas palabras: "Y cuando el blanco quiera hacer lo mismo y se atreviera a utilizar como vosotros esas hojas, le sucederá todo lo contrario. Su jugo, que para vosotros será fuerza y la vida, para vuestros amos será vicio repugnante y degenerador; mientras que para vosotros los indios será un alimento casi espiritual, a ellos les causará la idiotez y la locura".

También cabe destacar la leyenda de la khantuta, por la cual, tiempo después un Decreto del Supremo Gobierno de Bolivia declaraba este emblema incaico, como la flor nacional y la incorporaba a la heráldica del Escudo Patrio. La misma leyenda también sirvió de base para la realización de un film, conjuntamente entre el Instituto Boliviano de Cultura y el Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, para ser presentado en el IV Seminario Latinoamericano de Teleducación Universitaria, realizada en la ciudad de Caracas, Venezuela, donde obtuvo mucho éxito.

A fines del año 22 escribe "**El nieto de Tupaj Catari**", drama original, escrito en prosa y en cuatro actos, que revive las primeras épocas de la república, cuando los altoperuanos, divididos en republiquetas guerrilleras, alimentaban el fuego de la independencia.

A comienzos de 1930, el 2 de Abril, se funda en la ciudad de La Paz, la Sociedad Boliviana de Autores Teatrales en cuyo acto toma parte Antonio Díaz Villamil, entre otros, más tarde conocidos como la "Generación del 21".

Su principal objetivo fue el de incrementar la producción dramática y la remuneración económica de los autores, que por primera vez recibirían un porcentaje de la entrada de sus producciones.

Con el auspicio de la citada sociedad, el 10 de mayo, la compañía española de dramas, comedias y variedades, Arrieta Carreras, presentaba la obra "**El nieto de Tupaj Catari**" en el Teatro Princesa de la ciudad de La Paz. El mismo día, Díaz Villamil, al ser entrevistado acerca de su obra expresaba: "La intención que lleva "El nieto de Tupaj Catari" es mostrar cómo en medio de ese bello sueño de igualdad y libertad que anhelaron realizar los hombres de la independencia al fundar la Patria, flotó desde el primer día de la empresa algo misterioso y fatal que pesa en el alma de nuestra raza". (EL DIARIO; mayo 10: 1923).

Luego de la obra y tras los aplausos para los que la representaron, el autor fue llamado a escena y recibió los aplausos de la sala, premiándose de este modo su excelente trabajo.

El mismo año escribe "**El precio de un muñeco**", bosquejo dramático en un acto.

El 27 de mayo de 1924, Bautista Saavedra, Presidente Constitucional de la República, le confiere el título de "Profesor de Geografía General y de Bolivia" del Colegio Nacional Ayacucho.

El mismo año el Jurado Calificador del concurso dramático promovido por la Sociedad Obrera 1º de Mayo concede primer premio, consistente en una medalla de oro, un diploma y la representación de la obra, bajo el auspicio de la Filarmónica, a Antonio Díaz Villamil, bajo el pseudónimo de "ANDMVI", por su obra "**La Hoguera**".

"**La Hoguera**" completa la trilogía que se había propuesto el autor. Primero, con "La voz de la quena" que muestra la época colonial en que los nativos son sañudamente perseguidos por los conquistadores; segundo, "El nieto de Tupaj Catari", que trasunta el periodo del romanticismo y la transición de la colonia a la República; y finalmente, "La Hoguera" que condensa ingeniosamente todo el doloroso proceso de la guerra del 79, y que además tiene la virtud de agitar en los corazones bolivianos el patriotismo adormecido en muchos casos.

El 16 de Agosto, en homenaje al día de la bandera en el Teatro Municipal, tuvo lugar la entrega del primer premio al autor de "**La Hoguera**"; seguidamente se presentó ante el público la obra a la que se premio con nutridos aplausos y se llamó repetidamente al escenario al Sr. Antonio Díaz Villamil, ovacionado con cariño y entusiasmo.

Concluida la representación, don Adolfo Mier, veterano de la Guerra del Pacífico, fue al escenario en busca del autor. "Amigo -le dijo con voz torturada por la emoción- así ha sido... así ha sido... Yo he estado en "San Francisco". Y el viejo glorioso al estrechar entre brazos a Díaz Villamil, lloró, lloró amargamente porque había vivido con toda su angustia la dolorosa heroicidad del pasado.

Tal vez el llanto del héroe es el más significativo, el más bello triunfo de Díaz Villamil y valió infinitamente más que la clamorosa ovación que le tributo el público.

El 21 del mismo mes, la obra fue reprisada en la misma sala con el auspicio del "Ateneo de la Juventud" y tuvo igual o mayor número de ovaciones, tanto para la obra, su representación como para el autor. Tres días después se hicieron dos representaciones más, dedicada la primera a los escolares y la segunda al Ejército Nacional.

"**La Hoguera**" por su médula patriótica se presentó más de 500 veces y estuvo durante todas ellas, acompañada siempre por el aplauso y el entusiasmo del público.

Parece ser que recién se había dado cuenta el indiferente público que la obras nacionales no son malas y tiene el mérito de revelamos en su argumento un visible estudio psicológico, histórico y filosófico, nacido del espíritu de observación del autor.

Esto indica que, Antonio Díaz Villamil, egresado del Instituto superior de La Paz, no quedó en la enseñanza de la geografía e historia patrias. Se reveló muy joven simultáneo dramaturgo y comediógrafo de grandes éxitos, pues tuvo suerte que sus primeras obras teatrales -como ocurrirá con las siguientes- se escenificaron de inmediato y ganen a la vez el aplauso de casi todos los públicos.

En octubre es invitado a ser delegado a los tribunales examinadores del Instituto Nacional de Comercio en las materias de Geografía e Historia del Comercio.

La época de oro del fútbol boliviano fue el de los años comprendidos entre los 20 y los 30 del siglo XX. En esta época la llamada "Generación del 21" alternaba su vida intelectual con el deporte. Díaz Villamil, exponente de aquella época, desde 1924 defendía la valla del Club Universitario y durante toda su vida practicó aquel deporte. Más tarde presidió la delegación del Club Bolívar que viajó a Chile en 1931, obteniendo muchos triunfos.

A fines de ese año, se aparta de los temas históricos y se vuelca al costumbrismo de su tierra; sus personajes ya no son héroes, sino personas comunes; que se pueden encontrar en cualquier esquina de la ciudad, como nosotros, con amores y odios; con ilusiones y desesperanzas...

En 1925 escribe "**La Rosita**", drama de costumbres populares en tres actos y un prólogo; considerado como una de las joyas del teatro boliviano. Un año más tarde, el 31 de agosto de 1925 es estrenada en el Teatro Municipal de La Paz.

En la obra, el autor, plantea el conflicto espiritual ante el deber y el amor, ante la voz de la sangre y la venganza y aquella advertencia del amor que es la palabra más sincera de nuestro corazón.

Toda esta trama de carácter sentimental está admirablemente reflejada en nuestro ambiente. La chola, la pobre chola despreciada tal vez incomprendida, es la protagonista de la tragedia que se desenvuelve en medio de todo el complejo artefacto que nos rodea diariamente, la chichería, el alcohol, el sentimiento y la verdad... es así que Rosita al final del prólogo se dirige al público para decirles:

"Vas a ver aquí la vida que ignoras, o que sabiéndola la menosprecias, como si bajo estos trapos de pobre chola no hubiera también un corazón que sabe palpar por sus odios, sus penas y sus amores. Como si esta mujer que tal vez desprecias no tuviera, como la dama que adoras, un alma abnegada y rencorosa, amante y coqueta. También es alma de mujer!".

Con esta obra, Villamil deja traslucir cuánto conocía y amaba Bolivia. Captaba el alma popular sencilla a veces y otras enredada, de las clases humildes y cómo actúan en su propio medio al expresar sus ironías, sus odios, sus amores y sus picardías...

Al respecto se escribió: Villamil cumple pues con la verdadera misión del arte: aprisionar la vida palpitante en las redes de una comedia. Cuando la civilización haya borrado para siempre los trajes y las costumbres, cuando en el fondo continuemos teniendo el alma de cholos, cubiertos ya por el ropaje de la vida moderna, entonces seguirá perduradero con vida virtual, la obra de Villamil". (EL DIARIO; septiembre: 1926: Firmado. El espectador).

En Julio de 1926, el círculo de Bellas Artes, le nombra miembro del Jurado Calificador de las obras de teatro presentadas al concurso organizado por dicha Institución.

En el mes de agosto, Hernando Siles, Presidente Constitucional de la República, le confiere el título de Director del Colegio Nacional Bolívar de la ciudad de La Paz.

Aquel establecimiento vio la luz al calor de las ilusiones juveniles de aquel director y maestro y se vio impulsado por el instinto renovador de aquel corazón que jamás abandonó el anhelo de la lucha clara y leal, simple y sincera, para dar el ejemplo del verdadero amor a una patria llamada "Bolivia".

El 23 de septiembre obtiene el primer premio y medalla de oro en el concurso convocado por el Círculo de Bellas Artes para su drama plebeyo en tres actos y en prosa "**Cuando vuelva mi hijo**", el más humano y elocuente mensaje del afecto paternal, que aún hoy, mantiene vigencia por su carácter aleccionador para la juventud que cerrando los ojos abandona el hogar de los padres en busca de mejores horizontes en tierras extrañas.

En el acta de la Sección de teatro, el jurado calificador opinaba: ..."El dramaturgo con acierto insuperable, ha penetrado tan íntimamente en el alma del bajo pueblo y ha analizado con tanta minuciosidad la trama de su vida que, sin esfuerzo, es espontáneo, la ha llevado a la escena en un hecho diario, simple, sencillo, en el que sin ningún esfuerzo ni artificio, surge el drama amargo y doloroso..."

"El Diario" comentaba acerca de la obra y de su autor: "Indiscutiblemente "**Cuando vuelva mi hijo**" no solamente es la mejor obra de Villamil, sino de todo nuestro teatro criollo" (EL DIARIO: septiembre, 1926).

En 1928, escribe una novela para ser presentada al concurso "Escobari" y que lamentablemente no pudo llegar a tiempo. A raíz de dicha novela, escribe un ensayo de carácter pedagógico acerca del tema, y que sirve, al mismo tiempo de explicación y razonamiento de la novela titulada "**Cariño**", intrincado laberinto de la vida amorosa de un niño.

En 1929 se edita el primer volumen del "**Curso Completo de Geografía de Bolivia**", "**Curso de Geografía Física de Bolivia**", dedicada a los escolares de secundaria e ilustrado con 36 esquemas hábilmente dibujados por él mismo.

Desde las primeras líneas de aquella obra, se evidencia que no es un libro más, sino que es una obra de aliento hecha por un verdadero maestro imbuido de patriotismo cabal y constructivo.

Más tarde, se editaron los 5 volúmenes restantes de dicho curso: "**Curso de Geografía Humana de Bolivia**", "**Curso de Geografía Política de Bolivia**", "**Curso de Geografía Económica de Bolivia**", "**Atlas escolar de esquemas geográficos**" y "**Lecturas Geográficas**".

Después de un trabajo continuado de tres años, venciendo obstáculos, dificultades que hubieran desanimado al más convencido, el mes de enero de 1930, se estrena la película "**Wara-Wara**", basada en una de las primeras obras de Díaz Villamil, "La voz de la quena" y dirigida por Velasco Maidana.

El 2 de enero de 1930, el Rectorado de la Universidad Mayor de San Andrés, lo designa vocal del Tribunal para el ingreso de los postulantes a la Facultad de Medicina y Ramas Anexas.

El 15 de marzo, es nombrado Miembro de la Inspección de Bellas Artes y Espectáculos Públicos.

Dos meses más tarde, el 9 de mayo, Dn. José Tamayo. Presidente del H. Consejo Municipal, le confiere el título de miembro del Consejo Municipal de Educación.

En octubre, es designado Delegado Universitario para recibir las pruebas de fin de curso a los alumnos del Instituto Normal Superior, en el tribunal de Filosofía y Letras.

Escrita el mismo año, se estrena "**El traje del señor Diputado**" por la Compañía Tiahuanacu. Comedia ligera en tres actos, con tintes sentimentales y cuya intención bien la define el autor en su dedicatoria, al decir: "Que no es otra cosa que el más puro anhelo de un maestro para alejar a la juventud de las vanas seducciones de la politiquería" y cuyo desenlace es justo y humano. Una bella enseñanza, labrada en lenguaje correcto y agradable.

Con su publicación se decía: "La publicación de la comedia enriquece la bibliografía nacional con una obra de positivo mérito teatral, la cual con ser de una época actualísima, como dice el autor, pertenece también a épocas anteriores de nuestra historia política y acaso también a los días futuros de esa misma historia..." (JUVENTUD; diciembre 8; 1930 La Paz, Bolivia).

En 1931 escribe "**El diluvio Nacional**", farsa escénica en seis cuadros, escrita en colaboración con el doctor Humberto Palza.

El 14 de febrero de 1931 es nombrado profesor de Geografía de Bolivia para los cursos de la Escuela de Guerra.

En el mes de abril, Daniel Salamanca, Presidente Constitucional de la República de Bolivia, le confiere el título de Inspector General de Instrucción Especial.

En febrero de 1932, el maestro de Historia y Geografía relata un capítulo de la Historia del suburbio. "**Suburbio**" es la novela de nuestro arrabal, que tiene el encanto de ser bueno y sencillo; polícromo y extravagante; de estrechas callejuelas y casas coloniales. La obra es publicada periódicamente en "El Diario".

Iniciada la contienda del Chaco boreal, Díaz Villamil siente la necesidad de hacer conocer a cada boliviano que tuviese interés en leer sus obras, todo aquello que tenga vinculación con aquella guerra. En 1933 escribe "**Boquerón**" conjuntamente con H. Palza, que sintetiza el pensar boliviano en aquella hora de prueba.

En compañía también de Palza, el mismo año, escribe "Canción de Acero", drama patriótico sobre la guerra del Chaco. Los dos autores, conociendo la realidad económica de Bolivia en aquellos tiempos, ceden íntegramente los beneficios de la obra al Hospital Militar, donde se atendía a los evacuados del Chaco.

"**Canción de Acero**" es una pieza de categoría, el argumento de envergadura nos presentaba aspectos no llevados hasta la fecha a la escena nacional. Traduce la congoja que en el momento vive la mujer boliviana, llena de abnegación junto al heroísmo del soldado boliviano" (EL DIARIO; julio, 1933).

En agosto del mismo año escribe "**El Pequeño Estafeta del Chaco**" y es representado por los alumnos de "La Salle", colegio donde Díaz Villamil prestaba sus servicios hacía ya 9 años, siendo uno de los fundadores.

Respecto de Díaz Villamil se dijo: "Ha explotado una vez más, el intenso tema del patriotismo y del cumplimiento del deber en forma elocuente y amena...".

Con esta obra, obtiene el más impresionante efecto dramático... "**El pequeño estafeta del Chaco**", como sin darse cuenta de que ya estaba muerto, extiende las manecitas ensangrentadas al vacío, lanzando este trágico grito: ¡Mamá! ¡Mamacita!... y el frágil cuerpecito desplomado es cubierto por la Bandera.

En octubre, es invitado en calidad de vocal del Tribunal examinador a los exámenes de fin de curso de la Academia Nacional de Bellas Artes.

Talvez por aquel enaltecimiento que siempre quiso hacer a su Patria y que en su obra "**El pequeño Estafeta del Chaco**", llena de orgullo el ser boliviano, el gobierno francés le otorgó una distinción que honra en alto grado al patriótico hombre y a todo boliviano: la insignia de las "Palmas Académicas", en el grado de oficial de la Academia, el 17 de agosto de 1933.

El mismo año escribe "**Crisol**", pieza artística destinada a exaltar el civismo de la retaguardia y a demostrar que la Guerra del Chaco, no obstante su cadena de vicisitudes reafirma los vínculos fraternales de la progenie boliviana.

G. Machicado, escribe ese año: "...Y si la Patria lo llama, no dudamos que se pondrá de pie en la trinchera para defenderla con el fusil, como hasta hoy lo hace con la pluma..."; pero en algo se equivocaba, pues sin ser llamado dejaba sus labores de maestro para cumplir las obligaciones de soldado, y sonriendo feliz con el eterno cigarrillo entre los labios y la conciencia de hombre íntegro, parte tras la gloria y el honor de su Patria en 1934, donde no acalló su espíritu de escritor y periodista, pues dirigió el único medio de comunicación que sirvió de distracción estímulo de valor a los combatientes: "La Trinchera".

Un año más tarde, el 18 de julio de 1935, el Ejército Nacional, le confería la Medalla de Guerra al suboficial Antonio Díaz Villamil, por los servicios prestados en la zona de operaciones, durante la Guerra del Chaco.

En 1936 escribe "**Retamita**", romance indígena de teatro para niños, que obtuvo el tercer premio del concurso convocado por los Amigos de la Ciudad. Con esta obra Díaz Villamil también incursiona en el campo del disco, pues esta pieza es grabada en un disco pequeño.

El 27 de marzo de 1936, el ejército de Bolivia lo designa Miembro Tribunal Calificador, a Díaz Villamil, para los exámenes de ratificación de grados de los oficiales de reserva, en las materias de Historia Nacional, Geografía de América e idioma nacional.

El mismo año escribe "**Curso Elemental de Historia de Bolivia**". 4 tomos, correspondiente a "Los tiempos primitivos, la Conquista y el Coloniaje". "La Guerra de la Independencia". "La República. 1825 -1873" y "La República". 1873, hasta los días del autor".

En un libro sin subvenciones, sin divisas, sin auto-bombos ni prólogos que sólo entrañan ditirambos y frases huecas. Díaz Villamil, lleva a los alumnos de secundaria un alivio para sus estudios y una fuente de consulta imperecedera.

En marzo de 1937, el Ministerio de Defensa, le ofrece una beca al extranjero para perfeccionamiento profesional, la cual declina, pues prefería estar en el ambiente paceño, dedicado a su constante labor patriótica mediante sus dos actividades: Profesorado y Teatro. Creando como dramaturgo un teatro costumbrista que profundiza más allá de lo típico, llegando a la raíz del alma y angustia de los bolivianos. Y dejando, como profesor a varias generaciones de alumnos, la caja de sorpresas del conocimiento abierta, que enseña los valores imperecederos.

En septiembre del mismo año, la Dirección General de Educación, lo designa Inspector General de Educación Secundaria de la República.

En octubre. Germán Busch. Presidente de la Junta Militar de Bolivia, le confiere el título de Profesor de Historia y Geografía del Colegio Militar.

El 13 de diciembre de 1937, es nombrado Director General de Instrucción Secundaria, cargo que desempeñó solo unos cuantos meses. Dos años más tarde, desempeñó la función de Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación.

En 1940 es invitado a concurrir como Delegado de Bolivia al Primer Congreso de Indigenistas en la ciudad de México y es nombrado por ello, miembro permanente por elección del Instituto Interamericano con sede en la misma ciudad.

El mismo año escribe "**Muñecas de Bazar**", fantasía escénica para niños que estrena el mismo año, la Escuela de Teatro Escolar.

El 3 de abril, el Presidente de Chile, confiere la Condecoración "Al Mérito", en grado de Comendador a Dn. Antonio Díaz Villamil, El mismo año, el Cnl. Busch crea la Escuela Nacional de Artes y Díaz Villamil es invitado para regentarla.

En 1941, escribe "**El Hoyo**", comedia en tres actos que fue estrenada en la temporada boliviana del Teatro Municipal a cargo de la Compañía de Carlos Cervantes.

El tema de "**El Hoyo**", encara resueltamente una inquietud nacional y un problema tan estrechamente ligado a lo nuestro, que pone de manifiesto el propósito del autor de mostrar nuestros problemas tal cual son.

"**El Hoyo**", divulga, fustiga y condena el asalto a la riqueza del país, sustraída al exterior por hombres del propio suelo, deseosos de colaborar al "resurgimiento" de la patria.

El tema de la obra es la lucha entre la fuente madre de la vida boliviana que es la producción de la tierra con la eventual extracción de minerales, pedazos de la patria vendidos al extranjero sin beneficio para la población autóctona que es la que sucumbe en los socavones... El

autor siente la necesidad de denunciar tales actos y expresa: "Se llevan el metal de nuestras montañas y sólo nos dejan el hoyo..."

En diciembre de 1924, el Rector de la Universidad Mayor de San Andrés, confiere a Díaz Villamil, el cargo de catedrático titular de Geografía Física de Bolivia en el Instituto e de Ciencias Sociales.

En junio de 1943, el Club "Totoyo" le nombra Socio Honorario.

El mes de agosto obtiene el segundo premio Municipal por la novela intitulada "**Plebe**", firmada bajo el pseudónimo de Juan del Llano.

"Desde sus primeras páginas, la novela "**Plebe**" seduce y atrae al lector, de tal forma que éste no abandona ya el libro sino al llegar a su última página. Posee el secreto de los grandes escritores que saben poner una inquietud o un interrogante al final de cada capítulo". (LA FRAGUA; agosto 28; 1943).

El 7 de noviembre de ese año nace su último retoño: Álvaro Antonio.

En diciembre la Alcaldía Municipal lo designa jurado para el concurso de relatos históricos convocado con el deseo de estimular la producción bibliográfica boliviana.

El 15 de febrero de 1944 obtiene el primer premio en el Concurso Municipal sobre "**El Origen del Ekeko**", convocado con motivo de la Feria de Alacitas.

El 27 de mayo de 1945, obtiene el primer premio por su obra "**El Vals del Recuerdo**", convocado por la Sociedad 10 de Febrero, en la ciudad de Oruro en homenaje al día de la Madre.

También en 1945, obtiene el primer premio del Concurso Municipal de cuentos con su obra "Tres relatos paceños".

En 1946 obtiene el primer y el tercer premio por sus obras "**Placido Yáñez**", y "**Hualaychos**" respectivamente drama histórico en un prólogo y tres actos, es la acertada interpretación de uno de los episodios más patéticos de la historia boliviana, ocurrida en la ciudad de La Paz. "**Hualaychos**" revela el cariño con que fue escrita y el amor que el autor sentía por su pueblo.

El 21 de mayo de 1946, el centro "Génesis" le confiere el título de socio honorario en mérito a sus relevantes cualidades intelectuales y docentes, otorgándole un diploma de honor.

En junio es designado Profesor de Historia en el Instituto Normal de la Ciudad de La Paz.

En enero de 1947 es designado por el Comité Pro IV Centenario de la Fundación de La Paz, Director - Coordinador de las Monografías.

El mismo año escribe el "**Nuevo Teatro Escolar Boliviano**" que es declarado texto oficial de teatro escolar para su uso en todas las escuelas y colegios en la República.

En 1948, en el fallo del concurso de novela y biografía, convocada por la H. Alcaldía Municipal se leía: La novela "**La Niña de sus Ojos**" firmada por "Oculista", es sin duda la mejor. Apunta en ella posibilidad de una gran novela boliviana, por el vigor de su personaje principal..."

Años más tarde, Diez de Medina, compara "**La Niña de sus Ojos**" con la "Chaskañawi" de Carlos Medinaceli, en estas palabras: "Si la "Chaskañawi" es la novela del blanco vencido por el mestizaje disolvente.. "**La Niña de sus Ojos**" es la novela de la sangre mestiza que no se da por vencida y sigue luchando en pos de un futuro mejor. Aún dentro del encuadre grotesco en que actúan Saturnina y Ciriaco, los padres de la muchacha, el autor descubre su innata nobleza de sentimientos. Sus personajes no apesadumbran: son seres reales, despojados de vanas filosofías porque para ellos no hay más filosofía que la acción y el deber de cada día. El final, lejos del derrotismo deletéreo del libro de Medinaceli, abre un horizonte de esperanza y redención; la muchacha, que no pudo aristocratizarse, se entrega al gran ideal de instruir a los indígenas. Podrá ser de mayor elaboración artística "La Chaskañawi", pero "**La Niña de sus Ojos**" la supera en contenido humano, en fervor idealista por el porvenir de las mayorías en el relato cálido y verídico del vivir mestizo".

Diez y ocho años más tarde, Juan Carlos Bassy, la lleva al teatro; sus personajes y sus características son transportados al escenario con toda legitimidad con la que el autor la creó.

Todavía hoy, "La Niña de sus Ojos" es considerada la obra cumbre de Díaz Villamil, y lamentablemente su obra póstuma.

En marzo de 1948, cae enfermo, como le llevaron el primer ejemplar de aquella obra fresca aún de tinta, la tomó entre sus manos, como en una suprema expresión angustiosa; como asido a la vida en aquel frágil acopio de hojas, y pareció acariciarla; era el último fruto de su espíritu; con la misma ternura que aquellas mismas manos habían acariciado a sus tres hijos -los frutos de su propia carne-.

Más no tuvo el orgullo de ver impresa la Monografía de La Paz en su IV Centenario 1548 - 1948; obra valiosa, acaso el más grande monumento a la cultura de su tierra. Obra que debería haber immortalizado al hombre que volcó toda su alma para escudriñar el acervo histórico de la cuenca del Choqueyapu y que hasta en sus últimos momentos defendió con tesón.

En vista a los ataques que se habían dirigido, llamó a su lecho de enfermo al Presidente de los "Amigos de la Ciudad" para pedirle que sus tareas de Director - Coordinador del concurso de monografía no fuesen abandonadas; y es que en ellas había puesto su pasión intelectual y su inmensa pasión paceñista.

Y prueba de todo orgullo y embeleso que sentía por su ciudad, es su introducción, que en parte sobresaliente expresaba: "Desde la remota interrogación del origen y grandeza de Tlahuanacu, ya tenemos los paceños un imperativo de estudio, de investigación, para desentrañar el milagro de esa vieja y solitaria cultura. El alma misteriosa del autóctono es otra incógnita inquietante para los psicólogos y educadores. El trazado de un camino en cualquier dirección del horizonte, no es otra cosa que un alarde de audacia y un desafío a la roca imponente, al precipicio temible o al furor del río. La construcción de una morada es un gesto de desafío al talud abrupto, a la breña vertical o a la inconsistente arenisca. La urbanización de una calle o de una plaza, es un compromiso a domeñar las fragosas irregularidades del relieve. Y de formar un jardín, un esfuerzo de amor. En resumen ser y vivir como paceño, es dar pruebas de especiales energías físicas y morales obtenidas por virtud de la herencia y por afecto de la porfiada lucha que la impone el diario vivir".

La muerte le sorprendió el 21 de marzo; de tanto sembrar en el alma de generaciones, se consumió el maestro. Al morir respiró fuertemente, como si el aire de la muerte diera vigor a su corazón agrietado, sobre la gris melancolía de sus sueños desvanecidos, las fugitivas nieblas de marzo se levantaron como un vejamen a través de los cristales de la noche.

Era su cabeza como un nido de ensueño, su corazón como una plegaria de bondad y su espíritu como una constelación de astros.

Fue el hombre de la palabra oportuna y escucho con atenta solicitud la música constante en las bellas imágenes de su pueblo y esto es lo que la muerte no podrá acallar.

Un silencio nació en la noche. Y, sin embargo más allá de aquel horizonte, el día estaba aclarando en otros mundos. Hacia estos había partido el hombre que dejó su espíritu en todo lo que escribió. Se había apagado una vida y al mismo tiempo se encendió una estrella en el firmamento de las glorias bolivianas.

Y ante su tumba fría, donde se quiebran los rayos del amor y de la esperanza, lo que su espíritu supo crear para siempre, adquiere la perenne fortaleza del bronce.

Su muerte enlutó por igual a las letras, al magisterio, al estudiantado y al país todo. Desde la cátedra forjó generaciones y su obra quedó firmemente en el aula estudiantil. En el campo de la actividad cultural, hay que poner en alto relieve los índices claros de prestigio que logró para el teatro boliviano, incursionando también en los géneros de novela, el cuento, la historia, la geografía, el ensayo literario, el periodismo y la didáctica, teniendo en todas ellas la mayor aceptación y ovación. Es de ahí donde arranca la expresión justa que será por siempre perdurable la honrada, patriótica y profunda trayectoria de Díaz Villamil.

La educación nacional le debe sus pasos primeros de firmeza y el magisterio, su representación cabal de apostolado y patriotismo.

Esto será siempre lo invaluable en la brega cultural del maestro, del hombre y del estudioso que dejó la vida para marcharse al descanso eterno.

Un día después que el inexorable telón de la muerte se había cerrado delante del alma de Díaz Villamil se decretó duelo departamental en su homenaje.

En el salón de actos del Ministerio de Educación se levantó una majestuosa capilla ardiente. Multitud de coronas le daban su adiós. El ataúd fue sacado en hombros por los familiares, sus hijos lo escoltaban a la última morada. Y con rara unanimidad del pueblo de La Paz formó el doliente cortejo.

Fue llevado al Colegio Nacional Ayacucho, donde Dn. Juan Ramírez, representante del colegio, en el inicio de su discurso dijo a Antonio Díaz Villamil: "Tu vida fue como una saeta roja disparada hacia el sol y sólo podrán seguirte aquellos que tengan estrellas en el alma"... ¡Cuánta razón tenía aquel hombre!...

El cortejo siguió adelante, pasó por; las calles Yanacocha y Comercio hasta la plaza Pérez Velasco, donde representantes de cada organización, institución, etc., dijeron palabras de adiós.

Sus restos fueron inhumados en el Mausoleo de Notables, de acuerdo a una Resolución de la H. Alcaldía Municipal y como el mejor homenaje de La Paz a uno de sus más esclarecidos ciudadanos, quien a su paso por la vida ha dejado una huella saturada de amor al terruño que lo cobijó.

"Personalmente nunca dejó de ser un guía, un sembrador de bondad, un amigo al cual nunca se podrá olvidar. Acaso la frase exacta sería decir que tenía el alma blanca, la mano abierta y colaboradora y el consejo sabio a flor de labios" (LA RAZON; junio, 1948).

El 23 de marzo, el Centro de Ex-Alumnos "La Salle", otorga el diploma al "Mérito" a Antonio Díaz Villamil en gratitud a su abnegada labor educacional.

El 29 de abril del mismo año, se confiere la denominación del Colegio Nacional "Antonio Díaz Villamil" al establecimiento del ciclo secundario de la ciudad de La Paz; fundado con el nombre de Anexo del Colegio Nacional Ayacucho. Hoy es un colegio enclavado en la zona norte de la ciudad, en un barrio tradicional por su romanticismo, sus peculiares casonas y callejuelas coloniales, nada de lo que en su honor le tributaron parece estar presente... Hasta en aquellos textos donde dedicó su vida, se nota el descuido para con la memoria del autor... "una de las cosas más abominables que ocurren en nuestro país es la forma en que muchas veces se publican los papeles impresos destruyendo la obra de los autores...". (EL DIARIO; jueves 21 de junio de 1973. Firmado: Jorge Siles Salinas).

Don Antonio murió temprano, aún le quedaba mucho por hacer, su pluma laboriosa quedó rota a un lado y abiertos quedaron muchos libros inconclusos.

Su vocación no fue postiza, en él se consustanciaron en unidad feliz y fecunda, el hombre y el maestro. La bondad que lo distinguía en alto grado brotaba de ella misma, florecía en él. Así ofreció su mensaje, dedicó su palabra, y esa fue su manera invaluable de servir a su patria.

No fue nunca uno de esos apóstoles de hojalata, gárrulos y pretensivos, prueba de ello es que rechazo muchas veces invitaciones para ocupar el Ministerio de Educación y la Alcaldía Municipal de la ciudad de La Paz, no por ser soberbia, sino que prefirió quedarse en su labor de maestro, donde serviría mucho más a su patria.

Hoy sin embargo, no se le recuerda; un colegio que lleva su nombre, olvidado; una calle desierta; unos libros tal vez no leídos, es todo lo que queda de un hombre que ante todo enalteció el nombre de "Bolivia", suelo que hoy le volcó la espalda colocando su nombre y sus obras en las páginas de algún libro de literatura...

*La. Paz. 13 de Junio de 1987*

## CAPITULO PRIMERO

Doce del día. Mercado Central. Interminable caravana de gentes de todas las clases sociales ha invadido los amplios cobertizos en los que realiza la feria dominical del más importante mercado que provee a la ciudad.

Si durante la semana son las cocineras y gentes del servicio las que acuden a buscar lo necesario para el cotidiano menú de las casas en que sirven, el día domingo la inmensa clientela se supera en calidad social. Señoras de familia distinguida, que en la prisa de su deber doméstico han desdeñado la "permanente", el rouge labial, las medias "nylon", el elegante petit -gree o el tapado de carakool, van al mercado "de cualquier manera" vestidas para soportar sin graves destrozos la apretura y los empellones de la "democracia" que, sin miramiento alguno, también acude a adquirir provisiones y no tiene ojos para eludir encontrones con quienes se cruzan en su camino sino para avizorar en los puestos de venta dónde está la mejor "carne gorda", las legumbres más frescas o la fruta madura y barata.

Tampoco faltan en estos ajetreos domésticos los del sexo masculino. Unos, opulentos burgueses, especializados en elegir la buena fruta para su mesa; otros, impelidos por la omnívota voluntad de su respectiva "Sisebuta", que ha ido entretanto a misa o se ha quedado en cama a reparar el sueño perdido en su noche de bridge, han tenido que tomar mansamente sobre sí la tarea de "hacer el mercado".

Completando la heterogeneidad concurrente en toda la gama humana, se ve también a los "gringos" e inmigrantes. Los primeros acuden allí a darse su ración de sensaciones típicas y de folklorismo y cuando su ojo clínico ha descubierto una escena o un trance oportuno se apresuran a perpetuarlos en su Kodak para añadirlo a su colección pintoresca sobre "los indios de Bolivia". Los segundos, hombres y mujeres, dinámicos y codiciosos, atropellan y se abren paso denodadamente para buscar lo más succulento y, después de concienzudo regateo en el precio, fondean las provisiones adquiridas en sus infaltables bolsas de cuero o de malla de cáñamo de una capacidad milagrosa.

Sería una injusticia olvidar en este variadísimo conjunto a esos padres de familia que prefieren ir a darse su personal y egoísta "atracción" de fruta a espaldas de su mujer e hijos, para lo cual se sitúan junto al puesto de su "casera" y engullen apresuradamente una copiosa ración de naranjas, chirimoyas, uvas, plátanos, etc., para, después que están ahítos, regresar a su casa con gesto avinagrado a participar del sobrio menú que acostumbra la familia, obligada por la tacañería del padre.

Tampoco sería justo olvidar una nota típica de nuestro mercado, y, más que nota, un excepcional honor que el Mercado Central de La Paz ostenta con orgullo entre todos los mercados del mundo. Y, es, que a su puerta se detienen hermosos y relucientes autos oficiales, que harían pensar a un extraño que, acaso, se trata de una importantísima oficina pública en la que se trabaja también los domingos; pero, nosotros, los que conocemos de cerca las modalidades de nuestra alta y privilegiada burocracia oficial, sabemos que en esos aerodinámicos van las cocineras, mucamas, sirvientas, pongos e imillas de altos funcionarios para hacer el mercado y trasladar en los cestos esmeradamente colocados sobre los mullidos y aterciopelados asientos del vehículo la fruta, las legumbres, el pescado, los pollos, las sabrosas piernas de cerdo o los costillares de buey para la subsistencia de esos ilustres y nunca bien pagados servidores del país.

Para atender a esta inmensa clientela las vendedoras del mercado se esmeran en exponer en sus respectivos puestos lo más selecto y variado de su mercancía.

De todas las secciones del mercado, la más colorida y la más incitante a la vista y al paladar es la de frutas. Una larga fila de mostradores dividida en pequeñas subsecciones ofrece algo así como la línea Maginot por la que "nadie pasa" sin dejar unos buenos pesos a cambio de unas frutas que están diciendo "comedme".

Cada una de esas imponentes y orgullosas matronas llamadas "fruteras", con la clásica postura de un Buda, ocupa el centro de su asiento, rodeada por los cuatro puntos cardinales con los cestos y los montones de su sabrosa y variadísima mercancía. Junto al dorado de las pirámides de naranjas se alzan las torres arquitectónicamente edificadas de los suculentos plátanos de Yungas; al lado de una bella cumbre de uvas de Luribay que asemeja un emporio de gemas de ámbar contrastan su color de enormes y oscuros rubíes y granates las uvas negras de Millocato; junto a un cúmulo de opulentas paltas de la Lloja acusan su vivo colorido las manzanas de California; sobre un amplio "balay", los higos de Río Abajo muestran su ébano sabroso en contraste con el amarillo encendido de los aterciopelados damascos de Caracato -se nos antoja pensar que los bizarros y simpáticos deportistas del Club "The Strongest" encontrarían en los higos y damascos de ese "balay" la base heráldica de sus tradicionales colores: músculo fuerte y recio como la pepa del "albaco" y corazón plétórico y jugoso como el del higo-. Por fin, en el lugar más estratégico, los melones de la costa se exhiben esmeradamente junto a las sandías de Tacna, una de las cuales, infaliblemente abierta en un segmento deja ver la roja pulpa, cual si fuera la boca sonriente de un gigantesco negro.

Y, todo ese conjunto, colocado, arreglado y organizado por la super-técnica de la "frutera" con tal tino, acierto y habilidad que podría servir de modelo a algunos estadistas de la vieja Europa para que aprovechen hasta el último milímetro de su respectivo "espacio vital".

Una de estas fruteras, la de más prestigio por la calidad de su fruta, y, también por ello, la que tiene más clientela, y ésta entre la gente de mayor calidad social y económica, es Doña Saturnina. Su puesto es el más surtido y el de mayor actividad. Comprar fruta de ella es lo mismo que decir que se ha adquirido lo mejor y lo más caro.

Doña Saturnina de Perales tendría una edad todavía distante del medio siglo, pero la vida estática que llevaba, sin salir todo el día del hueco formado entre sus canastas, balayes y pirámides de mercadería, le habían hecho engrosar de carnes y encorvar la espalda de tal modo que aparentaba más edad. Algo que la destacaba entre las cholitas "recoveras" era el color blanco y sonrosado de su cutis, resultado indudable de un mestizaje que llegó a mostrar en ella cierta preponderancia de raza blanca. Los ojos negros y vivaces conjugaban su brillo de azabache con sus espesas cejas y su abundante cabello ceñidamente peinado en dos trenzas. Solamente los pómulos prominentes, que acusaban su relieve aún sobre sus carrillos mofletudos, denotaban su parte de ascendencia indígena. A pesar de que el género de su actividad diaria, manejando frutas, no le permitían estar limpia de manos y de traje, vestía con cierto relativo lujo. Sus polleras eran de telas finas y costosas, la chaqueta era casi siempre de seda sobre la que invariablemente llevaba un magnífico chal de vicuña, "prendido" sobre el hombro izquierdo con un enorme gancho de oro de cuya cadena pendía una bellísima perla neta. Más que cubrir, se equilibraba sobre su cabeza un sombrero "Borsalino" cuya problemática estabilidad era conservada mediante constantes movimientos de cabeza, sin que fuera necesario emplear en ello las manos. La parte de su indumentaria que era difícil de describir era la de sus pies, absolutamente escondidos en el fondo de esa especie de nido en que estaba exactamente ubicada. Esta manera de sentarse daba la impresión de que Doña Saturnina y todas sus "camaradas" del mercado eran personas mutiladas de las extremidades inferiores y cuyos cuerpos sólo emergían .de cintura para arriba de una inmensa col que les sirviera de curioso pedestal. En cambio, parecía que toda la vitalidad motriz de las fruteras se hubiera concentrado en las manos. Pues era de admirar su destreza para manejar las frutas, tomando hasta cinco naranjas en cada mano y, luego, con un movimiento lleno de donaire, lanzarlas desde su elevado sitio, con impulso certero, hasta la canasta o bolsa del comprador.

Aquella mañana de domingo, nos la encontramos en su trono. Sí, señor. Nada menos que un trono, hecho de las más sabrosas frutas es el asiento que ocupa Doña Saturnina. Un trono adecuado a la soberana de la fruta y, desde el cual, engreída y despótica, impone los precios y elige a sus clientes. Y, cuando ante su vista se allega gente tacaña a preguntar el valor de alguna fruta selecta, ella, con mirada penetrante y rápido análisis psicológico, contesta con frío desdén volviendo el rostro a un lado.

-¡Qué vas a pagar vos su precio!...

Y no vuelve a mirar más al cliente hasta que éste ha pasado de largo.

Ora llega un comprador de aspecto pobre, cuyo exiguo bolsillo no está a la altura de sus ansias de buena fruta, Doña Saturnina, mirando de reojo al importunado, le responde secamente:

-No es como para vos, tatay. Vos quedarás, pues, de a dos por medio!...

En cambio, cuando se aproxima un extranjero, saca a relucir sus más exquisitas atenciones, sonríe con sonrisa de sirena; toma una palta, le hunde la uña, levanta un trozo de la corteza y se la ofrece coquetamente, diciendo:

-¡Ay, caballero! Bien ricas siempre están mis paltas. Vea usted. Como mantequilla siempre están.

Y, luego, apresurándose a tomar tres paltas en cada mano las ofrece, añadiendo:

-¿Cuántas docenitas me va usted a llevar?

-Oh, casera. Espera un poco -responde el gringo, y luego-. ¿A cómo es cada una, casera?

-Usted ya sabe, pues, caserito. Yo nunca le cobro demás. Le daré tres docenitas.. ¡Ay, están como para usted!

Así, con una imposición pelada y una elocuencia zalamera vende todo lo que quiere a los gringos o a sus "caseros". Y guay de éstos, si antes o después de comprar la fruta donde ella, hubiéranse aproximado a adquirir algo de las vendedoras vecinas. Ella, vigilante desde su elevado puesto, atalaya los manejos y andanzas de sus clientes, y si su mirada zahorí ha comprobado la infracción, en cuanto se acerca el delincuente, lo recibe con una mueca de enojo y con voz agria le larga ésta o parecida frase:

-Mi fruta no está buena. ¡Vaya usted a comprarse donde sus caseras!

Con tales maneras y métodos, esta dictatorial frutera, defiende la exclusividad de sus derechos comerciales y esclaviza a sus clientes.

Aquella mañana, Doña Saturnina, está de talante alegre, como nunca se le viera. Ha desfruncido su ceño de soberana y está parlanchina y amable, tanto que asombra.

Entre los breves paréntesis que le deja la venta a sus clientes, conversa con otra chola cincuentona que a la sazón se halla de pie saboreando una hermosa chirimoya obsequiada por la frutera y cuyas pepas arroja, mientras conversa, soplándolas de la misma boca y haciéndolas describir una larga curva hasta llegar al suelo.

-¡Ay, que bien! Yo la felicito, Doña Saturnina -le dice la interlocutora.

-Dios, pues, comadre. El me ha escuchado. ¡Tanto que le he rogado!... Al fin ha de permitir que se cumpla mi deseo.

-Mis parabienes, Doña Saturnina. Yo me alegro como si fuera mi hija.

-Te agradezco, comadre. Y, como te decía: Dios me ha escuchado. Porque, desde el primer día que la hemos "metido" al colegio, he ido donde la Virgen de Remedios y se la he entregado. Con mis lágrimas le he dicho: "Vos, pues, Mamita, me has de ayudar a sacarla gente. Para eso yo he de trabajar como un burro a fin de que no le falte nada". Diciendo le he rogado, **ampe**. Después he llevado su medida de la chica en una cinta de raso y se la he hecho pisar con la Virgen.

-¡Ay, **kholila!** Ahora esa medida qué tal chica, pues, se quedaría. Porque la Domitila debe estar ya bien maltoncita.

-Si vieras de qué tamaño está. Es toda una señorita, pero como esas que les dicen "jay laif". ¡La vieras nomás, con sus tacos altos y todo!

-¡No me diga usted, comadre!

-Ahora que tiene que dejar el uniforme de las "Madres de la Inmaculada" le hemos comprado unos vestidos extranjeros bien lindos para que se salga. Si vieras el abrigo de piel que se ha escogido la chica. ¡Está como para el cine, **ampe!**

-¡Ay, qué alhajura! Estará, pues, como para comerla de gusto!

-Tomá. Servite esta paltita más -responde Doña Saturnina, ufana del elogioso comentario de su amiga, ofreciéndole la fruta- Mirá ve. Está como para tu boca - añade amablemente.

-Ay, gracias, comadre. ¡Se está usted molestando! -y luego de dar un mordisco y con la boca aún llena del bocado, añade la comadre:

-¿Y qué dice, pues, su padre? Estará también, pues, reventando de gusto.

-¡Cómo no, pues! El también, **jay**, se ha desvivido trabajando para la chica. ¡Tantos años no ha remado en su taller, hasta los domingos, en competencia conmigo!

-Eso sí. De esa parte yo soy testigo. Cuántas veces no he ido a decir le: "¡Compadre, cómo, pues, está usted trabajando hasta el día de la fiesta! Se va usted a enfermar". Y él me contestaba, sin dar descanso al serrucho: "Ay, comadre. Cuando se tiene una hija que se la quiere como a la niña de los ojos, hay que trabajar no más para que no le falta nada". Así me contestaba, ampe, mi compadre.

-¡Como a la niña de los ojos! -repite con palabras graves e impregnadas de maternal ternura, mientras los ojos de Doña Saturnina se abrillantan de húmeda emoción, y, luego, exclama:

-Sí. Asimismo es. "Como a la niña de nuestros ojos" la queremos a la Domitilita.

Pero, en ese preciso instante en que la emotividad de la madre triunfaba sobre los prosaicos deberes de la frutera, la aproximación de un cliente hace fracasar esa maravillosa y rara transfiguración.

-¿A cómo das tus paltas, casera?

-A diez bolivianos "es", señora -responde Doña Saturnina, borrando instantáneamente la noble exultación de su cara.

-¡Cómo, pues, tan caras, casera!

-Así no más "es", señora.

-Pero, si en la pizarra de precios de la Municipalidad dice que las paltas están a seis bolivianos.

¡Entonces, andá, pues, comprate de la pizarra!

Seca y terminante la respuesta, obliga a la señora a retirarse sin palabra, en pos de alguna otra vendedora menos irónica y fiera.

Ante el silencio majestuoso de Doña Saturnina que se quedó ufana de su respuesta, la comadre creyó de su deber bordar un comentario servil.

-Bien contestado, comadre. Estas "futres" crearán, pues, que usted se ha ido a recoger de balde la fruta.

-Claro, pues. ¿Acaso no me cuesta el bajar los viernes hasta la "Ventilla" a recibir a los caseros que me lo traen la fruta desde el Río Abajo? Y, después, ¿acaso no les doy coca, trago y cigarritos, para que no se lo vendan a otras?

-Tiene usted, pues, razón, comadre. Además, acaso ¿no tiene usted a quien mantener?

La alusión fue certera. Volvió el mercantilismo de la frutera a dejar el campo a la madre cariñosa. Una nueva ola de ternura humedeció la roca de ese espíritu endurecido por la cotidiana brega comercial.

-Así es, pues. ¿Acaso yo no gano para mi hija? ¿Todo esto que saco a estos tacaños, no es para la educación y las necesidades de mi chiquita? ¿Acaso yo vendo caro por mi gusto. ¿O yo voy a llevar la plata a la otra vida?

-Tiene usted mucha razón, comadre.

-Y, después, esta misma plata que a mí me pagan con tantos remilgos, yo tengo que ir a devolvérselos en sus tiendas. Y, ahí, sin chistar, tiene una que pagarles su capricho. Elay, el otro día, por ejemplo, a mi Domitilita se le ha antojado unas medias, esas que dicen "nailon" diciendo. He ido a buscar a todas partes, ampe, hasta que me han dicho que un gringo vendía de ocultas en un hotel. Hasta ahí he ido, y, sabes cuánto me ha pedido,

-¿Cuánto, comadre?

-¡El par, ochocientos bolivianos, **ampe!**

-¡Ay Jesús, María y José! ¿Y, usted, le ha comprado?

-He tenido no más, pues, que comprar. Basta que a la chica se le haya antojado.

-¡Ave, María Purísima! Pero, siempre, pues, le habrá rebajado siquiera!

-¡Ni un centavo! El gringo ladrón se ha puesto en sus trece, y, como sabía que era el único que tenía esas medias, le he tenido que comprar tres pares, porque como habían sido como tela de araña, seguro que han de servir para un ratito no más.

-¡Santo Dios! ¡Como tres mil bolivianos se ha gastado usted en medias no más!

-Y, si hubiera que gastar más, con gusto lo hiciera.

-¡Ay, esta mi comadre, tanto que se desvive por su hijita!

-Claro, pues, ¿Por qué, también, mi hijita se ha de privar de sus gustos, a ver dime? Para señorita la hemos criado, como señorita ha entrado al colegio y como señorita tiene que vestirse. ¿Acaso ellas no más se han de gastar lujos, y, atentas a su elegancia, a lo mejor, me la han de estar mirando mal a mi chica? ¡Eso sí que no! Mi hija tiene que ser señorita de rango, cueste lo que cueste.

-Y, con lo bonita que debe estar! Seguro que les ha de "sacar pica" a todas esas "futres" de pacotilla.

-Has de ver, nomás. ¡Por algo, pues, yo peleo aquí todos los días con tanta clase de gentes! ¡Por algo estoy aquí, en este puesto, tantos años!

-¡Ay, qué feliz ha de ser la niña de sus ojos, comadre!

Nueva resaca de ternura y de orgullo maternal asoma al límite de las pupilas de la chola. Y esa humedad desbórdase en lágrimas y palabras temblorosas:

-He de mirar la vida por esa niña de mis ojos, como te ha dicho mi marido. Todo, todo lo que vea así me ha de entrar al corazón como una bendición de Dios. Mirándome en esa niña de mis ojos he de ser dichosa, comadre. ¡Para eso nomás he de vivir y he de seguir trabajando!

-¡Quién como usted, pues, comadre! Todo sabe usted hacerlo bien. Yo creo que hasta Dios se ha vuelto su "casero".

## CAPITULO SEGUNDO

Día del último examen de curso en un colegio secundario quiere decir jornada de emocionadas agitaciones, de cariñosas despedidas y de bellos proyectos para las vacaciones. Y si se trata de un colegio de mujeres, y con internado, como es el que nos ocupa, entonces la agitación, las emociones y , los ajetres suben de punto, por razón de esa intensa emotividad tan frívola y a la vez tan profunda, tan dicharachera y al mismo tiempo tan reconcentrada que es propia de la adolescencia de las colegialas.

Aquel día, en el colegio de las "Monjas de la Inmaculada", la rígida disciplina parecía haberse quebrado tácitamente, como una cosa que ha cumplido suficientemente su objeto. Grupos de alumnas, con las mejillas todavía encendidas por la emoción del examen, van de aquí para allá, recorriendo los corredores, invadiendo las salas y corriendo y saltando gozosas por los patios y el jardín.

Cuando uno de estos grupos, en su correría, encuentra a una de las madrecitas, las muchachas, anticipando su despedida, la abrazan, la besan y la rodean saltando y palmoteando con esa efusión propia de su espontaneidad juvenil.

Apenas salen de la sala de exámenes las alumnas que acaban de rendir su prueba son rodeadas por las compañeras que las abrazan, ríen, gritan y les preguntan casi a coro:

-¿Cómo lo has hecho? ¿Qué te ha tocado?

Unas atontadas todavía por el esfuerzo memónico del examen y, más aún, por la algarabía de sus amiguitas, apenas atinan a sonreír y a hacer signos de afirmación. Otras, un poco amargadas por no haber respondido como lo hubieran deseado, contestan con cierta melancolía:

-Ay, no sé, hijas. Ni me doy cuenta lo que he dicho. ¡Me han preguntado unas cosas más raras...!

Una de las colegialas, chiquilla avisada y coquetuela, con la seguridad intuída de que su belleza es mérito mejor que su sabiduría, al ser interrogada por sus compañeras sobre el resultado del examen, responde.

-No me acordé ni palabra de la pregunta que me tocó.

-¿Entonces, te han aplazado? -le demandan con pena sus amigas.

Ella responde con un mohín picaresco:

-No. Porque al Delegado del tribunal le he dedicado unas caídas de ojos que lo han dejado derretido.

-¡Já, já, já! -festeja el grupo la astuta hazaña de su compañera.

De pronto, por los corrillos del jardín de los patios y de los corredores circula una noticia que, como una importante y esperado consigna, incita a todas las chiquillas a correr en una sola dirección, hacia la sala en que rinden examen las del sexto curso.

-¡La han llamado a la Domy Perales!

Unas a otras se repiten la noticia y todas pugnan por agolparse ante la puerta de la sala. Por primera vez silenciosas en todo el día, las colegialas se apiñan, buscando un espacio libre por entre las cabezas de las otras para mirar hacia el recinto del examen.

Adentro, de pie ante el tribunal, con airosa silueta, está la muchacha que rinde su prueba final.

Domy Perales representa unos veinte años bellamente floridos. Su uniforme azul, a pesar de su confección severa, no alcanza a disimular las graciosas curvas y líneas de su cuerpo de mujercita que ya logró la plenitud de sus atracciones femeninas. Sus diminutos zapatos de medio tacón calzan unas esculturales extremidades que bajo el tul negro de las medias reglamentarias muestran el tono mate de la piel, sensualmente velado. En el busto, la blusa marinera deja avanzar las deliciosas prominencias de los senos turgentes como frutas que incitan a la gula. Las manos delicadas y pequeñas, adornadas de hoyuelos y con las uñas esmeradamente cuidadas. La carne del cuello, morena y aterciopelada denota una perfumada tibieza. Los cabellos, graciosamente peinados en ondas y cascadas, brillan con irisaciones de azabache y sirven de contrastado marco al óvalo perfecto de la cara de un bellissimo tono "trigueño" que se colorea en las mejillas con armoniosos arbores que se acentúan por momentos por la natural emoción del examen. La boca, de un trazo como a propósito para una perenne sonrisa que tan bien saben expresar esos labios ardientes y carnosos, cuando habla deja entrever la más encantadora colección de dientes femeninos. Y, los ojos, grandes, con honduras de ensueño, adquieren una expresión romántica bajo el sombrío seto de sus enormes pestañas y bajo el dintel de cejas que hubieran sido trazadas por un pincel maestro. En todo su conjunto esa figura de encantadora mujercita, en medio de toda su aristocrática distinción, guarda en el fondo algo de excepcional particularidad, de raíz nativa, de secreto racial, que es lo que le confiere mayor atractivo por cierto sello incógnito e indefinible.

La muchacha, con voz de cálido timbre, desarrolla sin titubeos y con seguridad y cadencia la materia de la pregunta. Los miembros del tribunal examinador no hacen otra cosa que asentir con comedidas inclinaciones de cabeza a todo cuanto va expresando la simpática alumna. La profesora de la materia, sentada a un costado de la mesa, sonrío orgullosa del éxito de ese examen que constituye el mejor galardón a su tarea del año. Las chiquillas desde la puerta escuchan boquiabiertas las sabias definiciones y ejemplos que da su compañera Domy. En una palabra, el último examen que se recibe es la llave de oro para cerrar la etapa de las pruebas finales del colegio. Las madrecitas profesoras, que a pesar de su aparente poco mundo, saben mucho de psicología mundana, se han reservado para el último momento el examen de su alumna distinguida, a fin de dejar en los delegados del Consejo una magnífica impresión.

Durante casi media hora pareció que toda la vida del colegio se había concentrado en esa sala y en sus inmediaciones. Todos estaban pendientes de la disertación de la colegiala modelo.

Al fin, el presidente del tribunal, dándose cuenta de que se había excedido en el tiempo, dijo con voz pedagógica y grave:

-Suficiente, señorita. Está muy bien.

Una salva de aplausos estalló .al terminar el delegado.

La Superiora que ocupaba asiento junto al delegado quiso forzar el efecto teatral de tan grata escena y, procurando con su voz dominar los aplausos, pregunto obsecuentemente al presidente del tribunal:

-¿Desea usted preguntarle algo más, señor presidente'? -Oh, no, Madre. La señorita alumna sabe perfectamente su materia -luego, dirigiéndose a Domy le dijo con melosa amabilidad:

-La felicito, señorita. Puede usted retirarse.

Domy, serena, pero llena de orgullo en lo íntimo, hizo una graciosa venia llevándose las manos a la falda, al estilo cortesano, tal como lo practican tradicionalmente en ese colegio, y se retiró hacia la puerta.

Aquello, para Domy, fue lo mismo que caer en los brazos de un inmenso pulpo cariñoso, bullicioso y alegre, es decir entre los cien brazos de sus compañeras que se la llevaron casi en vilo hacia el jardín, besuqueándola, estrechándola y aclamándola frenéticamente.

\* \* \*

En cuanto Domy Perales pudo libertarse de la porfiada y bulliciosa eclosión de cariño de sus condiscípulas, buscó un sitio solitario del jardín, bañado ya en las penumbras crepusculares, y sentada en un banco, bajo el dosel de una florida maraña de Khantutas, se abandonó al placer callado y dulce de soñar y de acunar sus ilusiones.

Aquellos momentos fueron para Domy de trascendental importancia para hacer su balance espiritual. Pues, con la terminación de sus estudios realizados en aquel colegio durante largos años de internado, ahora estaba colocada frente a una nueva etapa de su vida. Aquel colegio había sido para ella realmente su hogar. Desde los ocho años hasta los veinte que ahora tenía había vivido invariablemente en el internado, incluyendo los meses de vacaciones. En el transcurso de todo ese tiempo había ido formándose dentro de un mundo muy particular para ella, constituido por el cariño y la estimación de las madrecitas, sus maestras, la amistad y camaradería de sus compañeras con algunas de las cuales había llegado a vincularse muy íntimamente con lazos de fraternal simpatía y afecto. A través de la amistad, de las confidencias y del trato diario con las "chicas bien" del colegio había llegado a percibir un ambiente social muy distinto al que ella conoció en su hogar y entre el círculo de su familia antes de entrar en el colegio. De su mundo propio, de aquel en que ella nació y en que vivió sus primeros años, apenas recordaba algunos detalles que parecían esfumados entre la bruma de un lejano sueño: la casita tosca, perdida allá entre la barriada mezquina de una región populosa, lejos del centro de la ciudad; el taller de carpintería de su padre; las habitaciones oscuras, incómodas y llenas de polvo; el patio ruinoso donde a diario se alojaban caravanas de indígenas y de asnos que traían para el negocio de su madre los cargamentos de fruta. Todo eso era para ella nada más que el recuerdo remoto y vago de un pasado truncado en su espíritu por otra realidad palpable y vivida que era su larga época de colegiala. Lo único que de todo aquel mundo ausente tenía realidad tangible para ella era el cariño para sus padres. Y, nada más que cariño. Porque aquellos viejos plebeyos, inferiores a ella en cultura, inferiores en calidad social, burdos de sensibilidad, de lenguaje incorrecto y hasta ridículo y de costumbres groseras, nada podían ofrecerle a ella que fuera ejemplar o que estuviera siquiera a la altura de su refinada educación y de su exquisita sensibilidad que no fuera cariño de padres. Mas, ese cariño, hiperestesiado, ilimitado, fanático de su padre y de su madre era la única proyección paternal que llegara hasta ella. Todas las demás funciones paternas, de ejemplo, de consejo, de control, de convivencia, se habían concretado con respecto a ella, exclusivamente en quererla con idolatría y en interpretar ese amor a través de constantes y pródigos desembolsos económicos para sus necesidades puramente materiales, dando pruebas de una consagración absoluta a adivinar y satisfacer al momento y sin tasa los más frívolos caprichos de la adorada hija.

Por su parte, los viejos nada le habían exigido. Ni siquiera el deber elemental de pagarles con las formas o expresiones más tibias de su afecto filial.

Comprendiendo, en su inmenso cariño, que la frecuentación de ellos al colegio, así vestidos, perjudicaría a la chiquilla ante el concepto de las remilgadas señoritas entre las que se educaba, habían evitado en lo posible aparecer por el establecimiento ostentando su calidad de parientes. Muy de tarde en tarde acudían en la forma menos ostensible a pagar las pensiones anticipadas y a depositar gruesas sumas para "extras" y "antojos" de la señorita.

Solamente en los desfiles a que concurría el colegio con motivo de las solemnes fiestas cívicas, los padres, perdidos anónimamente entre las filas del público, con los ojos resplandecientes de dicha la contemplaban cuando la chiquilla pasaba erguida y elegante.

En cuanto se refería a Domy, por suerte, tampoco había tenido que dar explicaciones a ninguna de sus compañeras respecto a su familia. Estas la veían siempre vestida con esmero, gastar dinero a la altura de las niñas más acomodadas, y eso les bastaba. Veían en la chiquilla una digna compañera, por su simpática figura, por su buen porte y por su inteligencia privilegiada, y, sin acuerdo explícito, habían convenido en considerarla hija de algún acaudalado minero o de alguna distinguida gente de provincia.

En fin, todo había contribuido coordinadamente a conseguir que ella se hubiera asimilado mediante la vida del colegio a un mundo distinguido y a poder desempeñar en él un papel lucido, brillante y con miras a un risueño porvenir.

Al impulso de sus reflexiones, Domy se preguntaba, ahora sí, con un poco de inquietud: ¿Cómo sería de allí en adelante su vida? ¿Podría continuar en ese sendero de rosas? ¿De qué manera se le permitiría mantener en la vida de afuera la que ella había seguido en el colegio entre las señoritas más aristocráticas de la ciudad?

Buscaba y no acertaba a dar una lógica respuesta a estas preguntas. En ese momento sintió aproximarse, junto al banco en que ella estaba inmóvil, la silueta de una compañera, un tanto esfumada por las crecientes sombras del crepúsculo, y, al mismo tiempo, una voz de timbre muy bien conocido para ella, que, con cierta medrosidad -efecto de la hora y del silencio- le dijo:

-¿Eres tú, Domy?

-Sí Rosarito. Soy yo.

-¿Y por qué te has escondido? He caminado por todo el colegio buscándote. Dime. ¿O es que tu magnífico examen te ha vuelto orgullosa y quieres ser egoísta hasta con tu mejor amiga? ¿Es por ello que has huído de mí? -díjole con encantador reproche su bella compañera Rosario del Castañar, muchacha de igual edad que Domy y una de las chiquillas más bonitas y distinguidas del colegio.

-¡Cómo te imaginas eso, Rosarito! Ven. Siéntate, y te diré que no sé por qué he sentido la necesidad de, estar sola:

Pero no pienses que ha sido por estar lejos de tí. Vine aquí yo no sé cómo y a pensar no se para que.

-¿No ha sido por orgullo? ¿Entonces, por un poquito de egoísmo? -díjole con dulce ironía Rosario, al tiempo que se sentaba muy juntito a su amiga y le rodeaba con un brazo por el cuello.

-¡Orgullo, contigo! ¡Egoísmo, para tí! Eso nunca, mi Rosarito linda. Ya sabes que tú has sido hermana, más que amiga; que juntas hemos estado siempre durante tantos años.

Y, mucha verdad era eso que decía Domy. Ella y Rosario habían convivido íntimamente durante muchos años. Entre ambas se había creado, intensa e invariable, una de esas simpatías profundas y afectuosas, tan frecuentes en los internados de niñas y que muchas veces llegan hasta a extremos morbosos; pero que, en honor de la verdad, entre Rosario y Domy el afecto fue sincero, leal y honesto, edificado con la fuerza de la mutua simpatía de la edad, de la alegría, de la belleza de ambas y a base de la semejanza de gustos, de aspiraciones y de inquietudes espirituales. Algo más: aquello que en Domy faltaba para acreditar una indiscutible y segura calidad social había sido compensado por la generosa amplitud moral de Rosario que tenía el alma naturalmente exenta de prejuicios y gazmoñerías sociales.

Rosario, chiquilla de familia distinguida de la ciudad, había llevado a Domy a su casa en los días de salida; la había presentado a su hermano Ramiro y, en una palabra, la había brindado un hogar que supo reemplazar aquel necesario complemento social que la muchacha plebeya no podía tener en consonancia con su educación y la cultivada mentalidad que había formado en el ambiente del colegio.

-Mira, Domy -continuó con grave tono la amiga-. Lo primero que deseaba decirte es que, pasada la alegría de haber rendido nuestro último examen, comienzo a sentir una gran pena.

-¿Por qué Rosarito?

-¿No te lo imaginas?

-Vamos a ver -respondió Domy y se detuvo a pensar un momento-. ¡Como no sea por la idea de dejar el colegio!...

-De dejar el colegio, precisamente no; pero sí, querida Domy, la idea de separarme de tí.

-¡Oh, Rosarito! -y las dos muchachas en un raptó de profundo afecto se estrecharon y besaron cariñosamente ¡Cuánto me quieres! Yo te lo agradezco en el alma.

-Mira, Domy. Yo creía ingenuamente que jamás nos separaríamos. ¡Mira si seré loca y tonta! He soñado que todo el tiempo tú y yo siempre iríamos juntitas por la vida. Que tú te casarías con el hombre que sueñas y yo, lo mismo, y que seguiríamos viviendo en familia ayudándonos en todo. En fin, una serie de cosas tan lindas, que por eso mismo son irrealizables. Figúrate qué bello sería eso, ¿verdad?

Si las sombras de la noche que llegaba no hubieran impedido ver la cara de Domy, cuán inmenso y vehemente anhelo se hubiera podido ver en sus ojos y en su gesto, cuando decía:

-Y yo lo desearía más que tú, Rosarito. Vivir contigo. En tu ambiente. Entre tus relaciones. ¡Oh, cuán feliz sería así!

Nunca fueron tan sentidas y tan sinceras esas palabras dichas por Domy, puesto que eran nada menos que la respuesta que hubiera deseado ver como una realidad cuando sola en el banco se interrogaba, momentos antes, sobre su incierto porvenir.

-Pero, ahora me doy cuenta -añadió Rosario- que pensaba como una chiquilla del Kinder y que nos quedan muy pocas horas para estar juntas. A propósito. Supongo que pronto viajarás para ir a donde tu familia.

-Sí -contestó dificultosamente Domy-. Muy pronto dejaré el colegio para volver a mi casa.

¿Es muy lejos adonde tienes que marchar? Nunca me has dicho de dónde eres.

-De muy lejos -respondió la muchacha; luego añadió melancólicamente: ¡Desgraciadamente hay mucha distancia entre tu casa y la mía!

-¡Ay, qué pena! -comentó sinceramente Rosario; pero impulsada por su optimismo, pronto alegró su gesto al decir:

-Oye. Pero, ¿sabes? Todavía podemos estar juntas por unos días en casa. Siquiera por la última vez. ¿Aceptas?

-Encantada, mi Rosarito querida. Ya sabes cuánto me agrada estar en tu casa. ¡Son tan buenos tus papás!

-Y, ¿nada más que mis papás? -preguntó Rosario con gracia picaresca-. ¿No hay en casa otra personita que te interesa?

-Rosarito, no seas maliciosa. ¿A quién te refieres? -Pues, hija. ¡No ha de ser al gato de la casa!...

-Rosarito, ¡por favor! -quiso enmendar Domy, sin poder disimular su turbación.

Sí, sí. Yo lo sé todo. Pero, no por tí, que en eso has sido muy reservada conmigo, sino por él.

-¿Quién es él? -respondió alarmada Domy.

-Pues, por mi hermano Ramiro.

-¡No digas cosas! ¡Por Dios!

-Sí, sí, sí -dijo vivamente, afirmando con rápidos zapateos, Rosario, para dar más énfasis a sus palabras-. Lo sé todo. ¿Crees que no me he dado cuenta de que desde hace tiempo, todas las veces que he ido a pasar contigo a casa, mi hermano renunciaba a estar con sus amigos y se quedaba con nosotras y que buscaba las oportunidades para charlar a solas contigo, y que, luego al final del día, era el más empeñado en traernos en auto hasta el colegio?

-Oh, pues sólo era una atención de tu hermano, una muestra de su gentileza.

-¿Cual?

-El que te pida, también de su parte, que vayas a pasar con nosotros unos días después de los exámenes. ¿Aceptas, verdad?

-Ya te lo he aceptado a ti, Rosarito.

-¿Me das palabra?

-Palabra.

-Mañana vendrán a buscarme de casa. Mamá le dirá a la Madre Superiora para que te deje ir con nosotras. De manera que ya puedes preparar tus cosas.

-Como tú digas, Rosarito. Y, ahora te pido que me dejes ir un rato al dormitorio. Tengo un poco de dolor de cabeza y quiero descansar antes de ir a cenar.

-Sí. Cuídate, Domy. Debe ser el efecto de tanto que has estudiado para el examen.

Se separaron las dos amigas. Domy se fue, en efecto, al dormitorio, pero no a curar su dolencia sino a sumirse en nuevas inquietudes producidas por un nuevo recuerdo despertado por las francas alusiones que acababa de hacerle Rosario con respecto a Ramiro.

Rosario quedóse todavía unos momentos en el solitario banco, realmente entristecida, como lo había dicho a su amiga, por la próxima separación. De todas maneras sentía cariño por Domy, cariño correspondido por ésta con sincero y entrañable afecto. Rosario era casi toda una mujercita también. Terminaba sus estudios al mismo tiempo que Domy y era un espíritu culto, inteligente y generoso. Con tales cualidades había llegado cultivar y afianzar, acrecentándola cada día más, su amistad con la amiga predilecta. Era superior a su compañera en asuntos de sociabilidad, pues había tenido para ello la escuela de su hogar distinguido; pero se reconocía inferior a Domy en cuestiones de estudio y de inteligencia. Muchas veces la ayuda y consejo y el saber de su amiga la habían sacado de apuros en los deberes escolares. Ella también, como todas las alumnas del colegio, ignoraba los secretos familiares de Domy Perales; pero, aunque otra en su lugar, señalada por la predilección de la muchacha hubiera tratado de interrogarle y averiguar de ese capítulo reservado de la vida de su compañera, Rosario, con la exquisita sensibilidad y la hidalguía de su espíritu, jamás se había atrevido a la más leve alusión o pregunta al respecto. Le había bastado conocer a Domy, valorar sus prendas personales, dejarse llevar de la simpatía natural que mutuamente las aproximó, y se entregó sin condiciones, como una hermana definitiva. La hizo su confidente, la participó sus ensueños, en fin, la llevó a su propio hogar para brindarle sin egoísmo el mismo calor y predilección que a ella le ofrecían los suyos. Algo más. Cuando su perspicacia le hizo notar la especial deferencia que comenzó a demostrar su hermano Ramiro por Domy, ella, con la más sincera alegría empezó a acariciar un proyecto para el futuro. ¿Por qué no? -se decía-. Si Ramiro y su amiga se entendieran, tendría quizás una hermana de verdad. Y, fiel a este risueño proyecto, puso de su parte todo el tino necesario para acrecentar esa amistad.

Absorbida estaba Rosario en tales pensamientos, cuando acertaron a pasar por allí las hermanas Alcazaba. Dos chiquillas de familia distinguida, pero que no gozaban en el colegio de muchas simpatías. Hercilia, la mayor, del mismo curso que Rosario y Domy, era muchacha elegante y bonita, pero tonta y orgullosa, imbuída de prejuicios y pretensiones sociales y muy pagada de su persona y de su fortuna; indiferente y desdeñosa para el estudio, pero, eso sí, consagrada exclusivamente a dar el campanazo con sus trajes de última moda y de demasiado precio para una simple colegiala. A todo esto añadía el ser envidiosa del éxito o la felicidad de sus

compañeras. Una de las que en este aspecto más le amargaba la vida era precisamente Domy Perales por sus triunfos escolares y por la popularidad que tenía entre las chicas, cosa que ella pretendía monopolizar, siquiera en el terreno del lujo y de la novedad.

Celia, su hermana menor, era en todo un remedo de Hercilia, caracterizada por todas las cualidades físicas y los defectos morales de su hermana mayor, con la diferencia de que era más suelta de lengua y más imprudente para desnudar sus sentimientos y sus pasiones.

Precisamente, las dos hermanas ambulaban en aquellos momentos "tijereteando" a todas las compañeras que habían obtenido en el examen mejores notas que ellas. En esta labor el despecho que, sobre todo, la mayor sentía por el señalado éxito de Domy había llegado a la exacerbación.

-¡Figúrate, la tipa ésa! -le había dicho a Celia-. ¡Con la suerte que tiene! Porque no es más que suerte. ¡No me vayas a decir que es inteligente!

-Claro -había asentido la hermana-. Suerte y un poco de injusticia de las monjas.

-Y, nada más" hermana. ¡Y, si las monjas injustas supieran lo que es esa plebeya, ya no la tendrían tanta preferencia!

-Ah, sí. Claro. Es una plebeya. ¿Te acuerdas lo que hemos sabido? ¡Ay, que vergüenza! ¿No?....

Precisamente en ese momento las Alcazaba distinguieron en el banco a Rosario.

-Chica, ¿qué haces aquí como un alma en pena? -díjole con cierta característica dureza que Hercilia empleaba en sus ratos de incomodidad.

-Nada, chicas. Estaba descansando un momento. ¿Quieren sentarse?

Al hacerlo, tomó la palabra la hermana menor para decir con ironía a Rosario:

-¡Qué milagro, hija, que no estás con la Perales!

A lo que la hermana mayor respondió rápidamente por Rosario:

-Pero, hermana, también Rosario ha debido quedar molestanda por la suerte endemoniada que tiene ésa... ¿No es verdad, hija?

Al oír estas groseras palabras, Rosario, indignada, pero siempre cortés, se levantó para rectificar:

-No digas tonterías, Hercilia, ni seas injusta con esa muchacha, ni menos vengan ustedes a decirme, a mí precisamente, esas cosas.

-Pero, hija -añadió Hercilia, tomándola de una mano-. Siéntate. No tomes tan en serio tu amistad con la Perales.

A lo que interrumpió atropellando, Celia, para decir:

-Porque si supieras quién es. Nosotras lo sabemos ¿Verdad, hermana?

Rosario hubiera querido dejarlas plantadas allí mismo, dándoles una lección, tal como se merecían por murmuradoras y malas; pero, acordóse de que estaba ligada a las Alcazaba por lazos de parentesco, y no deseaba crear conflictos entre ambas familias, sobre todo cuando aquella vida del colegio había tocado a su fin, y optó, impelida por su cultura y su idiosincrasia superior, por tolerar de cualquier manera a aquellas primas tan incómodas y desapacibles. Así, pues, contestó con tono suave y conciliador:

-Pero, chicas. Ha terminado ya para nosotras la vida del colegio. No vale la pena crear rencores y ahondar enemistades a última hora. ¿Qué se nos da que la fulana sea esto o lo otro,

cuando mañana cada una se va a ir por su lado, y sabe Dios si volveremos a encontrarlas en la vida?

-Tienes mucha razón, prima -contestó Hercilia-. Ha terminado ya felizmente este encierro, en el que hemos tenido que estar metidas junto con tanta clase de gente.

-¡Y, hasta con hijas de recoveras! ¿Te das cuenta, Rosario? -continuó con intencionada reticencia la menor de las Alcazaba.

-¿Con hijas de recoveras? -preguntó vivamente Rosario, traicionándole su propósito de serenidad y tolerancia-. ¿A quién te refieres, Celia?

-Pues, a tu amiga más íntima -contestaron a coro las Alcazaba con gozosa perversidad.

-¿A Domy?

-Sí. A la Perales -aclaró con infernal fruición Hercilia-. A aquella desconocida cuya amistad prefieres aún sobre nosotras que somos hasta tus primas.

Calló Rosario y no supo discriminar la actitud ni la intención de sus interlocutoras. Aquello, como mentira era demasiada desvergüenza en sus primas, a quienes, al fin y al cabo, ella, a través de su ecuánime criterio, no podía considerarlas tan perversas a pesar de todos sus defectos, y, por otra parte, sentía tan enorme aprecio por Domy, le había consagrado tan decidida fe y la había colocado tan arriba en su concepto, que no podía aceptar que una muchacha de una inteligencia tan privilegiada, de unos sentimientos tan gemelos a los suyos procediera de tan bajo. No. Aquello era un callejón sin salida para su entendimiento.

-Pues, sí, Rosario -continuó destilando su hiel la pequeña cotorra de Celia. ¿No te lo dice su apellido plebeyo: Perales, y aún más, su mismo nombre? Porque has de saber que no se llama Domy sino Domitila.

-Eso es -continuó la mayor-, porque, la muy astuta de la Perales, para dar cierto acento de aristocracia a su nombre tan vulgar como para una chola lo ha abreviado de acuerdo a la moda. ¿Te das cuenta, prima?

Rosario- siguió callando y pensando. Después de todo esa transformación del nombre no era un crimen, ni siquiera tenía algo de malo, pues, muchas chiquillas, impuestas por la moda, habían acortado sus nombres de pila, haciéndolos más armoniosos, más íntimos y, sobre todo, más breves para la pronunciación.

Pero, ahora vas a saber lo mejor -siguió diciendo Hercilia-, en el último día de salida mi hermana y yo...

-Hemos escuchado a una de nuestras sirvientas -atropelló Celia a su hermana, ansiosa de ser ella la que diera el golpe, y así se pudiera ufanar de haber largado la más sensacional novedad-, que le había contado una hermana suya que es comadre de una frutera del mercado. Dice que esa frutera está hecha unas pascuas, preparando habitaciones y muebles para cuando su hija salga del colegio después de terminar sus estudios.

-Y, que ese colegio es éste -continuó Hercilia, reconquistando su derecho de dar la tremenda nueva y aprovechándose que su hermana se detuvo para tomar aliento-. Y, que la muchacha se hace llamar Domy, y que apellida Perales. ¡Nada más, ni nada menos!

Al terminar, Hercilia y Celia se levantaron, y gozándose en el anonadamiento en que dejaron sumida a su prima, se alejaron lentamente, al tiempo que la mayor de las Alcazaba decía con burla:

-Ahora, si no nos lo crees, no tienes sino que preguntárselo personalmente a tu querida amiga.

-Y, mientras tanto -concluyó Celia desde la distancia-, ¡te la obsequiamos a esa hija de recovera!...

Orondas y satisfechas se fueron las dos hermanas, dejando a Rosario sin palabra.

### CAPITULO TERCERO

Por espacio de varios días estuvo clausurado el "asiento" de Doña Saturnina, causando la extrañeza de su numerosa clientela. Era insólita la ausencia de la frutera, pues, jamás durante largos años la chola había faltado a su puesto, acomodada en su clásica postura para atender a sus caseros. Ni siquiera en las horas del almuerzo Doña Saturnina abandonaba el negocio. Porque, a esa hora, allí mismo satisfacía su magnífico apetito con los platos criollos que las vendedoras ambulantes hacían circular entre las puesteras del mercado. Era de verla, tomar con una mano, por ejemplo, el colmado plato de "fritanga" y con la otra llevarse a la boca y saborear el trozo de carne de cerdo aliñado con una sabrosa salsa de ají amarillo, masticar ruidosamente el bocado, chuparse sonoramente los dedos y tomar en seguida un enorme chuño de Araca para engullirlo en sendos mordiscos; luego, llevándose el plato a la boca, sorber ruidosamente el líquido de la salsa, y, al terminar la vianda, limpiar concienzudamente los residuos del plato con el dedo índice para llevárselo a la boca y chuparlo con deleite; repetir en seguida la misma operación con otro plato de "ají de ulluco" o de "bogas fritas" y terminar el menú con el contenido de una infaltable "cervecita negra"; finalmente, limpiarse la boca y las manos en los pliegues de su pollera interior o "mankjancha", utilizada unas veces para servilleta y otras en lugar de pañuelo, y quedar lista para seguir atendiendo a sus clientes.

-¿Estará enferma la Saturnina? -habían preguntado varios clientes.

-No, señora. Más bien creo que tiene que hacer no sé qué cosas urgentes en su casa - respondieron sus vecinas.

Realmente, Doña Saturnina tenía muchísimo que hacer. Estaba febrilmente consagrada a preparar en su casa un digno alojamiento para su hija. Durante varios días, en compañía de su esposo, Don Ciriaco, había recorrido tiendas y almacenes en pos de muebles, tapices, adornos, lámparas, bibelots y demás chucherías que se consideran necesarias para hacer cómodas y agradables las habitaciones destinadas a una señorita.

La casa de Ciriaco y Saturnina, ubicada en el corazón de un barrio plebeyo, no tenía, desde luego, el aspecto y la comodidad que ellos hubieran deseado para morada de su hija. Era un viejo edificio de adobe, construido sin estética, ni reglas arquitectónicas. Se alzaba, sobre la torcida y mezquina calle, en dos pisos, pero el resto era un vasto cuadrángulo de planta baja que contorneaba un patio extenso de piso irregular y mal empedrado. En el centro de él, como el mejor adorno, crecía una frondosa retama, rodeada abajo por un círculo de tiestos de pelargonias en flor. El amarillo áureo de las flores de retama hacía armonioso conjunto con las flores blancas, rosadas y moradas de las pelargonias y constituían la única nota risueña y multicolor de todo el cuadro gris del patio y de las paredes llenas de hollín que lo circundaban. Desde lo alto de las paredes sobresalían, haciendo una franja de sombra en el suelo, unos aleros de teja, sinuosas y con vegetaciones de salvajina que subían o bajaban siguiendo las sinuosidades del tejado. El descolorido y agrietado enjalbegado de barro de las paredes se disimulaba en uno de los frentes del patio bajo la fronda de una enredadera de tumbo, que dejaba colgar alguna que otra flor y también algún fruto, verde, que, en cuanto comenzaba a pintar, era arrancado, sin esperar a madurarse por la impaciente angurria de algunos de los rapazuelos vecinos que al hacer sus correrías por el arroyo de la calleja, avizoraban a través del zaguán y, entrando de puntillas, con el auxilio de un garabato improvisado o mediante una certera pedrada echaban abajo el tumbo y salían a escape a devorar en algún sitio alejado el botín de su hazaña.

Las únicas estancias regularmente habitables de todo el edificio eran las dos de la planta alta, ante las que se extendía un estrecho corredor con piso de ladrillo y barandas de barras de hierro aseguradas por un tocoso y agrietado pasamanos de madera de pino. Por el otro lado, estas habitaciones daban hacia la calle y recibían la luz por dos ventanas con balconcillos de la misma factura que el corredor.

Estas fueron las habitaciones que habían elegido Doña Saturnina y su esposo para instalar la vivienda exclusiva para su hija. Hasta entonces habían sido, una la "dormida" de ellos y la otra "sala" de recibo para las contadísimas ocasiones en que recibían a alguna amistad o visita. Pero, sin dudar un momento, los viejos resolvieron sacrificar su comodidad en favor de su hija y

bajaron a instalarse de cualquier manera en las oscuras y desmanteladas habitaciones de la planta baja.

La primera fase del arreglo estuvo a cargo de los albañiles, quienes enjalbegaron las paredes, colocaron plafones modernos, entablaron el piso, pintaron las puertas y ventanas y pusieron los vidrios que faltaban. El trabajo de transformación más serio fue el de convertir una de las anticuadas ventanas a la calle en un sobresalido, amplio y moderno enfarolado, que Doña Saturnina se empeñó en mandarlo ejecutar a cualquier costo, según ella decía entusiasmada: "Para que la chica se esté mirando la calle a su gusto. Joven, **jay**, es. A lo mejor ha de querer pololear por la ventana".

En seguida vino la complicada etapa de elegir los muebles. Don Ciriaco, a pesar de ser un competente maestro ebanista, consideró la producción de sus manos muy poco para satisfacer los refinados gustos de su hija y fue el más empeñado en convencer a su consorte para adquirir muebles en la mejor casa importadora de la ciudad.

Después de idas y venidas, de consultas y discusiones y buscando el parecer de personas conocedoras del asunto se decidieron al fin adquirir un precioso juego de dormitorio acabadamente construído en madera de palo de rosa, de líneas esbeltas y delicadas como para la alcoba de una jovencita, con un tocador de luna circular de dos varas de diámetro. Para el living-room se adquirió, previos los mismos ajetreos, discusiones y consultas, un elegante juego tapizado en riquísimo brocato de color crema, una gran carpeta de damasco cortado, azul pastel, y, luego, cuadros, cortinas, pantallas de luz, bibelots y demás detalles para los que se aconsejaron de personas competentes.

Uno de los asesores artísticos que habían buscado, casi al final de todo el proceso de adquisiciones, les aconsejó instalar un cuarto de baño. Azorados quedaron los esposos ante esta iniciativa que ni por un momento la habían sospechado indispensable.

-Sí, amigos. Para completar un departamento de residencia con todo lo más necesario -les había dicho- tienen ustedes que dotarle un cuarto de baño. Hay para eso en los almacenes los juegos más bellos, por ejemplo de color lila verde, malva, etc. Sin eso no podrá estar cómoda la persona que ustedes quieran alojar en su departamento, por muy lujoso que éste sea.

Miráronse con angustia Don Ciriaco y Doña Saturnina. Ellos que creían haber pensado en todo, estudiado el asunto durante muchos meses, sintieron que el cielo se les caía encima. No era porque ellos tuvieran reparo en gastar. ¡No! Para eso tenían aún sus ahorrillos y lo que seguirían ganando con su trabajo. Pero en aquel momento crítico la dificultad era que no tenían la habitación adecuada para el cuarto de baño.

Salieron de la tienda preocupados con el peso de su primera desilusión. Hasta que Saturnina encontró pronto dentro de su simplismo la manera, a su juicio, de resarcir aquella falta, y de inmediato la comunicó así a su esposo:

¿Sabes, Ciriaco? En lugar del cuarto de baño que nos ha dicho ese caballero, más bien se lo compraremos una linda radio. ¿Qué te parece?

-¡Caramba, ché! Vaya pues. Será así no más, como vos dices! ¡Qué vamos a hacer ya a esta hora, cuando falta tan pocos días para que se salga la chical!

-Sí. Va a estar bien no más -añadió Saturnina con afán de consolarse-. Vamos a donde ese gringo de la calle Comercio. Ahí he visto una radio bien linda y así grande, como una cómoda.

-Vamos, pues -respondió Ciriaco resignadamente.

Mientras iban caminando cuesta arriba hacia la Calle Comercio, Dona Saturnina, como dando expansión a sus pensamientos, fue monologando de esta pintoresca guisa:

-¿Cuarto de baño, no? Tiene razón ese caballero. ¿No dice, pues, que ahora la moda de todos los ricos es bañarse aunque haga frío? Ay, si mi hija fuera **huahua** todavía mas que sea en una batea ya me la estuviera bañando, con agua calentada al sol y todo. Después me la hiciera

echar en mi falda y me la secura con todo cuidado. Pero ahora que ya es tan crecida, qué voy a poder, pues, hacer eso. ¿Tanto que cambian las cosas con el tiempo, no?

Y, luego, queriendo buscar en alguien que no fuera ella precisamente el responsable de tamaña omisión, se encaró con Ciriaco para reprocharle:

-Después de todo, vos tienes más culpa que yo. Debías, pues, haber pensado en eso. ¿Acaso yo no más he de estar sobre todo lo que hay que hacer? ¡Qué dirá la chica, que no sabemos recibirla como a gente!

Hizo mella en el sencillo espíritu de Don Ciriaco el reproche. Porque él también, a porfía con su esposa, sentía verdadera idolatría por su hija. No hubiera querido quedar ni un milímetro por debajo de su consorte en la calidad y en la demostración objetiva de su cariño. Es cierto que como hombre era menos expresivo en las formas aparentes de sus sentimientos, pero no por ello abrigaba en su alma menores anhelos por la dicha de su entrañable chiquilla. Así, pues, conciliador y tolerante, respondió:

-Quién sabe tengas razón, Satuca. Pero, no es tarde. Vamos a estar haciéndoselo trabajar un cuarto para el baño lo más pronto que podamos. Si quieres, mañana mismo me he de poner a hacer la puerta y las ventanas.

Llegaron en tanto al bazar de los radios. Eligieron el mejor de los aparatos que había para la venta. Saturnina, ya un tanto tranquila al pensar que ese bello y sonoro instrumento, pagado a peso de oro, reemplazaría con ventaja al baño, y haría olvidar según ella a su hija la omisión que tan tardíamente lamentaban, dijo al salir del bazar a su esposo:

-**Velay**, pues. Está linda no más la radio que se lo hemos comprado. Yo creo siempre que le ha de gustar a la chica más que el baño. ¿O no es así, Ciriaco?

-Pero mejor siempre ha de ser que tenga las dos cosas.

-Pero, ahora que me acuerdo: ¿acaso no se lo hemos comprado ese tocador que dicen, con espejo y todo? Acaso en ahí no se ha de lavar? ¿O qué dices vos?

Así platicando llegaron hasta la casa haciendo transportar cuidadosamente el mueble adquirido.

Subieron al pequeño santuario destinado a la hija e hicieron colocar la radio en el sitio que les pareció más conveniente. Encendieron todas las luces, veladas en hermosas pantallas de porcelana y cristal y, contentos del maravilloso efecto que causaban las habitaciones completamente instaladas, se dieron el placer infantil de recorrer una y otra vez las dos estancias, con el ánimo casi a punto de palmoear y saltar de contento.

En verdad, no se hubiera podido pedir más en materia de lujo y confort, sobre todo de aquella gente tan falta de conocimiento y experiencia en tales achaques. Pero, era seguro que quienes los asesoraron cumplieron con acierto y refinado buen gusto su cometido. Claro que, en buena parte, también contribuyó la munificencia de aquellos raros padres, quienes, como un milagro de su intuición, supieron sacar de su cariño el tino necesario para adquirir lo mejor y lo más cómodo.

Contentos de haber cumplido satisfactoriamente esta nueva etapa de los preparativos, se consagraron en adelante a la cuestión de decidir sobre la mejor forma de recibir a Domy el día que saliera del colegio.

-¿Sabes? -dijo, iniciando el asunto Doña Saturnina-. El día que venga la chica daremos una "picanteada". ¿Qué te parece, Ciriaco?

-Estaría bien. Pero, ¿le gustará esa clase de fiestas a la chica?

-¡Por qué no, pues! ¿Qué cosa más rica que unos picantes bien preparados? Además, se lo invitamos harta gente. Hasta orquesta, y todo, podemos contratar para que salga bien linda la fiesta.

¿Y, si, más bien, se lo hiciéramos esa fiesta que le dicen "faiv ocloc ti", diciendo?

-Ay, eso será, pues, un té con pastelillos y otros adesivos que no llenan la barriga. No. Mejor es que se lo hagamos una cosa buena y que alimente bien.

-Pero, ¿no ves, Satuca, que la chica ha debido acostumbrarse a otras cosas más finas?

Y, así platicando horas y más horas esa noche y en los sucesivos días, Doña Saturnina y Don Ciriaco discutieron con razones y consideraciones a cual más pintorescas la forma más conveniente y solemne de celebrar el regreso de la adorada hija al hogar.

En una de esas veces, Don Ciriaco preguntó a su consorte:

-Y, a todo esto, ¿qué día ha de salir la chica?

-Eso no te pudiera decir, Ciriaco.

-¿No fuera bueno que vayas a preguntar al colegio?

-Ay, eso sí que no. Ya que hasta ahora nos hemos sacrificado en no ir al colegio a la vista de las otras chicas, mejor es no aparecer todavía por allí. Hasta el último le evitaremos esa vergüenza de que vean la pollera de su madre.

-Y, entonces, ¿qué hacemos? -preguntó con melancolía el carpintero.

-Claro ha de ser. Ella nos va a estar haciendo decir con alguien. O a lo mejor se ha de venir no más recto.

-¿No estará ya para salir?

-No creo. Ayer me he encontrado con una señora que es mi casera de fruta y que tiene sus chicas en el mismo colegio y me ha dicho que todavía tienen que dar exámenes toda la semana.

Tales eran las preocupaciones y las inquietudes que ese matrimonio de cholos rumiaban durante los agitados y anhelantes días de la espera a la niña de sus ojos.

#### **CAPITULO CUARTO**

Apenas Domy se había separado de su amiga Rosario en el banco del jardín, corrió al dormitorio a refugiarse en la soledad para entregarse sin reservas al agrídulce afán de ordenar sus complejos sentimientos.

El primero, el más intenso, el que reclamó la primacía de su atención fue el referente a Ramiro, el hermano de Rosario, evocado hacía algunos momentos por las claras y alentadoras alusiones de su querida amiga.

Realmente, Rosario estuvo en lo cierto al interpretar como pruebas de un sentimiento más que amistoso las demostraciones que ella, cada vez que estuvo en la casa de Rosario, había recibido de Ramiro.

Hacía más de un año que había comenzado entre ellos el delicioso flirt. En la salida que tuvieron en las fiestas de agosto del pasado año, después del desfile escolar, aprovechando una visita de cumplimiento social que tenían que hacer Rosario y su madre, habían quedado en la casa Domy y Ramiro.

El muchacho había puesto un disco en la radiola. Lo recordaba nítidamente. Llevaba por título "Siempre en mi corazón". Luego, apenas se habían iniciado los primeros compases le había invitado a bailar. Ella, sin darse cuenta, como soñando, abandonada a la cadencia musical había

acabado por dejarse estrechar en los robustos brazos de Ramiro. Las cabezas, aproximándose enardecidas habían llegado a juntarse. Luego, muy suavemente los labios de él habían bajado hasta las mejillas de ella y, en esa intimidad virtualmente concedida, el embrujo delicioso y romántico de la danza hizo brotar la cálida flor de un beso, leve, tímido, pequeñito, pero que bastó para decirse todo cuanto era preciso. Entonces, ella, presa de un vértigo embriagador había cerrado los ojos para esconder y guardar en el fondo de ellos la luz auroral de una grande y dulcísima revelación.

Ese beso -¡el primer beso!- para ella, alma exquisita y sensitiva, que por un señalado privilegio del destino había recibido, acaso, lo mejor de las lejanas excelencias de sus ascendientes, quizá de alguna donosa dama olvidada en el embarullado árbol genealógico de su mestizaje, no fue una aventura, no fue una traviesa locura de adolescente. Fue un juramento y una consagración de todas sus juveniles ansias, de todos sus afectos presentes y futuros.

-¡Qué linda estás, Domy!

-Y, tú. ¡Qué arrogante y seductor, Ramiro!

-¿Conoces el nombre de ese fox?

--No. ¡Pero, es tan hermoso!

-Se llama "Siempre en mi corazón".

-¡Qué título tan sugestivo!

-Para mí ya no es un simple título.

-¿Qué es, pues, para tí?

-Un juramento... de amor. ¡No lo olvides!

Calló la muchacha encendiéndose en rubor y en silencioso júbilo.

Nada más se habían dicho aquella tarde. Y nada más faltó para decirse todo. Porque las miradas, al cruzarse, enredaron en el aire los lazos invisibles de un idilio que parecía tener visos de eternidad.

Al llegar Rosario y su madre, Domy no sabía cómo esconder la emoción que la embriagaba. Parecía que toda su alma alborozada, enloquecida de felicidad había salido a flor de sus ojos a señalar a todos el sitio de la mejilla donde le parecía que aún estaba fulgurante y sonoro el galardón del primer beso.

Después, al caer la noche de aquel día memorable, cuando volvió con Rosario al Colegio acompañada por Ramiro, éste al despedirse en la puerta, la había tomado tan significativamente de la mano que aquello fue una nueva sensación de extraña dulzura. Bajo la frase de despedida dicha por ellos con una aparente vulgaridad, las manos muy apretadas se dijeron en el idioma secreto de sus almas, un:

-¡Buenas noches, amor! ¡Soñaré contigo!

Y, así había sido para ella esa noche. Soñó. Mejor dicho, no soñó, porque no pudo dormir. Pero, entornando los párpados evocó una y mil veces la escena del beso. Suspiros tenues, como exhalación de capullos recién abiertos fueron sincronizando los cuadros de su evocación.

Cada nueva salida y cada nueva estadía en la casa de Rosario fueron acumulando en los anales de su corazón nuevas escenas de amor, muchas de ellas tan breves que sólo aprovechaban el momento en que ella y Ramiro pudieron lograr la intimidad deseada a espaldas de Rosario o de los parientes. Hasta que ese idilio alimentado con la sincera fe del primer amor llegó a ser para ella una cosa definitiva, inmovible, la substancia y razón de su vida.

Pero, ahora, las alusiones de Rosario, en el preciso momento de la terminación de sus estudios y la inminente salida del colegio, la colocaban en un trance en que todo iba a cambiar profundamente para ella. Todo lo que fue hasta entonces serena dulzura, seguro miraje de ensueños, definitiva fe en la ventura de su amor, perdió de un golpe sus virtudes de eternidad y se tornó, desde ese instante, en inquietudes, en zozobras interrogantes y en atormentados temores.

Aquel mismo día iba a terminar su falsa situación de señorita. Al salir de aquella casa tan querida para ella, donde todo contribuyó a crearle una calidad social y una personalidad tan por encima de su verdadera posición, iba a regresar al círculo de su familia, desde donde, ella lo intuía con horror, no podría volver a ascender al nivel de sus falsas e imposibles ilusiones.

\* \* \*

En la noche, reunidas las alumnas internas en el amplio comedor del colegio, tomaron la que debía ser "la última cena" de la vida escolar.

Domy, sentada como siempre al lado de su amiga Rosario, embargada todavía en las ideas que habían seguido inquietándola, no se dio cuenta de que su amiguita también estaba reservada y pensativa. La cena transcurrió casi en silencio entre ambas compañeras. Al final, se pusieron de pie las niñas para la oración de gracias y, luego, en filas ordenadas, fueron saliendo hacia los patios y el jardín.

Rosario y Domy, no obstante su respectiva abstracción se encontraron en el patio muy juntas. Tal era la fuerza de su afinidad que, subconscientemente, sin haberse dicho una palabra, se tomaron del brazo, tal como lo habían hecho al comenzar los recreos en todos y cada uno de los días y de los años que pasaron en el colegio.

De pronto, Domy al darse cuenta de que el silencio de su entrañable amiga por una parte y su propia reserva por la otra eran ya como el comienzo de aquella separación no sólo material sino espiritual que tanto temía, sintió un amago de angustiosa soledad, y estrechándose cariñosamente contra su compañera, dejó brotar en una frase temblorosa su pena que iba creciendo:

-¡Ay, -Rosarito querida! ¡Tengo mucha pena por mañana!

Esa frase, de sabor tan dolorido y sincero, fue un acicate para Rosario que le hizo atreverse a preguntar aquello que desde el encuentro con las Alcazaba le iba mordiendo en el alma y que no había osado hasta entonces formular.

-Dime, Domy. ¿Es muy lejos adonde te vas a ir?

-Sí -contestó Domy, dando a sus palabras una profundidad de amargura tal que ya pudo interpretar su interlocutora-. ¡Me voy a ir lejos, tan lejos, que nunca más nos encontraremos!

-¿Ni aún cuando yo quisiera ir a buscarte? -le respondió Rosario en el mismo lenguaje metafórico que ella había reconocido en las palabras de Domy.

-¡Oh, no! Tú nunca podrías descender -rectificó con alarma-. Tú nunca podrías ir hasta donde yo tengo que vivir.

Aquella frase, y sobre todo la apresurada enmienda que hizo su amiga le dieron la comprobación que ella temía.

-Domy, nunca me has dicho nada de tus papás. ¿Cómo son?, ¿dónde viven?, ¿qué hacen?

Cada una de estas preguntas fueron como golpes de filo asestados certeramente a su espíritu que parecía tambalearse sobre un deleznable pedestal construido en tantos años de simulación.

Perdida su serena fortaleza, colocada ya casi ante las puertas del colegio, que dentro de pocas horas le señalarían irremisiblemente un camino solitario, lejos de sus más predilectas afecciones, la pobre Domy, se sintió súbitamente como una mendiga que implora para su necesidad una limosna, como una pobre menesterosa que pugna a buscar un ser generoso que socorra su miseria sentimental. Así, resuelta a todo, al desprecio, al fracaso de su calidad fermentada, pero ansiosa de expandirse en la incontenible confianza, contó a su amiga todo el misterio secreto de su origen, de sus padres, de su calidad social, de su género de vida, en fin, todo, todo, en una larga confesión sincera y patética. Al terminar, con los ojos empapados en lágrimas, no pudo sino decir:

-Ya ves, Rosarito. ¡Cuán lejos y cuán abajo me voy a ir mañana, hasta donde no ha de alcanzarme tu cariño, ni siquiera tu recuerdo!

Las revelaciones de Domy fueron de tal manera categóricas, que, Rosario quedó anonadada y no logró sacar de su cultivado espíritu, de su hidalgo y bien nacido corazón, ni siquiera de su afecto y amistad por tanto tiempo entrañable, la actitud atinada, la palabra de alivio o, a lo menos, la mentira piadosa para glosar aquel doloroso "mea culpa". Entontecida, callada, torpe, hasta en su despedida para irse a dormir, se separó Rosario de Domy, con la sensación de haber sido defraudada, como si la joya más valiosa de su tesoro espiritual hubiera resultado ser un pobre abalorio de plomo.

Para Domy la actitud de su amiga fue el primer tremendo golpe de los muchos que el mundo iba a propinarle al otro lado de las puertas del colegio. Se fue a la cama, a aquel refugio tibio y perfumado con el aroma de su cuerpo en flor, donde había acunado y dado formas fantásticas a sus sueños de adolescente, y que, por primera vez en aquella noche se humedeció con la amargura de su llanto. Echada de bruces, con el rostro hundido en la almohada, quedó desolada, inmóvil, como si sobre ella hubiera caído el montón de pesados escombros a que hubieran quedado reducidas sus ilusiones edificadas con el artificio de su vida de colegiala.

Y, de entre aquellos escombros, el que más le lastimaba, como si tuviera las aristas de una enorme roca de granito, era la inminencia de haber truncado para siempre aquel idilio de su primer amor, encendido otrora con la chispa de un beso en los brazos de Ramiro y al compás de aquella música llena ahora de penosas añoranzas.

## CAPITULO QUINTO

La alegre campanita del colegio, aquella que durante tantos años despertó con su voz sonora el dulce sueño de las colegialas, vibró aquella mañana con un acento especial.

Parecía que de cada tañido salían dos voces. Una alegre, como diana de día glorioso y otra, melancólica, como nostalgia anticipada de despedidas inexorables. Para casi todas las colegialas sólo fue perceptible la primera voz, que les anunciaba el día, tanto tiempo esperado, de volver a sus hogares a retomar el sitio rodeado de cariño y solicitud de los suyos. Para otras, fue el toque de libertad y el anuncio de nuevas y promisorias rutas. Para muy pocas, aquella campanita fue son lastimero que marcaba el corte de entrañables afectos, el pórtico solitario de ausencias incolmables, en fin, el adiós de un mundo risueño, sin las preocupaciones ni las zozobras que esperaban ahí fuera a quienes vivieron como en un invernadero, en cuya temperatura artificial lograron exhuberantes formas espirituales y perfumados capullos y que ahora saldrían al impiadoso clima de la vida a mustiarse con los gélidos egoísmos del mundo.

Así fue, en el orden sentimental, el toque de aquella mañana para Domy. Y, todavía más. Fue una acongojada señal de iniciales penas y de incontables desazones.

Las chicas, después de hacer apresurada y jubilosamente su "toilette", prepararon todas sus prendas y útiles para estar listas en el momento en que sus parientes o servidores vinieran a recogerlas después de la misa. Luego, bajaron por última vez a la capilla para asistir a la ceremonia religiosa de despedida.

Al ingresar las alumnas, la hermosa capilla estaba llena de flores y luces, como de costumbre. Pero, no se sabía por qué aquella mañana parecía vacía, como si algo importante faltara. Algo que restaba veneración a las imágenes, que quitara fulgor a las luces y color y aroma a las flores. Ese vacío indefinible no provenía del recinto, sino del espíritu de las colegialas. Todas ellas tenían su imaginación y su pensamiento tan lejos, en su hogar, en sus parientes que estarían ya esperándolos acaso en el salón de visitas, en sus amigas, en la nueva etapa de vida que iban a comenzar. Se hubiera dicho que una brisa brumosa y mundana había penetrado en ese lugar de recogimiento hasta empalidecer las cosas y las formas sagradas.

Al tomar su respectiva fila para ocupar los bancos de la capilla, Rosario y Domy, por la fuerza de la costumbre se pusieron una junto a otra. Al hacerlo cruzaron un saludo cortés, pero de cierta tibia indiferencia, debido a que Rosario seguía desorientada en sus afectos y no había logrado hasta entonces definir su posición con respecto a su amiga, y, por otro lado a que Domy consideraba ya perdida aquella amistad como si se hubiera anegado en el naufragio de su confesión. Arrodilladas en el mismo banco oyeron la misa. Oraron con acrecentado fervor cada una por su respectiva inquietud a esa linda Virgen del altar que tanto habían amado y venerado mientras fueron nada más que sencillas colegialas.

A la hora del evangelio, el Padre Capellán interrumpió el santo sacrificio para decir su última plática a las muchachas. Después de comentar el evangelio del día y explicar la parábola del hijo pródigo con oportunas reflexiones y consejos para las muchachas, especialmente del curso superior, a quienes se daba la despedida, acabó encareciendo a todas ellas que afuera siguieran observando la santa ley de Dios y practicando las cristianas virtudes que se les había inculcado durante su educación, y terminó diciéndoles con unción sacerdotal:

-Hijas mías. Sobre todo os recomiendo, en nombre de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre que, así como habéis vivido aquí formando una hermandad cristiana, cuando estéis allá, en medio del mundo, sigáis unidas por los vínculos de afecto y santo temor de Dios que aquí, en el colegio, habéis creado. Prolongad más allá la benéfica influencia del colegio. Continúad siendo siempre hermanas, puesto que vosotras, de noble estirpe o de modesta cuna, sois todas hijas de Dios y de su Santa Madre. Las asechanzas del mundo, las tentaciones del demonio encontrarán flaqueza propicia en vuestras almas si estáis solas. Pero, si cada una de vosotras ha de contar junto a sí con el consejo, el ejemplo y el cariño de las que hoy todavía son vuestras compañeras, entonces tendréis fortaleza para vencer las dificultades de la vida. Y, si alguna de vuestras compañeras cayera, por desgracia, corred las otras, levantadla y brindadle vuestra consoladora y confortante cooperación y así salvaréis un alma querida y habréis ganado para el redil del Buen Pastor una oveja descarriada.

Al terminar su plática el sacerdote, muchas de las alumnas, tocadas por la emotividad en crisis por la despedida, lloraron copiosamente. Una de las que sintió con mayor emoción las palabras del sacerdote fue Rosario. Porque había tomado las piadosas reflexiones del capellán como si hubieran sido dichas exclusivamente para ella; para responder a sus dudas; para señalarle un camino luminoso y claro en medio de su desorientación; para darle nueva fe en medio de su desesperanza. Su alma noble, sin dobleces, sin cálculos mezquinos, escuchó la voz de su conciencia y se dispuso a cumplir su deber con toda la sinceridad de su corazón bien nacido. Terminada la misa, y al salir de la capilla, tomó a Domy por el brazo con el mismo afecto de siempre y le habló así:

-Querida Domy. Quiero pedirte que disculpes mi torpe actitud de anoche.

La otra muchacha no esperaba ya recibir tal muestra de aprecio, y con asombrada y alegre emoción, respondió:

-¿De veras, Rosarito? Crees que, después de lo que te conté anoche, todavía puedes ser mi amiga?

-¡Tu hermana, como siempre!

-¡Gracias, Rosarito! ¡Qué buena eres! Me acabas de aliviar de una de las amarguras más grandes que he sentido desde ayer. ¡Que Dios te bendiga, Rosario! Ahora que vamos

separarnos, quizá para siempre, me llevaré a lo menos el eterno recuerdo de tu verdadera amistad y de tu gran corazón.

-¿Separarnos ahora, dices?

-Así tiene que ser, Rosario.

-Pero, ¿no hemos convenido ya que irás a casa a pasar unos días?

-¿A pesar de todo lo que ya sabes, Rosario?

-Nada, nada, hija. Ahora mismo nos vamos, ¿verdad?

-Mira, Rosarito querida. Las cosas han cambiado ya para entre nosotras dos. Y, yo no podría estar contenta ni tranquila en tu casa.

-¡No, y no! ¿Crees que por una tontería de esas, de la que ni tú ni yo tenemos la culpa, ha de haber razón suficiente para borrar nuestro cariño, creado en tantos años de intimidad?

-Pero, Rosario. Comprende...

-¿Tú me quieres? -cortó con afectuosa impaciencia la noble muchacha.

Rosario...

-Di. ¿Me quieres, o no?

-¡Que no voy a quererte! -y se lanzó con desesperada ternura a estrechar en sus brazos a Rosario-. ¡Ahora más que nunca, Rosario de mi alma! Ahora mucho más que antes, sabiendo como sé, lo buena y generosa que eres.

-Entonces, tienes que ir a casa.

-Ya que tú así lo deseas.

-Así. Así me gusta, hermanita -respondió con alegría sincera Rosario y tornó a corresponder el abrazo de Domy y luego añadió con entusiasmo-. Envía a decir a tu casa que no te esperen todavía y que te irás dentro de algunos días.

-Sí, Como tú quieras.

Pero en ese momento cruzó por el espíritu de Domy que en ese instante había comenzado de nuevo a entregarse al contento a merced del embrujo de las palabras y de la actitud de Rosario, el recuerdo de Ramiro, y todo su optimismo convaleciente cayó por tierra. Volviendo a mostrar la tristeza y el desaliento en su bello rostro, tomó a su amiga por las manos y le dijo:

-No, Rosario. Tengo ahora otra razón para no ir a tu casa.

-¿Cuál?

-Tu familia. A ella no debo ni puedo engañarla. Y, tampoco quiero pasar por el trance de hacer otra confesión tan penosa como la que te hice. Perdóname, pues, Rosarito.

-¿Y, qué necesidad hay para que ellos sepan? Mis padres son tan buenos y te quieren tanto, que te agradecerán, más bien, porque vayas a acompañarme unos días más. Además, ellos son gente de experiencia. Ellos me han inculcado precisamente mi manera de pensar sobre estas cosas tan convencionales. Pero, así y todo, yo te juro que no les diré una sola palabra. ¿Así que estás convencida?

Pero, Domy no estaba convencida. Porque, precisamente, su principal reparo no se refería a los padres de su amiga sino a Ramiro. Pero, tampoco se atrevió a declararlo así. Dando un rodeo a su pensamiento, respondió:

-Oh, sí. Tus papás son muy buenos. Yo no temo nada de ellos.

-Entonces, ¿de quién? -terminar de hacer esta pregunta Rosario pensó en su hermano- ¡Claro! -se dijo para sus adentros-. Es por Ramiro que no quiere ir. ¡Como que entre ellos hay algo serio! -convencida de su deducción, y con un tono muy significativo, dijo a Domy:

-Escucha, Domy. Ramiro no tiene para qué saber tu secreto, a lo menos por mi conducto. Además, si él te quiere de veras, como yo me lo imagino, y crees tú necesario, en su oportunidad, decírselo, entonces, la reacción que tenga, favorable o desfavorable, te probará si su amor es verdadero. ¿No crees que vale la pena buscar esa certeza para vuestro porvenir?

Tan clara era la lógica de su amiga que Domy no tuvo , ningún recurso de excusa. Guardó un instante de silencio, acabando por responder:

-Después de todo, tal vez será mejor eso.

-¿De manera que nos vamos?

-Sí, Rosarito. No puedo negarme a tu deseo, siquiera por la última vez.

\* \* \*

Pocas horas más tarde grupos de familiares invadían el colegio. Los servidores pasaban por las dependencias transportando la ropa y objetos de las colegialas. Las chiquillas alocadas y presurosas corrían en pos de una u otra de sus profesoras para darle el último abrazo. Despedidas, consejos, encargos y lágrimas por todas partes y en todos los grupos.

Poco a poco fue esparciéndose desde la puerta la bandada de alumnas, hasta que el colegio quedó como una jaula desierta y silenciosa.

De las últimas en salir fueron Rosario y Domy, a quienes ya esperaba en la puerta el automóvil de la familia de la primera. Al llegar al hall de salida se encontraron con las Alcazaba que, llenas de impaciencia y fastidio esperaban a los suyos que tardaban en llegar.

-Adiós, Rosario. ¿Ya te marchas? -díjole la mayor de las hermanas, tratando estudiadamente de no tomar en cuenta a Domy que estaba de brazo de Rosario.

-Prima Rosario -se acercó a decirle también la menor, añadiendo: -¿Y, te vas a ir sola a tu casa?

-No -respondió Rosario-. Están esperándome afuera, en el auto. Además me llevo a Domy a pasar unos días conmigo.

Aquel disimulado reto dejó estupefactas a las Alcazaba. Se miraron mutuamente con gesto de perversa intención. Rosario que temía algún desaguisado por la violencia de carácter de sus primas, empujó suavemente a Domy para que avanzara hacia la puerta de salida.

Después de despedirse de Rosario, las Alcazaba, con una voz de amenaza y desafío para Domy, gritaron a su prima:

-Oye, Rosario. Vamos a ir a buscarte a casa muy pronto para ver cómo tratas a tus sirvientas -y dieron fin a sus palabras con una sonora carcajada.

Por fortuna, fue Rosario la única que alcanzó a oír esas palabras. Domy ya había traspuesto la puerta.

## CAPITULO SEXTO

Como se lo había dicho Rosario a su amiga, el más interesado en que Domy fuera a la casa era Ramiro. Lo que se comprobó desde el primer momento con la indisimulable satisfacción que el joven sintió al ver a la ex-colegiala.

Al tomar la cena, en el elegante comedor de la familia, Ramiro colocóse al lado de Domy para atenderla esmeradamente, tratando de adivinar sus menores deseos.

Ramiro estaba deslumbrado de la belleza de la muchacha. Esta, dejando por primera vez el uniforme escolar, se había vestido para la mesa con uno de los variados trajes importados que sus padres le habían enviado para su salida. Ahora, el uniforme, que parecía haber sido ideado a propósito para esconder las bellas líneas del cuerpo femenino y juvenil y estandarizar la silueta de las chicas esbeltas lo mismo que las poco garbosas, había dejado el campo a un lindo y sencillo traje confeccionado en un modelo que adaptándose plásticamente al cuerpo de la jovencita, hacía resaltar sus graciosas y juveniles formas.

Y, en verdad que Domy se había puesto deliciosamente atractiva. Su belleza auténticamente criolla contrastaba, sin ceder ventaja, con la aristocrática belleza de Rosario. En tanto que ésta tenía el cutis blanco, los ojos pardos y el cabello castaño y claro y un perfil de rasgos finos, Domy tenía la tez trigueña, los ojos negrísimos, los cabellos negros y ondeados y en el perfil de su cara, bajo una naricilla un tanto chata pero graciosa, sus labios algo gruesos pero frescos y jugosos le daban un encanto de sensual predisposición.

A pesar de que Domy fue tratada en aquella casa con el afecto de siempre por la familia de su amiga, en esa ocasión no estaba del todo contenta. Tenía una espina que la dañaba el espíritu. Cada nueva demostración de cariño que recibía de Ramiro era para ella el origen de un nuevo desasosiego.

Después de sonreír o contestar a media voz alguna velada galantería de su amigo, Domy miraba inmediatamente a Rosario, llena de zozobra, temiendo ver en su rostro un gesto de reproche. Esperaba a cada instante que de los labios de su condiscípula saliera la revelación de su oscuro origen que echara a tierra la risueña y feliz belleza de su amor.

: Rosario, por su parte, generosa y noble como nunca, ni con el más leve síntoma dio a entender que le disgustase la asiduidad cariñosa de su hermano para con su amiga.

Con todo, aquella noche, en su cama, Domy reflexionó concienzudamente sobre su situación en esa casa. Desde luego, se propuso abreviarlo lo más posible. Luego, resuelta a sacrificar su sincero amor, hizo el propósito de mostrarse cortés pero fría e indiferente con Ramiro. De esa manera, a su juicio, obtendría dos objetivos: primero, ir arrancando lentamente, a fin de que la violencia no le lastimara mucho, esa loca ilusión de haber tejido un idilio tan encontrado con los convencionalismos sociales, y, segundo, demostrar a su amiga Rosario que ella no sería tan osada para abusar de la gentil hospitalidad de esa familia para aprovecharla vedadamente en afianzar su anhelo amoroso.

Haciendo mentalmente un solemne voto de cumplir decididamente estos dos propósitos, se levantó a la mañana siguiente.

El día era tan hermoso que las dos muchachas, a iniciativa de Ramiro, convinieron durante el desayuno en salir a dar un paseo por el campo hacia la región de Calacoto. Invitados también los papás, se excusaron por tener en ese día que realizar ciertas gestiones relacionadas con sus haciendas. Al final, decidieron los tres jóvenes ir a tomar el almuerzo en el pintoresco valle cito de Palca.

En pocos momentos Rosario tomó del surtido repostero de la casa lo todo necesario para el menú de la fiesta campestre.

Después de colocar unas cestas bien provistas en el maletín del carro, Ramiro tomó el volante. Iba a su lado Domy y en seguida Rosario. En un par de minutos llegaron al Prado que en aquella hora matinal se bañaba de un sol radiante. Allí estaban ya de paseo muchas chiquillas,

cuyos trajes claros de verano hacían agradable contraste junto a los verdes macizos de ligustros esmeradamente recortados. Casi todas las muchachas eran colegialas que, anhelosas de libertad y de aire libre se habían apresurado a aprovechar los primeros días de sus vacaciones para darse cita en las amplias y soleadas veredas centrales del mejor paseo de la ciudad. Junto a las chiquillas, algunos jovenzuelos acicaladitos y engominados, formaban grupos o parejas con las amiguitas, discurriendo alegremente en idas y venidas a lo largo del paseo. Desde varios grupos que nuestros amigos distinguieron, se levantaron manos juveniles en mímica de cordial saludo hacia el automóvil que iba recorriendo lentamente la calzada.

Cuando ya iban a terminar su recorrido por el Prado, casi al dar la curva de la Plaza del Estudiante, un grupo de dos chiquillas y sus dos respectivos galancetes, a la vista del carro de Ramiro extremó sus alardes de saludo. Las dos muchachas eran Celia y Hercilia Alcazaba. Al principio sólo habían alcanzado a reconocer a Ramiro y para él fueron sus más significativas sonrisas y demostraciones; pero, en cuanto notaron que al lado de éste iba, nada menos que la odiada Domy, quedaron de golpe presas de un asombro desagradable.

Felizmente el carro viró tan a tiempo que ni Domy ni Ramiro pudieron darse cuenta del brusco cambio de actitud de las Alcazaba. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con Rosario, la que tuvo tiempo para volver la cabeza y comprobar el disgusto en que quedaron sumidas las dos hermanas. Rosario estaba en el secreto; además, con su fino tacto femenino había barruntado desde hacía tiempo los inútiles afanes de Hercilia para ganarse exclusivamente la simpatía de su hermano Ramiro.

-Ahí van las primas Alcazaba -dijo Ramiro, cuando después de vencer la curva del monumento a Sucre enfrentaron por la Avenida 6 de Agosto.

-¿Eran ellas? -preguntó Domy, que, por estar abstraída en sus pensamientos, no había alcanzado a verlas y, luego, comentó con sincero elogio:- son muy simpáticas, ¿verdad?

-¿Tú lo crees así? -se apresuró a responder Rosario, a quien le causó pena que su amiga estuviera tan ignorante y errada en su concepto, precisamente con esas cuyos chismes y maldad le habían hecho tanto daño.

-Quién sabe, un poco alocadas. Pero en el fondo me parecen muy buenas muchachas -añadió Domy.

-¿Y, a tí, Ramiro, qué te parecen nuestras famosas primas? -preguntó Rosario a su hermano.

-Pues -añadió el joven con tono irónico-, a mi me parecen unas verdaderas "primas", pero de guitarra, por lo estiradas, agudas y hasta estridentes.

Rieron de buena gana las muchachas la "salida" de Ramiro.

A poco, Rosario quiso explotar un tanto más el criterio de su hermano en perjuicio de sus primas y en beneficio de Domy y, para ello, volvió a insistir en el tema, diciéndole a Ramiro:

-Ramiro, me parece que tú correspondes mal, sobre todo a Hercilia. Ella se esmera siempre en elogiarte.

-Entonces, cuando la veas -respondió Ramiro con burla festiva- le dirás que me pase la cuenta de todo lo que le debo por sus elogios, porque en otra forma no podré corresponderla.

-Tendrás que pagarle mucho, hermano. Porque ella dice de ti que eres su hombre ideal.

-En eso tiene razón completa. Soy y seré tan "ideal" que jamás llegaré a una realidad para Hercilia.

-¡Qué orgullo, hermanito! -comentó Rosario un tanto festiva y otro tanto satisfecha por el resultado de sus preguntas.

Domy escuchó en silencio el diálogo, que le causó cierta impresión, y mucho más lo que en seguida oyó responder a Ramiro.

-Claro que ahora estoy orgulloso. ¿Acaso no debo estar así cuando soy feliz?

Al decir eso, Ramiro añadió una significativa presión de su brazo contra el de Domy. Esta sintió que una avalancha de sangre le subía al rostro. Una sonrisa iba a traicionar la afectada seriedad de su bello rostro moreno. A duras penas pudo esconderla bajo el ala del sombrero y las manos que levantó precipitadamente para disimular el arreglo del cabello sobre la frente.

El carro bajó raudamente por la Avenida Arce y, dando la vuelta a la plaza circular de Isabel la Católica, se detuvo ante el surtidor de gasolina. Bajó Ramiro para hacer llenar el tanque a "full".

Mientras el gasolinero palanqueaba perezosamente la bomba, quedaron las dos amigas charlando en el auto. Rosario aprovechó el momento para decir a su amiga:

-¿Te pasa algo, Domy? Te noto un poco preocupada.

-Ay, Rosarito. A serte franca, te diría que hice muy mal en haber venido a este paseo.

-¿No te agrada el hermoso día que vamos a pasar juntas?

-Después de lo que tú ya sabes, creo que yo no debo aspirar, no digo a la predilección, ni siquiera a la camaradería de Ramiro.

-¡Chica, cómo se te ocurre eso! Ya sabes que eso es pozo sellado en mis labios.

-Pero, ¿crees tú que debo ocultárselo?

-Vamos. No te empeñes en nublar con tus escrúpulos el cielo de este día tan hermoso.

Rosario. Yo debo decírselo. ¡Se lo diré ahora mismo! Sería una traición el ocultárselo.

-Te ruego que te dejes de cosas. Ya tendrás ocasiones de sobra para eso.

-Es que tengo una inquietud tremenda, Rosario. No sé por qué pienso que alguna otra persona puede venir con el chisme. Y, entonces, ¡figúrate! Ni siquiera tendría el alivio de mi sinceridad para con él.

Rosario se acordó al instante de que el presentimiento de su amiga era muy fundado. Pensó en sus envidiosas y murmuradoras primas Alcazaba; en el gesto y en las actitudes de desagrado que había observado hacia un momento en ellas y, sinceramente, tembló por su amiga. Para tranquilizarse ella misma y al mismo tiempo consolar a su amiga, resolvió plantear el caso así:

-Mira, Domy. Estoy de acuerdo contigo; pero, si me permites, me ofrezco yo para decírselo todo a mi hermano. Así, te evitas un mal rato y a mi me dejas una labor delicada, es cierto, pero que espero llenarla con suerte. No olvides que la confianza entre hermanos ofrece más recursos para tratar la cuestión con el tino y la sinceridad debidos. ¿Estás de acuerdo?

-Oh, Rosarito. ¿Serás capaz de eso?

-Ya lo verás, hermana.

-¡Y todavía me sigues llamando hermana! -exclamó Domy conmovida.

-¿No lo has sido en tantos años de colegio? ¿Y no podrás serlo, como presiento, doblemente mi hermana, por el afecto y la voluntad de Ramiro?

Antes de que termine de hablar Rosario, ya Ramiro saltaba al volante. Posiblemente escuchó las últimas palabras de su hermana, pues la miró con alborozada gratitud y luego expresión de ternura.

Domy, abrumada por la generosidad de su amiga y, sobre todo, por la cariñosa mirada de Ramiro se encendió en rubor que matizó bellamente el suave color trigueño de su cara y dio más profundidad a sus grandes ojos negros.

Por su parte Ramiro contentísimo al deducir que su hermana estaba colaborando empeñosamente a su felicidad, aceleró el motor para enfilar por el camino de San Jorge y se puso a tararear una alegre canción de moda.

En Obrajes, a iniciativa de Ramiro que había comenzado por sacarse la americana, las chiquillas también se aligeraron de sus sacos y sombreros que fueron arrojados al asiento posterior. Con el busto traslúcido merced a las ligeras blusas de seda y las cabelleras ondeantes a la brisa, recibieron a pulmón lleno la delicia del ambiente de aquel bello día, comienzo del verano.

Pasaron la ladera de Aranjuez y, bajando por el camino que va a lo largo de la playa del río, llegaron a esa maravillosa obra del "Huari -kunka". Allí el paisaje era tan extraordinario que Ramiro quiso utilizarlo como maravilloso fondo para una foto de las dos muchachas. Detuvo el coche y buscó el lugar que le pareció más a propósito para que Domy y su hermana posaran ante la cámara. Tomada la primera pose, rogó a Rosario que preparara la máquina para tomar otra foto de Domy con él a su lado.

Domy trató de evadir aquel deseo y se ofreció, más bien, a que posaran los dos hermanos para tomar ella la impresión.

-No, no, Domy. Tú con Ramiro -exclamó impositivamente Rosario, evitando con una rápida evasiva que su amiga tomara de sus manos la máquina.

-¡Por favor, Domy! -añadió cariñosa e insinuativamente el joven-. ¡Cómo va a ser posible que me niegues esta pequeña satisfacción de perpetuar un recuerdo tan grato para mí!

Sin esperar más, tomó a Domy por el mórbido brazo y colocándola ante el objetivo, él se puso al lado. En un impulso de cariñosa intimidad le pasó el brazo por su cuello.

En seguida, no contento con ello, Ramiro volvió a obligarla a posar sola para tomarle una aproximación. Después de ensayar la distancia, se acercó a corregirle la posición de la cabeza. Tomándola delicadamente por el mentón le hizo girar un tanto hasta buscar el perfil en que la gracia de esa cara fuera más artística al ser captada por el lente. Y, así, con un cuidado exquisito, como para realizar una obra de arte, el joven apretó el obturador.

-¡Colosal! -exclamó Ramiro-. Con esta foto voy a sacarme un gran premio de concurso.

-No me cabe duda, hermanito -intervino Rosario- pero el premio será debido a ella, no a tí.

Sería el meridiano cuando llegaron al vallecito de Palca. Después de atravesar el poblado, en cuya plazuela dejaron el carro, los muchachos, con las cestas de provisiones al brazo, siguieron hacia la estrecha playa del río en pos de un sitio apropiado para el almuerzo.

Eligieron un bosquecillo de eucaliptos con el suelo tapizado por una blanda alfombra de césped. A la sombra del árbol más coposo dispusieron sus viandas.

La distribución de los sandwiches, de los fiambres, de las golosinas y de los vasos de refresco no fue sino la más deliciosa manera de extremar por parte de los hermanos sus atenciones y su afecto por Domy. Esta era servida y halagada a competencia por Ramiro y su hermana. A tal extremo se vió aquella abrumada de atenciones y ganada, con ello, su voluntad, que todos sus anteriores propósitos de mostrarse fría con su amigo quedaron frustrados. Pues,

solamente portándose como una torpe y mal educada hubiera podido quedar sin retribuir el afecto de sus compañeros.

A esto se añadía que el lugar apacible y de rústico encanto, lejos de todo refinamiento social, fuera de todo marco de forzada etiqueta, impulsaba a cualquiera a armonizar su conducta y su espíritu con la sencilla belleza y con la placidez de la naturaleza.

Aquel paraje, encajonado casi entre dos pendientes, cobijado por las frondas de los árboles y arrullado por la canción de la corriente del río, invitaba a ser espontáneo, sencillo y sin dobleces. Se diría un trocito de paraíso terrenal hasta donde no hubieran llegado las asechanzas del mal.

Después del almuerzo, ahí mismo, junto a las cestas, se tendieron los tres sobre el verde mullido de suelo. Ramiro ofreció a Domy su saco para que en él reclinara la cabeza a manera de almohada. Rosario, con juiciosa prudencia, eligió para su siesta un sitio un poco apartado de los demás.

.Muy pronto cesaron las bromas y las risas. Los jóvenes, con la cara al cielo que asomaba azul y radiante por entre las frondas de los eucaliptos, dejaron que sus miradas se perdieran en el infinito y soltaron las amarras de sus sueños para dejarlos gozar de espacio, de silencio y de paz.

Inmóviles las hojas de los árboles, imperturbable la calma del campo; sólo el río en su constante avatar les cantaba la canción infinita de una dulce y serena romanza.

Rosario, sin inquietudes, se entregó a la serena paz de su espíritu y se durmió arrullada por el río...

No sucedió lo mismo con Domy, cuyo espíritu zarandeado por sus inquietudes y preocupaciones, en vano trataba de aprovechar y anegarse en esa calma.

Ramiro tampoco pudo hacer la siesta. En medio de la felicidad que sentía al estar junto a su amada, notaba que le nacía un fervoroso romanticismo. Y, en ese estado de ánimo, aquella canción del río fue el detalle que más le subyugó hasta hacerle exclamar en alta voz, pero como si se dijera a sí mismo.

-¡Cuán bella es esa canción del río! ¡Cómo da la impresión de que sus aguas se van, pero sin asustarse!

Domy estaba muy cerca de su amigo. Creyó que esas palabras eran dirigidas a ella y en esa creencia, respondió:

-Y, sin embargo, Ramiro, un río es como una vida lanzada hacia adelante. Jamás las aguas que ya pasaron han de volver a recorrer el mismo cauce.

-No, Domy. A mí, la canción de este río me da la noción clara de una despedida sin ausencia. Linda paradoja ¿verdad? Pero es así como la siento. Tiene la emocionada ternura de algo querido y bello que se despide, y al mismo tiempo es la esperanza de que su caudal se renueva sin cesar y sigue besando la misma orilla y que es la misma voz la que canta su misma canción. A través de un camino ignoto hacia el misterioso porvenir parece a momentos que el río va alejándose con su cantar; pero el eco que se aleja se refuerza armoniosamente con el rumor que llega. Y, el río parece perenne y sempiterna la canción. ¿Domy, no te parece esto extraordinariamente bello?

-A mí Ramiro, me causa melancolía. Porque veo en el río la eterna historia de todas nuestras vidas. Sus aguas, al pasar por debajo de una fronda o de un trozo de cielo, copian fugazmente el paisaje, tal vez quisieran detenerse para gozar el embeleso de un plácido lugar de la orilla o de un cielo preferido; pero eso es imposible, la eterna ley de su existencia le empuja inexorablemente a seguir el declive. Y, si quisiera detenerse, violando las leyes de la física, entonces ya no sería río rumoroso y cristalino. Se trocaría solamente en una charca o en una laguna estática, con miasmas, con fango, sin canción de agua que es su vida entonces, ya no sería río, Ramiro, sino una porción de agua muerta, sin historia y sin destino con qué arrobamiento la escuchaba el joven y cómo llegó la admiración por la exquisita sensibilidad a

augmentar su cariño. Acto seguido, Ramiro, volviendo de su arrobamiento y contagiado también de la manía de filosofar, siguió así:

-Y, ¿no te parece, Domy, que, a pesar de lo que dices es muy bello y simbólico el destino de un río? Correr, correr sin descanso, atravesar comarcas y países, y, por fin, orgulloso de su caudal y de su fuerza, echarse al mar llevándose el secreto de las inmensas y variadas tierras por las cuales ha cruzado en su camino. Oh. Es lo más bello de la naturaleza. Yo creo que en el mundo sólo hay una cosa superior al río.

-¿Cuál es ésta, Ramiro?

-El amor. ¡Nuestro amor, Domy! -al decir, eso, Ramiro resbaló sobre el césped hasta colocarse muy junto a su amada. Le tomó las manos. Depositó en sus negros ojos la mirada apasionada de los suyos, elocuentes para decirle ellos solos cuánto la amaba.

Y, así, con la cabeza inclinada sobre la de Domy hasta sentir el calor de esas mejillas enardecidas y el embriujo irresistible de esa boca jugosa, Ramiro continuó:

-Sí, Domy de mi alma. Nuestro amor, que ha de ser como ese río, cristalino, incontenible, imperturbable; que ha de seguir su curso por entre todo y a pesar de todo, hasta desembocar en la eternidad.

Domy, sintiendo el efecto de esa apasionada eclosión de romanticismo, bajo el impulso de las palabras, de las miradas y de la fascinación de la juvenil masculinidad de su amado, se sintió caer en un cálido éxtasis. Entornó los ojos, contuvo la respiración y estremeciendo de ansia sus carnosos labios, se ofreció, con toda el alma acurrucada en su boca, al beso candente, largo y embriagador de su galán. Y, sólo el río que deslizaba sus claras linfas entre los guijarros de cuarzo, se llevó el eco de ese ósculo de amor, como si quisiera evitar que los demás mortales fueran testigos indiscretos de esa felicidad.

Desde el fondo de la embriaguez en que había caído la muchacha, sintió, como un milagro de energía, el impulso de su femenino pudor que le permitió volver a la realidad. Incorporóse, evadió el sortilegio peligroso de una nueva mirada de Ramiro y alisándose los cabellos alborotados, exclamó con grave melancolía:

-¡Qué loca soy, por Dios! ¡Como he podido llegar a eso!

-¡Cómo! ¿Qué es lo que dices, amor? -demandó Ramiro, alarmado por la transición.

-Sí, Ramiro de mi alma. Esa es la verdad. Yo soy una pobre loca, que estoy tratando de poseer algo imposible; algo que hoy me halaga, pero que mañana ya no podrá ser mío, ni estar siquiera al alcance de mis manos.

Domy hubiera querido en ese momento hacer su confesión ante el muchacho. Decirle lo que, en realidad, era ella, lo que tan arteramente aparentaba a su lado bajo el barniz de su educación. Contarle la mentira de su situación, elevada artificialmente con la generosa complicidad de Rosario. En fin, hubiera deseado decirle todo. Pero un temor superior a sus deseos y el incontenible afán de no nublar tan bruscamente esa gloriosa aurora que había comenzado a alumbrar en su vida, ansiosa, a pesar de todo, de un poco de felicidad, no le permitió ser franca y, muy apenas, como preparándose a la futura decepción, al próximo truncarse de ese idilio fugaz, pudo expresar así, aliviándose con la intención oculta de sus propias palabras:

-Ramiro, escúchame -le dijo, desasiéndose de las enardecidas manos del muchacho que habían vuelto a tomarla con anhelo de repetir el primer rapto de apasionado cariño.

-Escúchame. Te lo pido.

-¿Acaso hacen falta más palabras para probar que nuestro amor es eterno e inmutable? —respondió Ramiro, aunque cediendo al deseo de ella y renunciando por el momento a un nuevo beso.

-Tu amor, Ramiro mío, no lo discuto. Lo acepto más bien tal como tú me lo expresas, eterno e inmovible. Y, acepto también que sea como ese río que nos arrulla. Tú eres eso: el río, energía que corre, que avanza, que marcha sin detenerse en pos de su porvenir, acumulando nuevos caudales para echarse rumoroso y potente hacia el más allá. Pero, yo, Ramiro de mi vida, no soy más que un recodo de la orilla. Un sitio humilde, silencioso y rústico, en donde tus aguas han encontrado quizá un remanso cuyo suavísimo declive te permite pasar junto a mí muy lentamente. Tú no podrás hacer otra cosa que besar con tus aguas las humildes hierbecillas de la margen y... nada más. Seguirás luego tu camino, sin poder volver atrás ni detenerte a escuchar mi reclamo ni el impulso de tu generosidad. Y, yo, pobre orilla abandonada, quedaré en silenciosa nostalgia, viendo que es imposible trastornar las inexorables leyes del universo.

-Sí. Lo que tú quieras y lo que tú digas, adorada Domy. Por eso dije al principio esa paradoja que se me ocurrió: el río da la impresión de una despedida sin ausencia.

-Ya verás, Ramiro, cómo la realidad, quizás hoy mismo o mañana, te probará que no has hecho más que una bella frase.

-¿Hoy o mañana? -reflexionó el joven-. Ah. Ya sé. Te refieres sin duda a tu viaje. A propósito. Dime. ¿Te marchas pronto, no es cierto? Tus papás estarán ansiosos de verte. ¡Qué contratiempo para mí! Dime. ¿Vas a ir muy lejos? ¿Dónde viven tus padres? ¿Podré ir a visitarte?

Domy, alocada con estas preguntas, como si estuviera al borde del abismo en el que iba a arrojar su felicidad, en un supremo y desesperado trance, estaba a punto de gritar su angustia, de delatar su verdad, cuando sintió aparecer junto a ellos a su amiga Rosario, la cual, atenta a las últimas palabras de su hermano y comprendiendo el penoso embarazo de Domy, se apresuró a decir.

-Déjala, por Dios, hermano. ¿A qué pensar tan pronto en la despedida? ¿No estáis satisfechos con un día tan hermoso y queréis malograrlo con preocupaciones que no nos son necesarias? Ea, vamos pensando, más bien, en el regreso. Miren que estamos bastante lejos de casa.

Así cortado el diálogo trascendental entre los enamorados, los tres comenzaron a hablar de futilidades, a recoger los enseres del almuerzo, a reír por cualquier cosa y, finalmente, a trasladar los cestos hacia el automóvil.

Esta vez, al tomar asiento Domy logró ocupar el extremo opuesto a Ramiro, rogando a Rosario que se acomodara entre ellos dos.

Ramiro que, en el primer momento no notó el cambio. ocupado como estuvo en dar el arranque al motor, quiso detener el carro para invitar y obligar a Domy a que pasara junto a él; pero las dos muchachas insistieron en seguir sentadas como lo estaban, pretextando que había que ganar tiempo para volver a la casa antes de anochecer.

Este detalle, sin embargo, causó cierta desazón en el joven, el cual, con el talante cambiado, guió el carro guardando profundo silencio y un tanto herido en su amor.

## CAPITULO SEPTIMO

En la tarde del día siguiente al del paseo por el vallecito de Palca, Rosario, Domy y Ramiro se hallaban en el living. room de la casa, discutiendo acerca de la película que irían a ver a la hora de la tanda vespertina.

Ramiro se obstinaba en elegir una cinta de argumento romántico. Rosario, apoyada por la opinión de su amiga, prefería otra de asunto frívolo.

En tales circunstancias se hicieron anunciar las hermanas Hercilia y Celia Alcazaba. El anuncio causó sincero desagrado a Ramiro y sobre todo a su hermana. Rosario comenzó a abrigar serios temores, presintiendo que aquellas lenguaraces y envidiosas muchachas aprovecharían la ocasión para incomodar y ofender a Domy.

Si Rosario y Ramiro hubieran podido hacerlo, habrían ordenado al sirviente que dijera que estaban ausentes; pero, aún proponiéndoselo no habrían podido evitar aquella ingrata visita, porque, a pocos instantes después del anuncio ya la tenían encima, es decir en la puerta de la habitación, porque las hermanas Alcazaba, por ser primas de los hermanos Castañar, no consideraron necesario esperar el regreso del anunciador y se plantaron de sopetón en el living.

-Hola, Rosarito.

-¿Qué tal, Ramiro?

Dijeron Hercilia y Celia al entrar y, con la mayor naturalidad del mundo se aproximaron a abrazar con forzada afabilidad a sus dos primos.

Después de una retahíla de frases y cumplidos de exagerada melosidad se empeñaron en demostrar que no habían reparado en la presencia de Domy. Al fin, como si recién se hubieran dado cuenta de la presencia de la muchacha y, como haciéndole un desdeñoso favor de cortesía, la saludaron fríamente.

-Ah. Disculpa. No nos habíamos fijado que **también** -palabra que la dijo Hercilia con cierto muy intencionado acento- habías estado tú por acá.

Domy, amilanada por las maneras y actitudes de las Alcazaba, apenas pudo contestar cortésmente al forzado saludo de las visitantes.

Más serena y dueña de sí, Rosario contestó a Hercilia y a su hermana:

-No debe extrañarte el verla aquí a Domy, puesto que ayer nos viste pasar, juntas en el auto cuando íbamos de excursión.

-Pues. Créeme, Rosario. No nos hemos fijado -respondió rápidamente Celia-. Sólo te hemos visto a tí y a Ramiro. ¿No es verdad, hermana?

-Me lo explico -contestó esta vez Ramiro con cierta burla- puesto que ustedes estaban muy ocupadas en corresponder a los bizarros festejantes que las acompañaban.

-Ay, no, no. Eso es mentira, Ramiro -respondió Celia- porque vas a saber que ni yo ni mi hermana estamos acostumbradas a llevar el apunte a unos cualquiera.

-Pues, yo deduje que ustedes estaban felicísimas y orgullosas de la compañía -respondió Ramiro, riendo y gozándose, en el fondo, por haber las hecho rabiar.

-¿Felicísimas? ¡Qué barbaridad, Ramiro! -contestó Hercilia en tono de protesta-. ¿Estarías tú feliz con una amiga que no estuviera a la altura de tu rango social? ¿Verdad que no?

-Sí. Claro -añadió Hercilia-. Esos que vieron con nosotras eran un par de antipáticos que se nos aproximaron por pura casualidad y a los que tuvimos que soportarlos toda la mañana en el paseo del Prado. ¡Figúrate, Ramiro!

Rosario ya veía venir aquello, y, al punto, paró en seco a Hercilia, diciendo.

-¿Y qué es lo que entiendes tú por rango social? ¿Tener sangre azul? ...Ya sabes que en estos tiempos sólo las plumas fuertes pueden enorgullecerse de eso.

-¡Ja, ja, ja! -rió de buena gana Ramiro-. Sabes, hermanita -le dijo alegremente a Rosario- que más que simple bachillera, pareces ya una doctora.

-Ah, no. No me refiero a la sangre precisamente -dijo Hercilia, un poco amoscada-. Yo me refiero a que cada persona debe permanecer en su propio círculo social.

-¡Eso es! -añadió, irónica, la pequeña Celia-. Por ejemplo, las que son o han sido cholas deben permanecer entre polleras. ¿Verdad, hermana?

Domy recibió la frase en toda su torpe intención. Empalideció primero, luego se encendió en intenso rubor. Bajó la mirada y sintió que de sus sienas resbalaban gruesas gotas de sudor.

Rosario, dispuesta a luchar de firme contra sus maledicentes primas, contestó al instante:

-Pero, no solamente son cholas las que visten polleras. Las hay otras sin ellas, pero que merecen llevarlas por la ruindad de sus almas.

-Eso mismo digo yo -contestó Hercilia, enderezando el golpe a la amiga de su prima-. Las hay quienes, como tú, Rosario y nosotras muy bien conocemos, que mediante el colegio falsificaron su calidad de señoritas y que pretenden simular calidad social para aprovecharse de ciertos ingenuos que hasta les hacen el amor. Estas, creo yo que debieran, más bien, apresurarse a vestir las polleras que abandonaron para entrar en el colegio.

Domy no pudo más. Se puso de pie, balbuceó una disculpa y salió casi a tropezones de la habitación. Apenas traspuso la puerta llevó el pañuelo a su boca para ahogar un tremante sollozo, y llorando a mares se fue hacia el dormitorio.

Las Alcazaba la contemplaron salir con una endemoniada sonrisa de triunfo. Rosario hubiera querido también correr tras de su amiga para consolarla; pero se detuvo, comprendiendo que su presencia era más necesaria junto a su hermano para evitar mayores torpezas de sus primas.

Ramiro, aunque estaba muy lejos de sospechar lo que pasaba allí, cambió su actitud alegre y burlesca hacia sus visitantes y quedó serio y preocupado por algo que le empezó a incomodar, pero sin acertar la causa.

-¿Ya ti, qué te pasa, Ramiro? Te notamos cada día más raro- le preguntó Hercilia.

Ramiro, que seguía preocupado por la brusca salida de Domy, no atendió a la pregunta de su prima.

-Debes estar enamorado -se apresuró a decir Celia-. ¿Podemos saber quién es la elegida de tu corazón?

La pregunta tuvo para Ramiro tan honda repercusión que sus primas jamás habían sospechado. Esa pregunta concretó su ansiedad, y, al impulso de ella, se levantó y, dando una disculpa cualquiera, salió de la estancia para irse en pos de Domy.

Quedaron las Alcazaba atónitas ante el brusco mutis de Ramiro. Se miraron después significativamente, y, como si a través de esas miradas hubieran llegado a un acuerdo, acabaron sonriéndose maliciosamente.

Rosario, que se había dado perfecta cuenta de la embarazosa situación, quiso desviar la atención de sus primas proponiendo un nuevo tema de conversación.

-¿Y, cómo les va en sus vacaciones?

-Las vamos pasando bastante bien -contestó Hercilia

-¿Se divierten mucho? -añadió Rosario.

-Claro que sí -contestó Celia-. Sobre todo porque las vacaciones nos permiten ya elegir nuestras amigas y no estar como estuvimos en el colegio metidas con tanta clase de gente.

-Salvo -exclamó Hercilia volviendo a la carga sobre el antiguo tema- ciertas ocasiones en que una se da de narices con ciertas gentes que creía no volver a ver más.

-Así es -volvió a hablar Celia-. Y eso nos pasa por ciertas tontuelas de primas que se empeñan en tener en su casa basura que había que barrer cuanto antes.

Comprendió Rosario que aquellas insoportables muchachas merecían ya una lección que había que dársela por encima de toda cortesía y consideración de familia. A ello se dispuso, aunque esa actitud repugnara a su bondadoso y delicado espíritu.

-La tontería de esas primas que ustedes aluden consiste, a mi juicio, en no haber recibido oportunamente el anuncio de esta visita. De haberla conocido previamente, hubiera procurado recibirlas en medio de condes y marqueses para estar a tono con el orgullo que se gastan tales primas.

-Pues, por eso nos marchamos ahora mismo para evitar molestias -exclamó altivamente Hercilia, poniéndose de pie.

-Sí. Nos vamos -añadió la pequeña Celia levantándose también-. Advirtiéndote que no volveremos a esta casa mientras tú y Ramiro no nos den una satisfacción por el inaudito desaire que acaban de hacernos.

Y diciendo esto, las dos hermanas salieron de la casa. Rosario las dejó hacer y quedó inmóvil en su sitio, aunque con el rostro encendido por la desagradable impresión que le causaba el incidente, pero sin la menor intención de detener a las que se marchaban.

Entretanto, Domy, después de acallar su llanto, tomó serenamente su decisión. Estaba convencida de que había cometido el error de ir a esa casa confiando solamente en el cariño de su buena amiga Rosario y, sobre todo, aferrándose una vez más a la loca e imposible ilusión de poder pasar siquiera unas pocas horas más de felicidad junto a su "chico". Antes de llegar a la inexorable encrucijada en que iban a tomar distintos rumbos ella y Ramiro, había pretendido hacer un alto, robarle al tiempo unos instantes más de venturoso idilio. No había creído que el egoísmo y la envidia de la sociedad se apresuraría a castigar tan duramente su imprudencia.

Convencida de todo eso, había resuelto abandonar inmediatamente ese plano social elevado y dejarse caer en la gravitación propia de su casta hasta la sima de la vida oscura y baja que le esperaba entre los suyos y en su hogar.

Con presteza estaba recogiendo sus prendas y preparándolo todo para marcharse a su casa cuando entró Ramiro en la habitación.

Extrañado de los manejos de la muchacha, díjole el joven:

-¿Qué te pasa, Domy?

La muchacha, sin volver la cara, antes al contrario tratando de esconder el rostro de llanto de sus mejillas, le contestó con voz dolorida:

-No me pasa nada, Ramiro.

-¿Entonces, para qué recoges tus cosas?

-Para irme a casa.

-¿Ahora mismo?

-Sí. Ahora mismo.

-¿Y por qué esa brusca determinación, Domy?

-Porque así conviene. Para ti y para mí.

El muchacho, optimista todavía en la fe de su cariño, puso en sus palabras una cálida ternura para decir:

-¿Convenirme a mí que te vayas? ¡Jamás, Domy de mi alma! ¿Convenirte a ti? ¡Tampoco! Tú y yo no tenemos, no podemos tener más que un solo y mutuo interés: nuestra felicidad. Y esa

felicidad, a la que tú y yo tenemos derecho porque somos jóvenes, consiste en no separarnos, en estar muy juntos, así, queriéndonos.

Al decir esto, Ramiro se le fue aproximando y tomándola de los brazos por la espalda, la atrajo contra su pecho.

Domy tentó en vano resistir a la fuerza cariñosa de su amado, pero dobló la cabeza sobre su pecho a fin de seguir escondiendo la dolorosa emoción de su rostro y los hilos de lágrimas que por él corrían diluyendo su enorme pena.

-¿Verdad que no te irás así, Domy?

-Sí, sí. Me voy. Porque ya no puedo engañarte más, ni engañarme a mí misma.

-Pero, ¿qué te ha pasado? Cuéntame.

-Sí. Te lo voy a contar. Te lo diré todo -y al decir esto se desasosó de Ramiro y dándose vuelta se encaró a su amado y merced a su esfuerzo de entereza lo miró cara a cara.

Al verla así, bella, emocionada, con los hermosos ojos esmaltados por el llanto, Ramiro la sintió encantadora como jamás la había visto y tomando con ambas manos su deliciosa cara trigueña le estampó cien besos en los labios jugosos y trémulos, diciéndole con exaltado raptó de pasión.

-Cuéntame lo que desees, pero comienza diciéndome que me amas. Que me amas como yo te quiero, como yo te idolatro.

De los ojos de Domy, encendidos por un momento con aquel ímpetu de su amado, se borró la realidad, y en un nuevo éxtasis de iluso ensueño, su pobre alma, una vez más aferrada a su felicidad, dictó la frase encendida en vehemencias juveniles:

-Sí, Ramiro. Yo te amo. Te amo porque eres mi primer amor. Te adoro porque serás el único recuerdo que ha de alumbrar mi desventurada vida.

-¿Me amas de veras? ¿Me lo juras?

.-Sí. Te lo juro.

Y un nuevo raptó enlazó las bocas enardecidas y sincronizó los corazones tan aceleradamente que buscaron la válvula de un suspiro a dúo.

Pero, otra vez, del fondo de esa dicha frenética brotó en el alma de Domy la voz severa de la realidad. La muchacha fue apagando sus ímpetus. El frío de la verdad había hecho descender hasta el cero la temperatura pasional y, con palabras preñadas de amargura y de escepticismo, empezó su dolorosa confesión:

-Escúchame ahora, Ramiro. Esta que vas a oír es una tremenda verdad. Yo no soy la muchacha que tú crees, digna de merecerte por su calidad social. Soy nada más que una chola cualquiera. Mi padre es un carpintero y mi madre una frutera. El colegio donde me eduqué me dió una mentirosa ficción que me permitió aparentar lo que no soy. Y tu hermana, la buena Rosario, ha contribuido a que la apariencia sea completa concediéndome su amistad y trayéndome a esta casa hasta colocarme a la altura de tu amistad y de tu amor. Ya ves que fuí muy mala engañándote. Ya ves que éste tu cariño, aunque correspondido por mí sinceramente, no tiene el respaldo de una situación social igual a la tuya, que pueda dar esperanza y base a nuestra felicidad. Lo único que ahora me queda es irme a vivir entre los míos, a ser lo que debo ser, una vulgar cholita en la que tú jamás te dignarás poner siquiera una mirada de curiosidad. Déjame, pues, que me marche. Nos diremos adiós para siempre. Y me iré de tu lado llena de gratitud porque dejarás llevarme el delicioso recuerdo de este amor que hizo el milagro de darme una categoría ante tus ojos y ante mí misma, que me hizo soñar en cosas muy bellas y que me concedió con tu cariño una ilusión a la que jamás tendré derecho.

La contestación de Domy tuvo para Ramiro una trascendencia tremenda. A medida que había escuchado a la muchacha le pareció estar presenciando un horrible cataclismo, en medio del cual el hermoso edificio que él había levantado con sus más predilectos afanes, se desmoronaba irremisiblemente hasta quedar sumido entre las ruinas de una vorágine. La antigua seguridad de su dicha, la serena dulzura con que juzgaba haber alcanzado su ideal en el amor, habían desaparecido para dejarle presa de una temprana e incurable decepción.

La estancia que hacía pocos momentos no más acogiera el rumor de apasionados besos y de cálidos juramentos de amor, había quedado sumida en el silencio de un camposanto. Parecía que allí había muerto algo que nunca más volvería a resucitar. Ese muerto fue el amor y su pesada lápida el silencio del decepcionado.

Ramiro, inmóvil y pensativo, con los ojos en el suelo, había quedado embargado en sus penosas reflexiones. Entretanto, Domy, con el estoicismo que le había transmitido su sacrificada revelación, siguió haciendo sus preparativos para irse. Listos los bultos de su ropa, estaba ya poniéndose el abrigo y el sombrero, cuando apareció en la puerta su amiga Rosario.

El cuadro que ésta halló ante sus ojos, tuvo, sin necesidad de escuchar una palabra, toda la suficiente elocuencia para demostrar lo que había pasado.

Al verla, Domy tomó su equipaje y avanzó hacia la puerta en la que su amiga estaba perpleja, mirando ora a Domy ora a su hermano y sin atreverse a decir nada.

-Rosario querida -pronunció Domy lenta y penosamente-. Adiós. Y, gracias con toda el alma por todo lo que has hecho por mí.

Luego, desde la puerta, sin volver siquiera la cabeza hacia el joven, exclamó:

-Adiós, Ramiro.

El joven no contestó. Seguía sordo y mudo para todo lo que en ese momento le rodeaba.

Rosario, al notar el mutismo de su hermano, se dió cuenta de que todo estaba perdido para Domy. Sintió que aquella pobre muchacha, en el momento de partir, ya no tenía en esa casa más que la amistad de ella y se apresuró a demostrársela siquiera en el último trance. Tomó a su amiga en sus brazos, le dió un beso enlutado en un rictus de amargura y, sin decir más, la dejó franquear la puerta.

Domy, pestañeando fuertemente para frustrar la caída de dos gruesas lágrimas que asomaron a sus ojos y que no podía enjugar por tener las manos ocupadas en llevar sus bultos salió lentamente.

Rosario, con el anhelo pendiente, en la actitud de su hermano, esperaba que de un momento a otro, Ramiro, sacudiendo su inercia y su mutismo, correría a detener con un gesto o con un grito a la muchacha que se iba. Deseaba íntimamente que el amor impulsara al joven a saltar por encima de todos los convencionalismos y defender solamente su cariño y felicidad. Esperaba a lo menos una frase de cariñosa despedida, en gracia y homenaje a todo un idilio que así se truncaba.

Pero nada de eso sucedió. Los pasos de Domy en el parquet del hall se perdieron; la puerta golpeó al cerrarse hacia la calle, y Ramiro siguió inmóvil.

Al fin, el cariño de la hermana, inquietado por la rara circunstancia, quiso ofrecerse como tierno y fraternal alivio para el mozo.

-¡Ramiro! ¡Hermano! ¿Qué te pasa?

El joven pareció resucitar lentamente al eco de esa voz familiar y cariñosa. Sus ojos de pupilas perdidas en horizontes de desesperación se fijaron en su hermana. Levantó lentamente sus brazos hacia la muchacha; le rodeó el cuello, y como un niño que busca el regazo materno para llorar una pena prematura, le dijo tristemente:

-¡Hermana! ¿Por qué no me dijiste la verdad?

-¡La verdad! -contestó Rosario, acariciando con las manos la cabeza de Ramiro-. ¡La verdad! Yo creía que la única verdad que valía para ti era el amor!...

## CAPITULO OCTAVO

En la casita plebeya del arrabal paceño, doña Saturnina y Don Ciriaco se hallaban afanadísimos en los preparativos del "alferado" que en muy pocos días más debían pasar. Pues, el año anterior se habían "recibido de prestes" para celebrar la fiesta de la Virgen de los Remedios que se conmemora el tercer domingo de noviembre.

El ser "preste", entre la clase popular de La Paz, constituye un envidiado honor, cuyo precio en derroches económicos nada significa en comparación con el prestigio social que aparece al costear y "pasar la fiesta" con el mayor rumbo posible tratando siempre de superar el programa del pasado año.

Los esposos Perales, poseedores de una regular fortuna se habían apresurado a comprometer su palabra de futuros "prestes" en la pasada celebración, y como tradicional fórmula de dicho compromiso habían llevado de la casa del anterior "preste" a la suya el "Niño Jesús" sentado en su pequeña silla de plata para ser guardado y venerado durante todo el año y llevado, después, en medio de una solemne procesión a la iglesia, el día de la gran misa de fiesta.

Fuera del rango que deparaba el "pasar" aquel "alferado", para Doña Saturnina implicaba dicho compromiso el pago de una personal deuda de gratitud hacia la "mama de Remedios", porque al favor de esa milagrosa Virgen había ocurrido muchos años atrás para invocar de lo alto la protección que según su católico criterio, necesitaba su idolatrada hija para hacerse una verdadera señorita.

El día en que la chola debía ir a dejar a su pequeña hija de ocho años al internado había mandado celebrar una misa especial a la Virgen de los Remedios. Arrodillada junto a su pequeña Domitila oró llena de fervor ante la imagen:

-"Mamita de Remedios. A vos te entrego a mi "chiquita". Si las polleras de su madre le han de perjudicar para que sea una señorita, Vos, Mama, tienes que ser su madre!

Satisfechas su fe y su inquietud maternal con la plácida sonrisa que vio en la sagrada imagen, creyó tener la certeza de haber sido escuchado su ruego. Marchó contenta a dejar a su "chiquita" al internado de la "Inmaculada", cuyo colegio era el de mayor distinción social que existía por aquellos tiempos en la ciudad.

Para inmensa satisfacción de Doña Saturnina, los doce años que su hija pasó en el internado cumplieron con creces su objeto. La plástica índole de la niña se había amoldado perfectamente a los hábitos, maneras y refinamientos de aquel medio educacional. Algo más, la privilegiada inteligencia de la muchacha y esa natural ambición de superación intelectual que a menudo se presenta en los niños plebeyos le permitieron distinguirse por su aprovechamiento entre las mejores alumnas del establecimiento.

Doña Saturnina, através de su arraigada creencia religiosa atendía que todos los éxitos alcanzados por su hija en el colegio eran el milagro de la "mamita de Remedios". Por eso, precisamente, el mismo año que Domy debía volver a su hogar, después de terminados sus estudios, ella había solicitado "pasar la tradicional fiesta de la Virgen de los Remedios" como la mejor forma de saldar su cuenta de gratitud. Tal es la explicación de por qué los esposos Perales se hallaban preparando con esmero y entusiasmo todos los detalles de la próxima fiesta. Toda esa semana, la casa de la prestigiosa frutera había sufrido una substancial transformación. Se había comenzado por retirar hacia el último desván los cestos de fruta y todos los menesteres del negocio. Todas las habitaciones fueron prolijamente aseadas y convertidas en salas de recibo, para lo que habían sido provistas de filas de sillas, sofás, bancos y cuanto mueble pudiera servir de asiento para dar cabida y descanso a una numerosa concurrencia. El amplio cuarto, que antes fuera el depósito principal de la fruta que traían semanalmente los "caseros", había convirtiéndose

en un grande y colmadísimo depósito de licores y comestibles. Docenas y más docenas de botellas de cerveza, apiladas en la pared del fondo, formaban una especie de zócalo de más de un metro de altura. En otro lado de la habitación lucían su enorme y curvado vientre seis grandes barriles de chicha de Totorá, oportunamente pedidos a Cochabamba. En el lado opuesto nuevas pilas de botellas de "pisco" y de vino continuaban el zócalo de las botellas de cerveza. En el centro de la estancia y sobre el suelo de tierra apisonada se hallaban torres de platos, vasos y montones de cubiertos y tazas, de los más diversos colores, formas y calidades, vajilla mercenaria que para tales casos se acostumbra "fletar" de ciertos negociantes que se dedican a estos servicios. En lo alto de las paredes y sostenidas en gruesas "alcayatas" pendían más de una docena de "desollados" de cerdo y cordero, rodeados de una nutrida escolta de embutidos, jamones, morcillas, salchichas y enormes quesos de paria. En suma, toda una dotación de repostería popular, capaz de satisfacer y hacer las delicias gastronómicas y báquicas de un regimiento.

En el corral del fondo de la casa, otrora destinado a los mulos y asnos en que los "caseros" del Río Abajo traían la fruta "al por mayor" para Doña Saturnina, ahora se alojaban y cebaban pavos, patos, gallinas y conejos que por esos días gozaban la efímera dicha de una pródiga sobrealimentación, para, dentro de brevísimo plazo, rendir el cuello ante el impiadoso cuchillo de los cocineros.

El patio, limpio de basuras, telarañas y hollín, estaba en trance de acicalarse con cadenas de papel multicolor, faroles y banderines.

En todos estos preparativos, Doña Saturnina y Don Ciriaco eran activamente colaborados por varias "imillas" y "yocallas" a quienes se encomendaba los trabajos elementales, mientras que los quehaceres más serios eran concienzudamente realizados por los numerosos compadres, comadres y ahijados que habían sido convocados por los dueños de casa.

Con el espíritu de organización que Doña Saturnina había ejercitado en los largos años de trabajo y de comercio tenía perfectamente determinadas y distribuidas las diferentes comisiones para la fiesta: la de cocina, la del servicio de la mesa la de la música, la de la ceremonia religiosa, la de las vísperas, la de los fuegos artificiales, etc., etc.

Aquella tarde, después de un día de inusitada actividad, Saturnina y su esposo se dieron unos momentos de tregua para tomar su cena que, como se acostumbraba entre la gente plebeya, debían servirse antes de la caída de la noche.

Terminado el yantar hecho de prisa, la chola, exhalando un suspiro de cansancio, exclamó:

-Ay, **bay**. Felizmente casi todo está ya hecho **ampe**.

-Si. Satuca. Sólo falta -respondió Ciriaco, arrellanándose en su viejo sillón- saber cuáles orquestas han de venir a tocar en casa. Hasta ahora no han dicho nada las que hemos mandado a preguntar.

-Por la plata han de estar viniendo no más. Más bien lo que ahora más me preocupa es que quisiera que ya esté aquí nuestra hija.

-Eso no importa, Satuca. ¿No ves que sus amiguitas se la han llevado a una casa distinguida?

-Ay. Pero yo ya estoy desesperada de verla y de que esté a nuestro lado, después de tantos años. ¿O qué dices vos? -Pero, a ver, primero dime: ¿quieres o no que la chica sea una verdadera señorita?, ¿sí, o no?

-Claro, pues, que quiero.

-Entonces, **dejála** no mas, que se este con sus amiguitas. Quién sabe si esté más a su gusto ahí, y que, más bien, ya no le guste? estas fiestas que nosotros hacemos a nuestra manera.

-Tienes también razón de eso. Pero, al fin y al cabo, somos, pues, sus padres, y, tarde que temprano, ha de tener no más que venirse a vivir con nosotros. ¿O qué te parece?

Francamente. Eso es un poco difícil de contestar. ¿Cómo serán ahora sus gustos y sus intenciones? A lo mejor, ni siquiera le han de gustar los cuartitos que se lo hemos arreglado.

Quedaron silenciosos los dos cholos al considerar el enigma que su propio cariño paternal habíales creado. En el fondo, ambos sentían melancolía por la ausencia y el despego de la hija. El mismo Ciriaco, a pesar de sus respuestas tolerantes en favor de la moza, sentía grave nostalgia por el vacío que no se apresuraba a llenar la ex-colegiala.

Después de varios minutos de silencio, exclamó Doña Saturnina:

-De todas maneras, yo hubiera querido que venga, siquiera para oír la misa de fiesta de pasado mañana. Aunque sea lejos de nosotros, hincada en su reclinatorio, hubiera querido ese día que reciba la cera y el evangelio.

-No te aflijas. Quien sabe venga para eso.

-¡Ojala! Ciriaco. ¿No ves que tiene que agradecerle a la Mamita de Remedios, por lo que la ha sacado así genticita?

-**Dejá** no más. La Virgen ha de estar haciendo el milagro de que venga, siquiera para su misa.

-Tienes razón -contestó resignadamente la chola, y, luego, mirando ansiosamente a la imagen representada en un cromo iluminado por un cirio sobre una "cómoda" de cedro ubicada junto a uno de los muros de la estancia, elevó su fervorosa plegaria: -¡Mamita de Remedios, haz, pues, que la "chica" se acuerde ya de nosotros y de Vos que tanto la has protegido!...

\* \* \*

No había aún terminado Doña Saturnina de formular su ruego, cuando a la puerta de la casa paró su motor un automóvil de alquiler, y, luego, se sintió en el zaguán un garboso taconeo que marcaba apresuradamente pasos de andar femenino.

-¡Mamá! ¡Papá! -llamó desde el patio una voz fresca y juvenil que hizo saltar a los dos cholos de su sitio. Una ola de emocionada ternura inundó torrencialmente sus corazones.

¡Hija!... ¡Hijita!... -gritaron a porfía Ciriaco y Saturnina al mismo tiempo que salían corriendo a recibir a Domy.

La presencia de la muchacha, su donaire, su silueta elegante, su cara bella y casi aristocrática en la que se habían estilizado graciosamente los rasgos de la casta plebeya, en suma, la figura de Domy, fue para aquellos toscos e ignorantes padres una especie de glorioso deslumbramiento que los dejó cegados y mudos.

Al querer dar el abrazo a que les impulsaban sus ansias, se quedaron sin embargo cortados y detenidos por un poderoso sentimiento de respetuosa veneración. Y, fue preciso que Domy, más desenvuelta y dueña de sí, diera los pasos para vencer la distancia a la que el reparo y la timidez de sus padres los había amarrado. Los brazos de la muchacha buscaron uno después de la otra a sus viejos. Y, así, vencido al fin ese íntimo obstáculo se franqueó el emocionado trance de la entrada de la "señorita" a aquél su hogar plebeyo.

Como en andas, triunfalmente, los dos viejos cholos condujeron a la hija al departamento que le habían preparado. Al ser encendidas las luces, la muchacha recibió la más grata sorpresa. Jamás había sospechado que sus padres, por mucho que fuera el cariño que le profesaran, hubieran podido preparar y complementar aquellos elegantes cuartitos en una casa de tan tosco y primitivo conjunto.

Embelesados los padres, contemplaron a su hija tomar posesión de su nuevo albergue.

-¿Te gusta, hija? -le preguntó con ingenua alegría Doña Saturnina.

-Mamacita. Tan lindo está todo que me parece la realidad del más hermoso sueño.

-¿Quién sabe hay algo que no te guste? -se atrevió a preguntar por su parte Don Ciriaco, en medio del embarazo que le causaba la palpable superioridad moral y espiritual de la hija.

-No, papá. Todo está elegido y dispuesto con el gusto más exquisito. Gracias, papá. Gracias, mamacita.

Un nuevo abrazo, estrecho y efusivo fue el premio que los dos cholos recibieron en pago de sus desvelos.

-Bueno, hija. Ahora **quedate** a tu gusto. **Poné** tus cosas en tu ropero. En tus cómodas también tienes la ropa que te lo hemos comprado. Nosotros vamos a ir a **preparártelo** la comida.

Con tal pretexto salieron los padres a sus dominios de afuera a fin de libertarse de la presencia de la hija y de esas estancias en que se sentían cohibidos.

Domy recorrió las habitaciones. Examinó detalle por detalle los muebles y adornos y acabó por abandonarse en un muelle sillón colocado ante la ventana enfarolada por la que penetraba el rumor de las gentes que transitaban por la calleja arrabalera.

Mentalmente comenzó la muchacha a reanudar el pasado con su presente. Ella que había salido como en vergonzosa fuga de la casa de su amiga Rosario con la amargura de una virtual expulsión de un medio social que le estaba vedado, comenzó a sentir desde aquel momento un alivio que no esperaba tan próximo. La seguridad de estar en su casa, junto a sus padres que, así, tan esmeradamente le habían preparado un sitio digno de sus hábitos y refinamiento le hizo columbrar con optimismo su porvenir. Claro que debía renunciar a sus antiguas amigas. Ella procuraría hacerlo. Procuraría buscar un nuevo sentido a su vida, con ocupaciones y distracciones adecuadas. Acariciar aspiraciones y anhelos también acordes con su nueva situación.

Todo ello le sería fácil desde su calidad de ama y señora, que sus padres con su actitud rendida, cariñosa y humillada le habían hecho percibir. Todo sería fácil, pero... En medio de su seguridad y de su confianza, un dolorcillo, al principio tenue y cada vez más agudo, le fue molestando en el alma. Era su amor, su primer amor de colegiala, su ensoñado idilio al que entregara su ilusionado corazón adolescente. Ese doloroso aviso le decía que ella podría renunciar a todo: ambiente, amigas, refinamientos; pero no al derecho de ser feliz con el hombre que le dejó en el sabor de sus besos y en el eco de sus apasionadas palabras el embrujo de la felicidad. Su espíritu juvenil, su emotividad femenina, su adolescencia toda se habían abierto como una flor al milagro de la primavera. Y esa primavera, para ella, tenía un sol cálido y cenital que fue Ramiro. Lejos de su luz y de su calor temía languidecer de nostalgia. Hubiera podido consolarse con un poco de despego, pero ni siquiera la actitud silenciosa que observó el hombre amado después de la inolvidable confesión que ella le hizo le dieron pretexto para irritarse contra esa indiferencia que llegó hasta la crueldad. A pesar de haber salido de la casa de Ramiro sin tener siquiera el consuelo de escuchar de sus labios, de esos labios que la habían besado, una disculpa cualquiera, una palabra de generoso consuelo, ella, tan sin reserva se había entregado a ese amor, que siguió queriéndole, a pesar de todo.

-¿Dónde quieres que te lo sirvamos tu comida, hijita? -fue la cariñosa pregunta de su madre que la sacó de sus cavilaciones.

-Donde usted quiera, mamá.

-¿"Usted", me has dicho? **¡Hual!** ¿Por qué, pues, me **usteas**? ¿Acaso a la madre se trata así? -contestó con rápida e incontenible reacción la chola, herida en lo más profundo de su maternal afecto.

-Discúlpame, mamá. Te trataré como tú quieras -respondió comedidamente la muchacha.

Pero, no dejó de sentir en ese instante la fuerza de dos verdades interiores: la primera, que aquel "usted" le había salido de los labios espontáneamente y en lógica conformidad con la diferencia espiritual que existía entre ella y los suyos, y, segunda, que la disculpa que estaba dando en ese momento no era muy sincera.

-Claro, pues, hijita. Que les digas "usted" a esas señoritas encopetadas, entre las que te has estado hasta ahora, será, pues, de moda o de urbanidad, como dicen; pero, ¿cómo pues vas a tratar lo mismo a tu madre? ¿A ver, dime?

Sí, mamá. Tienes mucha razón. Ha sido nada más que la costumbre de estar entre otras gentes.

Y, luego de decir esto sintió un nuevo escozor en la conciencia, puesto que, ella lo sabía muy bien, la intimidad del colegio le había hecho, más bien, emplear un tratamiento más íntimo con sus condiscípulas.

-Bueno. Te lo he de servir en nuestro cuarto o te lo traigo aquí no más. ¡Vieras, como adivina, hoy día he hecho cocinar una "huarjatita" bien rica, **ampe!**

-Prefiero ir al comedor, mamá.

-¿Comedor, has dicho? -demandó desolada Doña Saturnina-. Nunca hemos tenido esa clase de cuarto. Yo he almorzado siempre en mi "puesto" de la recova; tu padre almorzaba también en su mismo taller. Ahora en las tardes, tu padre y yo comemos en nuestra "dormida" no más, antes de que se oscurezca. Aun ahora mismo, ya hemos comido nosotros.

Calló Domy y pensó rápidamente en que la obra de su readaptación al ambiente de marras le iría exigiendo una serie de renunciamentos y molestosas dificultades.

Su madre más sencilla y primitiva en la manera de encarar y resolver las cosas, acabó por salir del paso con toda naturalidad:

-**Mirá.** En esta mesita te lo serviré. Aquí vas a comer a tu gusto -y señaló la elegante y laqueada mesita central del living-room.

-Está bien, mamá.

Desde la puerta llamó Doña Saturnina a la sirvienta y ésta llegó a poco. Era una india sucia y desgrefñada que entró con todo lo necesario para la comida.

Sobre la mesilla de laca fueron colocados el plato y los cubiertos. La "huarjata", colmando el plato, humeante, con sus trozos de carne de cabeza de cerdo, chuños, tuntas y grandes papas, estaba pródigamente rociada de una salsa de ají colorado y especias de la que se desprendía un pronunciadísimo olor a cocina popular.

-**Servite** no más, hija. Si quieres más te has de sacar de esta olla.

Al decir ésto, ordenó a la india que depositara la olla de barro, tiznada y pringosa sobre el encerado y reluciente piso de la habitación.

-Ahorita te lo he traer tu postre y tu café -Añadió Doña Saturnina y salió.

Al irse la chola lo hizo ya con cierto garbo, porque en esa circunstancia se sentía estar en lo suyo; por eso, al compás de su andar imprimió un cadencioso balanceo a sus polleras.

Domy, un poco azorada y otro poco regocijada, se aproximó a la mesa, dispuesta a iniciar la reeducación de su paladar con ese plato tan predilecto y tan típico de las gentes de su casta.

Pero, mientras comía esforzadamente tratando de hallar el gusto a la vianda y de hacer honor a la culinaria casera, pudo darse cuenta de que el aroma que exhalaba el picante potaje no armonizaba con el suave perfume de sus ropas y de su propia persona.

## CAPITULO NOVENO

-¿No quieres siempre ir a las "vísperas"? -entró diciendo Doña Saturnina en el cuarto de Domy.

-No, mamacita. Por favor. Ya te lo dije esta mañana. Acaso me hubiera animado nada más que por acompañarte, pero me duele tanto la cabeza que podría ponerme peor si salgo de noche. ¿Verdad que me disculpas, mamacita?

-Ay, hija. Entonces, si estás enferma cuidate no más, ¡Y, yo que he estado consentida en que ibas a ir conmigo!... ¡Si vieras cómo ha de ser la fiesta! Hemos contratado dos bandas. Hemos de quemar seis docenas de fuegos artificiales, globos, y camaretas. Ha de haber hasta combate entre buques de guerra y todo. Después hemos de invitar ponches de toda clase. Los vamos a dejar boquiabiertos a los "prestos" del año pasado.

-Te felicito, mamá. Ojalá que todo les salga muy bien.

-Vaya, pues, hija. Cuidate no más y acostate temprano para que mañana amanezcas bien y puedas ir a la misa de fiesta. ¡Eso sí, que a la misa no tienes que faltar! Si no, es capaz de castigarte la Mamita de Remedios.

-Oh, sí, mamá. Voy a ir mañana a la iglesia. Te lo prometo -contestó Domy al tiempo que su madre salía a dirigir la complicada y regocijante celebración de las tradicionales "vísperas" en la puerta del templo y tal como se acostumbra en las fiestas religiosas a cargo del pueblo.

La muchacha se quedó sola en sus habitaciones y no tardaron en embargarle sus serias preocupaciones. Durante todo ese día había presenciado desde el corredor de su departamentito los trajines preparatorios y demás actividades y por menores que se realizaban para la famosa fiesta. El zaguán, el patio y todas las dependencias de la casa habían sido teatro de una inusitada actividad. Cholas que entraban y salían cumpliendo encargos y comisiones; indígenas que tratan elementos necesarios; obreros que instalaban centenares de bombillas de luz eléctrica en hileras cruzadas desde uno a otro frente del patio; otros que decoraban las paredes con faroles, banderines y cadenas de papel. En fin, todo un laborioso cuadro de actividad y de afanes que habían concluído por transformar la casa en un teatro digno de una fiesta plebeya de extraordinaria solemnidad y magnificencia.

En medio de todo ese barullo, solamente el altillo destinado a Domy había sido respetado. Por disposición expresa de los padres de la muchacha nadie había osado subir al corredor ni menos colocar allí adornos como en todo el resto del edificio.

Domy, acodada en la baranda de su corredor, había contemplado todos esos trabajos, más con curiosidad que con entusiasmo. Todo eso que, siendo pequeña le hubiera llenado de alegría, ahora apenas le despertaba una fría expectación. Su mentalidad era tan ajena a esas preocupaciones, se sentía en lo íntimo tan distante de todas esas gentes que, después de bostezar con aburrimiento, prefirió retirarse a sus habitaciones. Cerró las puertas para aislarse de ese mundo insípido para su mentalidad y sintonizando una estación de radio extranjera, desde un cómodo sillón se dedicó a escuchar la música exótica. Poco a poco fue abstrayéndose hasta lograr la grata ficción de estar en un mundo muy diferente al que podía procurarle la realidad de ese rincón arrabalero.

Entretanto, allá, junto al pórtico de la iglesia, llegaba la comitiva presidida por Doña Saturnina y su esposo para dar comienzo a la típica celebración de las "vísperas", algo así como

el aperitivo con que en nuestra tierra se acostumbra iniciar el nutrido programa de una solemne fiesta religiosa.

Las "vísperas" en la fiesta de homenaje a un santo patrono, es algo así como la "serenata" o el "gallo" con que antiguamente se solía saludar, durante la noche y al pie de la ventana o en el zagúan, a la persona que cumplía años al día siguiente. Así como los "serenateros", provistos de una charanga, cohetes, calderas de ponche, o, por lo menos, unas botellas de mistelas o pisco de uva, alborotaban bruscamente el cotarro a hora avanzada de la noche, con los estampidos de pólvora, la ininterrumpida ejecución de un variado repertorio de música adecuada, acompañada de cantos y gorjeos más o menos soportables, interrumpiendo el sueño no solamente del festejado y de su familia sino también de todo el vecindario, así las "vísperas" constituyen una especie de "gallo" o serenata de los "prestes" y sus amistades ofrecen al santo cuya fiesta se ha de celebrar al siguiente día. La diferencia consiste en que las "vísperas" se inician mucho más temprano, a las siete u ocho de la noche, con el objeto de que la suntuosidad de la celebración sea apreciada cómodamente por todas las gentes del barrio, los transeúntes y una gran multitud de curiosos que concurren de los barrios más alejados, y que para estas ocasiones se dan cita y se establecen desde tiempo antes para lograr un buen sitio y esperar pacientemente el comienzo y el desarrollo del programa.

Las ventanas, las puertas, los bordes de las aceras, el enverjado y las gradas y columnas del atrio del templo y todo lugar susceptible de ubicación para los curiosos son invadidos por la multitud. Cholas cargadas de sus guaguas que dormitan en la espalda materna; indígenas embozados en sus ponchos de lana; indias arrebuajadas en sus rebozos de "castilla"; señoras beatas de mantón reforzado con una gruesa manta para abrigarse del frío de la noche; chiquillos y "gualaychos", reunidos en palomillas y que son los más impacientes por deleitarse con los fuegos artificiales.

Son precisamente los "gualaychos", la infancia brava del pueblo, los que inician el bullicio con su alegría prematura, amenizando la larga espera de la multitud con sus correrías y travesuras. Así, por ejemplo, reunidos en una larga fila, precedida por un capataz, el más atrevido y travieso de los chiquillos, van pasando sigilosamente por detrás de las filas de indios, indias y cholas que se han sentado en los bordes de la acera, formando "una seguidilla rápida", a imitación del líder de la palomilla, van echando al suelo todos los sombreros de los despreocupados asistentes, y celebrando su hazaña con carcajadas de burla y algazara de gritos que ahogan las protestas y los insultos de las víctimas.

Como un inevitable complemento a esta clase de fiestas, se establecen al borde de la vereda o junto a las puertas de calle próximas al templo las "poncheras", "dulceras", y "pasteleras". Estas son indias o cholas que se acoplan a estas reuniones populares para hacer su pequeño comercio y proveer de golosinas y bebidas calientes a las gentes del público que no han de llegar a recibir la atención y agasajos de los "prestes". Provistas de una mesilla tosca sobre la que se coloca una medrada vajilla para servir a los clientes, las vendedoras de ponche y las pasteleras tienen a su lado un brasero con carbón vegetal sobre cuya lumbre hierve, ora el caldero de ponche, ora la paila donde se fríen, despidiendo pronunciado olor a sebo, los pastelillos de ordinario y sucio hojaldre con médula de carne, queso y mermelada. Las "dulceras" o "chchamuñeras" disponen sobre su mesilla el surtido de dulces de la mejor manera para incitar los sentidos de la gente: los "ancucos" de color miel y con berrugas de maní, las "melcochas" con nudos de nueces y almendras, los "cigarritos de dulce" liados de a cuatro mediante una faja de papel, las "cocadas" y las "bolas de dulce", que los chiquillos miran con antojo a la luz de una vela de estearina protegida del viento de la calle por un cilindro de papel de "bischochuelo".

Otra de las características de estas fiestas es el aderezo de que son objeto las torres y portadas de los templos. En las primeras se colocan apiñados haces de banderitas de lanilla prendidas en astas de carrizo con la extremidad superior empenachada con cucardas de papel picado, ramajes de retama, aguayos y "taris", extendidos sobre los que penden frutas de la estación y vajilla de plata antigua. En los segundos, se colocan complicados pórticos de hoja de lata calada y dorada, contruídos de acuerdo a la más abigarrada complicación de estilos, plateresco, gótico, griego, arabesco, etc., exornados de banderas, cortinajes, figuras aladas, dragones, sirenas y cuanta forma pudo haber salido de la imaginación de los maestros pintores, hojalateros, bordadores y esa serie de artistas autodidactas que son los que preparan toda esa suntuosidad de quincalla para "fletarla" a los "prestes" en tales oportunidades.

Finalmente, para poner en evidencia ante el público y hacer visibles todos los detalles y suntuosidad de la celebración, nunca se deja de instalar en una gran parte de la cuadra a que corresponde la fachada del templo numerosas hileras de ampolletas de luz eléctrica que van desde uno al otro frente de los edificios que limitan la calle. Por último, la propia fachada de la iglesia es profusamente decorada "a giorno" con estrellas, círculos y franjas de focos de colores. Toda esa profusión de bombillas eléctricas difunde en el lugar de la fiesta una claridad tan intensa que contrasta con la menguada iluminación nocturna del resto de la ciudad.

En un lugar preparado para estas reuniones genéricas, tal como acabamos de describir, se hallaban Doña Saturnina y Don Ciriaco y su numeroso círculo de amistades e invitados para dar comienzo a las "vísperas" del día de la Virgen de los Remedios.

El templo permanecía con la puerta cerrada, pero los festejantes se habían instalado en el atrio. Hacia el lado izquierdo se hallaban las dos bandas de música contratadas por los "prestos" y que debían alternar en la ejecución de su repertorio eminentemente popular. En el otro lado del atrio se había instalado un improvisado bar para atender a los invitados durante toda la duración de la fiesta de esta noche, a cargo de la servidumbre necesaria. En la parte central los prestos e invitados formando un amplio semicírculo ocupaban sus respectivos asientos. Junto a la reja del atrio estaban hacinados los fuegos artificiales que debían ser encendidos uno después de otro en las pértigas plantadas en el centro de la calle, en frente de la puerta del templo.

Al principio reinaba entre los convidados -una treintena de cholas y otra de obreros, esposos o parientes de las anteriores- la más rígida compostura. Las cholas y las cholitas, embozadas en sus mantas y sentadas nada más que en el borde de los asientos, permanecían serias y en silencio, observándose mutuamente. Los hombres, menos cohibidos por esa incómoda y artificial reserva con que casi siempre se inician estas reuniones plebeyas y que dura hasta que el licor ha conseguido soltar la lengua y la espontaneidad de las gentes, se habían reunido en grupos de los más íntimos para comentar entre cuchicheos las impresiones y los augurios. Los viejos lanzaban de cuando en cuando una mirada de soslayo hacia el rincón donde se preparaban los aromáticos "ponches"; a su vez los muchachos solteros hacían lo mismo pero en la dirección donde estaban sentadas las cholitas.

Doña Saturnina, considerando llegada ya la hora de dar comienzo a la fiesta, luego de una breve consulta con su esposo, ordenó a una de las bandas:

-A ver, maestro. Toque usted, pues, su música.

Luego dirigiéndose a dos mozalbetes de la servidumbre, les indicó:

-Hagan reventar los coheteros.

La banda atacó briosamente un manido paso doble, al mismo tiempo que un estruendo de cohetes difundía sus fugaces chispas, el crepitar de sus explosiones y un nebuloso olor a pólvora. Otros servidores, listos para cumplir su respetuoso cometido, a una señal de Don Ciriaco, comenzaron a lanzar al espacio una serie de bombas de luces de Bengala, "coronitas" y "buscapiques" que formaron en el espacio una efímera eflorescencia de luces multicolores.

Lo que más agradaba a la concurrencia y sobre todo a los chiquillos eran las bombas de luz. Palmoteando y con la cara desbordante de infantil alegría, veían ascender la bomba con un sonido semejante al violento y prolongado rasgarse de un fuerte lienzo y que, después de haber llegado al máximo de su impulsión, estallaba con un ruido poderoso y se abría como un mágico cofre de piedras preciosas sobre el cielo de alquitrán para descender, luego, en fulgurantes gemas de rubíes, esmeraldas, amatistas, topacios y diamantes. Muchas manos de mozuelos que habían sentido el embrujo de esa magia luminosa, se extendían para conquistar una de esas chispas de luz que caían del cielo; el empeño era inútil porque éstas se apagaban antes de caer, burlando la ilusionada ansia y la ingenua ambición de los chicuelos.

Otra orden breve y elocuente de los "prestos", y en seguida otros sirvientes hicieron circular entre el grupo, que podríamos llamar "oficial", unos aromáticos y humeantes ponches de guinda. Este primer turno fue bebido por los concurrentes a brevísimos tragos y en fuerza de reiteradas invitaciones e incitativas de los anfitriones que se esmeraban, por su parte, en

atenciones y cumplidos, sin lograr que fueran terminadas las tazas de la bebida. Se diría que todos los hombres y mujeres que se habían reunido allí eran una cuidadosa selección de parquísimos bebedores o, acaso, gentes abstemias que bebían contra su hábito antialcohólico, sólo por satisfacer las exigencias de los "prestos".

Ordenóse luego encender los primeros fuegos artificiales que ya estaban sujetos en lo alto de sus respectivas pértigas. Semejaron éstos, árboles, fuentes y cascadas de fuego y de luz que, girando, formaban bellísimas combinaciones de colores y matices y que arrojaban hacia los costados una lluvia de chispas, rosarios y haces de fuego. Los chiquillos, como si se sintieran incitados a probar su incombustibilidad, pasaban corriendo bajo esa lluvia fantástica y, orgullosos de haberla soportado sin chamuscaduras, volvían una y otra vez a repetir su hazaña.

Terminada la primera pieza musical, asumió su turno la otra banda que parecía esforzarse en batir el récord de potencialidad sonora. Sus músicos, a base de estupendos esfuerzos pulmonares hacían sonar estruendosamente sus respectivos instrumentos.

Un segundo turno de ponches, esta vez de leche y almendras, fue ofrecido a los invitados. A la sazón, los primeros ponches, bastante "cargaditos", habían logrado elevar un tanto la temperatura y disminuir la parsimonia de los bebedores y bebedoras. Por esto los tragos fueron más largos y se necesitaron menos insinuaciones de parte de los anfitriones.

El tercer turno rindió toda su eficacia. Las tacitas del brebaje fueron apuradas ya sin miramientos; surgió la espontaneidad y se expandió sin trabas la más cordial sociabilidad. Las voces y las conversaciones se alzaron hasta dominar casi el ruido de la música. Los gestos y la mímica se hicieron más, elocuentes y expresivos.

-Ay, comadre Satuca. ¡Su fiesta sí que está linda! -exclamó una chola, aproximándose con zalamera actitud a Doña Saturnina.

-¡Ya hubieran querido los prestes del año pasado "pasar" así, como usted, su fiesta! -añadió otra chola.

-Ay, Doña esto... No diga usted eso. -Cuidado que le oiga la Melitona. Si está, pues, **allacito** -le respondió con gesto prudente Doña Saturnina, señalando a otra chola que se hallaba a poca distancia, entre un grupo de concurrentes.

-Lo cierto es lo cierto no más, Doña Satuca. ¿O no es así? ¡Y si me oye, claro ha de estar siendo! -contestó la chola con actitud de reto.

-Chiiiiit, Doña Emerenciana. Cállese usted no más. No me vaya usted a proporcionar un disgusto. Más bien tome usted otra tacita de ponche.

Acallada la belicosidad de la amiga con una nueva dosis de ponche, Doña Saturnina fue a dar nuevas órdenes y a supervigilar los diferentes menesteres y detalles del programa.

Las dos bandas de música, empeñadas en franca competencia, fueron alternando porfiadamente en la ejecución de su repertorio. Los fuegos artificiales, encendidos con breves intervalos, mantuvieron la distracción y la alegría del público congregado en la calle. Algunos de los "buscapiques", remisos para buscar la altura, torciendo su trayectoria, zigzaguearon por el suelo, atacando los pies y las polleras de los concurrentes, obligando a éstos a dar saltos y a realizar ágiles contorsiones y quites para evitar las quemaduras del travieso cohete, que parecía empeñado en retozar, abriendo surcos entre la apiñada multitud. Las coronitas de luz artificial ascendían girando por el espacio como hélices desprendidas o como un aro refulgente que un gigante hubiera arrojado al cielo para engancharlo en el clavo luminoso de una estrella.

Mientras tanto, como un círculo privilegiado, en medio de esa muchedumbre que sólo tenía el derecho de mirar el espectáculo, el grupo de invitados en el atrio era esmeradamente atendido con más y más turnos de ponche.

Las calorías del brebaje habían logrado realizar su máximo efecto. Hasta los músicos tenían ya de sobra entre pecho y espalda y por eso habían comenzado a desafinar de lo lindo. Pero nadie paraba mientes en tales desaguizados, porque también los concurrentes, fuera de

haber perdido lo escaso de discernimiento musical que hubieran podido tener, estaban enzarzados en sus charlas y disputas sostenidas con voces destempladas.

Como uno de los últimos y sensacionales números destinados a la diversión del público de la calle, se efectuó un como bate naval entre dos embarcaciones construidas con fuegos de Bengala. Colocadas frente a frente, a distancia de unos cien pasos, los dos barcos de guerra simulados sobre un armazón de madera cubierto de papel de color, con sus baterías amenazadoras que enseñaban sus cañones a todo largo de su borda, con sus palos y chimeneas de carrizo empavesados con banderitas, comenzaron al mismo tiempo el duelo, cambiando proyectiles de luces de Bangala. La mayor parte de los disparos iban a caer entre la multitud, pero, cuando alguno de ellos daba en blanco contra el buque adversario, el caso se celebraba con aclamaciones de la parte del público que había tomado partido en el barco que acertaba la puntería. El combate duraba ya unos diez minutos y los adversarios parecían no haber agotado aún las reservas de su Santabárbara. Es costumbre declarar el triunfo del barco que siguiera disparando aún, cuando ya el otro había quedado en silencio. Después de los últimos disparos del buque vencedor, la multitud comenzó a disgregarse, tomando diferentes direcciones, camino a sus hogares.

Dentro del atrio también la reunión de los prestes y sus invitados había llegado a su etapa de decadencia. Unos invitados dormían bajo los efectos de la nutridas libaciones; otros, cantaban, desentonando cómicamente, el estribillo de una canción popular; finalmente, otros, todavía dinámicos en medio de su embriaguez, tomaban al azar una pareja y trataban de bailar, obligando a su cholita a seguir con torpes e indecisos pasos la danza mientras con una mano se preocupaban de levantar sobre sus hombros la manta que arrastraba por el suelo.

Y las bandas, convertidas ya en un solo y minúsculo grupo constituido por los tres o cuatro sobrevivientes que superándose a la beodez con la fuerza milagrosa de su subconsciente, seguían soplando sus instrumentos frenéticamente y produciendo un zafarrancho tal que lo mismo parecía una murga de manicomio que el furioso entrenamiento de las trompetas del juicio final.

Al mediar la noche, Doña Saturnina y Don Ciriaco, a la zaga de los últimos invitados que se retiraron de la fiesta, se recogieron a su casa a lo largo de las desiertas calles de la ciudad. Del brazo, tambaleantes ambos, se esforzaron en auxiliarse mutuamente en los momentos en que el otro consorte daba un traspíe e iba a perder el equilibrio.

-Apúrate, Ciriaco. Tenemos que ir a dormir apurados para levantarnos temprano para la misa.

-Pero si yo te estoy arrastrando a **vos**, hija.

Y así, bajo la inquietud de la compleja responsabilidad de la fiesta del siguiente día, los esposos Perales llegaron a su casa a reparar los perturbadores efectos de las "vísperas".

## CAPITULO DECIMO

La misa de fiesta del día siguiente fue la más típica demostración del innegable rango de los "prestes".

A la hora conveniente, desde la casa de los Perales partió la comitiva, organizada a la manera tradicional.

Más de un centenar de cholas y cholitas, luciendo sus más vistosos y coloridos trajes, formaban el cortejo de los "prestes". A la cabeza iba Doña Saturnina, vistiendo una riquísima y flamante pollera de **gros morderé** floreado, botas de "caña alta" de cabretilla plateada, chal de seda color crema y una magnífica manta sevillana de seda granate con bordados y flecaduras negras; la cabeza esmeradamente peinada con el cabello dividido en impecable raya y compartido luego hacia abajo en dos gruesas trenzas que se perdían en la espalda, bajo la manta. El chal estaba sujeto y prendido al pecho con un riquísimo prendedor de topacio con radios de perlas. En las orejas lucía dos pendientes o "carabanas" de oro macizo exornadas de diamantes, y en los dedos de ambas manos, casi una docena de anillos de oro, con rubíes inmensos, diamantes y esmeraldas.

En las manos sostenía un pequeño Niño "cuzqueño", sentado en una silla de plata labrada, de media vara de altura, cuyo respaldo descansaba sobre el pecho de la chola. El Niño tenía un traje de seda rosa, recamado de bordados de oro y un precioso collar de diminutas perlas; en una mano sostenía un pequeño Mundo de plata en cuyo polo norte tenía una cruz de filigrana; en la cabeza, un sombrero, o mejor dicho un casquete de plata, muy semejante por su forma a los sombreros que usan las mujeres de la clase popular.

A pesar del peso que representaba el Niño con su silla, Doña Saturnina caminaba erguida, duplicando su natural gordura con la hinchazón de su orgullo, y con aire y paso tan solemnes que le hubiera envidiado un arzobispo en procesión de Corpus.

A uno y otro lado de la "preste", y completando una amplia fila que ocupaba todo el ancho de la calzada de la calle, iban otras cholas de señalada categoría y de no menos lujoso atavío que Doña Saturnina, aunque sí luciendo cada una las más variadas combinaciones y contrastes de colores entre las polleras, mantas, chales y calzado.

A esta primera fila seguían otras hasta ocupar todo el largo de la cuadra, filas que parecían automáticamente militarizadas y que competían en lujo y colorido con las que las precedían.

Todas ellas llevaban el sombrero de paja esmaltado o el "borsalino" en una mano, mientras en la otra sostenían unos pebeteros de plata en forma de un pequeño pavo real de unos dos palmos de alto. El vientre de estos pavos, destapado en la parte superior, o sea de la cabeza y parte del plumaje, que estaban doblados hacia abajo mediante una bisagra, servía para contener una pequeña lumbre de trozos de carbón vegetal mantenida a fuerza de constantes soplidos de las cholas. A pequeños intervalos arrojaban sobre esa lumbre porciones de incienso que convirtiéndose en aromático humo se difundía por el ámbito impulsado por la brisa de la mañana.

Ciento y más pebeteros, conducidos y alimentados así, formaban en torno de la pintoresca comitiva una atmósfera propia de una gran festividad religiosa.

Los hombres, esposos, padres, hermanos o hijos de las sahumadoras, viendo por la seriedad y reserva que, según ellos, debía corresponder a su sexo, en contraste con la aparatosa exhibición de sus hembras, habían desdeñado el centro de la calle para marchar por la vereda y a cierta distancia del conjunto femenino. En filas de tres o cuatro, formaban una larga columna. Vestían sus mejores trajes domingueros para estar en igual rango que las mujeres.

Una banda de músicos marchaba en seguida, tocando una marcha militar cuyos sonos daban cierto sabor de fiesta cívica a la típica procesión.

A considerable distancia de toda esa comitiva, que engrosaba a medida que atravesaba por las calles, y, dejando avanzar a los fieles que iban a oír la misa de fiesta y a los curiosos que espontáneamente se sumaban al cortejo de los "prestes", caminaba Domy, sola y cuidando de no aminorar la distancia con la muchedumbre.

La muchacha iba elegantemente vestida, lucía un riquísimo tapado de nutria; sus manos enguantadas en fino previl, sostenían un pequeño libro de misa con tapas de nácar y un hermoso rosario de perlas con cruz de oro.

Al aproximarse la comitiva al templo, las campanas de la torre, tañidas con empeño, lanzaron sobre el barrio el alegre son del "tercer repique". En la puerta misma de la iglesia una salva de cohetes anunció la llegada de los "prestes".

Adentro, la inmensa nave de la iglesia, como en el día de su más solemne fiesta, esperaba acicalada de paramentos esmeradamente bruñidos y relucientes, profusión de flores y constelaciones de luces y de cirios. Desde lo alto del coro, el órgano, acompañado de una docena de instrumentos de orquesta, inició la marcha de Tanhauser.

La "preste" avanzó hasta la primera grada del presbiterio, adonde acudieron comedidos los sacristanes en traje de ceremonias para recibir al Niño de la silla y llevarlo respetuosamente al altar mayor, en el que se iba a officiar la misa.

Luego, Doña Saturnina y su esposo retrocedieron unos pasos para ocupar dos de los tres reclinatorios que se habían preparado especialmente para los prestes, tal como siempre se acostumbra, según el tradicional privilegio que la iglesia concede a los que pagan la misa,

La chola ocupó el puesto de la derecha y Don Ciriaco el de la izquierda, El del centro estaba reservado para la hija. Así toda la familia ocuparía el sitio de honor durante la ceremonia. Los demás concurrentes se instalaron en el espacio que quedó atrás. Pusieron en el suelo sus sahumeros. Al inclinarse extendieron diestramente el vuelo de sus amplias polleras y se arrodillaron sobre el mismo suelo, alfombrado en aquella ocasión como homenaje a la fiesta mayor, Dejaron también el sombrero en tierra y, una vez libres las dos manos, tomaron con ellas los dos extremos de la manta, y se la echaron sobre la cabeza a manera de un velo monjil, y cada vez que la prenda resbalaba hacia la espalda la volvían a elevar con un garboso tirón hasta que el borde superior llegara a la altura de la frente. Este afán de resbalar la manta y volver a ponerla en su sitio, ocupó a las cholitas durante toda la misa, en forma intermitente, de suerte que visto el efecto desde el fondo posterior del recinto, daba la impresión de un oleaje que rompía aquí y luego allí la línea formada por el horizonte de mantas y de cabezas.

Los varones ocuparon en nutrido conjunto las filas de bancos que estaban situadas en la mitad posterior del templo. Arrodillados sobre sus pañuelos de bolsillo, procuraban no dañar mucho la esforzada raya de sus pantalones domingueros.

Transcurridos ya algunos minutos, entró Domy en la iglesia. Si por ella hubiera sido se habría contentado con ocupar un sitio en el último banco junto a la puerta; pero les tenía prometido a sus padres oír junto a ellos la misa.

Así pues, avanzó con cierto embarazo por entre las filas de cholitas que con el ruedo de sus polleras apenas habían dejado sitio escaso para que pusiera cuidadosamente los pies quien tratara de caminar entre ellas. A medida que avanzaba la muchacha se le iba haciendo más difícil seguir adelante, porque la densidad de población aumentaba a medida que el terreno estaba más cerca del altar mayor.

Al haber conseguido llegar trabajosamente a cierto sitio, se quedó dudando y con el propósito, acaso, de volverse atrás. A la sazón, Doña Saturnina, que estaba impaciente por la tardanza de su hija, en una de las muchas veces que volteó la cabeza para buscarla, alcanzó a divisarla. Al instante se puso de pie y con grandes aspavientos y un nada disimulado gesto de orgullo, comenzó a llamar a su hija con vehementes señales y hasta a voces. Al ver tal actitud de la "preste", las cholitas que bloqueaban el camino a Domy volvieron la cabeza para mirar a quién llamaba tan afanosamente Doña Saturnina. Prestamente y con acentuado comedimiento le abrieron campo para que avanzara, pero, cuando la joven terminaba de pasar junto a ellas, unas la miraron con extrañeza y hasta con ese callado desdén con que las mujeres plebeyas asumen cuando se encuentran en su propio terreno con las damas elegantes; otras, mejor informadas de quién era, la contemplaban con más tolerancia y comprensión, acabando por cuchichear entre vecinas:

-**Choy.** Esa creo que es, pues, la hija de Doña Saturnina. A lo que la aludida respondía:

-Esa debe ser, ¿no.?

Otra, decía a las que estaban a su lado:

-**Elay. Mirála** a la hija de la preste. ¡Tan elegante, já!

-**Velay,** pues. Si parece un figurín de modas.

Una tercera comentaba:

-¡Ay, Jesús! Esta Saturnina hace con demasiado con su hija. ¡Mirá, pues, tanto lujo!

-¡Qué tal orgullosa será, pues, esta emperifollada!

Una chola más generosa intervenía:

-Pero, buena moza no más también es, ¿no?

-Sí, ¡Pero quién creyera que ésta es hija de una chola como nosotras!

-Lo que es la Saturnina -comentaba otra de las próximas al grupo- van a ver no más lo que se ha de sacar por estar haciendo esas sonceras con su hija. Se ha de buscar un verdugo con esa clase de "Cholita entrajada". ¡Se han de acordar no más!

-Tiene usted razón, doña Esto. Lo que es, si yo tuviera hijitas mujeres, igualito que yo las vistiera. ¡Qué es, pues, eso de estarlas refinando tanto!

-Ay, no, Doña Juana. Todas debemos aspirar para nuestras hijas: Las cholitas estaban bien para nuestros tiempos. Ahora hay que vestirlas no más siquiera de "virlochitas". Así tienen mejor suerte. ¿No ha visto usted que hasta los indios han cosido la partidura de su calzón y ahora parecen caballeros?

-Así será, pues, la moda de ahora. Pero **mamay**, con eso y todo es mejor estar "a la que te criaste" no más.

Así, Domy avanzó entre murmullos y comentarios más o menos parecidos hasta el sitio que sus padres le tenían reservado. Pidiendo disculpas a unas, pisando la manta de otras, con el rostro arrebolado por las dificultades para evitar tropezones y mantener el equilibrio sobre sus lindos pies, esmeradamente calzados en flamantes zapatillas de último modelo, y recogiendo el vuelo inferior de su tapado de pieles, llegó por fin junto a sus padres.

-Ven, hija. Híncate aquí, al medio -le dijo su madre, indicándole el reclinatorio central.

Obedeció la muchacha sin decir palabra y trató de dominar interiormente la incomodidad que le causaba esa curiosa situación de estar como un lunar en medio de esa masa plebeya tan ajena a ella.

A poco, aparecieron dos monaguillos trayendo tres cirios encendidos de más de un metro de largo y adornados en la parte media con un sendo ramo de flores de oropel y una moña de cinta. Según la usanza, esos cirios debían tenerlos en la mano los "prestes" durante la misa de fiesta, como un reconocimiento de su importancia en medio de los demás fieles oyentes. Los tomaron, pues, Doña Saturnina, el esposo y la hija.

Pocos momentos después subieron al altar los sacerdotes oficiantes. Estos eran tres. Se trataba de una misa cantada y diaconada. El celebrante principal lucía una blanca casulla ricamente bordada de oro y pedrería y los dos diáconos vestían dalmáticas del mismo color y elegancia.

Se inició la misa a los acordes del Kyrie Leison, cantado a tres voces desde el coro. En un movimiento general y unánime, todos los concurrentes se arrodillaron e hicieron la señal de la cruz. Estos movimientos fueron seguidos instantáneamente por un agitado oleaje de mantas que las cholitas echaban sobre la cabeza. Los labios de todas esas gentes, más por fanatismo o manía supersticiosa que por consciente fervor cristiano, comenzaron a musitar plegarias que, a pesar de que eran dichas a media voz, formaron, en conjunto, un rumor que se extendió por todo el templo.

Domy, después de santiguarse con los graciosos movimientos de su mano esmeradamente cuidada, tomó su elegante librito de misa y trató de seguir las oraciones pertinentes. No le faltaba sincero propósito ni la suficiente piedad religiosa para oír la misa con la debida devoción, pues a ella estaba acostumbrada en tantos años de constante hábito en el internado del colegio, pero, a pesar de ello, en aquella ocasión sus ojos no pudieron hacer más que recorrer mecánicamente las páginas sin tomar el sentido de las frases edificantes del rito. Su imaginación, agitada por las frases preliminares a la adaptación a su nuevo género de vida, no le permitieron entregarse íntegramente a la placidez y devoción que reclamaba ese momento. Hizo un nuevo esfuerzo por embargarse de unción mística, pero su alma loca y excitada se dió a la tarea profana de pensar en todo menos en la misa. Empezó a reflexionar, comparar y añorar muchas cosas ausentes o pasadas. Desde luego, el ambiente de aquella iglesia llena de gentes tan extrañas para ella, el recargado y chabacano arreglo de su interior, y hasta las imágenes de

los altares tan diferentes de cuanto había en su sencilla y elegante capilla del Colegio, le causaban una sensación rara y desagradable. Las voces de los mercenarios del coro, graves, masculinas, duras y hasta estridentes, le hicieron añorar los suaves y armoniosos coros de las colegialas. No había duda para ella, aún en la calidad de la devoción, encontraba que el ambiente suyo era inmensamente superior a aquel en que ahora estaba junto con sus padres.

Después del evangelio subió al púlpito un orador sagrado a cuyo cargo estaba la apología de la Patrona del día. También en la palabra, actitudes y lenguaje del predicador, encontró Domy una notable distancia con las pláticas sagaces y elevadas del capellán del colegio.

Con voz forzada, en tono de arranques de orador de plazuela, el sacerdote, adaptándose, seguramente a la psicología y limitada comprensión de su auditorio eminentemente popular, inició su sermón de fiesta. El pasaje en que puso todo su calor y su vehemencia, fue el que se refería al primer milagro de la Virgen de los Remedios. Y lo hizo, a pesar de sus incorrecciones de dialéctica y de lenguaje en un tono tan dramático y evocador que la misma Domy acabó por escucharle con atención.

El predicador narró cómo esa imagen de la Virgen de los Remedios, que fuera pintada en un muro de adobe por un artista anónimo de la colonia, en el zaguán del antiguo Tambo de Harinas, recibía todas las noches la cotidiana ofrenda de uno cirio que un jugador empedernido le encendía antes de ir al garito, al mismo tiempo de hacerle el ruego de que le protegiera con suerte en su viciosa diversión. Que, al principio, el favor de la Virgen así invocado fue un seguro talismán para el jugador. Pero, que un día comenzó la mala fortuna. Desesperado el tahúr, continuó varios días más insistiendo en su plegaria al par que en su ofrenda, hasta que, una noche, después de haber perdido el último maravedí, junto con la postrera esperanza, volvió al zagúan del tambo donde el cirio mortecino alumbraba débilmente la imagen. Ciego de furor, enloquecido por la ira, tomando un puñal arremetió a la imagen, hiriéndola en la mejilla y que, luego, fuera de sí, alzó nuevamente el cuchillo para asestarlo contra el niño que tenía la Virgen junto al seno; pero que, en ese instante, el brazo de la imagen, cobrando milagrosa vida, se alzó prestamente para defender al divino hijo, recibiendo el golpe criminal en el dorso de la mano. El portento que asombró al sacrílego, cobró para éste un relieve de estupendo y dramático milagro cuando de las dos heridas de la imagen comenzó a manar sangre viva. Aterrado y arrepentido el deicida, salió de allí a un convento a buscar confesor y penitencia. Luego, refirió el orador que, como a esa misma hora del suceso, una dama de aspecto distinguido se había presentado en el hospital de los juanedianos a buscar curación para sus heridas del rostro y de la mano.

A esta altura del sermón, el predicador hizo una solemne pausa y, luego de tomarse un descanso para respirar profundamente, señalando con el brazo vigorosamente extendido hacia la imagen que se hallaba rodeada de luces en el retablo principal del altar mayor, continuó su perorata:

-¡Y esas heridas que muestran aún la sangre generosa y divina, las tenéis allí, ostentándose a través de los siglos en la mejilla y en la mano de la milagrosa Virgen de los Remedios, como testimonio irrefragable para los incrédulos y prueba del poder y bondad de Dios Nuestro Señor!

Los ojos de la multitud fascinada se elevaron hacia la imagen, y la emoción de todas esas almas ingenuas estalló en un sollozo de fe incontenible y fanatizada. Brotaron candorosas lágrimas y los labios invocaron perdón y favor a la "Mamita de los Remedios".

Siguió después el sacerdote exaltando aquel milagro, loando el inmenso amor de la Madre de Dios e imprecando el arrepentimiento de los oyentes si no querían merecer los tremendos castigos del Apocalipsis.

Domy, a pesar de su diferencia de cultura, tan superior a la de aquel auditorio, tampoco fue extraña al sentimiento de los demás fieles. Educada en las creencias católicas, sintió que su espíritu se elevaba también hacia esa maravillosa imagen, impulsada por la profunda emotividad, elevó también su ruego, pero traducido a través de sus propios problemas sentimentales:

-¡Virgencita de Remedios -musitó en dolorida plegaria-. Así como defendiste a tu divino hijo, te pidiera yo que me defiendas contra mis propios desengaños, contra mis inconformidades, contra tantas locas ideas que se me han metido en el corazón!

Al decir esto, una lágrima ácida empañó los lindos y negros ojos de la muchacha.

\* \* \*

Terminada la misa y luego de haber recibido el evangelio los prestes y su hija en sus propios reclinatorios, al tiempo que eran cubiertos con el manto de la Virgen, los concurrentes comenzaron a salir detrás de los esposos Perales, en medio de una lluvia de papel picado y de flores.

La compostura piadosa de la comitiva se alteró completamente, cuando Doña Saturnina, su esposo y otros colaboradores inmediatos iniciaron la distribución de las estampas, recuerdos y versitos que es costumbre repartir en tales ocasiones como testimonio de la festividad. Hasta las beatas más graves y serias, perdieron su aire místico para atropellar a cuantos les interceptaban en su afán de acercarse a los que distribuían los "recuerdos", y hasta no lograr su objeto repartían empellones y hasta insultos poco adecuados al sagrado recinto.

Poco a poco fue organizándose la comitiva para el retorno a la casa de los prestes. Tal como habían venido los invitados marcharon por el centro de la calle detrás de los personajes principales. Esta vez la antigua compostura y la gravedad del gesto habían desaparecido para ceder el paso a la consiguiente locuacidad que les despertaba la alegre expectativa de la fiesta en la casa de los Perales, abrigando la seguridad de ser magníficamente tratados por tan rumbosos anfitriones.

Domy, aunque había sido empeñosamente invitada por sus padres para que saliera con ellos a la cabeza de la comitiva, consiguió excusarse de hacerlo, alegando su deseo de quedarse unos minutos más en el templo para rezar algunas oraciones.

Mientras la multitud de invitados salía a la calle y continuaba por ella caminando al son de la banda que había vuelto a tomar su puesto y a tocar una pieza marcial hasta llegar a la casa del alferado, Domy, como lo había pedido a sus padres, quedó aún en la iglesia. Una vez sola y sin testigos incómodos para sus reflexiones, en lo primero que tuvo que convenir fue en que, a pesar de su gratitud filial, no había podido, no podría, acaso nunca, sentirse bien en ese medio y en ese hogar en que debía vivir, ni siquiera soportar ante las gentes el que la vieran así tan fina y distinguida junto a las grotescas figuras de sus padres.

Atemorizada por esta convicción, la muchacha quiso pedir un milagro a la Virgen. Al fin y al cabo su fe religiosa podría ser en medio de toda su soledad, un refugio eficiente. Pero, no sabía cómo ni en qué sentido formular su plegaria.

Después de vanos intentos por buscar la exultación precisa, por extraer de su fe la convicción optimista que le proporcionara un poco de fervor para rogar al cielo, se sintió estéril de emotividad piadosa. Allí mismo, al pie de esa imagen que momentos antes había recibido el homenaje de la rendida fe de tanta gente, Domy comenzó a sentir con horror que su fe ya no era ingenua y profunda como la que sentía cuando colegiala; que su razón cultivada en disciplinas superiores le incapacitaban para esperar del cielo el remedio eficaz para la rara complicación que le anegaba el alma.

Todavía más. En el fondo de su espíritu comenzó a sentir una leve voz de protesta contra la providencia, que a pesar de toda sabiduría y bondad infinitas que ella estuvo acostumbrada a atribuirle, no había sido con ella todo lo buena y justa, cuando así había permitido que su pobre alma quedara suspendida entre dos mundos, entre dos castas que la rechazaban inexorablemente.

Entretanto, los sacristanes se habían apresurado a apagar las luces y a guardar los paramentos de fiesta. Pronto la iglesia quedó sumida en soledad y penumbra. Domy salió lentamente del recinto donde había sufrido ya el primer embate contra su fe y salió llevándose también en el alma soledad y penumbra.

## CAPITULO DECIMOPRIMERO

Domy, que llegó con bastante retraso a su casa, tuvo que entrar en ella casi a hurtadillas. Atravesó el grupo de curiosos que se había reunido ante la puerta de la calle para atisbar la fiesta. Cruzó luego al extremo del patio que conducía a la grada, con la cabeza baja, aturdida por la música y tratando de no mirar a nadie de cuantos pululaban en torno de ella. Subió las gradas atropelladamente y, al fin, dentro de su pequeño departamento, cerró tras sí las puertas, como si después de muchos peligros hubiera conseguido llegar a un refugio seguro. Arrojó en cualquier parte su libro y rosario, emblemas de su antigua fe, y se echó de bruces sobre su lecho con la cabeza escondida entre las manos.

Entretanto, abajo, la casa de los prestes era teatro de una placentera y jubilosa fiesta.

Los concurrentes de mayor categoría ocuparon las dos salas preparadas y provistas de asientos en los que se habían ubicado a descansar después de los abrazos y felicitaciones a los dueños de la casa. El resto de los invitados buscaron en el patio bancos y sillas y, a falta de éstos, formaron grupos de pie a la sombra de los aleros.

Todavía unas salvas de cohetes atronaron el patio, mientras la banda continuó alegrando el ambiente con sus piezas de música popular.

Los sirvientes de la casa en continuos correteos, cumpliendo afanosamente órdenes y contraórdenes, aparecieron con grandes charolas llenos de sendos vasos de cocteles.

Desde ese momento la bebida fue prodigada en abundancia, pues de ella había una enorme provisión contenida en grandes jarras de fierro enlozado. Las había llenas de "yungueños", el más difundido y típico aperitivo criollo, hecho de jugo de naranja y pisco de uva; otras jarras contenían cóctel de tumbo, de color amarillo más encendido que el de los yungueños, coctel de piña, de damasco, de frutilla, en fin, la variedad suficiente para satisfacer todos los gustos.

Para beber la primera ronda fue necesaria la invitación personal de los anfitriones; pero los demás turnos fueron escanciados y apurados **ad libitum**, en la medida del deseo de cada invitado.

Más o menos una hora más tarde, cuando las repetidas rondas de cocteles habían creado entre los concurrentes una cordialidad expresiva, aparecieron los servidores con los primeros platos para el almuerzo. Muchos de los que estaban de pie en el patio, incitados por el apetito, trataron de retener para sí las viandas que las "imillas" y "yocallas" llevaban hacia los cuartos donde estaban los invitados de mayor importancia; pero los servidores, muy bien aleccionados por los amos, defendieron los platos aún con peligro de verter el contenido y así lograron continuar hasta su objetivo.

Al fin, después de laboriosas entradas y salidas de la cocina, los sirvientes consiguieron ofrecer a cada uno su ración.

Los diferentes platos del menú fueron servidos y distribuidos en la misma forma. Las viandas succulentas, variadas y abundantes satisficieron ampliamente la expectativa y el apetito de todos.

Luego, las libaciones de vino y cerveza, a "boca qué quieres", mantenidas con la prodigalidad propia de los Perales, pusieron a la gente tan contenta que se pensó en el baile.

La interminable tanda de bailes fue iniciada por los "prestes". Por aclamación de toda la concurrencia, los esposos Perales ocuparon el centro de un adecuado espacio que le abrieron los circunstantes.

Pedida la primera pieza de baile, los ejecutantes tuvieron la humorada de elegir un tango. Al oír esos raros y desconocidos compases, Doña Saturnina y Don Ciriaco, que ya estaban frente

a frente, se miraron azorados. La chola, sin atinar a la clase de baile que debía realizar, no pudo menos que preguntar así a los que la rodeaban:

-¿Ay, qué clase de baile es, **pues**, ése?

-Es un tango, Doña Saturnina -le respondieron los más comedidos.

Pero las cholitas modernistas y varios jóvenes obreros que bajo la influencia de la moda ya conocían y hasta creían dominar las nuevas formas de las danzas sociales, se miraron sonriendo picarescamente, prometiéndose toda una hilarante escena con el espectáculo de esa pareja ignara en tales achaques.

-¡Sí, sí! ¡Que bailen tango los "prestes"! -gritaron palmoteando los más atrevidos.

Pero Doña Saturnina abrevió lo crítico de la situación saliendo rápidamente al patio a ordenar personalmente a la banda a cambiar la pieza por una "cuequita".

Al compás de la cueca que inició dócilmente la murga, Doña Saturnina entró nuevamente en el salón tranquila y garbosa, a tomar colocación frente a su esposo, mientras los que se habían prometido reír a costa de los bailarines tuvieron que disimular su fiasco.

La cueca, cuya técnica dominaban perfectamente los esposos Perales, fue bailada impecablemente. El varón puso en los pies y en el manejo del pañuelo todos los secretos del arte plebeyo, y su consorte, a pesar de sus rollizas formas, hizo los pasos y las vueltas adornándose con el alarde cadencioso de sus polleras hasta dar la impresión de una joven a quien le sobraban la sal y el contoneo. Al finalizar, y tal como se acostumbra en las postreras vueltas de la cueca, los compases fueron subrayados por el rítmico palmoteo de los espectadores.

Se pidió el bis -¡otro, otro!-, como suelen clamar, y los Perales respondieron una vez más al compromiso, derrochando garbo y entusiasmo.

A la cueca ejecutada por los dueños de la casa, siguieron otras que fueron bailadas por las cholitas y varones de edad madura. Pero cuando los jóvenes quedaron dueños del campo de Terpsicore, la banda fue obligada a tocar tangos, fox, jimmys, maxixas y congas.

Aquí fue de ver a las cholitas y a sus jóvenes parejas en el espectáculo de híbrida estética que producían al tratar de armonizar la clásica silueta de la mujer del pueblo con la pollera, el chal y el sombrerito, que hasta ahora sólo parecía adecuada para dar forma lógica a las figuras del baile criollo -cueca, kaluyo, bailecito o pasacalle- interpretando el trazado arabesco de los pasos de un tango, los versallescós movimientos del vals o la dislocada arritmia de la conga.

No cabía duda, los vientos de afuera y los caprichos del exotismo y hasta la influencia del cine musical estaban arrasando con todo lo típico, para imponer, en la sensibilidad del pueblo bajo, de ese receptáculo y depositario del alma vernacular, las frivolidades y las normas importadas desde las más extrañas latitudes.

Las viejas cholitas, lastimadas en su amor propio por el espectáculo de descastamiento que daba la juventud, miraban con repugnancia esos bailes que no comprendían.

-Mirá no más, pues, a la Eugenia, lo que baila. ¡Si parece un mono con epilepsia! -exclamó una de las cholitas maduras, señalando a una cholita que se esforzaba por llamar la atención con sus audacias calisténicas.

-Y mirá a la Raimunda -comentaba otra-. ¡Parece que estuviera con hipo, **ampe!**

Pero si esto no es baile -añadió otra vieja-. Esto parece más bien una peste de "mal de San Vito".

-¿Y tu hija? A ver. ¡Mirála no más a tu Pacesita! -le hizo notar una chola a la que terminaba de hablar.

já! -¡Ay, **ve'ps** a esa mocosa! ¿Dónde no más habrá aprendido estos disparates? ¡Su lisura,

-Lo que es yo -añadió orgullosa la anterior- no dejara siempre que mi hija esté haciendo estas sonseras.

-A lo mejor tu Santusa está bailando también como el mono.

-No creo **ampe**. Para qué es decir. Mi chiquita es bien educada en ese respecto.

No había acabado de decir esto la chola que había salido por los fueros de su hija Santusa, cuando ésta apareció por la puerta de comunicación de las dos salas de baile, muy oronda, en los brazos de un engominado obrerito, ejecutando una conga con los heroicos movimientos de su espina dorsal.

La interlocutora de la chola madre, ufana de su descubrimiento, indicó a la pareja que avanzaba:

-**Elay**, ¿y **ahura** qué dices?

-¿Qué cosa?

-**Elay**, pues, a tu hija bailando lo que tanto criticas.

-¡Ahora me ha de conocer esa mocosa! -dicho esto se levantó para ir al encuentro de la pareja modernista. La otra chola también se levantó para no perderse ni un detalle de la escena y de la reprimenda.

-**Choy**, Santusa. ¿Quién te ha dado licencia para que estés bailando así?

-Pero, mamita. Todos ¡ay están bailando lo mismo. -¡No, señor! Vos no eres como estas otras cholitas desnaturalizadas. Bueno. Y ahora mismo te has de sentar.

-Pero, Doña Martina -terció el joven obrero que servía de pareja a Santusa-, no me "implique" usted, pues, este desaire.

-No, joven Eulogio. No es por desairarle. Sino que no me gusta siempre esta clase de bailes. Mi hija es capaz de romperse la rabadilla.

-No, mamita -intervino la moza-. ¡Si vieras que tal lindo es bailar así! Estos bailes, **jay**, hacen conservar la línea, como dicen.

-Sí, Doña Martina -se animó a decir diplomáticamente Eulogio al notar que la chola vacilaba en su prohibición-. Déjenos no más bailar. La he de hacer bailar a su hija bien suavito.

Para fortuna de la joven pareja se aproximó a ellos el esposo de Doña Martina, quien ya un tanto aprovechado de tragos, había estado contemplando la escena desde cierta distancia, y picado por su afán de contradecir a su consorte, se le acercó a ésta:

-¿Qué hay, Martina? ¿Por qué estás molestando sin motivo a la chica?

Ante la providencial intervención, Santusa trató de sacar partido de la protección paterna y le dijo:

-Papá. Mi **mama** no quiere que baile a la moda. Dice que me puedo quebrar la rabadilla y todo.

-¿Eso le has dicho a la Santusa?

-Es que..., sabes... Como yo he estado diciendo...

-**Bay**, no seas adefesiosa. ¿Crees que nuestra hija es de melcocha? Dejé que la chica baile a su gusto. Si no, me has de estar haciendo criticar con mis amigos.

Calló la chola ante la resuelta actitud de su marido. Los chicos se lanzaron jubilosos a la danza. Doña Martina quedóse toda mohina, pero viendo junto a sí a la amiga que le había seguido para observar el incidente, desahogó en ella su fracaso, diciéndole:

-**Vos** también tienes la culpa de que me haya metido en este aprieto.

-¿Por qué, pues, Martina?

-¡Cómo no, pues! ¿Acaso vos no me has mostrado a la chica lo que estaba bailando?

-¿Pero, vos no estabas hablando dicterios contra estos bailes?

-Eso sería, pues, por hablar. ¡Por últimamente, ni a **vos** ni a **nadies** le importa que mi chica baile como le dé la gana!

El esposo, que escuchaba a las dos mujeres, se quedó complacido del cuarto de conversión que había hecho a su costilla y tratando de divertirse, se dirigió así a su esposa:

-Así me gusta, Martina. Que seas una mujer civilizada. Que seas la mujer que merezco. ¿No ves que yo soy mozo de club y que todas las noches veo bailar así a las pijes? ¿Qué de menos es, pues, nuestra Santusa para que no pueda bailar igual que ellas, a ver, dime? ¡Hasta yo sé bailar esa conga!

-¿**Vos**? ¡Qué vas a saber bailar eso, **vos**, viejo alabancioso!

-¿Quieres ver? -y el mozo del club, tomando al pie de la letra la provocación e impulsado por sus humos parranderos excitados por las copas, tomó a su esposa del brazo y la obligó a levantarse de un tirón-. Ven. Vas a ver cómo yo te voy a hacer bailar.

El hombre, una vez que tuvo a su pareja de pie, comenzó a hacer torpes piruetas imitando los pasos de la conga. Su mujer, entre avergonzada y sonriente al principio, trató de seguir a su esposo. Ella también, bajo el efecto de las libaciones, sintió el embrujo de la música y puso todo su empeño en acreditar sus aptitudes "conguísticas", si bien el resultado de sus esfuerzos fuera torpe y ridículo por demás.

Tan original resultó la pareja, que a poco todos los del salón se dieron cuenta de la novedad, suspendieron su baile e hicieron estrecho corro en torno de los improvisados bailarines, festejando su humor con palmadas, aplausos y risas.

Doña Martina, creyendo ingenuamente que estaba dando la nota saliente de la fiesta, acrecentó sus afanes para perfeccionar sus movimientos.

Terminó la pareja en medio de la loca algarabía de los concurrentes que felicitaron efusivamente a los esposos. Martina, ufana de haber atraído así la atención de todos, se fue a sentar, enjugándose la frente con el pañuelo. Su marido, satisfecho de haberse impuesto a su consorte, le dijo alegremente:

-Ya ves, Martina, que para bailar así no hace falta que te quiebres la cadera.

-¡Ay, **vos** mañudo, a qué no me has de exponer! -repuso la mujer, entre mohina y coquetona-. Seguro que ahora me ha dar "makjurkja".

-Oh, no tengas cuidado. De eso te voy a curar mañana llevándote a la "boat".

-Ay; no, no, no. ¡Eso sí que no! Eso ya es pecado mortal. La ocurrencia de aquella pareja acrecentó el entusiasmo de todos. Los viejos, a quienes el alcohol y el ambiente habían remozado sus ímpetus de jolgorio, eligieron parejas entre las de su generación y siguieron el ejemplo de bailar cualquier baile y de cualquier manera. Después de todo, no se trataba sino de probar el entusiasmo y hacer honor debido a la prodigalidad con que eran atendidos por los dueños.

Los jóvenes, viendo su campo invadido por los bailarines maduros, optaron por salir al patio a seguir, con pretexto de la danza, estrechando el talle de su cholita y endilgarle al oído todas las ternezas imaginables para doblegar el corazón de su cortejada.

Doña Saturnina, que durante toda la tarde de ese día habíase multiplicado por todos los sitios, procurando que toda la gente fuera atendida y servida al pensamiento, invitando aquí unos vasos de cerveza, corriendo allá a evitar una disputa, volando al zaguán a arrebatarse la manta y el sombrero a alguna amiga que trataba de escabullirse de la casa, etc., al fin, rendida de fatiga, y después de relegar las atenciones a personas de su mayor confianza, se propuso descansar unos momentos. Buscó entre los grupos el más distinguido y en medio de él tomó asiento para conversar y seguir bebiendo.

-Ay, Saturnina. Muy bien lo has hecho, **ampe**. ¡Que da gusto está tu fiesta! -le dijo cumplidamente una de las amigas del grupo.

-Gracias, Manuna. Yo, por ustedes, hubiera querido que mi fiesta salga mejor todavía.

-¡Qué más, pues! -terció otra chola del grupo-. ¡Cuando hasta a mí me han hecho bailar eso que dicen conga, diciendo!

En ese momento se allegó al grupo uno de los invitados que más se había aprovechado de las libaciones. Traía un par de vasos de licor, uno de los cuales se lo ofreció a Doña Saturnina, diciendo:

-¡Por fin te encuentro, Satuca! Toda la tarde he estado tras de **vos** para tomar un vasito especial.

-¡Vé, pues éste! -reprendió al hombre su esposa que estaba en el grupo-. Ya te habías aprovechado a tu gusto, ¿no?

-No, hija -respondió con cínica beodez el interpelado-. Si hasta ahorita casi no he probado nada. ¡No les digo que he estado buscando a la Satuca para tomar con ella el primer vasito!

-No seas mentiroso, Indalecio. ¡Si ya estás como una esponja!

-**Dejálo** no más, pues, Maclovía -intercedió Doña Saturnina-. Que tome a su gusto el Indalecio. ¿Acaso no están en su casa?

-Así me gusta, Satuca. Y, ahora servite conmigo. Pero tienes que tomar "seco". ¡Salud!

-¡ Salud!

Y los vasos quedaron realmente en seco porque su contenido lo habían vertido los del brindis de un solo envión en sus respectivos gajates.

Si bien todos los invitados bebían a más y mejor, el grupo que menudeó más los tragos fue el que presidía Doña Satuca. Quién se allegaba con un par de vasos a brindar un trago personal con la dueña, quien otro traía una jarra y copas para tomar especialmente por el éxito de la fiesta; en fin nadie quiso quedarse sin buscar cualquier pretexto para demostrar con un brindis su agradecimiento a la anfitriona.

Al fin, Doña Saturnina, obligada a beber sin descanso ni tregua, habiendo sido durante casi toda la tarde la que conservara un relativo estado normal, con estas constantes invitaciones acabó por causar los claros síntomas de una magnífica embriaguez.

En tal estado, un nuevo brindis produjo en la "preste" una trascendental conmoción sentimental que trajo penosísimas consecuencias para Domy.

-Ahora que me acuerdo -dijo uno de los del grupo, levantando su copa -Saturnina. Yo quiero tomar este vaso por tu hija.

-Eso es. ¡Bravo, bravo! -aprobaron los del grupo. Saturnina al escuchar ese brindis se enderezó con orgullo.

-¿Qué has dicho? ¿Por mi hija?

Y, al decirlo, su cara, cuyos gestos ya estaban idiotizados por la beodez, se transfiguró con la resurrección de su inmenso cariño maternal. Tomó su vaso y exclamó así:

-¡Por mi hija!... Óiganme ustedes. Los que quieren tomar por mi hija, tienen que pararse -y al decir ésto, ella se puso de pie con torpe equilibrio, para dar el ejemplo-. ¡Salud!

-¡Salud! -le respondieron los demás, poniéndose también de pie, como fascinados por el gesto impositivo de la chola.

Luego, vuelta a sentarse y mirando a todos y a cada uno a la cara, con la actitud sibilina de quien va a decir una verdad sensacional que acaso no estuviera al alcance de las pobres mentes que le escuchaban, les dijo:

-Y, ahora, ¿saben por quién han tenido el honor de tomar este vaso?

Todos quedaron suspensos, guardando silencio y curiosidad.

Doña Saturnina, después de una pausa solemne añadió con suprema vanidad y recalando sus palabras.

-Pues, han de saber ustedes que han tomado a la salud de una verdadera señorita!

La frase y la actitud de la mujer envanecida hirieron el orgullo de ese grupo de gente que se consideraban tan honrados y dignos como cualquiera, mucho más en ese momento en que el licor había anulado su apocamiento natural.

Unos callaron dominando su justa reacción. Otros al contrario, olvidaron hasta la tolerante cortesía que debían guardar hacia la dueña de la casa, siquiera en gratitud de haber sido halagados, con tanto desprendimiento.

Uno de éstos, el más osado e irónico, exclamó:

-Será, pues, por muy "señorita" que tu hija no ha querido mezclarse con nosotros, pobres cholos, ¿no?

-¡Oyes, sonso -respondió vivamente Doña Saturnina-, para hablar de mi hija tienes que limpiarte la boca!

-¿Tan refinada está esta cholita? -añadió con acritud el obrero.

Alarmados los oyentes, esperaban una torpe reacción de la madre ofendida. Hasta el interlocutor no dejó de pensar casi en seguida que había sido demasiado imprudente en decirlo que había dicho. Sin embargo, no pasó nada. Doña Saturnina sonrió con suficiencia y miró compasivamente a su interlocutor. Segura de su verdad, en medio de su inmensa vanidad de madre, prefirió responder a ese tonto con la prueba más aplastante. Se puso rápidamente de pie y saliendo en dirección del patio, les anunció con voz solemne desde la puerta:

-¡**Ahurita** mismo van a ver, pobrecitos, lo que es mi hija! -y desapareció rápidamente.

Los circunstantes quedaron mirándose como bajo la impresión de una sensacional amenaza.

Al fin, una de las mujeres increpó al provocador:

-¡Ay, para qué no más, pues, le has dicho eso a la Satuca! ¡Tan bonita que estaba la fiesta! Ahora es capaz de echarse a perder antes de que nos sirvan la comida.

\* \* \*

Desde que Domy había vuelto de la Iglesia y penetrado a su refugio en la forma sigilosa que se ha dicho, permaneció todo el día a puerta cerrada. La franquearon únicamente los sirvientes encargados de llevarle el almuerzo y la comida y algún refresco.

Desde sus clausuradas habitaciones había tenido que soportar la tortura que le produjo escuchar el vocerío cada vez más creciente de la fiesta.

La música incansable y que a veces llegaba a lo estridente le mortificaba el oído: las palabras de algunos ebrios, dichas a voz en cuello, le causaron repugnancia; las risas, el palmoreo, en fin, todo el bullicio y el clamoreo de tantos alcoholizados la tuvieron desasosegada y con los nervios excitados.

Para atenuar toda esa baraúnda que subía del patio trató de conectar su radio; pero la mezcla de la música del aparato con la que sonaba porfiadamente abajo le producía mayor aturdimiento. Quiso distraerse en la lectura de algún libro, pero no le fue dado tomar el sentido de lo que leía. Paseó a lo largo de sus habitaciones; se aproximó a ratos a la ventana, pero, para retirarse de ella al momento, rechazada por el cuadro mezquino y desagradable de la calleja en la que pululaban los curiosos y desarrapados que observaban la fiesta. Por último, vencida por el hastío y el cansancio se echó a la cama, cubriéndose con las cobijas hasta la cabeza para aislarse de tanto molesto ruido. Así protegida, acabó por quedarse dormida al caer la tarde.

La despertó un golpe dado en la puerta, seguido de un violento empujón. Domy despertó y se destapó la cara, quedándose asombrada al ver a su madre que avanzaba hacia ella con paso vacilante y con clarísimas características de embriaguez.

El ver así a su madre le produjo tan rudo golpe moral que superó a todas las incomodidades y repugnancias que había soportado aquel día.

La madre siguió aproximándose para lo cual buscaba apoyo en los muebles, mientras que su cara, idiotizada por el alcohol, defraudaba con el gesto su cariño maternal, llegando a lo sumo a traducir una sonrisa que apenas era de cinismo e instinto animal.

-¡Hijita!... ¿Estas durmiendo? -le dijo la chola con voz gangosa y exhalando un repugnante tufo a alcohol.

-¡Mamá! ¿Qué tienes? -pudo apenas decir la muchacha en medio de su amargo azoramiento.

-Estamos, pues, de fiesta. ¿Sabes? Estoy agradeciendo a la Virgen de Remedios por lo que te ha sacado tan "gentecita". Por eso he tomado con tu padre y mis amistades. ¡Eso no más es hijita!

-Bien, mamá. Ahora sería bueno que te fueras a la cama -añadió Domy levantándose del lecho, venciendo su repugnancia para acudir a ayudar a mantener el escaso equilibrio de su madre.

-No, hija. No. Si todavía estamos en lo mejor de la fiesta. ¿No me miras como hasta yo estoy alegre?

-Pero sería prudente que descanses un momento. Acuéstate en mi cama, ¿quieres?

-Ya te he dicho que no. He venido más bien a llevarte abajo.

-.¡Oh, mamá, por Dios! Eso es imposible.

-¡Cómo, imposible! ¿Entonces, hasta a mí, a tu madre, me vas a desairar?

-No, mamacita. Si no es eso. Pero yo no puedo ir con tus amigas. Comprende que...

-¡Tienes que bajar! -ordenó la chola, con acento y gesto tan impositivos como jamás se había permitido hablarle.

Domy la contempló asombrada. En toda su vida nunca había visto a su madre, tan torpe con ella y, sobre todo, tan enajenada. Sobre todas sus decepciones y sus inconformidades éste era el golpe de gracia, el empujón mortal que su pobre alma había sufrido desde que dejara el colegio. Ni siquiera le había quedado en pie la pobre satisfacción de consagrar a su madre alguna consideración y respeto aun dentro de su calidad de mujer plebeya e ignorante.

-Pero, ¿qué he de hacer yo, mamá, entre ustedes? ¡Dígame, por Dios!

-Tienes que bajar un rato, te he dicho, para que te vean esas envidiosas. Para que te vean cómo te he formado yo, toda una "señorita". Quiero que bajes, y ¡has de bajar! ¿Me has oído?

Luego, sentándose sobre el borde de la cama, como para descansar de un esfuerzo sobrehumano, cambió su talante impositivo por una expresión de ternura amargada por el contratiempo, y, como dando expansión a su pena, continuó monologando para sí:

-¡Para ésto yo había criado una hija! ¡Para ésto me había sacrificado tanto!... ¡Tenerla como la he tenido!... ¡Como a la niña de mis ojos!... ¡Para que ahora me dé éste pago! Para que ni quiera siquiera darme el gusto de mostrarla un ratito no más a mis amistades, que me creen una mentirosa. **Elay**, toda mi vida se ha quedado en nada... ¡Mal agradecidas!... ¡Así se había sabido quedar una, después de tanto remar, para que se le rían en su cara!

-Oh, mamá. ¡Mamacita! No digas esas cosas. Tus palabras me suenan como a maldición.

Levantó la mujer su cara hacia la hija y sonrió penosamente, dejando notar en su torpe gesto un albor de esperanza y también de infinita ternura.

-¿Maldecirte?.. ¿Yo, maldecirte a vos, mi **guagüita** linda? ¡Eso sí que no! ¡Niñita! ¡Por vos, por tu felicidad yo fuera capaz de hacerme cortar las manos y la lengua antes de maldecirte!

Mujer sensitiva al fin, y además, y sobre todo, hija, Sangre de su sangre, la moza que escuchaba tales desahogos no pudo menos que sentir su corazón ablandado y capaz para todas las tolerancias y sacrificios, única forma de retribuir tanto cariño.

-No sigas, mamacita. Sí. Haré lo que tú digas. Voy. Voy contigo. Vamos adonde tú quieras -y la levantó del brazo para conducirla hacia la puerta.

Como si marchara pisando sobre su propio rostro, Domy, del brazo de su madre, llegó hasta la sala llena de invitados.

La entrada de la muchacha causó sensación y todos se pusieron a la expectativa de lo que iba a ocurrir. Los que bailaban interrumpieron su danza. Los que estaban en grupos los abrieron en un gran círculo para dar frente a la recién llegada.

Doña Saturnina, ufana, orgullosa, más que cuando había llevado esa misma mañana al Niño de la Silla en sus brazos a la cabeza de la comitiva, tomó del brazo a su hija y la impulsó cariñosamente hasta el centro de la sala, exclamando:

-**Elay**. Aquí está la "señorita". ¡Aquí está mi hija!

Luego volviéndose hacia el grupo del que momento antes se había separado tan insólitamente, demandó con actitud triunfal:

-¿Y, ahora, qué dicen?

Y, nadie dijo nada. Todos, impresionados por la belleza, la distinción y la elegancia de la muchacha, quedaron contemplándola con sincera admiración.

Domy, puesta así a la espectación de tanta gente, procuró franquear el trance de la mejor manera posible y, tratando de sonreír de la manera más cordial, hizo una graciosa venia al conjunto y con voz un tanto emocionada, saludó:

-Buenas noches tengan ustedes.

Ganada que fue la simpatía repentina de los invitados por la sencillez de la jovencita, todos se aproximaron a saludarla, empleando cada uno el más señalado esmero y las mejores palabras de su repertorio para saludarla y festejar su juventud y hermosura.

Doña Saturnina, oronda con su triunfo, contemplaba con ojos resplandecientes de dicha el unánime homenaje a su hija. Paseo por el salón con aire de pavo real y acabó por exclamar, en voz alta:

-Así no más es, pues, mi hija. ¿Quién sabe no me creían? ¡**Elay**, pues!

Luego, dirigiéndose al que la había ofendido con sus imprudentes palabras, le asió del brazo y arrastrándolo a viva fuerza hasta donde estaba la muchacha, le increpó así:

¿**Vos** creo que me estabas diciendo que mi hija era una cholita refinada? Ahora, **mirála**, pues. ¡Sonso, atrevido!

-No, Satuca. Yo he estado diciendo no más.

-¡Ajá, **mirála**, pues, ahora!

-Sí, Satuca. Había sido una alhajura tu hija,

-¡Conque! ¡Cholita refinada, já! A ver, ahora **mirála**, pues, bien, ¿Por cuál lado, pues, le encuentras que es cholita?

-¡Pero, mamá, por Dios! -imploró tremendamente ruborizada la joven.

Al mismo tiempo varios concurrentes acudieron a amainar la excitación de la "preste". Una de éstas le dijo:

-**Bay**, Saturnina. Ya no te exaltes más. Si **nadies** te dice lo contrario. Toda una señorita siempre es. ¿Acaso estamos ciegos? ¿Acaso no la estamos mirando lo "dije" que es tu hija?

Doña Saturnina, satisfecha con su triunfo indiscutible, al fin se tranquilizó. Con talante cordial, antes de retirarse nuevamente al grupo en que anteriormente estaba, para seguir las libaciones, le dijo a su hija:

-Ahora conversá, pues. Y, si quieres bailá a tu gusto, aunque no haya aquí uno que sea digno de ponerte los zapatos.

Domy se quedó en medio de la sala, sin que, después de los forzados saludos, nadie se animara a charlar con ella. Las mujeres, sintiendo el ansia de comentar entre ellas las impresiones que les causaba tan rara persona, se replegaron hacia sus asientos a cuchichear, mirando disimuladamente a la moza. Los hombres, a quienes, hubo de corresponder el ser gentiles y atentos con esa niña, retenidos por su complejo de inferioridad, tampoco osaron quedar junto a ella.

Notando la madre la situación aislada de Domy, quiso aprovechar el caso para humillar indirectamente a los varones y exclamó desafiante:

-¡A ver, pues! ¿No hay un hombre aquí que sea capaz de bailar con la señorita?

Algunos jovenzuelos, acicateados por el alcohol trataron de salvar su dignidad y para ello se disponían ya a dar el paso audaz. Pero, he aquí que de un extremo del salón, se adelantó con

aire donjuanesco el esposo de Martina, aquel mozo de club, despabilado ya en el trato con gentes distinguidas por razones de su oficio, quiso aprovechar de la ocasión para dar el campanazo.

-Señorita. Aquí tiene usted una pareja. Ordene usted, Que será servida "a la minuta".

Domy, por toda respuesta forzó una sonrisa amable y tomó el brazo de su maduro galán.

Todos aplaudieron lo mismo la asequible y llana actitud de la muchacha que la audacia del viejo tenorio.

-¿Quiere usted "servirse" un baile, señorita?

-Como usted diga, señor -contestó la joven, dejándose tomar en los brazos del hombre.

A pesar del sincero voto de sacrificio que había hecho la muchacha, .fue una nueva tortura para ella soportar los torpes jalones y pisotones que le propinaba su pareja, y mucho mas el recibir en pleno rostro el tremendo aliento de alcohol que despedía el porfiado bailarín.

Los demás siguieron bailando y los que no bailaban siguieron consumiendo rondas y más rondas de licor.

El esposo de Martina, para lucirse con su pareja ante la mayor parte del público la condujo a la sala inmediata para seguir el baile. Pero, de repente, la pareja se vió bruscamente detenida por un obrero joven, cuyo rasgo especial era una melena de corte bohemio y que se plantó ante Domy para pedirle con cierta energía mal disimulada por un gesto cortés que le permitiera tomarla por pareja.

Aceptó la muchacha, sobre todo por librarse de la torpeza y olores de su primer galán. En cuanto el joven melenudo se vio lejos del mozo del hotel y mientras bailaba, fue hablándole así:

-Ante todo, tengo que presentarme a usted. Aunque creo que usted ya debe conocerme, porque todos me conocen. Yo soy, pues, el compañero Wladimiro Catari, líder que está preparando la Sexta Internacional. ¿Me comprende usted?

-¿Y qué es eso, señor? -respondió la joven, mirando a ese individuo que le hablaba con tanta suficiencia y desparpajo.

-Oh. La Sexta Internacional ha de ser, pues, la apoteosis del comunismo. Sí, compañera. Porque usted es mi compañera, a pesar de su trajecito burgués y de sus humos de aristócrata de nuevo cuño. Acabo de regresar del extranjero, y he venido a preparar aquí la definitiva reivindicación de las clases proletarias. Así que, ni su madre ni usted me han de contar a mí sus afanes burgueses.

-Pero, si yo no le he contado ni le quiero contar nada, señor -respondió la muchacha, dándose respiro en medio de los tirones con que su interlocutor la obligaba a seguir el baile.

-Claro. Usted no me ha contado ni me quiere contar nada porque se considera usted a mucha altura sobre un compañero obrero como yo. ¡No compañera! Aquí todos somos iguales. Y no crea que su belleza es un privilegio que pueda valerle. ¡No, señor! Ni para el amor. Porque el amor libre es un derecho que tenemos todos los hombres de tomar a la mujer que uno quiera.

-¡Por Dios, señor! -no pudo menos que exclamar Domy, deteniéndose y desasiéndose bruscamente de su pareja-. ¿Usted habla de veras? ¿No ha bebido usted más de lo preciso?

-Yo he bebido lo mismo que todos y con igual derecho. Porque he venido a esta casa para aprovechar del dinero de sus padres, explotadores de su propia casta. Y le advierto que voy a seguir bebiendo hasta que me dé la gana.

Ganas tuvo la muchacha de salir corriendo después de escuchar todo eso. En ese preciso momento se le aproximó otro joven obrero con dos enormes vasos de cerveza en las manos, uno de los cuales se lo ofreció a ella con meloso y servil comedimiento.

-Señorita. He venido a tomar con usted, "seco" este vasito.

La muchacha, agobiada, sin discernimiento oportuno, prefirió acceder al nuevo interlocutor antes de seguir escuchando las sandeces del otro. Tomó pues, mecánicamente el vaso y, dócilmente, sin saber lo que hacía, se llevó el vaso a los labios.

-Bueno, compañera -manifestó el otro con decepcionado gesto-. Yo me retiro. Porque está visto que usted gusta más de los serviles, de los que siguen bajo la férula de la feudal burguesía -y se retiró con gesto de altivo desdén para el que había interrumpido su cháchara.

-No le haga usted caso, señorita. Es un loco. Como ha aprendido a hablar en difícil, se cree mucho. Es un chiflado. Pero, sírvase usted, pues, "seco", señorita.

Domy se bebió el contenido del vaso, realmente de un envión. Le abrasaba la boca y esa bebida, aunque demasiado fuerte para su paladar delicado, le pareció un refrigerio.

-¿Ahora, quiere usted bailar conmigo?

La moza dejó hacer. Como una sonámbula se dejó conducir por los sitios menos alumbrados de la estancia. Poco a poco fue volviendo a una relativa conciencia y eso le permitió notar que su pareja le apretaba con exceso. Al notar esto, miró a la cara al mozo en la que vio traducido un afán de sátiro. Asombrada por lo que iba descubriendo, no tuvo suficiente tiempo para evitar un beso sorpresivo, sensual, babeante, y alcohólico que el hombre aquel le propinó en plena boca.

Miró espantada en torno de sí y comprendió que nadie había notado el ultraje. Se desasió de su pareja. En el primer impulso quiso castigar con un golpe de su mano la cara del osado. A seguida creyó preferible escupirle su indignación.

Entretanto, el mozo, sin perder su aplomo, sonriendo como un idiota libidinoso la miró aún con procaces ojos y le dijo:

-¿Te has ofendido?... ¿Acaso no eres una cholita con vestido?

Toda su cólera se desarmó con esa frase cínica, pero que, después de todo, encerraba la verdad. Y, esa verdad, esa tremenda verdad que ayer la humilló entre la gente bien, ahora, entre los de su propia casta, era la más sangrienta realidad.

Al pensar así desfallecieron todos sus impulsos. Se sintió sola. Miró a su torno y por doquiera vió gentes ebrias y bestializadas. Nadie que pudiera defenderla ni comprenderla. No quiso ver ni esperar más y salió desesperada a buscar en su cuarto el único refugio que por el momento podía encontrar para su espíritu desvencijado.

## **CAPITULO DECIMOSEGUNDO**

Tres días con sus noches duró la celebración del "alferado" de la Virgen de los Remedios en la casa de los esposos Perales. Es cierto que cada vez fue haciéndose más reducido el círculo de los festejantes. El último día sólo habían concurrido los de más intimidad de la familia. Pero ello no fue obstáculo para que la comilona y las libaciones dejaran de ser tan intensas como el primer día. La despensa y los depósitos de licores, bien provistos aún, pudieron sostener sobradamente los festejos por todo ese tiempo.

Amanecido el cuarto día, los prestes estaban agotados físicamente para mantener por más tiempo el tren de la fiesta. Muy entrada la mañana levantáronse Doña Saturnina y Don Ciriaco. Tenían el organismo estragado por los excesos de los días anteriores. Especialmente sus sistema nervioso estaba desquiciado y les hacía sentir esa depresión psíquica que los bebedores criollos llaman "la canción". El cuerpo calenturiento y en la garganta una sequedad de desierto tórrido. En suma, estaban en ese estado post-alcohólico que la gente del pueblo llama "chchaqui". Y, como es costumbre entre esas gentes, y aun entre las otras, curarse del "chchaqui", así resolvieron hacerlo los Perales. Comenzaron por mandar a llamar a dos o tres de los más amigos.

Reunidos así en un pequeño círculo, prepararon los "calentados" de pisco y las "junttuchas" para "curar el cuerpo". Se sacaron colchones y "tendidos" al sol, en el patio de la casa, y recostados en ellos con sus amigos; pasaron su día.

En medio de su laxitud y con el espíritu embotado, los del grupo, mientras comían y bebían, fueron rememorando lánguidamente los incidentes de la fiesta.

De pronto, en medio del anublamiento mental del espíritu de Don Ciriaco, se alzó su afán paternal por tantos días relegado. El obrero acordóse de su hija y preguntó a su consorte:

-Satuca. ¿Y, qué es de nuestra Domy?

-Está, pues, arriba -le contestó la esposa.

-¿Y, no le dijéramos que baje para que esté con nosotros, ahora que estamos casi en familia?

-No, Ciriaco. Eso sí que yo no le digo.

¿Por qué? ¿Acaso no es mejor que salga en lugar de que esté cerrada como una monja en su cuarto?

-No, tatay. Ya sabemos que no le gusta estar con nosotros. ¿Para qué vamos a exigirle una cosa que no quiere?

Quedó Ciriaco silencioso y meditabundo. A poco, manifestó, con igual amargura que su mujer:

-Tienes razón, Satuca. Esa chica ya es de otra laya. Vencido por su dolorosa reflexión, se tendió al sol, junto a sus amigos. Pero ya no pudo permanecer tranquilo. La inquietud por su hija iba en aumento, hasta que, despreciando un nuevo vaso de cerveza que le ofrecía uno de los contertulios, se incorporó para decir a Saturnina:

-Choy, Satuca. Yo creo que, aunque no baje la chica nosotros debemos subir a verla, siquiera un ratito.

-Es mejor dejarla tranquila, Ciriaco. Así me ha rogado ayer. Dice que, por favor, no la molesten. Que no quiere ver a **nadies**.

-Pero, ¿y si necesita algo?

-Los sirvientes suben a cada rato. Si no quiere recibir ni la comida.

-Entonces, a lo mejor, está enferma.

-Yo también he creído eso. Pero, ella me ha dicho que no tiene nada.

Calló el obrero. Pero no tardó en volver a insistir:

-El corazón me dice que algo siempre debe tener esa chica. Subiré no más a verla.

-Seguro que la vas a molestar entrando a su cuarto. -Claro será.

Subió don Ciriaco hasta el piso alto. Desde la puerta y con medrosa voz se anunció a su hija. Penetró sólo cuando una voz débil le dió el permiso.

Domy no estaba en el living. Pasó al dormitorio y allí quedó demudado al encontrar desfallecida a su hija.

La muchacha acababa de sufrir una gravísima crisis nerviosa. Poco antes de llegar su padre estaba recobrando el conocimiento. Tenía el semblante extremadamente pálido y sus miembros, adormecidos aún, no la obedecían, siquiera para levantarse del suelo en el que yacía tendida y buscar la cama.

Ver aquello don Ciriaco y salir de un salto al corredor a dar la voz de alarma fue cosa de un instante.

-¡Satuca! ¡No sé qué tiene nuestra Domy!

La chola, arrojando los vasos y botellas que tenía junto a sí, se apartó del grupo y trepó desolada las gradas. Los amigos la siguieron azorados y se agolparon a la puerta, mientras Saturnina entraba a la alcoba.

Entre ella y Ciriaco acudieron a la joven y la colocaron solícitamente sobre la cama.

-¿Qué tienes, hijita? -exclamó la chola afligida, sin atreverse, como hubiera deseado, a acariciar esa frente que el sudor frío bañaba, adhiriéndose a la piel algunas quedejas de cabello. Hubiera querido, obedeciendo a su impulso maternal, pasar la mano por la cara de la enferma, tentar en el suave cuello la temperatura, desabrochar las ropas que oprimían el busto para escuchar el latir del corazón; pero, se contuvo. Le pareció que hacer eso hubiera sido como profanar ese cuerpo idolatrado. Se contentó con quedarse al borde del lecho, inclinada y anhelante.

-Pero, ¿qué tienes, pues, niña? -volvió a exclamar con ternura al escuchar los quejidos de la hija.

-No sé, mamá. No sé lo que me ha pasado. Sólo me acuerdo que, estando de pie, me ha venido un terrible mareo y luego una angustia como si estuviera muriéndome.

¡Ay, palomita! ¡Cómo, pues, te murieras!... ¡No debe ser nada grave!... ¡No tiene que ser! -manifestó la chola con angustia-. ¡Tenemos que curarle! A ver. ¡Hay que llamar al doctor!

Don Ciriaco, que hasta ese momento, aturdido por el acontecimiento, no había atinado a pensar en algo oportuno y práctico, se asió rápidamente a la iniciativa de su consorte, y apenas oyó decir que había que llamar al médico, salió corriendo a buscarlo.

\* \* \*

Los mejores médicos de la ciudad fueron llamados para atender a la hija de Doña Saturnina, pero ninguno acertó a curar o siquiera detener la extraña dolencia que iba destruyendo la salud y la juvenil belleza de la pobre muchacha. Pasaban los meses sin la menor esperanza de mejoría, a pesar de los diversos y porfiados tratamientos a que cada uno de los galenos sucesivamente llamados, sometió a la enferma.

Don Ciriaco había abandonado casi definitivamente su taller y se pasaba los días y las noches como el más fiel enfermero, sin salir de las habitaciones de su hija, atento para cumplir la menor orden o auxiliar en cualquier necesidad a la adorada enferma. Por su parte, Doña Saturnina también procuraba quedarse junto a su hija el mayor tiempo posible, y sólo de tarde en tarde, iba con repugnancia a su puesto del mercado, nada más que porque no se dañara la fruta que le llevaban sus caseros. En cuanto llegaba al mercado, después de cada ausencia prolongada, sus vecinas, al darle el saludo, le preguntaban por el estado de su hija.

Así era cuando la afligida madre narraba patéticamente los mil pormenores y trances de la enfermedad. Entre suspiros e invocaciones a la Virgen y a los santos, como si solamente de esa manera pudiera desahogarse, contaba sus cuitas y lamentaba los cada vez más graves síntomas del mal que avanzaba sin remedio.

-¡Ay, doña Satuca! -le dijo un día una de sus vecinas-. ¿No será cosa de embrujamiento lo que tiene su hija? Porque, si no se cura con tanto médico y remedio como dice usted, quién sabe si sería bueno "hacer preguntar en la coca".

-¿Pero, quién se hubiera atrevido a hacerle ese mal a mi hija? -respondió con el temblor de una nueva angustia la frutera.

-¡De dónde sabemos, doña Satuca!... Hay gentes tan perversas y tan envidiosas en este mundo.

-¿Sería posible?...

-Bien puede ser. De envidia, por lo que es tan bonita, alguna malvada puede haberla hecho embrujar.

-¿Quién sabe, no? -contestó, tristemente reflexiva la chola, temiendo con horror que ése fuera realmente el maleficio de que hubiera sido víctima su adorada niña.

-Nada pierde usted en hacerla ver con alguien que sepa de esas cosas.

-Tiene usted razón. Nada se pierde con eso.

Pocos momentos después de tal conversación, Doña Saturnina recogió sus cestas de fruta y salió del mercado a buscar algún indígena iniciado en artes de brujería.

En esa misma tarde llegó Saturnina a su casa acompañada del brujo para que hiciera sus sortilegios. Al saberlo, don Ciriaco se opuso rotundamente y trató de evitar enérgicamente que el viejo y mugriento indígena penetrara siquiera al departamento de Domy.

-No, Saturnina, haciendo entrar a ese indio sucio le vas a dar un colaron a la chica. ¡Tras de que está para poco!

-Pero Ciriaco, es que me han dicho que puede ser cosa de brujería lo que tiene nuestra hija.

-Aunque fuera eso. Si quieres hacer algo, que no lo sepa ella.

Así tuvo que hacerse. El brujo se instaló en una habitación de la planta baja. Pidió unos tragos de licor, masticó un puñado de coca y encendió un cigarrillo, mientras escuchaba la relación que la chola le hacía del estado de la joven paciente.

-**Mamay** -le dijo el indígena-, vamos a preguntar qué es lo que tiene tu hija. Para eso necesito la camisa que se está poniendo la enferma.

Subió Saturnina a la habitación de Domy y, so pretexto de que era conveniente cambiarla la ropa y rogándole con toda la ternura de que era capaz, consiguió salir de la alcoba, llevándose bien escondida debajo de su manta la prenda pedida por el brujo. Este la extendió sobre el suelo; tomó luego un puñado de hojas de coca y haciendo ciertos signos cabalísticos y musitando frases de un extraño ritual, lanzó las hojas al espacio, las que cayeron esparcidas sobre la seda aún tibia de la camisa.

Ante la ansiosa mirada de doña Saturnina, el viejo se puso en cuclillas y comenzó a mirar y a examinar concienzudamente las formas de dispersión de las hojas de coca. Luego, extendiendo su mano sarmentosa y señalando un sitio de la prenda en que las hojas habían dejado un claro muy visible, el brujo, con voz solemne, expresó:

-**Mama**. Mira. Este es el lugar del corazón. Como ves, está vacío. -Luego, señalando un amontonamiento de coca que había caído en el suelo, fuera de la prenda de Domy, continuó:- Aquí, esto que ves, es el corazón, que está lejos, fuera del cuerpo de la señorita.

-¿Y, ahora, eso qué quiere decir? -demandó con zozobra la mujer.

-Quiere decir que tu hija ha perdido el corazón y que hay que buscarlo para que recobre la salud.

-¿Y se puede lograr eso?

-Sí. Yo voy a ir a buscar ese corazón. Esta noche, que es de jueves, voy a subir al Calvario. Tienes que darme para incienso grasa de gato montés y romero. Voy a quemarlos en la cumbre del cerro y llamar a los cuatro vientos al "ajayu" -alma de tu hija- para que vuelva a su lugar. Eso mismo tengo que repetir durante tres jueves. Ya verás cómo he de conseguir que sane la niña.

La chola, habituada por herencia y educación, a creer en supersticiones, no dudó de las palabras del indígena. Depositó ciegamente su confianza en cuanto el brujo taimado le aseguró y colmándole de obsequios y de dinero le despidió, encareciéndole una y otra vez que hiciera

cuanto debiera para lograr el objetivo. Finalmente, le prometió una buena recompensa para el día en que su hija, conforme a lo prometido, recobrara, fa salud.

Empero, pasaron muchos jueves y las esperanzas de la afligida madre quedaron defraudados por el brujo, el cual, habiendo averiguado, sin duda, por intermedio de la servidumbre, que la enferma no había demostrado la más leve mejoría, no volvió a aparecer por la casa.

\* \* \*

Siguió pasando el tiempo. La fatal morriña continuaba su curso inexorablemente. Domy apenas se levantaba del lecho unas pocas horas al día para volver a él cada vez más melancólica y extenuada. Don Ciriaco se había dado a la bebida, según él, para ahogar su pena; Doña Saturnina repartía su tiempo entre sus obligaciones del puesto de fruta, la atención a la hija y constantes visitas a las iglesias a encargar misas y novenas para la salud de la enferma.

Uno de esos días en que Saturnina porfiaba cariñosamente a su hija con el propósito de hacerla tomar una taza de caldo, al verla tan macilenta y triste, creyó por fin haber encontrado la causa de esa dolencia pertinaz.

-Díme, hija. ¿No estás amartelada?

-¿Qué es eso, mamá? -preguntóle ella con voz apagada y melancólica.

-Es, pues, enfermarse del corazón por extrañar algo que se quiere mucho.

-No sabría qué decirte, mamá -respondió la muchacha con desaliento.

Y sin embargo, ella lo sabía bien, demasiado bien, que su madre había acertado. Su mal provenía de eso. Era una amartelada de su antiguo mundo. Era una profunda y absoluta inconforme con su ambiente de ahora. Cuanto más luminosos habían sido los mirajes a que se acostumbrara desde el colegio, contemplando la vida, la amistad, el amor, más tenebrosas eran las sombras que ahora la rodeaban, cuanto más exquisita se formó su alma en el internado de su añorado colegio, más brutal fue el empujón que este otro mundo grosero le había propinado en el alma. Cuanto más cultivada había sido su inteligencia, más preciso y amargo era el examen comparativo entre lo que ella hubiera querido ser y lo que era en la realidad de su hogar, de su familia y de su ambiente.

Ese era su "amartelo". Esa era su tragedia espiritual, que no podía tener otro desenlace que la muerte. ¿Qué iba a hacer en medio de su inadaptación? ¿Qué remedio podría tener su paradójico destino? No lo avizoraba. Le restaba únicamente dejar que su mal, que por fortuna tal vez ya había pasado del alma al cuerpo, siguiera su inminente proceso.

El cotidiano espectáculo de la asiduidad de sus padres, que la curaban y la mimaban a porfía, en lugar de hacerle provecho, le causaban un efecto contrario. Doña Saturnina y don Ciriaco, simplemente con sus figuras plebeyas comenzaban ya por desentonar en el artificioso ambiente del departamento de Domy. Luego, sus exclamaciones groseras., sus comentarios de estúpida ignorancia, sus afanes y actitudes grotescas y hasta la ridícula forma de manifestar su cariño, eran motivos constantes para que ella sintiera desazón y desagrado. Y lo peor de todo era que no podía remediarlo.

Quería acudir de su parte a su razón para convencerse de que esos burdos pero cariñosos cholos eran sus progenitores que todas esas ternezas en bruto y esas ingenuas solicitudes ella debía pagar con gratitud, si no con rendido y filial amor. Pero ese forzado razonamiento no tenía la suficiente fuerza para dictarle una sola respuesta amable, ni siquiera una mirada de correspondencia afectuosa. Y, en la pugna entre su razón y sus sentimientos, aparecía, de pronto, el recuerdo imborrable de la fiesta pasada, cuando su padre, hecho un vulgar beodo, gritaba y vociferaba con sus compañeros y su madre, embriagada y repulsiva, la había llevado al salón para obligarla a soportar las torpezas, las incontinencias y las humillaciones de ese medio social tan repugnante que le seguía causando pesadillas.

Así, pues, lo único que Domy esperaba, y hasta anhelaba, era morir, pues sólo la muerte la liberaría del penoso absurdo que le había tocado vivir.

\* \* \*

Comprobado el fracaso de las medicinas caseras, de los sortilegios y de cuanto conocimiento y recurso doméstico se utilizó para curar a la muchacha, el inquebrantable amor de los padres decidió acudir nuevamente a los médicos.

Cierto día, doña Saturnina, en una de sus fugaces estadias en su puesto de mercado, oyó a dos señoras que estaban comprándole fruta, comentar el acierto de un joven médico, recién llegado, al que la hija de una de las dichas señoras, según entendió la chola, le debía una estupenda curación de un caso desahuciado.

Inmediatamente la frutera pidió el nombre y dirección del médico aludido y en cuanto despachó a sus clientes, se fué a buscarlo.

Esa misma tarde un automóvil se detenía ante la puerta de la casa de los padres de Domy. Era el nuevo médico que llegó. Aunque parecía demasiado joven y apuesto para que, al criterio de Saturnina, fuera tan acertado como se lo habían asegurado, tenía una figura simpática y una manera de conducirse y de vestir que denotaba al instante que había vivido y educádose en un gran centro extranjero.

A pocos momentos después, el doctor, sentado junto a la cama de la paciente, escuchaba con atención la perorata incansable, las explicaciones y los detalles de la enfermedad que doña Saturnina y don Ciriaco le daban en su pintoresco y plebeyo lenguaje. En seguida, por las contestaciones que obtuviera de la muchacha a sus preguntas, el médico dedujo inteligentemente la verdadera situación de la enferma; hizo su composición de lugar y comprendió que aquel cuadro familiar tema algo extraño y chocante a primera vista.

Excelente psicólogo, el joven galeno clasificó nítidamente las dos naturalezas en violento contraste: aquellos dos padres groseros y primitivos y aquella jovencita delicada, culta, bella y profundamente sensitiva. Antes que el caso clínico propiamente dicho, le interesó el fenómeno subjetivo, extraordinariamente típico, de aquel hogar que, a su juicio, entrañaba un serio y apasionante problema social.

Con esta base para iniciar su labor, el doctor se dispuso a considerar el aspecto clínico. Ordenó a los padres que salieran de la alcoba y se quedó a solas con la enferma. Al instante notó que la enferma al verse libre de la porfiada asiduidad de sus padres, parecía haber quedado aliviada de algo que hasta entonces parecía la importunaba fuertemente. Esa observación fué un nuevo testimonio que sirvió al profesional para plantear el caso en el verdadero campo que hiciera posible la solución.

-Señorita. ¿verdad que usted no ha vivido antes junto a sus padres?

-Es verdad, doctor. Se puede decir que acabo de volver al lado de ellos.

-¿Dónde ha estado usted antes?

-En el colegio, doctor. He estado durante doce años interna en el colegio de la Inmaculada.

Con una exquisita amabilidad y un tacto cuidadoso, el joven doctor fué indagando todo el pasado de la muchacha. Sus preguntas, sus breves comentarios, su gesto noble, su franca mirada y su amable sonrisa fueron conquistando la confianza de su interlocutora.

Después de dos largas horas de conversación con aquel hombre extraordinariamente simpático y comprensivo, Domy se había reanimado de tal modo, que se hallaba incorporada en el lecho, hablando y sonriendo como no lo hacía desde mucho tiempo atrás.

Con gran penetración y tino, el doctor había conseguido pulsar y estimular el estado espiritual de Domy actuando más como un confidente que como un médico, de tal manera que Domy llegó a perder la impresión de estar enferma y junto a un médico. Charlaba, se reanimaba y reía como si, por fin, hubiera hallado una persona que la comprendiera y supiera tratar la de acuerdo a su más íntima naturaleza. Sin sospecharlo, se dió cuenta de que había llegado junto a sí una persona que desde el primer momento le inspiraba confianza y fe.

-Voy a estudiar con especial predilección su caso, señorita -dijo amablemente el doctor al disponerse a marchar-. Yo creo que si usted me ayuda vamos a vencer pronto esta dolencia. Mañana volveré a verla.

-Sí, doctor. Le suplico que venga sin demora. Hoy recién he comenzado a tener la esperanza de que puedo sanar –le dijo la muchacha con sincera ansiedad.

Cuando el joven galeno llegó al patio de la casa, le salieron al encuentro los padres llenos de ansiedad.

-¿Y cómo es, doctor? -le preguntó precipitadamente la chola.

-No es desesperante el caso. Espero que podemos hacer mucho por su hija.

-¡**Ojala**, pues, doctor! **Ojala** usted acierte después de que tanto la hemos hecho curar sin resultado.

-Sí. Yo les prometo que desde ahora me haré cargo de estudiar y tratar a la enferma en lo que creo que es su verdadera dolencia.

-¿Ha dejado usted sus recetas? -preguntó don Ciriaco-. Ahorita mismo he de correr a la botica para traerlas.

-¿De la botica?... -contestó, sonriendo significativamente el doctor-. No. El remedio que esa enfermita necesita no está en ninguna botica.

-Y entonces, doctor, ¿qué vamos a hacer? -preguntó desilusionado el obrero.

-¿Acaso no va a tomar nada? -añadió Saturnina con desencanto.

-Nada. Este caso es muy especial.

-Pero, entonces, doctor, ¿cómo, pues, la vamos a curar?

-Ya veremos, ya veremos. Por ahora, no se preocupen y déjenla tranquila. Suban a verla lo menos que puedan. Eso es todo. Hasta mañana.

Salió el doctor, dejando desalentados a los dos cholos. Al quedarse solos se miraron acongojados, como si trataran de comunicarse su mutua decepción por lo que acababan de escuchar, hasta que Saturnina, retirándose de Ciriaco, con la cabeza rendida de tristeza, se alejó murmurando:

-¡**Hua!**... ¡Este doctor!...

\* \* \*

Entretanto, la enferma, allá, en la penumbra de su alcoba había quedado mucho más sosegada que cuando la encontrara el médico. Aquellas dos horas de conversación amigable, casi sin tocar asuntos de su malestar físico, le habían servido de sedante. Luego, la relación que, a iniciativa del médico, le había hecho de su pasado, si bien no había llegado a comprender los detalles íntimos, le sirvieron a la muchacha como de un desahogo por primera vez. Y, por fin, la atenta y cordial manera como él la escuchaba y demostraba su comprensión, le dieron la alentadora certeza de que todo cuanto ella decía y le preocupaba era apreciado y avalorado en toda la significación y trascendencia que hasta entonces ella sola había dado a su absurda situación.

Ninguno de los médicos que la habían atendido le fué tan simpático ni le despertó tan completa confianza. Aquéllos se habían concretado a examinar la presión arterial, el funcionamiento del corazón, las reacciones nerviosas y muchos otros fenómenos puramente orgánicos, y luego a prescribir el tratamiento que, con pequeñas diferencias, todos repitieron hasta el cansancio y sin el mero resultado. Pero, este otro le pareció completamente diferente por

su persona, por su acogedora cortesía, su desdén por los procedimientos propiamente clínicos y, sobre todo, por la franca aproximación espiritual que hacia ella demostraba.

Aquella noche se durmió con menos agitación y malestar, pensando y esperando en que llegara el siguiente día y con él se repitiera la visita del nuevo doctor.

\* \* \*

Tal como había prometido, el doctor volvió a ver a Domy todos los días y con estricta puntualidad. Día tras día se sucedían largas y confidenciales conversaciones sostenidas por el médico sin mezquinar el tiempo ni estar pendiente del reloj como los anteriores doctores, urgidos por la obligación de sus visitas a los demás pacientes. La llana conducta y la generosa dedicación de su tiempo fueron dando a la presencia del galeno un carácter de visita casi familiar que despertó en la enferma una cordial simpatía.

En una de tales visitas, cuando el doctor juzgó que Domy estaba suficientemente restablecida para soportar el planteamiento de su situación, le habló así:

-Dígame con toda sinceridad, como si fuera yo su confesor, ¿qué impresión le causa el ambiente de su hogar?

-Me es insoportable, doctor.

-Ya lo imaginaba. Usted ha sido educada para otra cosa. ¿Y cuál es el estado de su espíritu con respecto a sus padres?

-Todo un dramático conflicto, doctor. Ellos me idolatran a su manera. Pero, le diré, por fin, a usted, sus sacrificios, sus desvelos, su amor no alcanzan a despertar en mí, no digo afecto filial, ni siquiera elemental gratitud que pudiera imponerme el deber de transigir con sus ideas y tolerar sus costumbres y hasta su misma presencia. ¿Se da usted cuenta, doctor, de lo que todo eso significa?

-Me doy perfecta cuenta y comprendo su caso. Usted no es más que una inadaptada y por eso su mal es de descentramiento espiritual y social y de amargura afectiva.

-¿Y eso tiene remedio, doctor?

-¡Que si tiene! ...Ya está usted en el camino de su curación, señorita.

-¿Verdad, doctor? -y al preguntarle así, la cara empalidecida de Domy y su constante gesto de melancolía se iluminaron con una leve sonrisa y una luz de aliviadora esperanza asomó a sus lindos ojos negros.

El doctor le contempló con suma atención y glosando ese gesto de alivio de la muchacha, le dijo:

-Se lo aseguro y así lo prueba esa su sonrisa, esa luz de sus ojos y ese su mismo afán de vivir que demuestra después de su anterior pesimismo. Lo que usted necesitaba, ante todo, era un confidente, una persona que haciéndose cargo de la secreta naturaleza de su dolencia, la comprendiera y supiera infundirle el empeño de vivir y de luchar.

-Sí, doctor. Eso es lo que yo necesito -exclamó la muchacha con sincera vehemencia-. Necesito un amigo. ¡Un verdadero amigo!

Mientras manifestaba eso, su mano delicada como un tibio pétalo de lirio, se levantó de las blondas del lecho en actitud de un profundo anhelo de amistad. La mano del doctor se alzó también varonil y cordial. Y esas dos manos apretadas en afán de mutua simpatía, subrayaron más elocuentemente aún las frases que entre ambos continuaron.

-Seré su amigo, señorita. Seré su amigo para transmitirle toda la fe y la ayuda que necesita.

-¡Gracias, con toda el alma, doctor!

-Lucharemos los dos contra su mal, que no es más que de amargura y de soledad. Y venceremos. Lo importante es luchar y para luchar sólo hace falta tener un ideal. En su caso, con su educación y su gran categoría espiritual, usted muy fácilmente ha de vislumbrar ese ideal, es decir una causa noble y grande que la levante de sus actuales desesperanzas, que le haga perder de vista el absurdo social en que vive y que le estruja el alma. Sí. Necesita usted una gran finalidad a la que usted pueda consagrar su juventud, su talento y las bellas virtudes que revela su alma profundamente sensitiva.

-¿Y qué ideal podría ser ése, doctor?

-Oh, no hay que apresurarse. Es cuestión de que ambos vayamos meditando con calma. Un ideal no se busca como quien elige un traje. Pero, estoy seguro de que, de su misma situación actual, ha de nacer una inquietud que tomando cuerpo y determinándose de acuerdo a su espíritu, ha de convertirse en su ideal, en su razón de ser y de vivir.

-Sí, doctor. Deseo eso. Quiero amar y luchar por algo que me haga olvidar mi origen de señorita fracasada y de mujer que concibió un imposible. ¡Eso es lo que anhelo con toda mi alma!

Al expresarse así, su mano, cobrando insospechado vigor, se apretó a esa otra mano próxima, fuerte y noble, como si ésa fuera, por el momento, la mejor forma de concretar aquel ideal que su amigo le anunciaba.

Cada visita del doctor era una nueva dosis de aliento que se iba traduciendo en positivos factores de una lenta pero segura mejoría, complementada con la administración de tonificantes y remedios tan sagazmente prescritos que no tenían para la enferma el sabor de odiosas medicinas.

\* \* \*

Domy muy pronto estuvo en condiciones de mantenerse ya en pie durante una buena parte del día. Fuéle despertando el apetito. Aumentó ostensiblemente de peso. Sus colores y sus encantos tornaron a manifestarse aunque incipientes todavía, pero por ello mismo más delicados y graciosos. Se hubiera podido decir que la muchacha era el esbozo de una obra maestra sobre la cual el inspirado artista añadía cada día un detalle de líneas, color o de luz, para ir completando fervorosamente su obra. El artista era el joven galeno, quien, insensiblemente también, atraído por sus sentimientos, se fue encariñando tanto que, con el transcurso del tiempo, no hubiera sabido decirse a sí mismo si estaba actuando dentro de los límites de su deber puramente profesional o si sus afanes correspondían ya a otra clase de afecciones.

Por su parte, Domy cooperaba con todos sus recursos personales en la labor de su médico. Se arreglaba con esmero; desempolvó su olvidado y bien surtido **trousseau** y extrajo de él las más graciosas prendas de ropa de casa. Procuraba complementar el buen efecto de sus vestidos peinándose con esmero y dándose cuidadosos toques ante el espejo de su tocador.

Una tarde, Domy, cuidadosamente vestida con un traje recién estrenado y muy mono, al ver llegar al médico le preguntó:

-¿Le gusta este vestido, doctor?

-Es precioso y le sienta muy bien.

-Lo he estrenado ahora, doctor.

Sonrió el joven y mirando complacido a la muchacha, comentó:

-Esta su actitud es un dato que revela que ya está usted reconciliándose con el mundo.

-¿Por qué, doctor?

-Pues, su preocupación de parecer bien a los demás es un síntoma inequívoco de lo que le digo.

Tanto se iba acostumbrando la muchacha a la presencia de su médico, que al despedirse éste en los días sábados o vísperas de fiesta, no podía contenerse de expresar su pena por la

ausencia del doctor durante el siguiente día. En una de estas ocasiones, el galeno, llevado por su impulso, manifestó a la muchacha:

-Mire, Domy. Para, mañana, que es domingo, me tomo la libertad de invitarme a tomar el té aquí. ¿Le parece bien?

-Oh, sí doctor. Está maravillosamente bien -le respondió ella con una dulcísima y agradable sonrisa.

Y en la tarde de ese domingo, tal como lo había dicho, llegó el médico con el cordial y alegre talante de un camarada.

Cómodamente instalados en el living, ante la mesa servida con el té, pasteles, dulces y licores, Domy lucía un precioso traje de tul vaporoso y un cuidadoso peinado de última moda: el doctor la contemplaba con ojos cautivados. Así pasaron una tarde deliciosa.

-Bueno, Domy, todo este tiempo hemos hablado de usted, de su vida, de su salud. Ahora quiero hablar de lo mío. Deseo pagarle su confesión con la mía. Me ha sido tan grato encontrar en usted tanta sensibilidad, inteligencia y gracia reunidas, que siento yo también el ansia de contarle mi vida, mis años pasados, mis labores presentes y mis aspiraciones para el futuro. Créame, Domy, que nunca hasta ahora me he considerado tan próximo a nadie hasta el punto de atreverme a confiarle mis intimidades. ¿Será posible, al conocer también las suyas, usted me está invitando a esta hermandad espiritual? Esto que digo le dará la medida de mi manera de ser. Soy ante todo un romántico y las cosas del espíritu ocupan en mi vida mayor campo que las preocupaciones profesionales.

Ante la complacida y profunda atención de la muchacha, el joven profesional, ameno y locuaz, le contó su historia, sincera y desnudamente, como si la narrara a su hermana o a su amada.

\* \* \*

Se llamaba Joaquín Arenal. Era natural de la misma ciudad. Hijo único de una conocida familia con antepasados próceres de los primeros tiempos de la República; nació y vivió su primera infancia en la suntuosa casa solariega de sus progenitores. Allí la vida le había saludado con sus mejores dones. Su padre, cariñoso, hidalgo y honrado; una madre, noble, buena y bella; unido a todo esto una gran fortuna, producto de unas riquísimas minas de oro que poseyeron y habían explotado sus abuelos en una lejana y poco accesible provincia tropical. Este caudal les había permitido a los padres de Joaquín viajar a Europa y educar al hijo en los mejores colegios y durante las vacaciones elegir cada año un lugar de veraneo, ya en la Costa Azul, en la orilla de los lagos suizos, en Ostende, en Venecia, en Constantinopla o en el Egipto.

La terminación de sus estudios secundarios coincidió con una gravísima situación económica de su familia. Su padre, que hasta entonces era un perfecto hombre de bien, había comenzado a frecuentar los casinos y lugares de juego. Un día salió de Monte Carlo sin un centavo y con toda su fortuna perdida. Apenas pudieron disponer de lo preciso para el pasaje de retorno a la tierra natal. Al volver sólo les quedaba la casa solariega y algunas haciendas. Hubieran podido vivir holgadamente, adaptándose al sencillo marco de la vida bastante aldeana que por entonces se hacía en el país, pero, el padre, acostumbrado ya a los grandes centros europeos, no se resignaba a vegetar en el medrado ambiente nativo y se dolía especialmente de no poder continuar la esmerada educación de su hijo hasta darle una brillante profesión.

Por eso resolvió consagrarse afanosamente a rehacer su antigua fortuna. Como era lógico, eligió la minería. Sobre las propiedades que aún le restaban, contrajo un crecido préstamo que lo invirtió íntegramente en la adquisición, habilitación y explotación de unos yacimientos adquiridos a unos provincianos. Durante un año porfió en organizar y montar los trabajos con la seguridad de lograr una magnífica producción. Pero al cabo de ese tiempo, las minas resultaron pobres. Una quiebra espantosa fué el resultado de sus afanes. Y un día, el hidalgo, acosado por las obligaciones financieras, con el alma oscurecida por el tremendo contraste, tuvo la inaudita decencia de poner trágico fin a su vida. Pero, como una cruel ironía, la mina, estéril hasta entonces, comenzó a dar algún rendimiento y permitió pagar todas las deudas contraídas por el señor Arenal. La esposa se apresuró a vender las minas para liberar de hipotecas la casa y las propiedades de familia.

La madre de Joaquín, mujer empeñosa e inteligente, no sólo soportó el golpe de su trágica viudez, sino que algún tiempo más tarde arregló de tal manera la administración de sus bienes, que pudo, vendiendo alguna de sus propiedades y conservando la renta de otras, enviar a su hijo a Europa para que continuara sus estudios universitarios, mientras ella se quedaba en el país para sostener con economías y ahorros la estada y aprendizaje de Joaquín durante los largos años que necesitaba para vencer su carrera.

De esa manera el joven volvió al extranjero, llevándose como control para su conducta y lección inolvidable para su vida la desgracia ocurrida a su padre. Joaquín hubiera deseado, de acuerdo con sus antiguas inclinaciones, dedicarse al arte o la literatura. Su temperamento romántico y apasionado por las cosas y las causas bellas, estimulado por el aliciente superior de los museos de arte, el teatro, los conciertos y las exposiciones que había frecuentado desde niño en sus paseos por las principales capitales del viejo continente, le impulsaba a consagrarse al cultivo de uno o varias de estas artes puras. Pero, frente a las duras lecciones de la vida y, sobre todo, al cambio de su situación económica, tuvo que decidir, muy cuerdamente, por elegir una carrera más práctica y socorrida que le permitiera volver a su país para vivir de ella y poder retribuir los abnegados y generosos desvelos de su madre.

Como realización de tal propósito había elegido la medicina, porque con ella pensaba aunar sus ensueños de tornar en filantropía para los seres dolientes las generosas disposiciones de su espíritu sensible e idealista. Se inscribió en una de las más acreditadas universidades y se consagró a sus estudios con tesón y entusiasmo. Cuando ya estaba por rendir el examen de cuarto año de la Facultad, recibió la tristísima noticia de la muerte de su madre. La fatal nueva estuvo a punto de causarle un contraste en las pruebas de la Universidad, Tuvo que hacer milagros de entereza y resignación para salir adelante.

Pasado algún tiempo, ordenó a su tutor que vendiera todas sus propiedades y valores, con excepción de la casa solariega, por veneración a sus padres y antepasados. Con el producto de tales ventas, Joaquín ordenó cómodamente su vida; administró sus gastos provisoriamente hasta terminar sus estudios, quedándole aún una buena reserva para el futuro.

Con su flamante título, un gran caudal de optimismo y vehementes propósitos de trabajar en su tierra poniendo todo cuanto había aprendido al servicio de sus semejantes, había regresado para establecerse en la ciudad, habiéndose iniciado afortunadamente y conseguido rápida reputación.

Un solo detalle le fué ingrato: entrar en su vieja casona y verse aislado espiritualmente, sin tener entre quienes le rodeaban nadie que fuese capaz de hermanarse con su alma. En ese momento había comprendido que era un solitario por razón de la incomprensión de los suyos. Por eso ahora comenzaba a sentirse contento de haber hallado en Domy la mujer exquisitamente conformada para ser la verdadera amiga y confidente.

Mientras el doctor Arenal contaba todo eso con la sencilla y veraz manera de un cabal hombre de bien. Domy escuchaba cautivada, ¡Cuánto bien le hacía oírle! El hecho de ser la depositaria de las intimidades de ese hombre la convertía en partícipe de su destino. Esa consideración le infundió seguridad y fe en sí misma, haciéndole columbrar la posibilidad de encontrar un derrotero a través del desbarajuste de su vida.

Pero, además, otro sentimiento sutil y en estado de larva brotaba de su alma, La espontánea prestancia de ese hombre joven, su educación esmerada, su correcta y sobria elegancia, la naturalidad de sus palabras y ademanes y, muy principalmente, el fondo intensamente romántico de su espíritu disimulado debajo de la serenidad obtenida por la disciplina de una vida de lucha y de estudio, fueron creando en el concepto de la muchacha la idea de un acabado arquetipo.

Con un interés nuevo, creado por esa sensación, Domy le preguntó:

-¿No ha habido hasta ahora nadie en su vida a quien haya hecho usted estas confidencias?

Guardó silencio el doctor, Fué un silencio embarazoso que por algunos instantes ensombreció la luz de su mirada franca. Algo como el nacimiento de un suspiro se frustró en el pecho del hombre. Al fin pudo decir con la voz un tanto temblorosa:

-Bueno... En la vida no todo ha de ser éxito ni felicidad -luego añadió como para sí mismo.-, No todo ha de ser luz. Hace falta la sombra para dar relieve y perspectiva a las cosas.

A Domy le llamó la atención el brusco cambio en la actitud de su interlocutor. Presintió un misterio que comunicaba mayor sugestión a aquel hombre que había comenzado a admirar.

-Bien, Domy. Es preferible terminar en este punto mi larga confidencia. Es ya muy tarde y he hablado demasiado. Perdone usted.

Y se levantó para despedirse con un apresuramiento inusitado.

Domy estrechó con su tibia mano la del doctor y se quedó mirando anhelosa la silueta que desaparecía en la penumbra del patio mal alumbrado de la casa.

### CAPITULO DECIMOTERCERO

Bien, mi querida Domy. Creo que ya hemos superado su dolencia. La preciosa máquina de su organismo está restaurada. Aquí, bajo el abrigo de su soledad funciona bien. Ahora hay que ver cómo se porta en la intemperie -díjole un día el doctor Arenal.

-¿En la intemperie, doctor?

-Sí, amiguita mía. Ahora tiene usted que salir a la intemperie. Yo llamo así al mundo, al medio social en el cual tiene que vivir forzosamente todo ser humano. Pues bien, mientras una breve ausencia me obliga a dejarla...

-¿Dejarme, ha dicho usted, doctor?

-Sí, amiguita mía. Es una cuestión de fuerza mayor.

-¿Por mucho tiempo? ¿Va usted a ir muy lejos? -interrogó la muchacha, casi con angustia.

-Por un mes, nada más.

-¿Es para alguna curación de urgencia? -añadió Domy con una atrevida espontaneidad dictada por su egoísmo de paciente y de admiradora a la vez.

La contempló Arenal con una profunda y dolorida mirada y le respondió:

-Sí. Es un caso de urgencia. Es también un mal del espíritu y son dos los que necesitan curarse.

Pero, refrenando la gravedad del acento con que había pronunciado estas palabras, siguió hablando a la muchacha con su habitual y alegre afecto:

-Volvamos a lo suyo. Usted ha de aprovechar estos días para enfrentarse con la prueba, siguiendo mis instrucciones.

-Sí, doctor. Haré todo lo que usted me diga -respondió la muchacha con sincera disposición.

-Así me gusta. Por delante tiene que estar su buena voluntad. Luego, a salir de paseo desde mañana mismo. Pero, escúcheme bien. Debe ir despreocupadamente, sin trascendentalizar nada. Hay que salir a ver todo lo que hay por allí con ojos de niña curiosa, sin analizar nada y más bien dispuesta a dejarse cautivar con todo lo que sea grato y divertido, aunque fuera nada más que superficialmente.

-Así haré, doctor.

Sólo de esa manera podrá usted ponerse bien con el mundo hasta que desaparezcan de su mente las ideas negras que tan prematuramente se ha formado. Ya verá usted que no todo es malo entre las gentes. Hay muchos seres que bien merecen nuestro aprecio y hasta nuestra predilección y hay muchas cosas también que valen la pena de tenerlas y de gustarlas. Ya lo verá usted.

-He de cumplir todo lo que usted me dice, doctor. Mañana mismo saldré de paseo.

-Muy bien, Domy. Y siga usted saliendo todos los días y quédese afuera todo el mayor tiempo posible. Procure volverse todo lo frívola que pueda. Alégrese por cualquier cosa. Empápese de sol, de aire y de alegría. Busque amistades que sientan optimismo por la vida. Estoy seguro de que cuando yo regrese la encontraré viviendo otra vez la plenitud de su edad florida.

-¡Gracias, doctor! .Y que usted vuelva pronto para que siga siendo mi mejor amigo.

-Así será, Domy.

Con tales recomendaciones, el doctor Arenal se despidió de su ex-paciente.

\* \* \*

A la tarde siguiente, Domy, dócil a la orden, y, acaso más que dócil, subyugada por la influencia moral de ese hombre, única fuente de su naciente fe, se dispuso a salir. Se aproximó a la ventana y vió arriba un cielo sereno y encendido en los más bellos tintes del crepúsculo. Abrió los cristales y sintió en la cara la caricia del aire fresco, que penetró en sus pulmones produciéndole la sensación consoladora de que aún había, allá afuera, campo y libertad suficientes para su bienestar.

Por primera vez desde que estaba en su casa le entusiasmó la invitación de la naturaleza. ¡Cuánta razón había tenido el doctor y qué tonta había sido ella! ¡Estar encerrada así, consumiéndose de nostalgia y hasta queriendo morirse cuando ahí fuera estaba la vida incitándola con sus atractivos!...

Sin esperar más, se arregló; compuso esmeradamente su cara, que tanto habían desmejorado los pasados sufrimientos; eligió su mejor traje de tarde; calzó un monísimo par de zapatos; púsose su más gracioso sombrero y completó su aderezo con un valioso tapado de nutria confeccionado en un modelo de "tres cuartos" y, con la mejor voluntad de su parte, salió a caminar por las calles de la ciudad.

Recorriendo las vías al azar, llegó hasta el centro, y por fin ingresó a la calle Comercio cuando se iniciaba el paseo vespertino. Las vitrinas iluminadas, exhibiendo más o menos artísticamente la selección de las mercaderías de cada almacén, los letreros y anuncios luminosos daban a la calle la categoría de una arteria moderna; los bares y las confiterías dejaban notar desde sus puertas los numerosos concurrentes que los ocupaban. En las veredas, las muchachas elegantes paseaban haciendo tiempo para la llegada de los amigos con quienes tenían cita para la "tanda" del cine. Grupos de hombres elegantes, o con presunción de tales, paseando también o detenidos en las esquinas o junto a las puertas, escépticos unos, filosofaban sobre los males y problemas nacionales: otros, menos trascendentalistas, hablaban fruslerías sin dejar de devorar con los ojos a las mozas que pasaban y de lanzarles a quemarropa piropos manidos y de escaso ingenio. Pollos "sinsombreristas" paseaban luciendo sus "permanentes" con ondas y reflejos laboriosamente logrados merced a la gomina y con el abrigo echado a la espalda con estudiada negligencia. Y, de cuando en cuando, algún indígena sucio y torpe caminaba tímido y azorado como un animal cerril que se hubiera extraviado en medio de la gente. En fin, toda una fauna humana variada, y en buena parte cursí, que había invadido la calle de acera a acera hasta obligar a suspender el tránsito de vehículos por la calzada.

Domy, agradablemente impresionada en los primeros momentos y contenta de haber descubierto un sitio interesante para distraerse, recorrió garbosa y erguida las dos cuadras que constituían la zona del paseo. Llegada al final de la segunda cuadra, tomó la vereda de enfrente y volvió a recorrer las mismas dos cuadras en sentido contrario. Cubierta nuevamente esa distancia, volvió a recorrerla y, así, media hora después, había ido y retornado tanto, que

comenzó a sentir el hastío de ver las mismas tiendas, los mismos escaparates y las mismas caras. Sin poder evitarlo, su afán de análisis le hizo comprender que estaba formando parte de una gran noria colectiva, en la que ella y las demás gentes estaban haciendo la cosa más tonta del mundo.

-¿Será, realmente, una diversión o un castigo de ergástula esto de andar y andar como en una pista? -se dijo- ¿O es que estoy traduciendo lo que veo bajo el efecto de mi incorregible insatisfacción?

Al pasar junto a los hombres, notó que muchos de éstos la miraban con impávida atención. Algunos le lanzaban requiebros vulgares. Entre esos desconocidos galanteadores encontró algunos muchachos pasables y hasta simpáticos; pero, en su estado psicológico no entraba por el momento la posibilidad de un flirt, así fuera nada más que para dar sentido y objetivo a su paseo.

Se resolvía ya a libertarse de esa sensación de "calesita" que a cada vuelta repite el mismo campo visual para ir hacia otros sitios de la ciudad, cuando sintió por detrás dos manos que la detuvieron, al mismo tiempo que a sus espaldas voces femeninas la nombraban con regocijada sorpresa. Volvió la cabeza y se encontró con dos muchachas elegantes y bonitas, aunque excesivamente maquilladas.

-¡Domy,.Domy! ¿Verdad que eres tú? -díjole una de ellas.

-¡Pero, qué grata sorpresa, encontrarte, amor! -le saludó la otra, halagadora.

Domy no supo de quiénes se trataba, si bien las fisonomías que tenía ante sí le suscitaron un lejano y vago recuerdo.

-¡Pero, chica, no nos conoces!...

-Sí. Pero, en este momento, no sabría decirles... -les respondió la muchacha, tratando de suplir con su amable gesto la deficiencia de su memoria.

-¡Parece mentira, hija! ¿No te acuerdas de Susy, de Susana?

-¿Y de mí? -le dijo la otra-. ¿De Candy? ¿No te acuerdas del colegio?

-Ah. Ahora sí. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

Cariñosos abrazos y sonoros besos con fuertes huellas de rouge labial ratificaron el reconocimiento.

Y, fué, recién, que Domy recordó a sus dos condiscípulas del internado. Susana y Candelaria Rosales habían sido dos hermanas extremadamente frívolas y desaprensivas, cuyas originalidades en materia de indisciplina y falta de recato habían dejado fama entre las demás colegialas. Así por ejemplo, cierta noche, descuidando a la celadora del dormitorio habían ido a apostarse en una de las ventanas de la calle para "pelar la pava" con unos impacientes galanes, situación en que fueron sorprendidas por una de las madres profesoras. La última y más grave de sus ocurrencias había sido la de escapar del colegio una tarde, mezclándose entre las alumnas externas que salían después de las clases para sus casas; pero no para ir, como éstas, a la suya sino para reunirse con unos amigos disipados y pasar toda una noche de baile y diversión. Sorprendidas también en esta gravísima falta, fueron expulsadas del establecimiento. Desde entonces, Domy no las había visto más.

A pesar de que la separación de las Rosales había dejado un recuerdo terriblemente sensacional en el internado, en aquel momento, Domy, crudamente aleccionada por sus percances pasados, por su situación equívoca y su desamparo social, estaba libre de prejuicios y dispuesta sobre todo a cumplir los consejos del doctor Arenal, no sólo estaba resuelta a ser tolerante con aquellas muchachas sino a ver hasta dónde le sería posible y agradable cultivar esa amistad tal como en los lejanos días del colegio. Así, pues, las trató con llaneza y espontánea cordialidad.

Por su parte, las Rosales, encantadas de haberse hallado con una amiga bonita y elegante, la tomaron inmediatamente a su cargo y se la llevaron del brazo a una de las confiterías próximas para tomar el cóctel que ellas, muchachas modernísimas, acostumbraban a esa hora.

¿Y no han extrañado la vida del colegio? -les preguntó la muchacha.

-No, Domy -contestó Candy-, porque, de haber continuado allí nos hubiéramos convertido en unas santulonas hipócritas o en unas señoritas cursis. ¿Te das cuenta? Y, con esa manera de ser, nuestra vida, ahora, sería imposible.

-Claro -añadió Susy-. Llenas de tantos prejuicios hubiéramos desperdiciado lo mejor de nuestra juventud, sin saber que se vive sólo una vez.

-¿De manera que están satisfechas?

¿Por qué no? -respondió Susy-. Vivimos con independencia. Papá, embebido en sus negocios mineros y también en alguna que otra aventurilla que el viejo se procura para distraer su viudez, casi no reside en la ciudad y nosotras quedamos durante largas temporadas en plena libertad para arreglarnos como mejor nos acomoda. Si no tenemos amigas, es porque todas esas "señoritas bien", especialmente nuestras antiguas condiscípulas, nos han marginado de su círculo, en cambio, te diremos, nos sobran los amigos y éstos entre los mejores muchachos de la sociedad. Con ellos nos divertimos y hasta fraguamos alguna interesante aventura. ¡Figúrate que por medio de estos amigos llegamos a vengarnos de las "chicas bien" frustrándoles sus matrimonios!

-¿Sí? ¿De qué manera?

-Escamoteándoles el novio: no para casarnos con él, porque esto no entra en nuestros cálculos, sino para retenerlo con una de nosotras y llegar a formas de intimidad tan públicas y ostensibles que a esas muchachas ya no les es decoroso reanudar el noviazgo.

-¡Entonces, ustedes son una verdadera plaga social! - contestó riendo, Domy.

-Ni más, ni menos, chica -añadió, riendo también, Candy-. Ah, pero tú no debes temer nada de nosotras. Te consideramos de otra pasta. En el colegio, siempre te estimábamos. Esa estimación se ha confirmado ahora mismo, al encontrarnos. ¿Y, sabes por qué? Porque te has mostrado espontánea y cordial, muy al contrario de esas otras que al vernos fruncen el hocico y se alejan como si estuviéramos apestadas. Tú demuestras ser una buena muchacha, sin pretensiones tontas. Vamos a ser muy buenas amigas.

-Desde luego -afirmó Susy-, te ofrecemos nuestra compañía y serás participe de nuestras diversiones, amigos y cuanto sea preciso para pasarla bien. ¿Qué te parece?

-Quedo muy agradecida para ustedes, y encantada con todo lo que me proponen.

~ La respuesta de Domy era sincera. En medio de su soledad espiritual y de su irresoluble conflicto hogareño, se había encontrado, de pronto, con, esas amigas sin prejuicios para con ella. Además, ¿no le había recomendado el doctor que buscara lo frívolo e intrascendente? Pues, ahí estaban esas muchachas, tan alegres y despreocupadas como no las hubiera podido hallar mejores.

Para iniciar esa vida de camaradería, las Rosales planearon allí mismo el programa para esa noche. No tardarían en llegar a buscarlas unos simpáticos amigos con los que tenían convenido ir a cenar a algún restaurant de moda y luego, a la ruleta o, si se prefería, a alguna boite.

En efecto, media hora después estaban junto a ellas tres muchachos elegantes y simpáticos que al llegar saludaron a las Rosales con palpable intimidad. Hecha la presentación de Domy, los jóvenes la hicieron objeto señalado de sus gentiles atenciones. Hombres experimentados como eran en achaques femeniles, se dieron cuenta inmediata del delicioso

ejemplar de mujer que tenían ante sí. No dejó de agrandar a Domy el tono de tenoríesca galantería con que fue cumplimentada desde el primer momento. Mujer al fin, le halagaban aquellos homenajes y supo mostrarse también asequible a los desbordes de la elocuente simpatía de sus nuevos amigos.

Después de beber alegremente algunos turnos de copetines, los seis amigos se trasladaron en un lujoso "Packard", propio de uno de los jóvenes, a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Al llegar, mientras los demás ocupaban sus asientos en la mesa expresamente reservada para ellos, Candy se levantó para ir a la toilette y rogó a Domy que la acompañara.

-Chica, lo único que puedo decirte es que te ha caído la lotería -fue lo primero que Candy le dijo a Domy en cuanto se vieron solas.

-¿Por qué? -respondió la muchacha.

-Uno de esos tres amigos, Cristián Tórrez de La Mata, no ha cesado un instante de devorarte con la vista. Yo lo conozco muchísimo y jamás lo he visto tan prendado de una mujer.

-¿Pero, es que tan pronto ustedes me han deparado ya un galán?

-¡Te lo has conquistado con los propios encantos, chica! Y te felicito por ello. ¿Sabes quién es?

-¿No acaban ustedes de presentármelo?

Pues, es un gran hombre de negocios. Es extranjero; pero eso mismo le hace mucho más interesante. Gira con millones. Es soltero, rumboso y simpatiquísimo, como ya lo has podido notar. Las mujeres de la sociedad se lo disputan desesperadamente. Ha tenido líos hasta con señoras casadas. Es el mejor partido que se puede soñar. Si tú sabes ser amable y condescendiente con él tendrás magníficos obsequios y, además, fuera del galán más encantador, la oportunidad para dar más de un disgusto a esas hijas de familia que quieren atraparlo. Así que, ya lo sabes. Dale "chance" y si es necesario dale también "handicap", y no te pesará.

Domy oyó a su amiga con tibio interés, ni tanto que realmente la deslumbrara, ni tan poco que significara rechazar secamente a tan extraordinario cortejador.

Una vez todos en la mesa, Tórrez de La Mata, tal como se lo había hecho notar a Domy su amiga, fue dedicándose casi exclusivamente a atender y a colmar de galanterías a la muchacha.

Terminada la cena, y después de una larga y sabrosa sobremesa, se decidió pasar el resto de la noche en la ruleta. La entrada de Domy en la sala de juego fue para ella toda una sorpresa. Por las nociones y prejuicios que le habían inculcado sobre el vicio del juego, había esperado encontrar allí solamente gentes de cierta calaña moral poco recomendable; pero vio todo lo contrario; gente encopetada y distinguidísima de la mejor sociedad. Pudo examinar tranquilamente a todos, pues nadie reparaba en ella; todos estaban con la mirada anhelante, pendientes de las vueltas que daba la bolita alrededor del cuadrante de la ruleta.

A quienes primero reconoció fue a dos ex-condiscípulas que jugaban junto a sus padres. Sorprendida por la calidad de personas de tan respetable familia, se consagró a observarlas. Cada una de ellas colocaba afanosamente sus fichas en las casillas, columnas o colores del tablero.

Otra persona llamó en seguida su atención. Era una dama elegantísima, bastante joven aún, que cada vez que jugaba y perdía se retiraba de la mesa para salir al bar, instalado en la sala contigua, y se acercaba a un señor gordo y cincuentón que tomaba tranquilamente su "higeball". La dama le hablaba al oído con cierto rubor; el hombre la escuchaba con gesto ambiguo entre incomodado y condescendiente; luego respondía algo que parecía una condición de mucha

importancia. La dama asentía poniéndose roja y entonces el cincuentón, sonriendo y mirándola sensualmente, sacaba de su cartera algunos billetes de corte mayor y los entregaba a la dama.

A Domy le hicieron mucha gracia los trajines de aquella señora y deduciendo el caso a través de su lógica poco conocedora de esas gentes creyó que se trataba de algún matrimonio de personas de distintas aficiones en el que, mientras la esposa se moría por el juego, el marido prefería empinar tranquilamente su whisky.

En ese momento, Susy Rosales que venía de haber cambiado dinero por fichas para el juego se aproximó a Domy para decirle:

-Oye, Domy, ¿no quieres jugar?

-Estoy tan divertida observando lo que hace aquella señora elegante del tapado gris, que no he tenido todavía la tentación de jugar. Fíjate que la he visto ya dos veces aproximarse a aquel señor gordo que esta bebiendo. Debe ser su marido, ¿no?

-¡Qué esperanza, hija! Esa dama es la señora de X..., cuyo esposo está ausente y ese señor a quien le pide dinero es un solterón acaudalado que no tiene ningún parentesco con ella.

Aquellos esclarecimientos le dieron a Domy la pauta de lo que podría significar para la dama en cuestión el dinero de aquel hombre que no era su esposo, y menos su banquero. Miró una vez más a esa señora a quien había creído, a lo mucho, una esposa exigente con un marido tacaño y se retiró de allí percibiendo una nueva desilusión.

A poco, se le acercó Cristián Tórrez de La Mata con un puñado de fichas que muy gentil y discretamente le ofreció:

-¿Quiere usted probar su suerte?

-¡Oh, señor de La Mata! -repuso ella-. Yo no debo aceptarle. Llevo algún dinero. Le ruego, más bien, que tenga la amabilidad de llevarme adonde cambian las fichas.

-No se preocupe y tenga estas fichas por el momento. Lo importante es que usted pruebe su suerte y que se divierta.

La Mata se manejó con tal tino que logró que la muchacha le recibiera las fichas.

-¡Muchas gracias! ¿Cree usted que pueda ganar?

-Si me permite usted una torpeza egoísta, yo desearía que usted pierda.

-¿Tan poco simpática soy para usted?

-¿Es que a veces soy supersticioso y como dicen que a quien está bien en el juego le va mal en amores...

-Entonces es seguro que ganaré en el juego.

-¿Por qué?

-Estando, como estoy, tan mal en amores...

-No, Domy. Usted está bien en amores. Se lo juro.

-Pues ahora tengo el presentimiento que he de ganar.

-Aunque usted gane, yo le aseguro que también le irá muy bien en lo otro.

-Entonces su regla no es infalible, señor de La Mata.

-¡Qué es lo que puede ser infalible frente a sus irresistibles encantos, bella Domy?

-Es usted muy gentil y muy generoso.

-Y, muy enamorado, añada usted -manifestó Tórrez de La Mata, con una mirada preñada de seducción. Luego, seguro del efecto de sus palabras y queriendo dejar en libertad a la muchacha, pretextó -Estoy interesado ahí dentro en la caja del "Punto y Banca", de manera que le ruego que me permita dejarla unos minutos, mientras usted juega junto a nuestras amigas.

Domy comenzó a rodear lentamente la mesa de juego más próxima, tratando de distinguir a sus amigas o de encontrar un sitio vacío que le permitiera acercarse al tablero. Al doblar uno de los extremos de la mesa creyó reconocer la cara de una muchacha que estaba un poco inclinada y embebida en el juego.

-¡Será posible que sea ella! -se dijo.

Quiso comprobar su primera impresión visual, pero en ese mismo instante, un grupo de personas que llegaba a tomar su puesto para el juego le impidió seguir observando lo que deseaba.

Sinceramente creía y esperaba haberse equivocado. ¿Cómo fuera posible que estuviese allí y en tal trance su ex-condiscípula María Elena Gálvez, nada menos que la alumna que invariablemente se había llevado todos los años el "Premio de Excelencia" en Religión y Recato? No. Decididamente había visto mal. Sus ojos habían sufrido un error. Con este pensamiento trató de aquietarse.

Pero le escocía en lo íntimo la curiosidad de comprobar su equivocación. Un hueco que se abrió casualmente entre las cabezas de las personas que estaban ante ella le premitió mirar libremente. ¡No se había equivocado! Allí estaba la mismísima María Elena Gálvez, premio de excelencia en Recato y Religión; ajena a todo y absorbida en los lances del juego, demostraba profunda nerviosidad. Parecía estar perdiendo. Colocaba en ese momento sus últimas fichas a "pleno" en el número 17. Lanzada la bolita, el "croupier" cantó 19. Las fichas de María Elena fueron arrastradas junto con todas las de los que habían perdido. Domy miró con pena a su amiga que parecía desesperada al ver que se iban sus últimas fichas. La muchacha, después de una expectación sombría buscó afanosamente en su bolsa y Domy la notó más angustiada aun al no hallar ni fichas ni dinero. Siguió observando y vio que se desprendía del cuello una joya de brillantes reflejos y que con ella en la mano se dirigía hacia la Caja.

Intuyendo Domy lo que la Gálvez se proponía, en un arranque espontáneo quiso ir en su ayuda, pero no le fue fácil llegar oportunamente, pues el salón estaba tan lleno de gentes que pululaban, que apenas pudo distinguir a su amiga y llegar cuando ya estaba ante el ventanillo de la Caja, en el momento en que acababa de entregar la joya que era una crucecita de oro con pequeños brillantes.

-María Elena. ¿Cómo te va? ¿Qué haces aquí?

-A, ¿eres tú, Domy? -respondió la muchacha, notoriamente cohibida por la vergüenza.

-¿Vas a empeñar esa cruz? -le dijo Domy, precipitando sus palabras con el solo objeto de evitar lo que temía.

-Este... ¿A qué te refieres?

-Mira, María Elena. Guarda tu joya. Aquí tienes fichas. Te las cedo para que sigas jugando.

La Gálvez pidió su prenda al cajero y en compañía de Domy se retiró a un lugar apartado. Con la joya en una mano y la otra subconscientemente extendida para recibir las fichas que le ofrecía su amiga, libertándose de su aturdimiento, dijo a Domy:

-Pero..., ¿por qué me das ésto? ¿Me has visto tan angustiada? ¿Es que tratas de darme una limosna?

-No, hija. No, María Elena. Lo único que quiero es evitar que tú, habiendo sido tan virtuosa en el colegio, estés ahora queriendo empeñar tu cruz.

-¿Esto? -dijo la otra, mirando ruborizada la prenda.-. Esto es una joya cualquiera.

-Para mí, puede que lo sea. Pero para la que se sacaba los premios de recato y religión, no es una joya cualquiera.

-Entonces, ¿tu oferta no es más que una lección que pretendes darme? ¿Una humillación?.. -y la muchacha inflamándose de cólera, miró a Domy de pies a cabeza, añadiendo con sarcasmo:- Has estado acechando la ocasión para humillarme, tú, una miserable cholita, la Domitila Perales, cuyas habilidades recién se han descubierto.

-¿Lo sabes también, María Elena? -preguntó Domy con amargura.

-Sí. Las Alcazaba me lo han contado todo.

Domy quedó silenciosa. No sabía qué hacer. Sin embargo, tan generosa y espontánea había sido su primera actitud, que su mano seguía extendida hacia María Elena como si mantuviera su oferta.

-De todas maneras, María Elena. Acéptame, o por lo menos vayamos a jugar juntas. ¿Quieres?

¿Contigo? ¡Nunca! Anda a buscar gentes de tu laya. Has logrado embaucar a Rosario y a su hermano. Yo no soy una tonta -al decir ésto, la Gálvez dió la espalda a su amiga y desapareció entre los grupos de gente que llenaban el salón.

Domy se quedó inmóvil y pensativa. En su espíritu, ya tan nutrido de duras experiencias, quedó catalogada esta otra lección que le daba el mundo. Consideró cómo aquellas gentes que se creían distinguidas y que por mantener incontaminada esa distinción le enrostraban siempre que podían su origen plebeyo, estaban allí; zarandeadas por vicio tan bajo y censurable. ¡Cómo le dolía nuevamente la injusticia de que había sido víctima, al pensar que por no pertenecer a esa clase de gentes, el propio Ramiro le había talado del alma las más frescas ilusiones! Pero ese dolor tenía ahora para ella la agria satisfacción de haber sorprendido a ese mismo mundo social, que la repudió, en sus íntimas miserias mal veladas por los falsos brillos y mentidas formas morales.

Finalmente, acordóse de que ella no estaba como analista sino que había obedecido a un simple tratamiento aconsejado por el médico. Sacudió sus reflexiones, tan fuera de tono con sus propósitos de frivolidad y de alegría, y se fue a reunir con sus amigas.

Ocupó un sitio entre Susy y Candy y comenzó sus apuestas, perdiendo y ganando regocijadamente, como quien sólo buscara un pretexto para divertirse.

A medida que se aproximaba la madrugada fue creciendo la febrilidad de los concurrentes. Muchos salían desencantados, con los bolsillos agotados. Otros, y especialmente algunas mujeres, con menos carácter y más pasión, después de haber perdido todo, se quedaban mirando los lances, como si no pudieran alejarse de esas mesas que las retenían con su fascinación.

Un detalle que llamó la atención de Domy en los intervalos de las apuestas fue el ver que algunas de las damas que antes lucían riquísimos tapados de pieles, ya no los llevaban, precisamente cuando el frío del amanecer arreciaba y hacía más notoria la falta del abrigo. La cosa valía una explicación y la pidió a una de sus amigas.

-Chica, no te das cuenta de lo que les pasa a esas señoras? -le hizo notar Candy.

-Será que tienen mucho calor. Pero, lo que es a mí, buen servicio me presta ahora mi abrigo -manifestó Domy.

-Ya lo creo. Y, a todos los que estamos aquí. Pero, éstas han ido a empeñar sus trapos para seguir jugando.

-¿De veras?

-Es lo seguro, hija. Dicen que el empresario de la ruleta tiene un gran stock de pieles y prendas de sus clientes.

Después de esa aclaración, Domy miró a esas damas en obligado veraneo y desapareció su respeto por tan distinguidas figuras sociales. Y, seguía pensando en eso, cuando notó que a su lado, Candy Rosales se había empeñado en una discusión con una dama sobre el derecho de retirar un "pleno" redoblado. Cuando, por fin, Candy, con el testimonio de varias personas logró acreditar su propiedad y tomar sus fichas premiadas, la dama de la disputa se retiró profiriendo palabrotas y se escurrió entre la concurrencia. Candy, alterada todavía por el incidente, se desahogó diciéndole a su amiga:

-¡Figúrate, la muy zorra! ¡Quería robarme mi "pleno"! ¡Como si todos no supieran la clase de gentuza que es!

-¡Quién es? -preguntó Domy.

-Una verdadera maniática del juego. Tiene una historia de lo más divertida. Una noche, aprovechándose de la ausencia de su marido se jugó todo su cofre de joyas y lo perdió. Al llegar el esposo de la hacienda ella simuló haber sufrido el robo de las joyas en su propia casa. El marido acudió a la "Policía, ofreció gratificaciones y se esforzó para que se descubriera a los ladrones. Más le hubiera valido no hacerlo, pues, por la misma policía, llegó a saber lo que su esposa había hecho con el cofre.

-¡Qué barbaridad! ¿Y, a pesar de eso, sigue jugando?

-Como la has visto, pero tratando de aprovecharse de los que se descuidan con sus apuestas.

Penetraba ya la luz del alba por las ventanas de los salones de juego, cuando Domy y sus amigos abandonaron el local. De La Mata llevó a Domy en su Packard hasta la misma puerta de su casa.

-¿Es ésta su casa, Domy?

-Sí. ¿No lo imaginaba usted, verdad?

-¡Un nido muy pobre para una muchacha tan bella!

-No es más que lo que me corresponde.

-Lo que le corresponde es un trono, ante el cual yo me arrodillaría, Domy.

-Me basta con su amistad. Cristián.

\* \* \*

La vida de Domy Perales parecía haber encontrado en aquellos días un camino un tanto vedado acaso, pero acorde con el género de distracciones y frivolidades que necesitaba su tratamiento y, sobre todo, oportuno para adormecer sus pasados sinsabores y darle ocasión y objeto para eludir hasta donde fuera posible la estancia en su casa plebeya.

Los días que siguieron fueron de reuniones constantes con las Rosales, Cristián y los demás amigos y le produjeron una especie de vértigo que no le dejaba tiempo para pensar ni para mirar dentro de su propio espíritu. ¿Qué más podía desear -llegó a decirse en uno de esos momentos en que se hallaba como contagiada por el cinismo de sus amigos- que más podía desear mientras fuera joven e independiente? En efecto, era todo lo independiente que pudiera desear, debido a la amplia tolerancia de sus padres que no se atrevían a inquirir por su conducta ni por la razón de sus continuas y prolongadas ausencias. Los dos cholos, en su ignorancia e idolátrico cariño creían que todo lo que hacía ella estaba muy bien hecho. ¡Por algo era la niña de sus ojos! ¡Con tal que estuviera sana y alegre!

Además, esa vida le salvaba de introspecciones molestas. Si no podía vivir en la sociedad para la que la habían educado, a lo menos le era dado ahora frecuentar sitios elegantes y concurridos, en los que el dinero y la asiduidad de sus amigos le deparaban suficientes formas y motivos para pasarla muy bien. Y si en las noches volvía a su hogar plebeyo era nada más que para buscar descanso y sueño después de sus diversiones.

También esa vida le iba enseñando muchas verdades para aquilatar a las gentes y las cosas. Sus ilusiones de antes, sus fervores ingenuos y sus romanticismos de colegiala se fueron trocando poco a poco en amarguras sedimentadas, en analizadores escepticismos y en un frío espíritu de cálculo sobre la relatividad de los fingidos valores morales de su tiempo.

Al llegar el alba de cada una de esas noches de diversión, Domy era habitualmente conducida en auto por sus amigos hasta su misma casa. Una de esas veces, al bajar a despedirla en la puerta, le dijo Tórrez de La Mata:

-Bellísima Domy, mientras usted se duerma, yo seguiré soñando.

-¿En qué? -le preguntó a su vez Domy con una alegre risa con la que deseaba restar toda trascendencia a las apasionadas palabras de su amigo.

-En qué ha de ser, Domy, sino en mi felicidad, en la felicidad de ser su más entrañable amigo.

\* \* \*

Cuando Domy se despojaba de su elegante traje para meterse en la cama, sentía como si al dejar sus atavíos se despojara también de todos los recuerdos e impresiones de aquellas veladas mundanas y que se quedaba con el alma desnuda en medio de su soledad espiritual y material.

Su alcoba le parecía doblemente fea. Fría para su cuerpo enardecido por el champaña, el baile y los galanteos y más fría aún para su corazón menesteroso de la proximidad y la calidez de un afecto de verdad.

Era entonces que añoraba la presencia y los reconfortantes consejos de su amigo, el doctor Arenal. En él traía agitado de aquellos días y con la compañía de sus nuevas relaciones de amistad no había dado cuenta de que ya había transcurrido superabundantemente el tiempo señalado para su regreso. Esta comprobación le causó grave desazón. ¿Qué sería del doctor Arenal? ¿Por qué no habría ido a verla? Haciéndose tales preguntas sin encontrar la respuesta, comprendía todo el vacío de esa ausencia y engrandecía los valores atribuidos al ausente.

Metida ya entre sábanas y entibiado su lecho, pero insomne a pesar de la hora, seguía su cabecita enardecida elaborando imágenes y fantasías.

Comparaba las dos figuras masculinas que en esos momentos se incorporaban en su recuerdo. De La Mata, apuesto, seductor y rumboso, brindándole sus predilecciones y haciéndole el amor con el más consumado mundanismo, y frente a éste, el doctor Joaquín Arenal, sencillo, sincero y caballeroso, levantándole el espíritu con su afecto cordial, comprendiendo su tragedia y prestándole con su palabra la fe que le faltaba.

¿Cuál de esos dos hombres estaba más cerca de su corazón? ¿En cuál de ellos podría hallar la realización de su ideal?

La elección no era dudosa. Pero, Arenal estaba lejos de ella. Separado por una ausencia que era más sensible por lo mismo que la privaba de tanto bien. En cambio el otro, el galán afanoso, estaba allí como un centinela fiel, acosándola con sus predilecciones y deslumbrándola con sus prodigalidades.

¡Si se apresurase a llegar el doctor! Y, cavilando así escondía su bella cabecita entre las perfumadas blondas de la cama.

## CAPITULO DECIMOCUARTO

Habían transcurrido más de tres meses desde la despedida del doctor Arenal. Tres meses que habían sido muy bien aprovechados por Tórrez de La Mata para ganarse buena porción del corazón de Domy. Casi no había transcurrido un solo día en que el apuesto amigo hubiera dejado de pasar con ella la velada. Salones, boites, casas de juego, paseos, etc., fueron los sitios en que habitualmente se lucía la elegante pareja despertando envidiosos comentarios y maledicencias.

Domy se dejaba conducir y se dejaba querer y festejaba sin entusiasmo ni emoción verdaderos. De todo cuanto había hallado desde su salida del Colegio eso era lo menos malo que le había ofrecido el mundo. No quería ser exigente. Estaba duramente aleccionada por los contrastes pasados y trataba de reprimir sus aspiraciones. Mucho más si notaba que viviendo como vivía se adormecían sus antiguas exaltaciones espirituales y se aminoraban sus excesos románticos.

Solamente en algún momento de introspección su fuero sentimental lograba abrirse paso por entre la agitada baraúnda de sus días. Entonces sentía en el alma como un débil arañazo de la nostalgia y por la leve herida de esa garra intrusa manaba un aroma de evocación y añoraba y pensaba en Arenal. Se consideraba como engañada y lastimada por el despego del médico. ¿Por qué habersele aproximado tanto al alma? ¿Para qué habersele transformado de médico en amigo? -¡Amigo tan dilecto!- ¿Por qué razón menospreciarla ahora hasta el extremo de no cumplir siquiera el deber lógico y elemental del profesional? ¡No venir, a lo menos, a comprobar el estado de su paciente y a despedirse si es que ya no había de su parte mayores obligaciones!...

\* \* \*

Pero el día menos esperado llegó el doctor Arenal. Al recibirlo aquella tarde en su departamento de la casa de sus padres, Domy sufrió la más insospechada eclosión de sus sentimientos. Se le produjo en el alma toda una transfiguración. El armazón que tan paciente y porfiadamente había levantado Tórrez de La Mata con sus seducciones cayó impetuosamente aplastado por la presencia del visitante. En la plasticidad de su corazón quedó excluida toda otra imagen que no fuera la de aquel dilecto amigo que en ese momento entraba a darle su cordial y afectuoso saludo. Porque la presencia de Arenal tuvo la virtud de hacer olvidar toda su ausencia, como si llegara nada más que desde el día anterior.

Lo mismo que antes, Arenal le habló con esa afinidad espiritual que tanto la cautivaba; con esa palabra noble y cariñosa que era el embrujo que sabía ensanchar y enflorcer el corazón de la muchacha.

Pero, además, aquella tarde, el doctor Arenal llegó con un nimbo de melancolía inexplicable. Su sonrisa característica parecía esforzarse por vencer algún íntimo desasosiego; sus ojos que antes brillaban de fe se veían empañados por una sombra de desilusión. Hasta su figura antaño vigorosa y erguida daba la impresión de cansancio.

De todo eso se dio cuenta la muchacha en cuanto pudo sosegar su exultación de alegría.

-Pero, doctor, ¿ha estado usted enfermo? -fue la primera frase que a Domy le dictó su observación.

-No. No, Domy. He estado perfectamente bien. ¿Por qué? -Porque lo noto más... es decir... No sé cómo expresar...

Miróla el doctor con dulce melancolía para, luego, decirle:

-¿De veras encuentra usted algo raro en mí?

-Sí, doctor. Pero no sabría decirle por qué. No puedo explicarle.

Arenal guardó silencio algunos instantes. En seguida habló con acento de pesadumbre.

-Tiene usted razón, Domy. Usted no puede explicarse. Claro. Ignora lo principal. No sabe usted que soy casado.

-¡Casado!... ¡No diga Joaquín!... ¿Usted, casado?..

Fue un violento revuelco del corazón que la muchacha sufrió al recibir de sopetón aquella noticia. Desconcertada por aquel caso en que hasta entonces jamás había pensado, siguió escuchando como a la distancia la voz de su amigo.

-Sí, Domy. Sí, niña mía. Soy casado.

-¿Y, por qué me lo ocultó, doctor? -fue la frase hendida de espontáneo reproche que le dirigió la muchacha.

-No se lo he ocultado, Domy...

-Y, ¿entonces?.. ¡No habérmelo dicho hasta ahora, en tanto tiempo en que somos amigos!...

-Domy. Yo le ruego que no me reproche. Hasta ahora no le dije nada de ella porque no había motivo ni oportunidad.

-Pero, ¿y cuando me hizo el honor de contarme su vida?

-Pues bien, "estuve a punto de contárselo, pero no sé por qué me contuve. Sentí en aquel momento un temor indefinido, por lo menos un afán de ser discreto. No creía provechoso comunicarle una flaqueza mía cuando precisamente estaba empeñado en que tuviera usted entera fe en mí. No quería presentarme a sus ojos como un hombre amilanado por los contratiempos. Deseaba ser considerado por usted, que todavía estaba convaleciente, como un hombre seguro de sí mismo, capaz de infundirle toda la fortaleza y el dominio sobre la vida hasta conseguir su absoluta curación. ¿Me ha comprendido ahora, Domy?

-Sí, doctor. Lo comprendo. Su silencio ha sido algo así como reserva profesional.

-Así es amiguita mía. Es usted extraordinariamente inteligente. Mi caso, junto a usted era semejante al de cualquier colega mío que tuviera que ocultar, por ejemplo, sus graves alteraciones cardíacas cuando atiende a un paciente que sufre de la misma dolencia.

Domy se sintió desolada. Aquella pequeñita larva de ensoñación que le había ido naciendo merced al milagro del afecto del doctor agonizaba irremediablemente. ¡Qué sino desventurado el suyo, de soportar una tras otra la muerte de sus ideales!

-Mi ausencia -siguió expresando Arenal- se debió a un deber de esposo. Una exigencia de Liliana, mi mujer, de salir del país por una temporada. Un deseo muy natural en una mujer joven, acostumbrada a otro ambiente, de ir a un centro más amplio. Eso fue todo.

-¿Me permite usted la libertad de preguntarle de dónde y quién es su esposa?

-Es una muchacha francesa a quien conocí durante mis estudios en París. Era enfermera de la clínica donde yo practicaba. Pertenecía a una buena familia venida a menos por un cambio de fortuna. Después de un año, el último que pasé allí, nos casamos. El viaje de bodas fue a la vez el de mi retorno a la patria. Hace un año que estamos aquí. Al principio ella vivía encantada del país. Como una niña curiosa celebraba todo lo exótico que eran para ella nuestros tipos, costumbres, paisajes y sensaciones. Pero ahora siento que todo eso la va hastiando. Perdida la novedad y lo pintoresco de nuestras cosas, siente todo monótono y aburrido. Yo me fuí dando cuenta de lo que pasaba. Ella procuraba contenerse al principio, luego comenzó a quejarse y, finalmente, a rogarme que, por Dios, le concediera un pequeño respiro, saliendo a un sitio mejor, y tuve que llevarla a hacer una breve temporada en Río de Janeiro. La he llevado y aquí estoy de regreso.

-Pero, ¿eso ha podido causar a usted la contrariedad que se adivina en sus ojos? -interrogó Domy, haciendo milagros por callar su verdadera ansiedad.

-Escuche, Domy. Confiado en la intimidad que nos liga voy a abrirle de par en par mi corazón. Mi conflicto es el siguiente...

No pudo continuar. Un fuerte eco de voces cercanas llegó a la estancia desde el corredor.

Las hermanas Rosales, que habían llegado a la casa sin hacerse anunciar, entraron bullangueras y alegres como de costumbre.

Después de los saludos y presentaciones que Domy hizo de sus amigas al doctor Arenal, y mientras éste se retraía en silenciosa expectativa, Candy Rosales quiso excusar con festiva despreocupación la irrupción de ella y su hermana:

-Domy querida, te ruego nos perdone esta manera de llegar y entrar como Pedro por su casa.

-Oh, encantada de que hayan venido -le respondió Domy, forzando su incomodidad con una sonrisa.

-A lo mejor, hemos llegado a interrumpir algún interesante coloquio -añadió Susy, mirando a su amiga y al doctor con aire burlón.

-En manera alguna -rectificó Domy-. Ustedes saben perfectamente que el doctor Arenal ha tomado a su cargo mi curación. ¿No es verdad, doctor?

-Así es -aseveró el aludido con creciente incomodidad.

-Pues -expresó Candy con artificiosa solemnidad-, le felicitamos, doctor. Porque ha hecho una magnífica curación.

-Agradezco sus parabienes, señorita -contestó más hosco el doctor.

-Es nada más que hacer a usted justicia -prosiguió Candy-. Porque esta chica está perfectamente curada. Sana y bella, que da envidia.

-Entonces -dijo Susy con traviesa ironía-, ¿ya no necesita atención médica?

-No. Ya no requiere mis servicios profesionales -expresó el doctor Arenal levantándose decididamente-. Hoy he venido nada más que a dar por terminada mi misión en esta casa.

-¿De veras, doctor? -exclamó Domy levantándose alarmada al notar la desagradable expresión en el ánimo de su amigo-. ¿Ya no va usted a volver?

Mientras su salud marche como hasta ahora, no haré falta. Además, usted sabe que ahora tengo que consagrarme a otras atenciones muy serias -añadió Arenal, mientras tomaba sus guantes y el sombrero- Bien. Hasta otra ocasión, Domy -díjole dándole la mano.

Domy estrechó la mano y miró al doctor con reprimido deseos de decirle algo tan íntimo y vehemente que era imposible formular en presencia de sus avisadas amigas. Se limitó a apretar con mudo afecto aquella mano que mantenía entre las suyas.

-Doctor -manifestó Susy al despedirse-, salude usted a su encantadora esposa.

-Y, de mi parte, dígame -añadió Candy-, que no abuse de sus encantos para retenerlo sin dejarle tiempo para que cultive otras amistades.

La cara que puso Arenal al escuchar aquellas impertinencias y la precipitación con que salió no dejaron de causar fuerte molestia a Domy, quien amonestó así a sus amigas:

-Me parece que han estado muy reticentes con el doctor. Eso no está bien.

-Ay, hija -le contestó Candy-. ¿No sabes acaso lo que hay entre él y su mujer?

-¿No has llegado a saber la vida que llevan? –añadió Susy.

-Nada -respondió Domy-. Hasta hoy ignoraba que era casado.

-Parece que lo dijeras con pena -comentó Candy-. ¿No estaría flirteándote y por eso te ocultaba su estado civil? ¡Oh, estos médicos son terribles! En cuanto uno se descuida ya la tienen atrapada.

-Y, sobre todo., si son como éste, que por una parte es muy buen mozo y, por otra, tiene que buscar en alguna parte la felicidad que le falta en su hogar -añadió Susy.

-Pero, ¿qué hay, por fin? ¿Por qué aseguran que le falta felicidad? Si es un hombre digno de ser dichoso -contestó Domy con una vehemencia que traicionaba su afán de reserva.

-Lo que hay -comenzó a decir Candy-, es que este simpático médico, porque hay que convenir en que es simpático, ¿eh?, ha tenido la mala suerte de casarse con una francesa que acaso por puro afán de aventura y de novedad se vino a vivir al país. Debió casarse con tu médico por probar fortuna y al final ha quedado chasqueada. ¡Y con el genio que tiene! Hija, si no hay gente digna de alternar con ella; no hay reunión ni fiesta que merezcan su tolerancia. ¡Es una orgullosa! ...Son numerosas las anécdotas que se cuentan en los salones sobre su olímpico desdén por las personas y cosas de nuestra tierra. Para mí es una terrible neurótica. Francamente, yo no me explico cómo la soporta su pobre marido.

--Es que tú no le conoces. Es un gran hombre -explicó Domy con cálida voz.

-O un alma de Dios. Porque sólo siendo así puede soportar esa tiranía tan humillante. ¿Sabes lo que aconteció la última vez en la fiesta que dio el Presidente en el palacio? Pues, en primer lugar obligó a su marido a solicitar una invitación "espontánea", luego, cuando se inició el baile, resentida porque Su Excelencia no la hubiera tomado como primera pareja, obligó a su esposo a retirarse con ella, y, al salir, lo hizo en forma tan descortés que varios personajes y diplomáticos escucharon sus frases despectivas. ¿Te das cuenta, hija? ¿Te imaginas el delirio de grandezas de que padece esa mujer?

-Será a lo menos muy bella -apuntó Domy con un secreto sentimiento de celos.

-No es una belleza acabada; pero tampoco es fea. Lo que tiene, innegablemente, es ese chic parisien que le permite sacar muy buen partido de sus atractivos físicos.

-Sí. Es bastante joven y bonita -corroboró Susy-. Pero, hija, de eso a que quiera pasar por reina y exagerar sus pretensiones... ¡Aquí, donde tampoco nosotras andamos vestidas de plumas! ¡Ni tenemos caras de quitar el hipo!...

Domy calló. Le lastimaban el alma las murmuraciones de sus amigas. Tenía consagradas tanta admiración y fe en su amigo que esa falta que ahora le descubrían tan desaprensivamente sus amigas le sabía a perversa mezquindad. Y, sin embargo, ella, quizá más que hermanas Rosales, sintió rabia contra aquella orgullosa francesita. No tanto porque fuera como se la pintaban sus amigas sino por haberle arrebatado la dulcísima posibilidad en la que había comenzado a soñar y esperar...

Las Rosales entretanto, después de haber dado a porfía más detalles y anécdotas de la esposa de Arrenal, sin darse cuenta de cuanto pasaba en el ánimo de la muchacha, agotada su malediciente perorata sobre el tema, cambiaron de conversación:

-Bueno, hija -expresó Candy-. Con esta charla olvidábamos a lo que hemos venido. Se trata de que para esta noche tenemos una gran cena con los amigos de costumbre. Uno de éstos, el que tú ya puedes suponer, nos ha encomendado la misión de llevarte.

-De manera -apremió Susy- que ya puedes ir arreglándote.

Domy escuchó la invitación con indiferencia. En ningún momento como en ése estaba menos dispuesta a divertirse. Tenía, por el contrario, el deseo de quedarse a solas para sopesar la falsa situación en que la habían dejado dos acontecimientos: primero la tardía confesión que le hizo Arenal sobre su casamiento, y segundo todo lo que escuchó de las Rosales. Así pues, se quedó como sorda a la invitación de Susy.

Esta, extrañada del silencio de la muchacha, arremetió contra la indolente, acompañando sus imperativas palabras con un tirón de brazos:

-¡Vamos, hija! ¡Levántate! Arréglate pronto. ¿O es que tú también quieres ser como aquella desdeñosa francesa de sangre dorada a fuego?

-Mira que a ésta -añadió Candy- por orgullosa le han cerrado ya todos los salones y se le han retirado todas sus amistades.

-Y, el que la va pagando más fuertemente es su marido, siendo tan buena persona como parece. ¡Pobre Arenal! ¡Se merecía otra cosa! -comentó Candy.

-Yo en su lugar -habló Susy- la dejaría a ella que se arregle como mejor pueda y me procuraría el desquite con una linda querida.

-Que no le faltaría -explicó Candy-. Le bastaría con elegir hasta entre sus mismas pacientes.

-No. Eso estaría muy mal hecho -exclamó Domy mientras elegía un traje de fiesta-. Eso no lo puede hacer un hombre como él.

-¡Qué rara estás hoy, Domy! Te has convertido en una moralista que impone miedo. Vamos. Discute menos y arréglate pronto. Piensa que sólo se vive una vez y que lo peor para la juventud es trascendentalizar las cosas.

Domy se fue mudando de ropa en silencio. Sí -pensó para sí-. El mismo me lo ha dicho: "no hay que trascendentalizar las cosas". Sus amigas ahora se lo recordaban. Después de todo, eso era precisamente lo que le había permitido hacer llevadero su vivir. Debían tener razón quienes le incitaban a eso. Había que divertirse. Tal vez ésa sería la única manera de arrancarse del alma sus problemas y sus inquietudes.

Y, reflexionando así se vistió y se marchó en medio de sus alegres compañeras de diversión.

\* \* \*

Después de una magnífica cena, servida en un reservado del Club Social de la ciudad, en la que el generoso anfitrión, Tórriz de La Mata, no había desperdiciado ocasión para festejar empeñosamente a Domy en medio de la discreta y consentida indiferencia de los demás, amigas y amigos, que se retrajeron en grupo y charla aparte, el galán propuso terminar el resto de la noche en una de las boites, para presenciar el debut de una famosa bailarina que se anunciaba con el título de "Rema de la Conga".

El golpe de vista que se percibía al ingresar al elegante salón-sótano deslumbraba agradablemente. Era un espacioso recinto ovalado de atrayente arquitectura moderna. En ambas alas del salón estaban situadas numerosas mesas, casi todas ocupadas por elegante y animadísima concurrencia. El centro esta libre, destinado al baile. Al fondo, el gran palco-orquesta se alzaba a mayor altura que el piso del salón y era accesible mediante unas pocas gradas transparentes e iluminadas por dentro, lo que les daba el aspecto de una gran pantalla de color de ópalo contra la cual cobraban mayor realce los perfiles de los pies y las piernas de los bailarines.

Un valet los condujo hasta la mesa que Cristián había mandado reservar para sus amigos. A poco de haber tomado asiento, Domy se hizo cargo una vez más, de que esos ambientes tenían doble ventaja para ella: la elegante distinción y confort que tanto deseaba y la liberalidad y falta de prejuicios de la gente allí congregada. Para triunfar allí no hacía falta más que belleza y elegancia. Estaba, pues, segura de que no haría mal papel.

También observó nuevamente que de todas las mesas partían miradas insistentes hacia la que ella y sus amigos ocupaban. Los hombres jóvenes y viejos la miraban codiciosamente, mientras que las mujeres dedicaban sus afares visuales a Cristián que estaba a su lado. Lo primero le producía halagadora sensación de vanidad y lo segundo, no poco orgullo, al sentirse preferentemente cortejada por un hombre simpático que, a juzgar por el interés de ellas, debía ser una presa codiciadísima.

Tórrez de La Mata correspondía cortésmente a los guiños y saludos de las mujeres, muchas de ellas bonitas y elegantísimas, pero, nada más, porque parecía bastarle con la compañía de Domy y con la magnífica aventura que a su lado se prometía.

Después de algunas piezas de baile que ejecutó la orquesta habitual, y que los seis amigos aprovecharon para dar unas vueltas, el animador del programa anunció la presentación de la bailarina debutante, acompañada de su cantor y de su conjunto musical.

Se apagaron las luces del salón y solamente los reflectores concentraron sus haces luminosos en la parte central de la pista de baile, formando un círculo radiante, en cuyo centro apareció de pronto la anunciada Reina de la Conga. Era una bella mulatita, vestida, mejor dicho desvestida convenientemente para exhibir las formas de su cuerpo sensual y, sobre todo, una cintura maravillosamente deprimida y flexible.

Una música de acordes disonantes y de ritmo alterado marcó el prelude. Mientras la bailarina, inmóvil y erguida, semejava una estatua de marfil moreno, el cantor, coreado en el estribillo por los demás ejecutantes y acompañado del ruido de las maracas y palitos sonoros, entonó un cantar extraño que parecía un eco traído desde el misterio de la lejana selva africana. La música y la canción parecían el lamento de una tribu negra que añorara a sus muchachas y jóvenes arrebatados por inhumanos piratas para ser vendidos en los remotos mercados de esclavos. Pero cuando la Reina de la Conga inició su danza mostró el contraste de su arrogancia con la quejumbrosa melodía. Esa danza era, más bien, el alarde físico y triunfal de la hembra, que, armada de sus encantos y con la incitación de sus subyugantes formas, pretendiera esclavizar a cuantos la miraban. Y, su afán no era vano. Las brasas de sus ojos, la lujuria de sus caderas y el ondular de sus senos fueron encadenando con su embrujo el albedrío de no pocos de los varones concurrentes. Se diría que esa danza con reminiscencias de esclavitud, se había tornado en agresión audaz y peligrosa. Como si los descendientes de los esclavos del siglo pretérito estuvieran tomando su desquite incitando la concupiscencia de los nietos de aquellos crueles negreros del tiempo de la colonia.

Al terminar la danza, los aplausos y las miradas enardecidas del público, especialmente masculino, patentizaron el rendido tributo a la soberana de la danza negra y el sentimiento de muchos afebrados espíritus hacia los encantos de la bella mulata.

Después de la finalización del espectáculo la orquesta habitual siguió con la ejecución de piezas bailables.

Domy fue como siempre, la pareja exclusiva de Tórrez de La Mata en todo el resto de la noche.

Durante uno de los bailes, cuando Domy y su festejante se hallaban bastante enardecidos por las repetidas copas de champaña, de La Mata decidió ser más explícito es sus propósitos:

-Bellísima Domy. Permítame comunicarle la sospecha que esta noche he comenzado a sentir a su lado.

-¿Qué sospecha?

-Nunca la he notado tan displicente conmigo. ¿Debo interpretar su actitud como síntoma de fracaso de mis aspiraciones?

-¿He cometido acaso algún error involuntario?

-¿Por qué está usted tan reservada y fría? ¿Tiene usted alguna razón para portarse así conmigo?

Domy calló por algún tiempo y repuso con sinceridad:

-No, Cristián. No tengo razón alguna para maltratarlo.

-Entonces...

Ahora, menos que nunca, creo que sus temores son infundados.

-Por lo tanto, ¿Domy, puedo confiar enteramente en su cariño!

-¡Mi cariño! ¡Ojalá pudiera usted despertarlo como yo quisiera!

-¿Despertarlo?... ¿Está dormido, pues?

-Y, quizá, también muerto.

-¿Sin esperanza de resurrección?

-¡Quién sabe! Acaso haga falta un Cristo que le diga: ¡Pobre cariñito, muerto tan temprano, levántate y anda!

-¿Será preciso ser un Dios para lograr ese milagro?

-Cristo, más que Dios, fue un hombre.

-¿Entonces?, ¿podrá estar a mi alcance ese milagro?

De usted sólo depende. No olvide que Cristo puso en sus obras todo su amor.

-¡Mi amor, mi vida y mi sangre daría yo por ganarme su cariño! -exclamó exaltadamente el galán, acompañando su vehemencia con la presión ardorosa de sus brazos que ceñían a la muchacha mientras seguían bailando.

## CAPITULO DECIMOQUINTO

Varios días después, una mañana, llegó el doctor Arenal a visitar a Domy. Al recibirlo la muchacha en sus habitaciones no pudo librarse de cierta reserva mental, aunque, exteriormente procuraba mostrarse afectuosa como de costumbre.

-Bien venido sea usted, doctor, en esta casa que parece ya no merecer su interés -dijo ella, mientras le ofrecía asiento.

-Interés siempre tendré por esta casa y por usted, Domy. Usted está constantemente en mi pensamiento.

-Cuando le dejan pensar libremente... -Se atrevió a comentar Domy con un picor de celos.

Mírola el doctor con una intensa mirada, como si pretendiera explotar en esas palabras y, sobre todo, en esa bella cara que por primera vez se erguía ante él como un enigma; pero no se atrevió a decir nada. Solamente sus ojos abandonaron su afán inquisidor y se tornaron tristes y como si la melancolía los hubiera abatido, bajaron a mirar el suelo.

La muchacha comprendió el grandor de su atrevimiento. Se estimó a sí misma como una ingrata. La buena laya de su alma se impuso rápidamente y se apresuró a enmendar su ironía:

-Perdóneme usted, doctor. Yo no debo hablarle así.

-Sí, Domy. Usted no debe hablarme así. Usted menos que nadie. Porque si alguien significa para mí una especie de asilo espiritual capaz de prestarme un remanso de paz en medio de las agitaciones de mi vida, ésa es usted, mi entrañable amiga.

Las palabras sinceras y doloridas de aquel hombre rebasaron la medida emotiva de la muchacha.

-Sí, doctor. Perdóneme. He cometido el error de tratarle como a las gentes vulgares. He perpetrado la torpeza de usar su consejo de no trascendentalizar nada en contra de usted mismo. Perdóneme.

-Nada tengo que perdonarle, Domy. Lo que ha ocurrido es que se ha trastocado la posición entre usted y yo. Es una paradoja que se la voy a explicar. Cuando llegué como médico, usted era el alma débil; yo, el fuerte. Usted estaba enferma del espíritu; yo tenía sobra de fe y de fervor para curarla. Ahora se ha producido un fenómeno ajeno completamente a nuestra voluntad. Se han invertido los casos. Usted es el corazón restaurado, el ser en la plenitud de su bienandanza y yo, ahora, soy el que necesita fe, comprensión y amistad y, quizá también, un poco de lástima y de consuelo.

Mientras Domy escuchaba tales declaraciones, recordó todo cuanto había oído a las Rosales sobre el conflicto conyugal de su amigo y comprendió toda la tragedia moral que expresaban esas palabras. Hubiera deseado en ese momento obligarle a la confesión completa, preguntarle si era efectivamente cierto que aquella esposa extranjera le imponía un martirio insoportable con su orgullo y con su repugnancia a vivir sencilla y cordialmente como él hubiera querido. Tenía la tentación de preguntarle si él, desilusionado por las actitudes de su esposa ya no la quería. Hasta hubiera querido tener la inaudita franqueza de ofrecerle ella, ella misma, a sustituir en el corazón del esposo defraudado en su dicha el sitio obscurecido y vacío que aquella mujer egoísta dejaba extrañar. Más, a pesar de la fuerza de sus impulsos no se atrevió más que a fingir que ignoraba la verdadera situación y se limitó a preguntar:

-No será, doctor, que usted ha trabajado mucho, intensamente en esta última temporada y eso le ha producido esta depresión que le preocupa?

-No, Domy. El trabajo profesional ha sido más bien la única fuerza que me ha sostenido. ¿Recuerda que yo le dije alguna vez: es preciso buscar en la vida un ideal superior, una razón suprema para vivir y para luchar?

-Sí. Ese fué su más decisivo consejo. He tratado de conseguirlo. Pero hasta ahora no he alcanzado ese ideal. Sin embargo, me ha bastado por ahora su comprensión y su afecto para levantar mi corazón. Y estoy satisfecha hasta cierto punto.

-No, Domy. Debe usted persistir en conseguirlo. Nadie sabe lo que le puede deparar el futuro. Pueden sobrevenir tremendas crisis morales y para entonces usted sólo podrá luchar y vencer con el aliento mágico que presta un ideal.

-¿Usted lo tiene, doctor? ¿Cuál es?

-Servir a mis semejantes con mi profesión; dedicarles mis conocimientos, mi fervor y mi desinterés para aliviar sus dolencias. Ah, Domy, usted no sabe de las inmensas satisfacciones que premia la tarea del médico. Es como sentirse Dios dentro del mundo pequeño de un hogar azotado por la enfermedad. Las miserias, las desventuras de uno se olvidan cuando, a la cabecera del enfermo o junto a la mesa de operaciones, se ha conjurado un mal, se ha arrebatado al dolor una entraña maltratada o a la muerte una vida.

Al comenzar a hablar así, Arenal parecía haberse trocado ante los ojos de su amiga en el hombre viril, apuesto y optimista de antes. Domy volvió a sentir la profunda sugestión de sus palabras y de su fuerza espiritual. Su corazón volvió a palpar intensamente al calor de una embrujadora sensación.

El doctor Arenal continuó:

-Y, después, recibir la mirada de gratitud de los parientes del enfermo y comprobar cómo un médico afortunado puede transformar la pena y la angustia de esas gentes en sonrisas de alivio que brotan en esas mismas caras por las que aún ruedan lágrimas de la aflicción anterior. Un día -nunca se me olvida- una madre afligida, arrodillada a mis pies, me pedía la vida de su hijito. El trance era grave, casi desesperado. La compasión que sentí por la angustia de aquella madre acrecentó mi discernimiento y logré acertar en la curación. Salvé la vida al niño. ¡Nunca un

corazón de madre me bendijo con tanta gratitud!... Otra vez, vino a buscarme un esposo agobiado por la enfermedad crónica de su mujer. Por el camino me explicó que desde pocos días después de su boda jamás había conocido un día de tranquilidad; que su joven consorte se iba extenuando lentamente y que su vida se había convertido en un calvario junto al lecho de la enferma. Vi a la esposa, estudié cuidadosamente sus dolencias y después de algunos meses de tratamiento di por terminada mi misión. Un día me crucé con ellos en la calle. Iban del brazo, felices, con la dicha rebozando en sus semblantes. Atravesaron la calle para abrazarme. Y, al despedirse, el hombre rejuvenecido me dijo con la más emocionada expresión: "¡Doctor, a usted debemos nuestra felicidad, recién conocemos la dulzura de la luna de miel!... ¿No es bello todo esto? ¿No es suficiente para salir a flote de las más profundas amarguras y ascender a un cielo donde se perciben delicias tan nobles y superiores? ¿No es bastante para fecundar la vida más estéril y cobrar fuerzas para seguir viviendo y trabajando?"

Toda la mañana estuvo Arenal hablando con calor en elogio de las excelencias de su profesión. Parecía fanatizado por sus propias consideraciones. Hasta el momento de despedirse no decayó en su locuacidad porque no abandonó el tema.

Domy le escuchaba cautivada. Ni por un momento se le ocurrió interrumpir ni, menos, forzarle a cambiar de tópico.

Al fin, Arenal se levantó alegre y con una sonrisa sincera. Y se marchó del mismo talante, embriagado de optimismo, sin acordarse de cómo había llegado aquel día. Todavía desde la puerta se volvió hacia la muchacha para comunicarle que iba a visitar a un enfermo cuya curación le interesaba mucho por las dificultades que ofrecía su caso, pero que él estaba resuelto a vencer...

\* \* \*

Casi una semana estuvo Domy retraída de propósito en su departamento. Sólo salió contadas veces para pasear por sitios no frecuentados por sus amigos y amigas.

El flirt que había aceptado a Tórrez de La Mata dejó de interesarle. La última visita de Arenal le había dejado huella en el espíritu. Aquella calurosa ponderación que le escuchó de las grandes satisfacciones espirituales, la nueva advertencia que le hizo sobre la necesidad de un ideal para su vida, el cambio que admiró en su amigo al exaltar la nobleza de su misión profesional entre la humanidad, acabaron por hacerle avergonzar de su conducta.

¿Qué había hecho hasta entonces? ¿Qué sentimientos superiores había cultivado y acrecentado? ¿En quién había trocado las lágrimas por sonrisas?

Al preguntarse todo eso, encontró más árido que nunca su corazón. Tanto examinar sus actos pasados para recordar a alguien que le hubiera merecido su favor, sólo pudo evocar la figura de Tórrez de La Mata, cuyo rostro resplandecía de felicidad cada vez que ella, por coquetería o por tibia inclinación, había retribuído con alguna grata palabra o actitud a sus requiebros.

¿No estaría, pues, haciendo la felicidad de ese hombre al infundirle esperanzas en su amor? Y, por consecuencia, ¿ahora no estaría dañándole con su despego y su retraimiento?

Toda una noche pensó, tendida en su cama, sobre su conducta con Tórrez de La Mata. Al final, llegó a esta conclusión. Que el flirt con el galán no era más que una aventura intrascendente a la que había sido impulsada por su egoísmo. Sí. Nada más que egoísmo constituido por determinados factores el primero, el halago que recibía su vanidad de muchacha joven al sentirse festejada por un hombre que muchas codiciaban; luego, el deseo de olvidar junto a su pródigo adorador y sus amigos y amigas su oscuro origen familiar y, por último, cierto factor romántico, el de llenar hasta donde le fuera posible el vacío que dejó en su alma el primigenio amor de colegiala tan inmisericordemente destruído por el prejuicio social de Ramiro de Castañar.

Ese era, pues, el complejo espiritual que le había obligado a dejarse enamorar con tolerancia y hasta con complacencia en ciertas circunstancias por Tórrez de La Mata.

Todas esas introspecciones la dejaron desconcertada y sin norma para regir su vida futura.

El empeño de su imaginación, volvió a recordarle a Joaquín Arenal. En un raptó de sinceridad para consigo misma, exclamó: ¡Sí Arenal hubiera sido soltero! Esa fué la frase que realmente le produjo emocionado anhelo y más tarde pesadumbre.

Una posibilidad de redención completa que el destino le escamoteaba. ¡Oh, cómo le hubiera querido! ¡Con cuánta ternura no hubiera cuidado de aquel gran hombre!... Pero, ahora, nada de eso le era posible. De allí en adelante sus caudales de cariño debían permanecer sellados ante Arenal. Desde entonces podría ofrecerle tan sólo gratitud, amistad y admiración y por encima de todo eso, compasión. Pero, al compadecerle, ¿no lo estaba empequeñeciendo? Sí. Y no podía ser de otro modo. Lo compadecía al saberlo despojado de las virtudes del hombre infalible, triunfador y gallardo; lo compadecía como a un desventurado, incomprendido y huérfano de amor en su hogar. ¡Y, al compadecerlo se sentía superior a él, siendo empero, ella tan poca cosa!

Después de tan desoladoras conclusiones, ¿qué iba a ser de ella? Lo único que sabía era que la curva de su optimismo había descendido bruscamente.

\* \* \*

-¡Pero, hija! ¡No hay derecho para desaparecer así, tan misteriosamente! -reprendióla, una mañana Susy Rosales, al tiempo que entraba a las habitaciones de Domy, precediendo a su hermana.

-¿Estás viva, todavía? -exclamó a su vez Candy al entrar en seguida. -Creíamos que habías muerto o que te habían secuestrado.

-En un principio sospechábamos que Cristian había sido tu raptor -añadió Susy- pero, cuando lo encontramos, él también, extrañado y nostálgico por tu ausencia no sabía a qué atribuirlo.

Ante esa andanada de preguntas y comentarios, Domy no hacía más que sonreír con escepticismo.

-Pero, vamos, Domy, ¿no contestas? ¿Qué ha sido de ti? ¿O es que hay alguna nueva aventura que has querido correr por tu sola cuenta?

-¡Pero, habla, pues, mujer!

-No. Nada más que una especie de spleen que me obligó a retraerme por unos días.

-¡No, señorita! Aquí no debe entrar el spleen. Esa es una enfermedad para viejas y desengañadas -añadió, dinámica Candy Rosales-. Ahora mismo vas a sacudir ese mal que afea y envejece y te vienes con nosotras.

-Pero, chicas, yo...

-Nada, nada. Hemos venido expresamente a llevarte.

-Bien. Iremos por la tarde -contestó Domy con poquísima gana.

-Tiene que ser ahora mismo. Queremos estar todo el día contigo, por dos motivos: celebrar el aniversario de mi hermana Candy y despedir a Cristián que viaja muy pronto.

-Bueno. Si se trata de eso no puedo excusarme -contestó Domy haciendo esfuerzos por disimular su apatía.

-Pues, entonces, manos a la obra. Arréglate.

Media hora después, la muchacha y sus dos amigas llegaban a la casa de estas últimas. Casi al mismo tiempo llegaban también Cristián y sus compañeros.

Cristián, contento por ver a la muchacha, se la llevó a conversar aparte, mientras los demás iban a preparar los cocteles.

-Tu ausencia de varios días, mi querida Domy, ha servido para medir lo inmenso que es mi cariño hacia ti.

-¿Lo dices sinceramente?

-Creo que no podré ser feliz sino estando a tu lado.

-¿Tanto crees amarme?

-No tienes más que ordenar, para probártelo.

-No seré muy exigente. Siento que mi felicidad es tan difícil de lograr. Por eso estoy resuelta a contentarme con muy poco.

-Si crees que es suficiente mi vida y todo cuanto tengo, te lo brindo con toda el alma.

-¿De veras?

-Con la sola condición de que ahora, mismo lo decidas.

-¿Qué es lo que propones?

-Que te marches conmigo. Que seas la compañera predilecta e inseparable en los grandes tiempos que me esperan.

-¿No habrá necesidad de llenar alguna formalidad entre nosotros?

-Ninguna. En esto no debe entrar más que tu voluntad y la mía, en la forma más secreta.

-Y, ¿en qué calidad me llevarías contigo?

-Como una reina. Ya te lo he repetido tantas veces.

-¿Qué dirán las gentes?

-Eso no debe preocuparte. Si hemos tenido la fortuna de encontrarnos al margen de los convencionalismos sociales. ¿para qué hemos de salirles al encuentro, cuando no han de hacer otra cosa que limitar nuestra felicidad y quizá malograrla para siempre?

-La cuestión necesita meditarla.

-Por lo que a mi toca, estoy decidido.

-Me has tomado de sorpresa.

-¿Es sorpresa para ti mi pasión? ¿No te la he demostrado desde el primer momento? ¿No me ves cada día más rendido a tus encantos?

-Déjame pensarlo.

-Piénsalo. Pero pronto. Entre tanto, acepta esta pequeña ofrenda -al decir esto Cristián tomó de encima de uno de los muebles de la estancia una gran caja de cartón y extrajo un riquísimo tapado de nutria que lo ofreció a la muchacha, al tiempo que le decía:- Es muy poca cosa para hacer honor a tu linda figura, pero, a lo menos, será como la iniciación de las futuras demostraciones de mi cariño.

-¡Qué hermoso tapado!

-Póntelo, querida. El suave color que te dé y el realce que permita a tu figura son el símbolo de mi apasionado amor.

Domy, como toda mujer, se dejó vencer por la vanidad y se puso la prenda. Frente a un espejo se contoneó con coquetería y complacencia.

-¡Esto debe costar una fortuna!

-Mayor fortuna es la mía, teniéndote a tí.

Domy calló. Su cabecita reflexiva comenzó a trabajar febrilmente. La suave piel del tapado acariciaba su cuello delicado y le producía una rara sensación. Algo como el canto brujo de una sirena le estaba subyugando el espíritu. Estaba muy lejos de amar a aquel hombre y mucho más lejos de correr la suprema aventura con él. Pero ella estaba tan sola, tan abúlica en sus instintos morales, tan decepcionada de sí misma, que la seducción de ese hombre y su propuesta de llevársela le estaban brindando quizá la única solución de salir de su problema sentimental y hogareño. ¿No era acaso preferible cambiar su vivir monótono, su destino sin destino, su situación absurda, su medio familiar tan incómodo y repulsivo por una vida de interesantes perspectivas en el extranjero, fuera de los factores que le deprimían y lejos de todo recuerdo negativo y doloroso? ¿No era mejor trocar su soledad sin remedio por la compañía de ese hombre simpático que quien sabe sabría proporcionarle horas de amable diversión, viajes por países desconocidos e impresiones de diferente índole que llenarían de novedad los días venideros, destruyendo su hastío y su amargura? Si no pudo ser la señorita de sociedad conforme a la educación que le dieron y si tampoco se resignaba a restituirse al plebeyo rol de chola refinada cual le obligaba su origen, a lo menos podía ser una mujer elegante, una esposa mimada y rumbosa, apropiada para lucir en medios extraños, donde sólo su juventud y su elegancia serían las condiciones para vivir y triunfar.

En ese momento, los dos confidentes fueron interrumpidos por la bulliciosa aparición de los demás que venían rodeando a Candy, la cual lucía con orgullosa alegría un abrigo nuevo y gemelo del que acababa de probarse Domy.

-¡Mira, Domy, el magnífico obsequio que me ha traído Cristián por mi cumpleaños! -luego dándose cuenta del que llevaba su amiga, exclamó: -¡Ah, tú también llevas otro igual!

-Si. Pero qué bien te sienta a tí. Te felicito, Candy -manifestó la muchacha.

-Qué rumboso es Cristián, ¿verdad? Con obsequios como éstos, cualquier otro empobrecería pronto -siguió diciendo Candy

-¡Ojala mi dinero fuera tan inagotable como mi afecto! -respondió Tórrez de La Mata, mirando más a Domy que a la del cumpleaños.

-Oye, Domy, ¿también cumples años tú? -preguntó Susy con picaresca gracia.

-Yo soy el que está por cumplir... -intervino rápidamente Cristián para salvar del embarazo a su amiga-. Yo soy el que está por cumplir un gratisimo ideal. ¿Verdad, Domy? y ese abrigo es un heraldo de ese ideal.

-Entonces, te felicitamos, querida Domy, y también a ti, Cristián -respondió Susy.

-Domy, ¿no estás celosa conmigo? -preguntó Candy.

-¿Por qué habría de estarlo? ¿No es cierto, Cristián? -contestó Domy.

-Claro que no hay por qué -respondió de La Mata-. A Candy le he dado una parte de mi piel, la otra es para Domy con la añadidura de mi corazón que se ha ido adherido a la última parte de esa piel.

Todos celebraron la metafórica salida del galán.

Susy, alzando su voz para dominar las risas, demandó fingiendo enojo:

-Y, entonces, ¿qué ha de quedar para mí, mal amigo? -Para ti, bella Susy, quedarán mi espíritu y los despojos de mi persona.

Nuevas risas resonaron en la estancia, celebrando la dramática respuesta de Cristián y el mohín de ofendida dignidad de la defraudada amiga.

A seguida fueron servidos los primeros cocteles y luego los siguientes, con la cual se intensificó la camaradería. Así pasó el almuerzo, llegó la tarde y transcurrió una buena parte de la noche.

La ininterrumpida serie de copas que habían consumido alegremente los amigos y las amigas, endemoniadas mezclas de licores que habían hecho para inventar brebajes extraordinarios y exóticos "trago de fuerza" con que poner a prueba la resistencia de los organismos, la sentimentalidad histérica de Candy exacerbada por la ocasión de su santo y el incontrolado entusiasmo de los demás, habían terminado por transformar la tal celebración en una verdadera orgía, en la que eclosionaron las pasiones y los instintos en excesiva medida.

Tórrez de La Mata estaba resuelto a aprovecharse aquella ocasión. Ya no podía satisfacerse únicamente con pláticas, copas y bailes. Cayó su apariencia de galán caballeresco y se dejó ver como el consumado seductor que era. Valiéndose de la excitación de Domy, condujo a ésta a una de las alcobas desocupadas de la casa, cuyas intimidades parecía conocer muy bien.

En cuanto notó Domy que su galán cerró cuidadosamente tras de sí la puerta de la habitación, sintió en medio del frenesí que le había producido la fiesta, un aletazo de inquietud. Hasta ese momento había confiado excesivamente en la caballerosidad de La Mata, pero al verlo desembozarse con toda la cruda impulsión de sus instintos; cuando su carne morena, fragante e intocada comenzó a ser estrechada por aquel hombre estremecido en sensual empeño, despertó su pudor en el instante mismo de rendir su tributo al deseo. Se alzó estupendamente altiva, erguido el cuerpo semidesnudo con la arrogancia de una diosa ofendida; los ojos en cuya negrura brillaban el asco y la ira y la mano bella y crispada se alzó en un rápido impulso para castigar la cara del seductor.

-¡No! ¡Miserable! Eso, jamás!

Arregló rápidamente los destrozos de su vestido y salió dando un empujón a de La Mata, que quedó avergonzado e inmóvil como un perro castigado por el amo.

Domy atravesó las demás habitaciones que ya estaban silenciosas, pues, todos los amigos habíanse retirado a lugares discretos para satisfacer sus pasiones. En medio de esa soledad se sintió más mujer que nunca y con una nueva y tremenda experiencia del mundo. El seductor no se atrevió a seguirla. Quedóse en la alcoba a rumiar su frustrada aventura.

Llegada a la puerta, se detuvo para orientar su camino y luego avanzó con pasos seguros. Mientras marchaba camino a su casa, el frío de la madrugada refrigeró su carne enardecida y también su corazón.

## CAPITULO DECIMOSEXTO

Insomne y desolada, la pobre Domy se debatía en su lecho, la luz de la mañana, penetrando deslumbrante y copiosa por la ventana, la sorprendió rebullendo sin sosiego. Todos los recuerdos de la noche pasada fermentaban en su mente causándole náuseas. Sentía repugnancia por aquellas amigas libertinas a las que tan ingenuamente se había entregado. Le inspiraba asco ese taimado seductor que con tanta hipocresía la había ido empujando lentamente hasta el trance crítico de la alcoba expresamente preparada. Tenía asco de sí misma al mirar sus brazos desnudos que aún le parecían conservar las huellas de las manos torpes y sensuales que se apretaron sobre su carne para rendirla. Su boca, seca y amarga por el exceso de las bebidas le producía la sensación de estar intoxicada.

Le pareció que su cabeza era un enorme cascabel hueco y sordo que hubiera agotado su sonoridad con el loco tintineo y la agitación de todo un día y su noche de estruendoso barullo. Tuvo la impresión de que su cuarto se agrandaba como un inmenso desierto de horizontes vagos y lejanos y que se encontrara solitaria con su desilusión y su neurosis. Sus nervios hipersensibilizados la incitaba a gritar para comprobar si su soledad era realmente absoluta.

Parecía una niña atormentada por fantasmas tenebrosos que estuvieran mirándola de todas partes, burlones y sanguinarios. No pudo más. Su organismo descontrolado se dejó arrastrar por la imaginación y comenzó a dar voces de angustia.

A los gritos acudió alarmada Doña Saturnina. Ella estaba sola en la casa porque su marido se había quedado en el taller a "velar" para terminar una obra urgente.

-Hijita, ¿qué tienes? -díjole la chola, acercándose patética al lecho de la muchacha.-

-¡Mamá ¡Mamacita!... ¡Yo no he nacido para esto!

-¿Para qué, hijita? ¿Para qué, mi guagüita? -demandó suplicante la afligida madre.

¡Para ser una libertina! ¡Para ser una mercancía! ¡Para ser tan desdichada! ¡Para no poder...!

Una avalancha de sollozos ahogó las exclamaciones de la desesperada muchacha. Pero luego su amago histérico se transformó en llanto. Y lloró a torrentes, con llanto desbordante que sólo entrecortaban los sollozos.

La confundida madre plebeya no sabía qué hacer. Sin saber cómo acudir a la niña, apenas se atrevió a levantar sus manos ordinarias y toscas, deformadas por el trabajo e impregnadas de fruta, para acariciar con rudeza los sueltos y desordenados cabellos de su hija, mientras en lo íntimo elevaba una angustiada plegaria a la Mamita de Remedios.

Domy siguió llorando hasta anegar las almohadas e impregnar su cabellera. Pero su llanto fue haciéndose cada vez más tranquilo. Tal como el caudal de un río que después de atravesar una torrentera montañosa hubiera bajado a la llanura para correr mansamente. Sin agitarse y con las violentas convulsiones de los sollozos que habían hecho crujir la delicada cama de palo de rosa, su cuerpo laxo e inerte quedó de bruces con la cara hundida en las blondas de la cabecera.

Doña Saturnina, calmada también al intuir que pasaba la crisis de su hija, al fin pudo pensar en hacer algo. En su limitadísima concepción de las cosas, creyó que lo más urgente era darle un mate con alguna sustancia calmante. Pensó en la valeriana y salió corriendo a preparar la infusión.

A su regreso consiguió hacer incorporar a su hija y darle de beber el calmante. La muchacha tomó el mate casi sin darse cuenta de lo que hacía. A poco, la eficaz valeriana produjo su efecto. Domy, un tanto calmada, alzó hacia la chola sus ojos tristes, en cuyas pestañas aún se prendían los diamantes tibios de su llanto. Al ver a su madre en ansiosa y abnegada expectativa, expresóle así su agradecimiento:

-¡Gracias, mamá!

Pero, al sentirse a sí misma pronunciar la palabra "mamá" la encontró inadecuada, porque hubiera querido que a esa invocación tierna de su cariño correspondiera no una mirada y un gesto de tan ingenuos y plebeyos como los de aquella chola que estaba a su vera, sino una dama distinguida, una matrona dulce inteligente, apta para acogerla y comprenderla tal como correspondiera a las inmensas y exquisitas delicadezas de su corazón.

Sólo la voz groseramente expresiva de aquella chola respondió a su vano afán:

-¿Ya estas mejor, hijita?

-Sí.

-¿Qué te ha dolido, pues, **guagüita**? ¿Quizá te ha dado el aire? ¿O te pusiera unas hojas de coca y te amarrara la cabeza con un pañuelo?

-¿Qué me duele?...

-Sí. ¿Qué es lo que te duele? Avísame, pues.

"Me duele el alma -hubiera podido contestar la pobre moza-. Me duele de muerte esta pobre alma creada para imposibles y anegada en el absurdo". Pero, prefirió callar. ¿Qué podía saber esa madre Ignara de la tremenda sensibilidad de su alma? Y cómo iba a auxiliarla si apenas, con un esfuerzo inaudito de su magín, le ofrecía: ¡Unas hojas de coca y un pañuelo para la cabeza!

-Quién sabe te ha hecho mal algo que has comido. ¿Por qué no me cuentas? ¿Acaso no soy tu madre? -acertó a decir la mujer, en un esfuerzo de aproximarse a aquella hija que idolatraba a su manera.

La rústica ternura de esas frases en lugar de conmovier a Domy le produjo daño porque le dio a comprender, una vez más, que era infranqueable el abismo espiritual que la separaba de su progenitora.

-¿No quieres decirme siempre nada? -insistió Saturnina, mientras se limpiaba ruidosamente sus narices con el ruedo interior de su pollera.

-Ya no tengo nada. Lo único que quiero es que me dejen sola. Y para evitarse la visión tan próxima y repelente de su madre, de esa madre que era el testimonio del estigma social que la atormentaba, se arrojó de bruces sobre la almohada.

Doña Saturnina contempló a su hija. No encontraba la manera adecuada para demostrarle su cariño. Ahogó un suspiro que en aquel lugar y momento le parecieron una irreverencia y acabó por salir diciéndose a sí misma con intensa amargura:

-¡Así no más, pues, tendrá que ser! ¿No?...

\* \* \*

Sin embargo, la crisis sufrida por Domy no tuvo la duración ni las consecuencias de la vez anterior. Su resistencia moral se había fortificado por efecto de los mismos contrastes pasados. Era innegable que en la escuela del dolor, las desventuras son maestras eficientes para educar a los espíritus y darles capacidad para sobrellevar mayores desdichas. Domy iba saliendo de ese cruel noviciado hecha una gran mujer, aleccionada y madura para enfrentarse con la vida. Más amargada, pero más reflexiva; más dolorida en el alma, pero firmemente resignada.

Renunció a sus amigos y a sus diversiones antiguas y, durante muchos días, hizo vida de una austeridad sorprendente. Se entregó fervorosamente a la lectura y a la música. Eligió versos para aprenderlos y recitar, especialmente aquellos que conjugaban mejor con los estados de su espíritu. Así, abstraída en un mundo de superiores sentimientos, hasta se puso a planear la posibilidad de escribir la novela de su vida. Soñó en crear una heroína, joven y desventurada, que hiciera a los demás todo cuanto de ilusión y de fracaso ella misma había vivido. Cantar luego un amor bello y luminoso, tal como ella hubiera querido encontrar al final de tantas desdichas y epilogar la obra con el triunfo de sus ansias. Porque, a pesar de toda su resignación y de sus propósitos de vida, sentía en lo profundo de su alma la ansiedad de amar. Cuantos más golpes había soportado en esa fibra de su sentimiento, más anhelante estaba de darse al amor, con la ansiedad reprimida y acosada de su romanticismo y de su juventud. Con más empeño soñaba en alguien a quien pudiera encontrar digno de su cariño y de su caudal de amor.

Era extraordinario lo que le ocurría a medida que pasaban los días. Estimulada por sus febriles lecturas, incitada por el ejemplo de los personajes de los libros y alentada por los hechos ejemplares que había leído, acrecía su anhelo de ser feliz y esperaba que el destino, compadecido de ella y de su juventud, le trajera de cualquier manera y por cualquier camino al hombre que supiera merecerla y comprenderla.

Pensando así y actuando como una niña que esperara el milagro de una fantástica noche de Reyes, estaba detrás de su ventana contemplando el cielo, cuando la voz de su madre, cariñosa y tímida, sonó a sus espaldas:

-Hijita. ¿Vas a salir ahora a la calle?

Domy despertó de su ensoñación y volviéndose a su madre, respondió:

-No, mamá.

-Entonces, ¿sabes? -añadió Doña Saturnina empequeñeciéndose ante su hija y le preguntó con tierna imploración:- ¿No quisieras almorzar con nosotros?

-Bueno -respondió, tratando de que esa concesión fuera la iniciación de los sacrificios que se proponía tributar por gratitud a sus padres.

-¿Sabes por qué te pido eso?

-¿Por qué, mamá?

-Porque quisiera que estrenemos el comedor que hemos hecho instalar en uno de los cuartos de abajo. Lo hemos comprado por vos no más. Ese comedor te lo hubiéramos puesto más antes. Pero como no parabas en casa... Al ver que estas últimas semanas ya no sales nos hemos puesto a arreglarlo con tu padre. Por eso he subido ahora a preguntarte.

-Está bien, mamá. Voy a bajar en seguida.

-Entonces, iré a servir el almuerzo.

Y la chola salió contenta a comunicar el éxito a su marido y a dar las órdenes respectivas a los sirvientes.

Media hora después, Don Ciriaco y Doña Saturnina, con trajes domingueros, como si se tratara de un gran acontecimiento, esperaban a su hija en la puerta del comedor.

Domy fue recibida como una reina y se le ofreció el asiento de preferencia. La muchacha notó que los muebles y la vajilla eran costosos y de magnífica fábrica y eso le produjo en cierta manera agradable impresión.

Pero, al tomar la sopa comenzó su incomodidad. Sus padres sorbían tan desagradablemente el líquido del plato que ella tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no dejar su asiento y salir corriendo. Luego, durante el segundo plato, le fue preciso soportar una nueva molestia: los viejos se mostraban tan torpes en el manejo de los cubiertos que la escena era de una comicidad que llegaba hasta lo ridículo. Al fin, Doña Saturnina, convencida de sus vanos esfuerzos para dominar el cuchillo y el tenedor, acabó por abandonarlos y tomar con sus propios dedos los trozos del potaje, y chupándose los con la más tosca y típica manera. Y no fue eso todo. La pobre chola, acostumbrada a tomar toda su vida la comida en cuclillas sobre el suelo o el "puesto" del mercado, sentada como un Buda entre los cestos de fruta, ya no pudo soportar la para ella heroica postura de permanecer empinada en una alta silla de la que rebasaban las adiposidades de su grueso cuerpo y resolvió, dentro de su limitado e ingenuo criterio, buscar su comodidad.

-¡Ay, hija! Lo que es yo me voy a bajar no más al "suelito" para acabar mi almuerzo, porque no estoy acostumbrada a este martirio de la silla.

Y lo hizo tal como lo había dicho. Sentada sobre sus rodillas dobladas a la manera india, sobre el suelo, continuó almorzando. Domy calló y retuvo a duras penas su disgusto. Pero no tardó en volver a incomodarse viendo a su padre quien, si bien seguía en la mesa con meritoria compostura, luchaba afanosamente con los cubiertos y los trozos de alimento que se le

escapaban del plato, con una porfía tan abnegada que eran un contraproducente tributo de homenaje a la "señorita".

Por último, al final del menú, constituyeron una nueva y terrible prueba para la estabilidad de las entrañas de Domy los ruidosos eructos que su padre y su madre lanzaban como la cosa más natural del mundo en las propias narices de su hija.

Domy ya no pudo más. Aquello había sido inaudito para su delicadeza. Su repugnancia era invencible. Agradeció de la mejor manera que pudo y salió del flamante comedor atormentada por las náuseas.

-¡Es inútil! ¡No puedo! -se dijo, corriendo a refugiarse en su habitación-. Soportar esto está por encima de mis fuerzas y de mi naturaleza.

## CAPITULO DECIMOSEPTIMO

La escena del estreno del comedor había frustrado todo propósito de reconciliación de Domy con los suyos, haciéndole ver que era inútil cualquier esfuerzo que hiciera por obedecer a su razonamiento y a su deber filial.

Lo que de allí en adelante le quedaba era evitar de cualquier manera que se repitieran tales escenas. Al día siguiente y apenas llegó la hora del almuerzo, se vistió rápidamente y salió como huyendo del cariño humillante de sus padres.

Cuando había caminado varias cuadras sin saber hacia dónde dirigirse, advirtió que un carro particular que seguía en la misma dirección que ella frenaba lentamente aproximándose al borde de la vereda hasta marchar con la misma lentitud de sus pasos. Luego sintió una voz conocida que la nombraba. Miró Domy al conductor del automóvil y reconoció al doctor Arenal.

-Domy, ¿me permite llevarla para donde vaya?

La muchacha no supo al pronto qué contestar. Con dificultad venció su embarazo para decir:

-No tengo ninguna prisa, doctor. Voy de paseo.

-Gran suerte, haberla encontrado. ¿Quiere usted que paseemos juntos? Pase usted al carro.

Domy dudó un instante, pero tuvo la intuición de que con ese encuentro le había salido al paso algo muy trascendental para su destino. Empujada por ese presentimiento penetró al vehículo y tomó asiento junto al doctor.

-Domy, ha llegado usted como una enviada del cielo.

-¿Me necesita usted? ¿Iba a buscarme?

-A buscarla, precisamente, no. Era demasiado temprano para ir a su casa. No quería ser imprudente. Pero pensaba mucho en usted.

Domy empezó a sentir una emoción rara al escuchar a su amigo.

-¿Le ha ocurrido algo? ¿Puedo servirle en alguna forma? Arenal calló un momento. Meditaba algo. Al cabo habló:

-Mire, Domy. ¿Verdad que no ha almorzado todavía?

-No, doctor. Pero, no creo que eso pueda ser obstáculo para...

En lugar de ser obstáculo -le cortó Arenal- es más bien una coincidencia favorable. Podemos almorzar juntos.

-¿No lo esperarán en su casa?

-He decidido huir de un almuerzo desagradable. ¿Se da cuenta, Domy? -contestó Arenal con acento de amargura.

Extraordinaria era la semejanza que Domy atribuyó a la situación de ambos. Ella huyendo de la grosería insoportable de su hogar y su compañero desertando del suyo quién sabe de qué sinsabores. Sin embargo, quiso, siquiera de palabra, esconder su pesar y tomar la cosa superfluamente:

-Algún pequeño disgustillo sin importancia, propio de la vida de hogar.

-Usted va a juzgar de lo que se trata. Usted que es mi única amiga verdadera. Usted va a ser mi paño de lágrimas.

A la sazón llegaron ante un restaurant. Entraron y pidieron con desgano cualquier cosa, lo que quisiera servirles el camarero. El menú era lo de menos. Lo importante era un sitio discreto para poder conversar libremente.

-Domy, -comenzó Arenal-, estoy confrontando la fase más grave de mi vida conyugal. Estoy al borde del desquiciamiento.

-¿Es posible eso, doctor? -contestó ella, acodándose sobre la mesa y aproximando el rostro a su interlocutor con expresión ansiosa de empaparse en las confidencias anunciadas; con el corazón abierto y bien presto a enternecerse; dispuesta a pagar la confianza que le depositaran con toda la expresión de su sensibilidad y de su ternura.

-¡Estoy próximo a ser padre!

La generosa disposición sentimental de Domy sufrió un rudo empujón al escuchar tal declaración. Con palabras agitadas, que se le atragantaban en la garganta, respondió:

-Y eso, por ventura, ¿puede reputarse como un mal? ¿No es más bien el complemento más hermoso para la dicha de un hogar? El hijo que se espera, el hijo que llega, en lugar de desquiciar, ¿no es el fruto del amor, que llega a reforzarlo y a darle mayores magnificencias?

-Domy, no discuto al hijo. Más bien lo espero, para que haga el milagro que usted dice. Ese no es propiamente mi problema.

-¿Entonces?

-Lo que sucede es que Liliana me ha puesto la condición de que ese nuestro hijo debe nacer en la tierra de ella.

-No me parece tan grave esa, condición -manifestó la muchacha-. Es un deseo muy natural en quien va a ser madre.

-Si fuera sólo eso, yo sería el primero en complacerla. Los médicos sabemos muy bien que las crisis del embarazo se manifiestan hasta en caprichos pueriles.

-Y el deseo de su esposa, Joaquín, no es pueril. Quiere ir a su tierra, al hogar de sus padres para sentirse más amparada en ese supremo trance. ¿Puede ser censurable eso?

-Ay, mi querida Domy. Su amplitud de corazón me incita a contárselo todo. Escúcheme. ¿Quiere usted saber por qué pide irse Liliana? ¡Ah, es terrible!

-¿Por qué?

Siente repugnancia por nuestro país. Me lo ha dicho a gritos, con tremenda franqueza y con una cólera incontenible: "¡Preferiría ahogar a mi hijo en el vientre antes de que nazca en esta miserable tierra de indios!"

-¿Es posible?

-Tales han sido sus palabras. Y si la hubiera visto, Domy, en el momento de su cólera, habría tenido miedo, como yo lo tuve. Se me encogió el corazón de angustia. Sentí que algo muy bello y muy querido era brutalmente arrancado del corazón. Era mi amor, que con ese golpe se quedaba para siempre agonizante.

-Es terrible, Joaquín, lo que me cuenta.

-Ya puede usted imaginar mi situación.

Así, dolorida, detallada e interminable fue la confidencia de Arenal a su amiga.

Al caer la tarde, como si por mutuo y tácito acuerdo no quisieran separarse, él para seguir depositando en la muchacha sus tristezas y ella para brindarle su consuelo silencioso pero comprensivo, se metieron en el automóvil y se fueron al campo siguiendo el primer camino que se les presentó.

Llegaron a un paraje alejado y silencioso del llano andino, a muchos kilómetros de la ciudad. Dejaron el vehículo y salieron a tomar asiento sobre unas rocas erizadas y negras, adecuado pedestal para la tristeza de sus espíritus. La obscuridad fue avanzando rápidamente sobre el yermo. Un viento suave pero constante tañía entre los pajonales el saludo ritual de la noche altiplánica, mientras sobre el cielo se corría la negrura profunda de un inmenso manto de terciopelo recamado con lentejuelas de estrellas.

Un lastimero balido llegó hasta ellos como una voz que pidiera auxilio. Entre las sombras pudieron distinguir la diminuta silueta de un corderillo que corría azorado buscando el lejano aprisco.

-Debe ser un recental que se quedó rezagado de la tropa y olvidado por el pastor -apuntó Arenal.

-¡Pobrecito! -lamentó Domy con profunda pena.

-Sí. ¡Pobrecito! Esa es la palabra más apropiada para hoy, Domy. Pobrecito ese cordero que se ha quedado espantado y solo en medio de la helada noche. Pobrecita esta tierra yerma y azotada por el viento y tan despreciada por quienes no quieren estimar la en lo que vale. ¡Pobrecito yo, que no puedo defenderla y lograr que la quieran!

-No, Joaquín. Ni usted ni esta tierra pueden ser pobres. Sólo son víctimas del prejuicio y de la incompreensión. Ya vendrán tiempos mejores.

-Sí, vendrán. Pero hasta que eso suceda mi tragedia habrá concluído. No sé hasta dónde ha de llegar Lilita en sus repugnancias por cuanto la rodea. Su desprecio es tan fuerte y creciente que temo mucho que llegue día en que yo mismo sea la víctima.

-Eso sería terrible, Joaquín. Terrible e injusto. Porque, usted, por lo que es y por la manera como siente las cosas, merece el amor más puro y más profundo.

Miróle Arenal al escuchar aquellas palabras aproximándose a la cara de la muchacha. A la escasa luz de las estrellas tan sólo pudo distinguir los ojos de Domy que en el cristal de las pupilas copiaban la luz estelar pero reavivada por un fulgor interior.

-¿Usted cree en eso, Domy? ¿Usted cree que yo no merezco lo que estoy sufriendo?

Domy, trabajada todo ese día en su sentimentalismo por las amargas confidenciales de su amigo, no fue dueña de guardarse por más tiempo sus ternuras.

-Sí, Joaquín. Creo y estoy segura de ello. Oh, si yo pudiera remediar su situación. Si yo pudiera poner mi corazón como un escudo ante el suyo para defenderlo!

-Domy, ¡qué buena es usted!

-Si yo pudiera decirle a su esposa: ¡ámale con toda el alma! ¿No ves que has tenido la fortuna de ganarte el hombre más bueno de la tierra?

-¿Así le diría, usted, Domy?

-Sí, Joaquín.

-¿Y si ella, obcecada, no acepta sus consejos?

-Entonces, no sé si la regañaría o la pegaría. No sé...

Callaron ambos. En el silencio de la noche puneña, cada una de esas almas, templadas por efecto de sus tristezas como delicados diapasones, vibraron produciendo un acorde de misteriosa armonía. Sin decirse más, siguieron quietos y callados, pero muy juntos. Para su anhelo les bastaba sentirse el uno junto a la otra. Porque estando juntos, nada más se sentían bien defendidos contra sus pesadumbres.

La sensación del mundo exterior llegó hasta ellos en una fría racha del viento gélido de la cordillera nevada. Despertaron de su agrídulce ensueño con los cuerpos ateridos y buscaron el abrigo del automóvil.

Arenal, sentado ante el volante, subconscientemente, por la costumbre de hacerlo, encendió el motor y tomo el camino de retorno a la ciudad.

Al llegar a El Alto, allí donde la altísima meseta se corta bruscamente en un abismo de 600 metros, vieron la ciudad extendida al fondo, sumida en tinieblas pero reverberando en miles de puntos luminosos que eran los focos eléctricos de sus calles y plazas. El panorama de tan profundas negruras y luces hacía un efecto único por lo fantástico. La ciudad dormida en la alta noche en el regazo de su hondura, parecía un pedazo del cielo estrellado que hubiera caído al fondo del abismo.

-Mire, Joaquín, la ciudad. Parece un pequeño cielo invertido con luceros y constelaciones. Mire cuántas luces.

-Ese cielo que usted llama tan poéticamente se ha tornado para mí en un infierno de amargas -respondió Arenal con cierto rencor, como si le disgustara regresar a la ciudad.

Cuando terminaron de recorrer el zigzagueante camino de bajada, asomaron a la ciudad, siendo muy avanzada la noche.

-Ya estamos de nuevo aquí -exclamó Arenal con melancolía.

-Sí. Ya estamos otra vez cerca de nuestros hogares, Joaquín.

-¡Hogares!... Dígame, Domy. ¿Usted y yo podemos llamar hogares a los sitios donde tenemos que vivir?

-Tiene usted razón, Joaquín. Ni yo ni usted tenemos en ellos lo que nuestro afecto reclama.

-¿Y ahora adónde vamos? -preguntó Arenal, cuando se hallaban en una calle central.

-¿Adónde? -preguntó a su vez la muchacha con tristeza-. ¡Me da mucha pena dejarlo solo!

-Si pudiéramos inventar algo para seguir juntos, siquiera unas cuantas horas más.

Pasaban en ese momento ante la puerta iluminada de una **boite**.

-Entremos aquí -manifestó sencillamente Arenal, frenando el carro.

Domy bajó dócil, sin decir nada.

El salón estaba iluminado y concurrido como de costumbre. Ocuparon una mesa y pidieron champaña. Se bebieron la primera copa de un solo envión. El licor les supo a un verdadero refrigerio después de la larga abstinencia obligada por la excursión. A poco, el ambiente confortable y la música contribuyeron a darles una sensación de bienestar.

Este bienestar los situó en un terreno de alivio y de frivolidad. Contrastando con su anterior conversación, Arenal logró posponer su pesadumbre y comenzó a charlar casi alegremente comentando la música y reconociendo a algunos de los concurrentes y bailarines. Hasta se animó a invitar a su amiga a tomar parte en el baile.

Cuando Domy se sintió entre los brazos de Joaquín, que la conducía al bailar, el sitio y la situación le hicieron pensar en Tórriz de La Mata. Pero su sobresalto fue momentáneo. Borró rápidamente su ingrato recuerdo y se aferró a esa otra realidad tan distinta y por eso mismo tranquilizadora y grata.

Al sentir ahora esos brazos que la conducían con delicada confianza, al reclinarsse en ese pecho varonil de cuyos sentimientos y dolores de ella era la envidiable depositaria, al contemplar esa cara, tan cerca de la suya, o la que la nobleza y la melancolía daban rara prestancia, comprendió la definitiva diferencia entre esos dos hombres reunidos en su mente por la evocación. Y su romanticismo, mecido por la música sentimental, fue arrullando y dando pábulo a una -nueva locura de amor.

-Joaquín -osó decir casi al oído de su amigo, como si le transmitiera un secreto muy preciado-, quiero pedirle una cosa.

El la miró, intrigado y triste.

-Sí, Joaquín. Róbele unos momentos al destino. Olvídese de su problema y trate de estar tranquilo esta noche. Quizá así, serenado, cuando vuelva a su casa, verá las cosas menos sombrías y más llevaderas.

-Sí, Domy. Ese es también mi propósito y voy sintiendo que a su lado es fácil cumplirlo.

Al terminar una de las piezas de baile, volvieron a su mesa. Domy comprobó que su amigo estaba más resignado. Su conversación se había tornado locuaz y jovial.

-Tenía usted mucha razón, Domy. Creo que hasta podremos alegrarnos de veras esta noche. ¿Quiere que tomemos otra botella?

Llamó al camarero y pidió más champaña. Llenó la copa de la muchacha y la suya e invitó a libarlas.

Cuando Domy llevaba a los labios su copa le pareció que el sabor del espumante vino se mezclaba con una sorprendente sensación auditiva. Era que en ese mismo momento la orquesta había comenzado a interpretar la pieza **Siempre en mi corazón**. Con los ojos fijos en el fondo de la copa, dejó desatarse su maniático ensueño. Y se quedó inmóvil, gustando con fruición el champaña, como si estuviera bebiendo, sorbo a sorbo, el aromado sabor de un gratísimo recuerdo, ajena a todo menos a esa evocadora melodía, que era el único lazo que la ataba a la realidad.

Inhibida así, Domy no se había dado cuenta de que alguien se había acercado para hablar comedidamente con Arenal y que después de haber obtenido su asentimiento se ponía al lado suyo. Levantó entonces la mirada y estuvo en trance de verter el contenido de su copa al ver a Ramiro del Castañar que le pedía bailar la pieza ejecutada.

Como levantada en vilo por una fuerza recóndita, Domy se incorporó y salió silenciosa a la pista. Estaba desconcertada. Una inmensa emoción embarullaba las ideas de su cabeza y no acertaba a otra cosa que a dejarse conducir en los pasos y vueltas del baile como si fuera una muñeca librada al capricho de su dueño.

-Domy, ¿te das cuenta de la pieza que estamos bailando? Ante esa pregunta, alzó ella lentamente la cabeza, profundizó su mirada en las pupilas de él. Pero en vano trató de encontrar en aquellos ojos la clara linfa de amor que otrora la brindara ese hombre, cuando en casa de su amiga Rosario, bailando por primera vez entre esos mismos brazos, al recibir el primer beso, ella se estremeció de felicidad bajo su sencillo traje de colegiala.

-En cuanto te vi esta noche en el salón, pedí a la orquesta que tocara esa pieza.

-¿Con qué intención has hecho eso, Ramiro?

-Para que me hicieras el favor de concederme este baile.

-Sin duda, como una despedida definitiva.

-¿Por qué había de ser despedida?

-Me han dicho que te casas muy pronto.

-A, ¿lo sabes ya?

-Si. Y con Hercilia Alcazaba, tu distinguida prima. Te felicito. Pues, bailemos a la despedida.

-¿Por qué, este nuestro encuentro ha de ser precisamente una despedida? Debe ser una reconciliación, más bien.

-¡Teniendo como tienes ya una novia!...

-Eso nada tiene que ver con nosotros dos.

-¿Vas a romper tu noviazgo? ¿Serías capaz de eso por mi?

-No creo que mi compromiso sea incompatible con nuestro amor.

-¿No? ¿Por qué?

-Porque mi noviazgo es de otra laya. ¿Me comprendes?

-Ya lo comprendo. Quieres tomarme a espaldas de tu conveniencia social, para reanudar un amor vedado. Es eso, ¿verdad?

-Mira, Domy. Tú ya no eres la chiquilla .de antes. Por la vida que haces y por los amigos que te gastas deduzco que ya conoces sobradamente la vida. ¡Quizá mucho más de lo que se pudiera suponer! Entonces, creo que no tendrás escrúpulos para darme una parte de tus concesiones, de acuerdo con mi derecho de haber sido tu primer amor.

-Tú sí que estás cambiado, Ramiro. Me cuesta trabajo pensar que eres el mismo muchacho a quien quise con toda el alma.

-Soy el mismo. Sigo queriéndote. Por eso mismo nuestro amor de hoy, más práctico y más ardiente, puede ser más delicioso.

-Y, ¿cómo pretendes quererme ahora?

-Como a quién eres y con todo el fuego de mis venas.

-Es decir, como a una amante...

-¿Qué más puedo ofrecer a una muchacha de tu clase?

-Ya que no fue suficiente para mi desengaño la forma como me dejaste salir de tu casa aquella vez, ahora, con tus propios labios me expresas la calidad de tus sentimientos y de tu cinismo. Óyeme. Yo también voy a decirte mi verdad: si para ser la esposa de un hombre de tu

clase no puedo elegir a nadie, para resignarme a ser la amante creo tener el derecho de buscar libremente a quien se me antoje.

-¿Desdeñando nuestro antiguo amor?

-No levantes el testimonio de ese amor puro de ayer para defender su torpe empeño de hoy.

-¿Y por eso estabas antes con de La Mata y sus compinches y ahora con ese hombre que es casado?

-Ya te dije que para lo que tú me quieres tengo la libertad de escoger.

-Escoger y cambiar, debes decir.

-Júzgalo como quieras. Después de comprobar tu bajeza moral ya no me interesa tu opinión.

-Entonces, ¿prefieres a ese esposo infiel que ahora te acompaña?

-¿Y qué otra cosa serás tú dentro de poco tiempo?

-¿Quieres decir que, ahora, eres de ese hombre?

-¿Qué es lo que soy?

-Su amante.

-Has acertado. Soy su amante apasionada.

-¿Y por él me rechazas?

-Si. Porque a ése le quiero con toda el alma. ¡Se lo merece!

-¿Es tu última palabra?

-Y suficiente para separar nuestras vidas para siempre. Tú, en pos de una boda honorable, aristocrática. Yo, para buscar el amor a mi manera.

Ramiro quedó sin palabras. La orquesta había terminado. Los dos quedaron frente a frente. El, despechado y debatiéndose en sensuales impulsos frustrados. Ella, altiva, seductora como nunca y más dueña de sí porque se sentía hasta un poco cínica.

Domy hubiera querido prolongar hasta el infinito esa situación que era su mejor venganza. Pero habían quedado solos en el centro de la pista. Los demás concurrentes se habían retirado a sus mesas. Se separaron en silencio, sin darse siquiera la mano.

Ramiro se fue a su sitio a esconder su impotencia y su fracaso de seductor. Domy volvió junto a Arenal. Pero llegó convertida en otra mujer. Enardecida y presta a vibrar al menor estímulo del amor. Tal era la reacción que en su espíritu habíale producido la sensual osadía de Castañar.

Al sentarse bebió precipitadamente la copa de champaña y luego, en cuanto la orquesta inició un bailable, fue ella misma quien incitó a Joaquín a salir al centro del salón.

Pero, aquella vez, al entregarse a los brazos de su amigo, las enfebrecidas turgencias de su cuerpo se apretaron a su pareja con un afán hasta entonces jamás sentido. Parecía que toda el ansia de su juventud formara un volcán próximo a desbordarse.

Sus ojos fulgurantes de deseo eran carbones en ascua que habían encendido también al rojo sus mejillas y caldeado su boca. Esa boca cuyos labios eran un delicioso milagro de carne jugosa se alzó hacia el hombre en sensual ofertorio. Y fue tan irresistible su embrujo que atrajo sin remedio, con la fatalidad de un vértigo, al fascinado Joaquín.

-¡Amor mío!...

-¡Bien mío...

Fueron las frases que subyugaron ese beso apasionado, pronunciadas casi suspirando con hálito de fragua encendida.

Y siguieron bailando, sin que les importara el resto del mundo, con sus mentes en fuga hacia el país maravilloso del ensueño.

Volvieron a su mesa, cogidos de las manos, como dos niños pequeños que desearan seguir muy unidos en medio de su mágico deslumbramiento.

Domy, acaba de brotar entre nosotros dos la grande y única verdad.

¿Cuál, Joaquín?

La que he comenzado a palpar sobre tus labios. Aquella verdad que será la eterna fe de nuestras almas. La que nos hará vencer todo y despreciar lo que no pueda ser vencido. Desde ahora, tu amor presentido, pero contenido por respeto a ti misma, reemplazará gloriosamente a aquel sentimiento equivocado que me ligó a otra mujer. Y desde ahora también, tu ternura y tu desilusionada juventud, bella y defraudada, tendrán en mí su objetivo y su premio.

Así comenzó, creciente como un incendio, la pasión de esas dos almas torturadas e insatisfechas. Fue un desatarse de torrentes de ternura, una avalancha de frases vehementes, de miradas y de caricias hasta languidecer de felicidad.

Casi con la luz del alba salieron de la **boite**. La brisa mañanera con su temperatura refrigerante tardó en imponer a los nuevos amantes la noción de la realidad del ambiente y de la hora.

Arenal condujo a su amada hasta la puerta de su casa y la despidió con una recapitulación del enardecido deliquio de las horas anteriores.

-Domy, amada mía. Te dejo, pero quizá nada más que por hoy. Acaso mañana mismo pueda venir por ti. O llevarte para siempre.

-Sí, Joaquín. Harás lo que quieras conmigo.

-No. Será como tú quieras. Y te llevaré a donde tú quieras. Para vivir juntos, para soñar, para morir.

-¡Si, adorado mío!... Pero..., ¿y tu esposa?

-Ya lo tengo pensado. La enviaré a su tierra. Le cederé todo lo mío, menos mi cariño, para que me deje en libertad de amarte, de ser tuyo para siempre.

-Para siempre. Sí, Joaquín. ¡Para siempre!...

Con un beso largo y goloso se juramentaron, a la misma puerta de la casa, en su pacto de amor, sellado sobre el viejo dolor de sus pretéritas desventuras.

## CAPITULO DECIMOCTAVO

Al irse a la cama, Domy no pudo conciliar el sueño. En su mente, como en un caleidoscopio se fueron formando y reformando figuras, imágenes y escenas bajo el enloquecido estímulo de sus últimas sensaciones. Al fin, después de varias horas, vencida por la fatiga física y el desvelo, fueron apagándose uno tras otro los fuegos de su imaginación y se durmió.

Despertóse cuando ya estaba bien comenzada la tarde. Lentamente fueron aclarándose sus recuerdos. Al principio no sabía discriminar si fueron una realidad o un sueño. Pero a medida que se fue dando cuenta cabal de lo ocurrido, su espíritu, algo serenado por el sueño, y su corazón, tranquilizado por la calma y la soledad, le mostraron el valor trascendental y gravísimo

de su conducta. Un rubor hasta entonces nunca sentido, fruto exuberante de su recta conciencia, encendió su cara ojerosa y la obligó a entornar los párpados como un velo que su pudor quisiera tender sobre la visión de escenas atrevidas.

Luego comenzó a considerar su situación. La felicidad que acababa de conquistar con el amor de Joaquín le dejaba un sabor amargo e inquietante y comprendió que la vida, al darle por fin, la posibilidad de satisfacer su juventud sedienta de afectos, le iba a cobrar un precio insospechable y tremendo. Aún más. Se dió cuenta de que el afán de ser feliz la convertía en una usurpadora del derecho de otra mujer joven como ella; que era una intrusa que se había aprovechado de la amistad de un hombre bien nacido y generoso y de la circunstancia de un incidente conyugal, como tantos, para colarse traidora e hipócritamente en un hogar honrado, desplazar a una esposa legítima y arrebatarse a un nuevo ser inocente el cariño del padre desde el trance mismo de su gestación. Su conciencia, lanzada por el rumbo de sus inexorables recriminaciones, la hizo ver que por ese camino y con tan malas artes, muy medrada sería la dicha que pretendiera conquistar!

Y sin embargo, malogrado su conciencia, ¡cómo amaba a ese hombre y cuánta ternura tenía acopiada para mimarle!.

\* \* \*

Por su parte, Joaquín Arenal, ardiendo de impaciencia, tuvo que permanecer, muy a su pesar, dos días en su casa atendiendo a su esposa en una crisis nerviosa complicada por su estado próximo a la maternidad y por la escena que él, al volver después de la última entrevista con Domy, le hizo planteándole categóricamente su decisión de quedarse en el país

Su índole noble en el fondo y doble obligación de marido y de médico le habían decidido a quedarse junto a la paciente y cuidarle con esmero. Para conducirse así, había tenido que frenar el violento deseo de recorrer en pos de su amada a renovar su apasionado idilio.

Al tercer día Liliana estuvo restablecida. Arenal juzgó que ya podría llegar a un acuerdo con su esposa. Con sumo tacto persuasivamente fué exponiendo la situación.

Arenal se desconocía a sí mismo al escuchar sus propias palabras y sus argumentos. El, que siempre había procedido sin tapujos, con entera sinceridad, ahora, ocultando cuidadosamente el verdadero fin que perseguía, habló y encareció de tal manera a Liliana que llegó a convencerla de que viajar sola a la casa de sus padres. Al lograr esta solución, respiró taimadamente, satisfecho de haber asegurado su libertad.

El hecho de que su esposa hubiera aceptado volver sola a su tierra tampoco era sorprendente. Era la demostración no ya de su repugnancia y prejuicios por el país de su marido sino también el inminente enfriamiento de su afecto conyugal. Entre vivir en esa "tierra de indios" por sólo continuar junto a Arenal, ella prefería mil veces volver a su patria en la que, ella lo sabía muy bien por su educación y su ambiente, los lazos conyugales importan menos que ciertas otras cosas y alicientes que allá encontraría una muchacha joven y bonita como ella. A falta de la asistencia material del esposo no le faltarían recursos y formas para vivir en su tierra como le pluguiera. Mucho más, si como se lo había ofrecido Joaquín llevaría para el viaje una buena cantidad de dinero, producto de la venta de la casa solariega y la seguiría asistiendo periódicamente con una pensión suficiente para el sustento de ella y del niño que naciera.

Estos últimos acuerdos disiparon el disgusto de Liliana. La rara generosidad y desprendimiento económico de su marido, fueron el más decisivo argumento.

-¡Ah, moncherie! -exclamó en un raptó espontáneo de gratitud aproximándosele con las blancas manos extendidas para tomarle la cabeza y besarle los labios-. ¡Vous etes très gentil!

Joaquín sintió insípido ese ósculo pero fingió contento y hasta retribuyó la demostración, sonriendo y pensando para sí que muy pronto, en la sensual y cálida boca de Domy olvidaría el sabor de ese beso mercenario.

\* \* \*

En cuanto dejó a Liliana libre de cuidado y, sobre todo, determinada a marcharse sola, Joaquín fue volando a casa de Domy.

Subía ya las gradas que desde el viejo patio conducen al departamento de su amada cuando lo detuvo desde abajo la voz de Doña Saturnina.

-Doctor, ¿está usted subiendo a lo de la chica?

-Sí, señora.

-No está, doctor.

-¡Qué lástima! Deseo verla con urgencia -se lamentó, mientras bajaba lentamente la escalera.

-Este... más bien, la Domy me ha dejado una carta para usted.

La chola fue corriendo hacia una de las habitaciones de la planta baja y volvió con el recado.

Tomó la carta el doctor Arenal y hubiera querido abrirla y leerla allí mismo o salir inmediatamente para hacerlo, pero fue detenido por la locuacidad amable de Doña Saturnina.

-Ay, doctor. Yo no sé por qué esta chica se está volviendo más arisca cada día. Primero era así con nosotros no más. En fin, eso siquiera era porque a la chica, siendo tan alhajita y estando al merecer, no le gusta que su padre sea un mozo y que yo tenga pollera. Más bien se metía con sus amigas y estaba contenta. Pero, estos días pasados han venido a buscarla con automóvil y todo unas señoritas bien dices y educadas que antes eran sus compañeras inseparables y ella les ha dado con las puertas en las narices y poco ha faltado para que a empujones les haga rodar las gradas. Viera usted, doctor, a mí no más me ha dado vergüenza de las caras con que se han ido esas señoritas. Y, ahora, le diré con franqueza, parece que a usted tampoco quiere verlo. Así me ha encargado desde anteayer. Eso que hace con usted es ya demasiado. ¡A ver! ¿Acaso usted no me la ha curado con tanto cariño? ¡Ay! Pero esta mi chica no sé siempre qué es lo que tiene contra las gentes. ¡Hasta con usted portarse así!... Ahora, la vez pasada por tenerla contenta hasta comedor nuevito se lo hemos hecho amoblar. ¡Viera usted que tal lindo! Apenas una vez ha bajado a almorzar y no ha querido volver a comer con nosotros. ¡Ay doctor! ¡Qué siempre será lo que tiene esta nuestra hija!...

Doña Saturnina comenzó a hacer ridículos pucheros y a sonarse ruidosamente las narices con el vuelo de su pollera interior, para, luego proseguir su quejumbrosa cháchara.

Arenal que deseaba verse solo para leer la misiva, aprovechó del breve silencio de la chola para despedirse. En cuanto estuvo en la calle abrió el sobre y leyó el contenido: "Doctor y amigo: Perdóneme por los excesos de mi sentimentalismo imprudente que en el último día en que estuvimos juntos le provocaron a una situación equívoca. Yo le debo gratitud que no puede pagarse con un tesoro, menos desquiciando su hogar para enlodarlo y arrebatarse su cariño paternal a un ser inocente próximo a venir al mundo. Le juro a usted que me declaro culpable por haber confundido la veneración que siento por usted con un amor egoísta y vedado del que quiero curarme a costa de cualquier sacrificio. Felizmente, nos hemos detenido a tiempo de lanzarnos por un camino de ignominia irreparable. Hagamos, pues, alto y separémonos para siempre. Usted ha probado ser un perfecto caballero. Yo también quiero probar mi capacidad para vindicar la plebeyez de mi cuna tratando de ser honrada. Sólo así podré considerarme digna de su afectuoso recuerdo o siquiera de su olvido generoso. Adiós para siempre. -Domy".

Con la vista nublada y desconcertado por la emoción, Arenal siguió andando como un autómatas sin cuidar el rumbo de sus pasos.

Cuando se serenó un tanto fue a derribarse sobre un banco solitario del parque al que la casualidad lo había llevado.

Sentado allí y después de haber enjugado el sudor de su rostro, desarrugó el papel que en su desesperación había estrujado entre sus manos crispadas. Tornó a leerlo, pronunciando con palabras lentas y graves el texto, como si tratara de meter en su cabeza la realidad que le acontecía.

Horas después, se levantó fatigado y abúlico. Pero le movía un secreto imperativo y empezó a caminar lentamente hacia su casa. Ese era el único camino decoroso que le señalaba aquella carta.

\* \* \*

Efectivamente, tal como se lo había dado a entender Doña Saturnina, en una forma tan torpe al doctor Arenal, Domy había ordenado decir al doctor, cuando llegara a la casa, que ella no estaba.

Con sangre y dolor en su alma escribió esa carta que había dejado para su amigo. Temblando de emoción y de desconsuelo oyó decir a su madre que el doctor Arenal ya había recogido la epístola. Se metió en su cuarto y lloró para desahogar su tormentosa amargura.

No solamente el amor y la felicidad a que tenía derecho por su juventud y su belleza le estaban vedados. También había tenido que renunciar al derecho de tener un amigo y confidente.

Sin embargo, a pesar de estar sola y dolorida como nunca, Domy ya no desesperó. Quien sabe si de su ancestro recibió la remota herencia de las virtudes y acervo moral de alguna mujer prócer, herencia espiritual que pudo haberse concretado con la educación recibida.

Por eso, sin flaquezas ni vanos alardes sentimentales, Domy resolvió dar las espaldas a su pasado y se quedó serena aunque melancólica a buscar una norma para su vida.

En tal estado de ánimo se hallaba cierto día, con un libro entre las manos, contemplando desde el corredor el patio de su casa, mirando entretenida los afanes de su madre y los sirvientes que recibían a sus "caseros" de fruta y también a otros indígenas del altiplano que acostumbraban comprar fruta para llevar a sus "estancias".

Estas escenas que se habían repetido constantemente desde cuando Domy era pequeña, antes de que fuera al colegio, solamente ahora despertaron su interés.

Llamó su atención un indio anciano y de cierto aspecto venerable que parecía presidir a otros cuatro que debían ser de su misma comarca, a juzgar por la semejanza de su indumentaria. El viejo y sus compañeros habían llegado el día anterior con un cargamento de "chalonas" -tasajo de cordero-, chuño y otros productos de la meseta y debían retornar llevándose naranjas, plátanos y demás frutas del valle. Como era costumbre, cuando se trataba de clientes conocidos, la dueña de casa les había concedido alojamiento para ellos en un rincón del patio interior y para sus bestias en el corralón del fondo.

En el momento en que Domy los observaba, el viejo indio y sus compañeros, sentados en cuclillas sobre el suelo, alrededor de un "tari" -tejido indígena- que contenía hojas de coca, mientras masticaban la yerba aromática según su costumbre, comentaban sobre algún asunto que parecía tenerlos muy preocupados.

Domy, picada en su curiosidad, procuró colocarse muy cerca para oír lo que hablaban. Desde pequeña entendía el idioma vernáculo. Sin perder una palabra de lo que decían los indios; entendió que estaban cambiando ideas acerca de cómo y a quién deberían presentarse a solicitar un maestro para la escuela de su comunidad, allá en su tierra.

La muchacha, impulsada por un sentimiento espontáneo y generoso, se ofreció a ser ella misma la que los condujera ante las autoridades respectivas para expresar su pedido.

Pocas horas después, el grupo de indios seguía lleno de gratitud y respeto a Domy hasta las oficinas del Ministerio de Educación. La muchacha, constituida de por sí en asesora de los peticionarios, presidió el grupo para entrar a la oficina del funcionario encargado de atenderlos.

El atractivo físico de tan linda asesora ganó en favor de los indios una rara y benévola acogida, lo cual era ya mucho, porque de haberse presentado solamente ellos hubieran tenido que hacer antesala de horas y quién sabe de días. Domy en breves frases anunció de lo que se trataba y pidió que su petición fuera atendida. Luego el anciano dijo ser el cacique y representante de la comunidad de Collamarca para la cual pedía un maestro a fin de que se reabriera la escuelita campesina comunal hacía varios años clausurada. Siguió el viejo haciendo consideraciones que abundaban en repeticiones y detalles en una jerga monótona.

La respuesta del funcionario fue decepcionante. Les manifestó que estaba ya cerrado y en pleno curso el presupuesto del año y que no existía ni se podía crear la partida destinada a sostener el maestro que solicitaban.

El cacique y sus coterráneos escucharon impasibles la negativa. Estaban acostumbrados a recibir esta clase de respuestas de las autoridades en todas sus peticiones. Por eso, y como si de antemano hubieran conocido el resultado, el viejo manifestó:

-Tata. Nosotros no queremos que el Gobierno pague a ese maestro. Lo que pedimos es, únicamente, que se nos proporcione a la persona a la cual nuestra comunidad ha de pagar.

El funcionario alabó el empeño que demostraban aquellos indios por su culturización, pero acabó expresando:

-Desgraciadamente, tampoco esto podemos hacer. ¡No hay maestros disponibles!

Profundamente desalentados salieron Domy y los indígenas del Ministerio. El cacique, habituado como todos los de su raza a sufrir muchos más graves contratiempos, guardó mansamente su disgusto, lo mismo que sus compañeros. En cambio Domy, no se conformó a aceptar sin comentario lo que había pasado.

-¡Nunca he creído que ustedes estuvieran en la ignorancia nada más que por culpa de las autoridades!

-Así es niñita. Nosotros y nuestros hijos tenemos sed de aprender. ¡Pero, ya ves cómo nos han despedido!...

-No se desalienten -les respondió la muchacha-. Yo les voy a ayudar a buscar a alguna persona que quiera ir de maestro.

-¡Ojalá, niñita! Fuera de su paga, le proporcionaremos alojamiento, víveres y servidores en la comunidad.

-Tengan paciencia. No ha de faltar una buena persona que quiera ir.

\* \* \*

Consecuente con el ofrecimiento que hiciera a los indios de buscarles un maestro. Domy salió a cumplirlo esa misma tarde. Recordó de un viejo maestro que durante muchos años había vivido en la casa de enfrente. Fue en seguida a buscarlo. Cuando le dijeron que ahora vivía en otro barrio bastante lejano de allí, se fue en pos de la nueva dirección sin darse descanso.

Al ayudar a los indios en su empeño, ya había sentido, por primera vez en su vida una dulce satisfacción, serena y noble de hacer el bien al prójimo. Un alivio para su vida hasta entonces sin sentido y una interesante distracción para sus horas muertas la embargaban y la incitaban a seguir en el empeño iniciado.

Después de laboriosas averiguaciones pudo dar con el que buscaba. Encontró al maestro mísero y enfermo. Al conocer el deseo de la muchacha, el viejo le manifestó que estaba jubilado y que casi había perdido la vista, por tanto le sería imposible tomar el cargo que le ofrecían. Todo lo que Domy pudo conseguir fue que el anciano le indicara la dirección de algunos ex-colegas suyos que acaso quisieran ir a trabajar a la comunidad.

Después de haber salido de la casa del maestro, Domy se preparaba a seguir sus indicaciones y para el efecto caminaba por cierta calle en pos de un candidato cuya dirección había anotado. De improviso se encontró frente a Arenal que venía en sentido opuesto y por la misma vereda.

La muchacha se halló tan cerca de su amigo, que, aunque quiso, no pudo eludir el encuentro. Por su parte, Arenal en cuanto la vió apresuró sus pasos.

-Domy. El destino ha podido más que tú.

-¡Más que yo! ¿Por qué?

-Has vencido tu propósito de no volver a verme.

-Ese propósito, Joaquín, lo impone un deber sagrado. Y es preciso cumplirlo por encima de todo.

-¿También por encima del portento de saber que nos amamos?

-Precisamente, Joaquín, por encima de eso.

-¿Quieres renunciar a la única dicha que nos ofrece la vida? ¿Es posible ésto, Domy? ¿Es humano que tú, que tanto has sufrido y llorado por un amor que te salve de tu soledad espiritual, de tu desamparo social y que colme tus ansias infinitas de ternura, ahora que lo encuentras lo desheches cruelmente? Piensa que esa crueldad no sólo me hace víctima a mí; también te hiere de muerte a tí.

-Joaquín -díjole la muchacha con la voz quebrada por la emoción- no hables en esa forma implorante que me partirá el corazón pero no podrá torcer mi firmeza. Estas replicaciones son una tortura inútil. Las temía. Por eso quise que mi carta fuera lo último que hubiera entre los dos. Despidámonos aquí mismo, Joaquín. Tengamos la suprema abnegación de ser más grandes que nuestra desventura.

Domy se paró en seco y extendiendo la mano a su amigo volvió hacia otro lado la cabeza para hurtar a los ojos de él el intenso patetismo de su rostro.

Joaquín, anhelante y por eso mismo obcecado en detener a la muchacha, le tomó la mano para retenerla con todas sus fuerzas, mientras le decía:

-No, Domy. No te vayas así, dejándome sólo una carta breve y terrible como una sentencia de muerte. No seas implacable. No te marches sin antes decirme por qué la mujer cariñosa y tierna que hallé en ti se ha transformado tan repentinamente en una roca insensible. Dime ¿Qué ha ocurrido para que hubieras cambiado tanto?

-He pensado en el paso que íbamos a dar y he visto que frente a mi pobre amor se alzan tremendas razones.

-¿Razones?... ¿Crees tú que exista alguna más imperiosa que nuestro derecho a ser felices?

-Sí. La razón incontestable de que te debes a tu esposa.

-Ese obstáculo ya no existe. Para comunicarte que yo era libre corrí a tu casa cuando me encontré con tu terrible carta. Pues bien, ¡alégrate! Lilibiana ha consentido en irse sola a su tierra.

-No, Joaquín. Esa no es la solución que te honre ni que a mí me satisfaga.

-¿Por qué?

-Porque no puedes abandonar, o mejor dicho arrojar así a tu esposa.

-Esa mujer odia nuestro país, pues que se vaya al suyo. ¿No crees que es la mejor solución?

-Pero, tú, que eres todo un caballero y al mismo tiempo un médico de conciencia no puedes olvidar que el caso de tu mujer es semejante o más grave aún que el mío. Ella es también una inadaptada, una mujer nacida para otro ambiente y que, a pesar de su amor por tí, no puede vencer su medio tan diferente y remoto donde tú quieres obligarla a vivir, es ahora una incomprendida por su propio esposo, por el único hombre obligado a auxiliarla y evitarle su tortura. Dime, Joaquín. Tú que me has curado con tanto esmero, que me has aconsejado y confortado hasta sacarme de mi tormentosa abulia procediendo nada más que como profesional, ahora que se trata del caso de tu propia esposa, ¿has de negarle tu cariñosa comprensión, tu esmerada asistencia y hasta tu piedad, nada más que por entregarte a una pasión inconfesable?-

-No se trata ya de eso. Domy. Esta separación que hemos acordado con Liliana es la providencial liberación que me llega de un amor equívoco y pasajero que se ha convertido en calvario tanto para mí como para ella. Es una liberación que me permite conocer en ti lo que es el verdadero amor.

-Joaquín. Aunque fuera verdad lo que dices, hay empero otro deber ineludible y sin excusa: tu deber de futuro padre. La obligación suprema que tienes de custodiar a tu hijo durante su gestación, cuidando y acompañando solícitamente a la madre. Debes estar junto a ella hasta el trance solemne de recibir en tus brazos al recién nacido y darle tu amor como la primera merced generosa que le ofrezca el mundo. ¡Imagínate el desamparo de ese inocente niño si su padre, tú, mi caballeroso Joaquín, en lugar de acudir junto a él, te quedaras junto a una amante! ¿Imaginas tal inhumanidad y cobardía?. Yo no quiero que por mi causa seas inhumano y cobarde! ¡Jamás!

-¡Por favor, Domy! Me has hecho vacilar. ¡No me digas ya nada!

-Quise evitarte la crudeza de mis razones, porque a mí también me laceran el alma. Porque te las formulo con mi corazón que sangra. Pero tú lo has querido, Joaquín. Y, ya ves cómo nos hemos dañado el alma. Ahora que has oído todo y que has visto lo inútil de soñar en una falsa ventura, olvidemos todo lo de la última noche y volvamos a situarnos en el tiempo en que fuimos nada más que amigos. Que no quede entre nosotros más que esa amistad. Ella valdrá más, infinitamente más que la frágil locura que la fatalidad nos tendió como un lazo. Esa amistad será lo único que pueda valerlos para que yo me sostenga frente a todo lo que el destino me depara.

-¡Domy de mi alma! ¿Podremos cumplir lo que invocas? ¿Resistirán nuestros corazones sin quebrarse?

-Sí, Joaquín. Debemos hacerlo aunque nos cueste la vida.

-¡La vida! ¿Qué importa si hemos de vivirla separados?

-Vivamos, pues, así. Infelices, pero dignamente, heroicamente; amargados si quieres, pero sin delinquir en nada que más tarde nos cause mutuo menosprecio. Tú, sigue siendo el caballero, el grande y dilecto amigo que supo avivar mi fe y arrancar mis desesperanzas y vuelve al lado de tu esposa y de tu hijo a ser lo que siempre has sido por naturaleza y noble cuna. Y, déjame a mí también que estrangule mi amor para que pueda buscar un ideal que me permita redimir el estigma de mi origen plebeyo y salir a flote de mi conflicto hogareño y social. ¡Déjame, por Dios y vete!

-¿Me arrojas de tu lado?

-Mírame. ¿Ves en mi angustiada cara que ya no puedo más? ¿No te das cuenta de que estoy a punto de arrodillarme para rogarte que te alejes?... -y al decir esas palabras, Domy parecía realmente que iba a abatir su bella silueta como si se fuera a derrumbar agobiada por un peso enorme.

-¡Por Dios. Domy! No prosigas. Me iré. Ya sé lo que debo hacer. Me lo has enseñado a costa de durísimos golpes en el corazón. ¡Adiós, Domy! Me voy. Pero me voy llorando.

-Sí, Joaquín -añadió la muchacha, dulcificando su voz repleta de ternuras recónditas y desesperadas-. Vete. Llórame con todo tu amor, como a una víctima del destino. Así lo prefiero. Llórame perdida antes que conservarme a tu lado venal y concupiscente. ¡Adiós!

-¡Adiós, mi vida!

-¡Adiós para siempre!

Así, en la desierta calleja, ajenos a la indiferencia de los desocupados transeúntes, se despidieron Domy y Arenal.

\* \* \*

Después de aquel encuentro, Domy no atinó a seguir buscando maestro para los indios de Collamarca y se volvió a su casa.

Llegó anegada el alma de pena, rebosando de infinita amargura, pero al mismo tiempo colmada de satisfacción heroica por haber enderezado bizarramente el carácter de su espíritu. Ya no era su primer amor. Tampoco era la mujercita mimada y vanidosa que estuvo a punto de sucumbir en los lazos de su seductor. Era la mujer madurada por la adversidad que supo estrujar su gran amor por respetar un hogar ajeno; la mujer que había sabido defender la dignidad de un hombre, del hombre amado, aun contra la insensata pasión de él mismo; la que había salido del desenlace dolorido pero serena y con fuerzas y fe suficientes para seguir luchando contra nuevas desventuras.

En la melancólica tranquilidad de su alcoba se puso a meditar en lo que haría de pronto para hurtar su espíritu a cualquier flaqueza futura.

Para ejemplarizarse recordó a las grandes mujeres de la historia conocidas en sus estudios y en sus lecturas posteriores. Las dos Juanas, la de Arco y la Azurduy de Padilla, batalladoras y heroicas no le sugerían, empero, la posibilidad de imitarlas porque la oportunidad en el tiempo y en la causa eran muy diferentes con su situación. Las grandes santas, Teresa de Jesús y Rosa de Lima, místicas y sublimes en sus virtudes no encuadraban con su fe cristiana casi destruída por el escepticismo. Las eximias mujeres de letras, la Ibarburu y la Mistral tampoco podían ejercer influjo sobre el espíritu de Domy que anhelaba una acción más práctica e inmediata dentro del estrecho mundo en que vivía y deseaba actuar a su manera.

En ese afán de buscar y buscar vanamente en sus meditaciones y recuerdos el ejemplo y el camino a seguir, se durmió obligada por la necesidad fisiológica de su agotado organismo.

## CAPITULO DECIMONOVENO

Domy se despertó súbitamente.

La arrancaron de su sueño los golpes de los cascos de bestias sobre el empedrado del patio de la casa y las voces y preparativos de los conductores indígenas.

Recordó que aquellos indígenas y sus animales constituían la caravana de Collamarca que debía estar aprestándose a volver a su comarca con las primeras luces del alba.

Una idea repentina y contundente la hizo incorporarse de un salto sobre el lecho. Su rostro se iluminó con un gesto de triunfo. ¡Había encontrado su ideal! ¡Por fin, había columbrado clara y netamente el rumbo definitivo para su vida!

Tomó precipitadamente un deshablí con el que se cubrió de cualquier manera y bajó corriendo al patio. Se aproximó al anciano, jefe del grupo, que en ese momento se hallaba sujetando con reatas de cuero la carga sobre un mulo de la recua.

-Anciano, ¿ya se van ustedes a Collamarca?

El viejo, sorprendido ante tan desusada aparición, suspendió su trabajo y miró titubeante la graciosa figura de la muchacha envuelta en blondas perfumadas y, al fin respondió:

-Sí, niñita. Ya nos vamos.

-Sin haber conseguido el maestro, ¿verdad?

-Así es niñita. Cuando tú no has podido encontrar un maestro, ¿qué íbamos a poder nosotros pobres?

-¿Tienen mucha pena de eso?

-Ya lo puedes suponer, niñita. Nos volvemos con las manos vacías y sin esperanza de educar a nuestros pobres hijos.

-Pues, no tengan pena. Ya les he conseguido una maestra.

-¿De veras, niña?

-Sí. Por eso he salido a avisarles antes de que se vayan.

-¡Gracias, niñita! ¡Que Dios te lo pague!

-¿Quieres saber quién es esa maestra?

-Debe ser muy buena. Basta que vos la hayas conseguido.

-Esa maestra soy yo -declaró la muchacha con una sonrisa resplandeciente de satisfacción.

-¿Qué has dicho, niñita?

-Que yo me ofrezco para ir a la escuela de Collamarca. ¿Están contentos?

Miróla el viejo, suspenso por la noticia. Los compañeros dejaron de atender los menesteres de preparar el viaje y se aproximaron interesadísimos para no perder detalle de lo que estaban viendo y oyendo. El cacique y los otros indios cruzaron sus miradas preñadas de incredulidad, como para consultarse mutuamente sobre la sorprendente posibilidad de lo que habían escuchado. Luego de un rato de indecisión, el anciano, sin salir de su asombro, inquirió:

-Pero, ¿es cierto lo que dices, señorita? ¿No estás burlándote de nosotros?

-Sí. Es cierto. Quiero ir de maestra a donde ustedes.

-Tan joven y tan elegante, ¿quieres ir donde nosotros pobres indios?

-Sí, sí. Deseo ir. Lo tengo resuelto.

-Niñita, y, ¿vas a dejar tus comodidades? -se atrevió a decir otro de los indios. -¿Acaso piensas que vas a tener a tu disposición todo lo que aquí acostumbras cuando estés en la puna?

-Yo lo he pensado muy bien. Estoy decidida. Ahora lo único que falta es que ustedes acepten -prosiguió la muchacha, dando fe de lo que decía con una amable y cautivadora sonrisa.

-Niñita -habló el viejo- nunca hemos sospechado que una patrona como vos quisiera ser nuestra maestra.

-Pues, ya lo ven. Díganme si aceptan para comenzar a preparar el viaje en el plazo más breve.

-Entonces -preguntó con ruda emoción el anciano- ¿es siempre cierto que vos quieres ir?

Domy tuvo que emplear toda su sincera vehemencia para vencer la incredulidad de los indios. Obtenida la confianza de ellos, convinieron la fecha en que ella partiría y en que ellos la esperarían en el desvío del camino principal hacia el de Collamarca y otros pormenores necesarios.

Una hora más tarde, el viejo cacique y sus compañeros se despidieron de la muchacha.

-Niñita -le manifestó el más entusiasta de los indios en el momento que salía por el zaguán arreando las bestias de la caravana-. ¡Cuidado que te desanimes! ¡No sabes con cuánta ansiedad te vamos a esperar!

-No tengan cuidado. Les juro que estaré allí puntualmente.

Y Domy se quedó henchida de gozo por haber infundido en esos parias una redentora esperanza. Nunca se había sentido tan feliz. Ninguna promesa que hubiera formulado hasta entonces le produjo tanto bien como en el momento en que contempló a esos indios que se marchaban arreando apresuradamente sus bestias, como si siguieran llegar cuanto antes a su poblado para dar la buena nueva.

\* \* \*

En los días siguientes, Domy se consagró a hacer diligentemente los preparativos para el viaje. Comenzó seleccionando sus trajes más sencillos y adecuados a los lugares donde tenía que vivir. Preparó cuidadosamente un buen botiquín; tomó lecciones de enfermera; adquirió libros pedagógicos, textos de lectura, cuadros didácticos, cuadernos para escritura, pizarrillas, encerado, tizas, material para trabajos manuales, en una palabra, todo cuanto creyó indispensable para su futura labor. En las horas libres buscó a un viejo maestro que vivía cerca de su casa y se hizo dar las nociones metodológicas y, con este motivo, tuvo la satisfacción de comprobar que todo lo que había aprendido en el colegio era más que suficiente para impartir la enseñanza que se proponía.

Realizados todos estos preparativos durante casi un mes, destinó la noche del penúltimo día para hablar con sus padres y anunciarles su decisión.

Sentados los dos viejos en el **living** del departamento de su hija, escucharon atentamente la exposición que les hizo. Hasta cierto momento, Don Ciriaco y Doña Saturnina le oyeron con delactación. La muchacha les habló de los egoísmos y ruindades del medio social de la ciudad y del fervoroso propósito que ella tenía para dedicarse a una obra altruísta con la cual ennoblecer su vida, esa vida que ellos le habían dado y que con tanto esmero la habían cultivado y que hasta entonces sólo le había obligado a quedar suspendida entre dos mundos hostiles: el de arriba, presuntuoso y perverso, y el de abajo, torpe, ignorante y repulsivo. Todo esto le escucharon los padres sin comprender casi nada, pero encantados de esa elocuencia y admirando con paternal orgullo a esa hija que hablaba hasta deslumbrarlos. Pero, cuando les anunció su propósito firme de dejar la casa y la compañía de sus padres para irse a vivir en la comunidad de Collamarca y tomar a su cargo la misión de maestra, sintieron profundo pesar, especialmente cuando la muchacha les manifestó que estando segura de que ellos aceptarían todo esto, ya tenía todo listo y convenido para la marcha.

Don Ciriaco, aunque parco en las expresiones de su emoción, no pudo menos que exclamar dolorido:

- ¿Entonces te vas a ir de nuestro lado?

Y no pudo decir más, porque estaba acostumbrado a respetar las resoluciones de su hija como si fueran de un ser superior, convencido de que todo lo que hiciera Domy estaba bien hecho. Eso le imponía su idolatría de padre. Por eso, aunque le causaba enorme pesar la próxima ausencia de la hija, él estaba dispuesto a sufrirla resignado y sin protesta.

-Si, papa. Con mucha pena voy a dejarlos. Pero es para, ir en pos de mi felicidad. Felicidad pequeña, mas la única a que puedo aspirar siendo lo que soy.

¡Felicidad! había dicho la hija. Esa era la palabra mágica para imponer al viejo obrero los más grandes sacrificios. Por esa felicidad de la "niña de sus ojos" había trabajado tanto; por esa felicidad se había resignado a vivir después relegado en el trato y el cariño de su hija; por esa felicidad también ahora, ahogaría su pena de verla partir y su nostalgia mortal de saberla ausente.

Pero Doña Saturnina, aunque compartiera de los mismos sentimientos y disposiciones para el sacrificio que su esposo, era al fin al cabo, una mujer y una madre. Espontánea y difícil de reprimirse, acostumbrada, como toda mujer del pueblo, a exhibir sus emociones ante propios y

extraños, no tuvo la misma reacción ante el anuncio de Domy. Era más vehemente, tenía esa rebeldía mestiza impulsiva y alborotada, tan propia de la chola, cuando se trataba de disputar con la gente o con el destino por los agravios., incomodidades y los pesares que sufriera. Tenía un caudal de sabrosas palabras para expresar sus sentimientos, fuerza en sus brazos para alzarlos a vengar una ofensa y hasta uñas para atrapar el bien que se atreviera a disputarle, y tenía, por último, sus gemidos y sus lágrimas para lamentar la pena o el mal que ya fueran irremediables.

Por eso, después de que don Ciriaco manifestó su dolorida resignación, doña Saturnina se alzó, no precisamente con los brazos retadores y los gritos de su impulsión violenta, sino en la forma en que solamente podía conducirse ante su adorada niña, con su cariño maltratado, sus lamentos y sus lágrimas.

-¡Cómo, pues, te has de ir, hijita! -díjole entrecortándose por la resaca de sus sollozos-. ¿Acaso te hemos educado para que te vayas a vivir entre indios? ¿Crees que vas a ser feliz así, cuando hasta entre nosotros sufres tanto, al vernos cholos ignorantes?...

Mamá, me iré llevando todo lo bueno que me dieron al educarme y que aquí para nada me sirve, y más bien me estorba para vivir entre ustedes. Sé que todo lo que he aprendido puede ser muy útil a otras gentes humildes y voy a brindárselo. La felicidad de ellos será también la mía.

La madre, sin comprender a su hija, siguió su amarga amentación:

-¿Qué te hemos hecho, pues, hijita ¡niñita! para que, así nos abandones.? ¿Acaso aquí te fastidiamos? ¿Hasta nuestro cariño nos hemos contenido; aguantándonos de correr de repente a abrazarte y darte un beso? ¿No te miramos de lejitos no más lo linda que eres y nos quedamos muriéndonos por vos?

Larga y patética fue la expansión de doña Saturnina, pero no pudo doblegar la inexorable resolución de Domy.

\* \* \*

Cuando aquella mañana Domy comprobó que todo estaba completamente listo para el viaje, quiso ser fiel con sus íntimos sentimientos y rendir el último tributo a su desdichado amor.

Vestida ya en traje de viaje, mientras esperaba el carro contratado para la marcha, tomó papel y pluma y escribió:

"Joaquín, amigo del alma:

"No quiero partir sin dejarte estas líneas como una consoladora expansión.

"Dentro de pocos instantes voy a ir en pos de mi ideal. Sí. Joaquín. Por fin lo he encontrado. Voy a consagrarme a él siendo útil a mis semejantes, para lo cual tengo decidido emplear todo el cariño y la fe que me han sobrado después de tantas desventuras. Así voy a cumplir tu nobilísimo consejo. Lo que haga en esa tarea te pertenecerá a ti por haberme infundido los sentimientos e ideas que pienso realizar.

"¿No te parece que tu amistad, mejor dicho tu hermandad hacia mí están logrando mayor bien que ese otro sentimiento que estuvo a pronto de precipitarnos a la ignominia? Yo lo creo así Joaquín, y estoy seguro que tú crees lo mismo.

"Por eso, ahora, ennoblecidos como estamos, confirmemos nuestra afinidad espiritual a través de una distancia que jamás deberemos de tratar de vencer y digámonos adiós.

"Después de este adiós, sólo nos quedará el recuerdo perenne y nostálgico que será fuente de fe y de entereza para seguir cada uno por su lado cumpliendo abnegadamente su destino.

"Te abraza con toda el alma. -Domy".

Llegaba el camión a la puerta cuando Domy terminaba y cerraba la carta. Bajó luego a entregarla y a despedirse de sus padres. Estos, embargados de silencio y resignado pesar,

cerraron el departamento de la muchacha y bajaron a la puerta para verla por última vez, mientras Domy hacía colocar su equipaje en el carro. Cuando el vehículo arrancó y desapareció en la vuelta de la esquina, don Ciriaco y doña Saturnina se miraron compungidos.

-¡Ay, Ciriaco! ¡Y ahora, qué vamos a hacer!... -exclamó la chola, desatando el rosario de sus lágrimas.

-¡Satuca!... ¡Con tal de que eso la haga feliz! -respondió suspirando el obrero y mojado también con llanto su bronca emoción.

El carro a motor que conducía a Domy venció muy pronto la carretera que asciende desde la ciudad hasta el borde de la elevada pampa altiplánica, zumbando y empleando a fondo la potencia de su propulsión.

Desde la eminencia del camino, la muchacha viajera lanzó una mirada de despedida a la ciudad de su nacimiento. Con los ojos húmedos contempló aquella ciudad mestiza como ella, insatisfecha, dinámica y rebelde, empeñada también en imponer su destino sobre las adversidades y los odios; aquella ciudad de espíritu amplio, pero estrujada entre montañas, sin otro alivio que su cielo de azul rutilante y su gran cumbre blanca y señera. Llevada por la emoción de la despedida, se imaginó que esa ciudad, también como ella, vivía su dramática inquietud; que estaba tratando de centrar su suerte futura en un término justo que no fuera ni las imposiciones de su limitada y falsa aristocracia ni el ímpetu desbordado de las chusmas, sino una nueva fe, más humana y fraternal, en que a cada uno, rico o pobre, le correspondiera un sitio y un beneficio, según la capacidad de hacer el bien con el talento, el músculo o la virtud del corazón.

No había terminado Domy de hacerse estas consideraciones, cuando se encontró ya al otro lado del panorama. Perdida la ciudad y las profundas breñas que la rodeaban, estaba ahora ante el solemne cuadro de la pampa, bañada en aquel momento de través por la luz del sol naciente que estiraba por el suelo las sombras de las escasas prominencias que alteraban su horizontalidad.

¡Qué bien se sintió Domy al respirar aquel aire agreste y tonificante! Su espíritu ansioso de amplitud se ensanchó al sentirse estimulado por esa inmensidad severa y con la perspectiva de esos lejanos y dilatados horizontes que eran como una incitación a la grandeza.

El carro devoraba la distancia en un alarde de libertad y de dinamismo; corría vertiginoso por la llanura como un deslizador disparado para que se clavara en el horizonte; pero ese horizonte, con zócalo de montañas azuladas por la lejanía, nunca se alcanzaba y aparecía siempre a la misma distancia, inasible, remoto siempre, tal como el anhelo del corazón que nunca quiere hacerse realidad.

\* \* \*

Mientras tanto, allá, en la ciudad, doña Saturnina había llegado a su puesto del Mercado. Arregló con desgano sus cestos de fruta, actuando solamente por la fuerza de la costumbre. Se sentó suspirando entre su mercadería, sin sentir el menor aliciente para atender a sus parroquianos, abstraída en su tormentoso mundo interior.

En un principio despachó con negligencia a sus clientes; pero a medida que pasaba el tiempo su pena se hacía más amarga y aumentaba su inhibición. En tales circunstancias se le acercó una mujer a comprar naranjas.

-Pero, casera -le dijo la compradora-, yo te he pedido naranjas, y vos me estás dando paltas.

Doña Saturnina rectificó torpemente el equívoco, entregándole lo solicitado.

-¿A cómo me vas a dar estas naranjas?

-A seis bolivianos cada una -respondió Saturnina, pugnando vanamente por salir de su abstracción.

-¡Gua, casera!, ¿Cómo, pues, a ese precio? Si no son paltas; ¡son naranjas, no más!

-¡**Bay!**...¡Por últimamente! ¡Andá comprate donde otras y no me mortifiques! -exclamó la chola con su amargura convertida en cólera presta a estallar contra cualesquiera cosa o persona.

-¡**Choy!** ¡Parece que no tienes ganas de vender! ¡Estarás, pues, nadando en plata! ...

Doña Saturnina ni siquiera miró a la que se retiraba después de haberle lanzado aquella provocación. Volvió a reconcentrarse en sus penosas cavilaciones. Un nuevo suspiro, más intenso, le hizo temblar el pecho. Después, como si estuviera conversando con su propia amargura, se dijo lentamente:

-¡**Helay,** para lo que había trabajado tanto!... ¡Para que la "niña de mis ojos" se vaya, dejándome a obscuras! ...

Y una densa bruma de amargura ensombreció los cansados ojos de la vieja frutera.

## CAPITULO VIGESIMO

Después de varias horas de camino, y cuando el sol caía a plomo sobre la pampa, el auto se detuvo en un lugar de la carretera desde el que arrancaba hacia la izquierda un sendero. Junto a ese desvío Domy distinguió un grupo de indígenas en actitud de espera. En cuanto ella bajó del vehículo, se apresuraron a rodearla con respetuosa solicitud.

-Ahora sí que estamos contentos al ver que has venido -le dijeron.

Prestamente cargaron el equipaje de la muchacha sobre los asnos que habían llevado para el caso y ofrecieron a Domy un caballo aparejado con montura de mujer, de esos que en la región llaman "sunichos". Uno de los indígenas tomó el cabestro del animal, el cacique se puso al lado de la viajera y los demás a respetuosa distancia por detrás, cerraron la marcha para seguir por el sendero de Collamarca.

Al verse en tal guisa, jinete que presidía aquel grupo original, sintió que los propósitos que la habían llevado se hacían más firmes que nunca. Le parecía estar encabezando una quijotesca caravana en pos del ideal. El extenso yermo que atravesaba, bañado de sol y barrido por el viento, sería el teatro de sus apacibles hazañas, donde esperaba encontrar trabajo para sus manos ansiosas de labor y paz para su alma sedienta de tranquilidad y de melancólica dulzura.

Pensando así y estimulando su voluntad para las jornadas que le esperaban, prosiguió el camino, hasta que, al dar la vuelta por la falda de un otero cubierto de "quishuaras", se encontró de golpe con el panorama de la pequeña aldea que era la meta de su viaje.

Al abrigo de una serranía y entre una hoyada formada por un amplio repliegue del terreno, se hacinaban en desorden hasta un centenar de casuchas de barro. Al llegar la caravana se detuvo en un campo libre, especie de plazoleta tosca y pesada, con una sola puerta y una torre maciza que sostenía una campana rajada; al lado derecho se extendía un gran corralón, destinado a guardar el ganado de la comunidad cuando volvía de los campos de pastoreo; hacia el costado izquierdo se hallaban dos edificaciones: un amplio galpón sostenido por una pared en el fondo y por la parte de adelante por columnas de adobe que dejaba ver en su interior largos poyos de barro, donde se reunían los comunarios para el Cabildo, y, al lado una casucha de mayor tamaño que las moradas de los indios, sobre cuya puerta se leía difícilmente el nombre de la Escuela, pintado en torpes trazos de alquitrán; las dos ventanas que tenía dicho edificio estaban sin vidrios, a los que se había reemplazado con trozos de tablas y cartón.

Cuando la caravana se detuvo en el centro de la plazuela y Domy desmontó del "sunicho", acudieron las gentes del caserío y formaron un círculo en torno de los recién llegados. Los pequeños, empujados por la curiosidad, se aproximaron a contemplarla con ojos azorados, para ellos, exótica figura de la joven, pero al advertir que ésta avanzaba hacia ellos para hablarles y demostrarles su complacencia, retrocedieron amedrentados, hurgándose la nariz con los dedos o rascándose las polvorientas e hirsutas cabezas. Domy, al ver así frustrado su primer afán de

ganarse la confianza de esos pequeños seres primitivos, comprendió que su misión no sería tan fácil como lo había supuesto con optimismo.

La recepción a la maestra fue una ceremonia sencilla y breve. Cada indio o india se aproximó a la muchacha y, destocándose el pesado sombrero de lana, le saludó con la frase invariable:

-Dios **asqui churatam, mama**. -Que Dios te dé la enhorabuena.

Luego, el cacique y algunos indios principales acompañaron a la nueva maestra al edificio de la escuela. Esta contaba con dos compartimientos: el más grande era el aula, una sala desmantelada que en lugar de bancos y pupitres tenía miserables asientos de adobe; una plataforma del mismo material servía de mesa para el maestro; las paredes sucias presentaban además enormes desconchaduras en el rugoso enjalbegado de barro; el techo sin plafond estaba lleno de telas de araña tendidas entre las vigas de eucalipto; la paja del techo agrietada y reseca, dejaba pasar por innumerables resquicios, la luz del sol; el piso era de tierra apisonada. El otro partimento, de menor tamaño, era la habitación destinada a la maestra. Recibía escasa luz por un ventanillo sin vidrios y cubierto por un trozo de arpillera; tenía un olor a cueva. Por todo mueble, tenía una plataforma baja de adobe que por la forma y el tamaño se deducía que era el sitio para hacer la cama; en uno de los muros se abría una alacena provista de tres tablones incrustados en los bordes de las paredes; en otro lugar del muro, y a la altura adecuada estaban clavados algunos huesos de llama que, sin duda, hacían oficio de colgadores. Ese era todo el menaje de la habitación donde Domy tenía que vivir.

-Así no más, pues, tendrás que vivir, señorita -le dijo el cacique con cierta vergüenza.

-Oh, ésto no importa. Ya me voy a arreglar como pueda -respondió la muchacha, sonriendo con optimismo.

-¡Cómo vas a extrañar el lindo cuarto que tienes en la ciudad! -lamentó el indio-. ¡A lo mejor te has de aburrir pronto y nos vas a dejar!

-¡Eso nunca! Ya lo verán -.respondió alegremente Domy, y comenzó a abrir su equipaje y disponer sus cosas.

Al final de la tarde y con la ayuda de algunos indígenas, Domy había realizado su primera hazaña: el milagro de transformar ese tugurio en un cuartito risueño. El toscó "patajatti" que debía servir de lecho, con los cueros de alpaca que le proporcionaron los indios y el colchón, las frazadas y la colcha de vicuña que ella había llevado se había convertido en una cama tolerablemente mullida; uno de los cajones vacíos del equipaje había sido transformado en un gracioso tocador, cubierto de cretona floreada, con volados y cortinillas sobre el que estaba colgado un espejo de suficiente tamaño; otro de los cajones fue adaptado a servir de mesa de noche; los restantes cajones forrados de tela y con sus respectivos almohadones desempeñaban de asientos. Con el resto de la tela floreada, que tan previsóramente había llevado Domy, se improvisaron cortinas para la puerta y la ventana. Por último, para cubrir todo lo que se pudiera de las mugrientas paredes, la muchacha, utilizando las revistas y periódicos que llevaba, había aplicado un alto zócalo que aclaraba la atmósfera del cuartito; en lo alto se ostentaban cuadrillos y figuras en colores que disimulaban el tono gris de las terrosas paredes. En una palabra, la gracia de una mano femenina había llevado a cabo una obra poco menos que imposible. Hasta el olor a caverna que antes tenía aquel sitio había desaparecido con el aroma de las ropas y objetos de la muchacha.

Al llegar la noche, Domy, fatigada pero contenta por el esfuerzo desplegado con tan buenos resultados, encendió una lamparilla, se recostó en su nuevo lecho y se puso a meditar en la nueva vida que la esperaba en ese rincón del altiplano.

Las sencillas y respetuosas gentes entre las que estaba, la creciente fe de su alma y hasta la forma en que habían llegado a instalar su cuartito, superando muchas exigencias, eran razones suficientes para infundirle optimismo. Cobró la certeza de que su trabajo, sus esfuerzos y su fervor harían auspiciosa su obra. Todo dependería únicamente de ella y todo sería a la medida de su constancia y de su abnegado cariño por esas humildes gentes.

Afuera, la noche era silente. Apenas el lejano ladrido de un perro guardián, cuyo eco se prolongaba libremente en el espacio, le traía un testimonio de la soledad nocturna de la puna. A poco, la melodía de un "pinquillo" indígena le recordó que estaba en una aldea de nativos. Al escuchar esa música elemental y primitiva se sintió apta para comprenderla. Ese instrumento, con su gama pentatónica le causaba una sutil añoranza por algo misterioso y desconocido que existía en su alma. Quizá era el mensaje de algún lejano abuelo aimara que desde lo remoto de los tiempos le enviaba al corazón de la pampa indígena a redimir a sus descendientes. Le pareció que su sangre mestiza golpeaba más fuertemente en el corazón, como si fuera un motor que estuviera probando su potencialidad para emprender un sostenido esfuerzo. El pinquillo se había callado, su corazón había, también, recobrado su apacible ritmo. Domy sintió una dulce paz y se durmió sin temores ni sobresaltos.

\* \* \*

La luz matinal penetró en el cuarto de Domy mezclada con los mil diversos ruidos que denotaban las iniciales actividades de la vida cotidiana de la comunidad. Se oían los mugidos y balidos del ganado que salía del corralón grande para ser conducido a los ahijaderos del bajío. Los indiecitos y las "imillas" corrían dando voces hacia el arroyo a buscar el agua para la cocina. Los labradores preparaban sus instrumentas y útiles para la labor del día. Los perros corrían ladrando alegremente detrás de los ganados. En fin, la colmena indígena entraba en plena actividad.

Domy, estimulada por ese despertar del trabajo, saltó de la cama, se vistió rápidamente y abrió las ventanas, recibiendo en pleno rostro la brisa de la puna, fría aún de escarcha, pero vivificante y recia, con sabor de montaña y de tierra húmeda. Salió luego a darse un paseo por los alrededores. El paisaje era adusto, solemne, sin galas inútiles. Al fondo, como sirviendo de respaldo al caserío, se alzaba la tierra, coronada en lo alto por una crestería de rocas rojizas y violadas; más abajo, las breñas festoneadas de paja brava y de cactus y en la falda, hacia uno y otro lado del caserío, los sembríos a temporal. Por el otro lado, en frente de la aldea, se extendían los campos de cultivo a riego, por en medio de los cuales iba el camino hacia la distante carretera; estos campos estaban parcelados en formas caprichosas, adaptadas a los accidentes del terreno; cada parcela se coloreaba de un tono diferente; el verde esmeralda de los papales salpicado de florecillas azules y blancas, el verde luminoso y fresco de los cebadales ondeantes al impulso de la brisa puneña, la maraña verde-amarillenta de los plantíos de ocas, y, por último, como enormes pinceladas puestas para contrastar con esa gama de verdes, los cuadros de quinua, de color oro, rojo o morado y de apretadas espigas. Al extremo de los campos cultivados y hasta llegar a la línea sinuosa del río, se extendía un inmenso campo de pasto, salpicado de pequeñas charcas que reverberaban a la luz del sol levante como los fragmentos de un gigantesco espejo roto que hubiera sido arrojado desde el cielo. Este campo era el ahijadero donde se apacentaban los ganados de la comunidad.

Cuando volvió Domy de su paseo encontró en su habitación al cacique y a dos incas que le habían llevado té humeante y unos panecillos de afrecho para su desayuno. Mientras lo tomaba, el viejo indio le explicó que en seguida iba a tener lugar la reunión del cabildo y de los principales jefes de familia para fijar las condiciones de trabajo y reorganización de la escuela, para lo cual le rogaba que ella asistiera.

En efecto, media hora más tarde, dos veintenas de indios estaban esperando a la muchacha, sentados en los poyos de adobe del gran galpón del cabildo. Al llegar Domy todos se pusieron respetuosamente de pie. Inició el acto el cacique, expresando la complacencia que todos los comunarios sentían por la presencia de la nueva maestra. Tomó luego la palabra otro anciano para ofrecer a nombre de todos la cooperación que fuera necesaria para facilitar la tarea docente; dos o tres indios más hablaron para manifestar iguales propósitos. Entonces, la maestra tomó la palabra para responder y esbozar su plan de trabajo. Utilizando todo lo que recordaba del idioma nativo, de cuando lo había practicado siendo niña junto a sus padres y apelando a casos necesarios a palabras castellanas, les agradeció primero y después les anunció que ella trabajaría por de pronto adaptándose a las circunstancias actuales, pero que les sugería meditar y preparar la ejecución de una obra definitiva e imprescindible que debía comenzar con la edificación de una verdadera escuela cómoda, higiénica y con muebles y material adecuado, tal como ella, más tarde, les proyectaría. Los indios la escucharon en silencio: parecía que la iniciativa de innovación no les entusiasmaba. Pero, cuando Domy les hizo comprender que una escuela así sería el

orgullo de la comunidad y que todos los vecinos y congéneres la envidiarían, varios oyentes demostraron interés y lo afirmaron con asentimientos de cabeza.

Terminado el cabildo, Domy pasó a la escuela. El aula estaba ya llena de indiecitos de ambos sexos; con sus inquietos movimientos y travesuras estaban poniendo a dura prueba la paciencia de un viejo indio que hacia de improvisado celador. Cuando la muchacha se presentó en la clase, los chiquillos se quedaron inmóviles, unos por temor a persona tan extraña y los otros subyugados por el aspecto, bella prestancia y autoridad de la maestra.

Domy pensaba iniciar de inmediato la enseñanza, pero vió a aquellos arrapiezos tan sucios y repugnantes, que inmediatamente cambió de plan. Les ordenó que fueran a sus casas a buscar ropa para mudarse, fuera limpia o sucia, como la tuvieran; entre tanto ella buscó una buena porción de pastillas de jabón que había en su equipaje. Cuando todos los chiquillos estuvieron de vuelta con sus hatillos, se los llevó al arroyo, distribuyó el jabón y ordenó a cada uno que lavara sus prendas. Muy pocos de esos niños sabían lavar y usar jabón, por lo que ella en persona tuvo que enseñarles el trabajo. Mucha gracia le hizo el ver que algunos indiecitos al recibir la pastilla de jabón la mordieron golosamente, creyendo que se trataba de alguna extraña confitura.

Aquel día fué íntegramente destinado al lavado e higienización inicial de todos y cada uno de los alumnos. No faltó algún reacio que se escabulló del grupo para ir a esconderse y evitar así tomar contacto tan íntimo con el agua.

-Señorita, el fulanito y la zutanita se han escapado -acusaron los otros pequeños.

Domy les respondió sin encolerizarse que aquellos chicos desertores ya se harían pesar pronto al verse repugnantes cuando todos los demás estuvieran limpios y mejor vestidos.

Al siguiente día tampoco se abrieron los libros en la escuela. Domy, convertida en una improvisada y graciosa peluquera hizo funcionar activamente las tijeras para desbastar las hirsutas cabelleras de los chicos; luego, con el peine y pomadas profilácticas completó el arreglo y la cura contra los bichos y las sarnas. Desde la tercera jornada se encargó de dirigir el recosido y confección de los vestidos de los pequeños. Por último, lo que quedó de la semana fué destinado a la limpieza y arreglo del aula escolar.

A la semana siguiente se iniciaron las clases. El ingreso de los alumnos en esa mañana de lunes dió motivo a Domy para hacer una prolija inspección de la ropa, aseo de manos, uñas, orejas, etc. Y fué comprobando con alegría la dócil transformación obtenida por los chicos, hasta haber alcanzado el límite que humanamente se podía exigir, dadas las circunstancias.

\* \* \*

Dos meses más tarde la maestra había encarrilado firmemente su obra. En ese mismo tiempo, ella también había logrado adquirir la seguridad, el orden y el tino adecuados para la enseñanza. Los chiquillos, bajo la influencia casi maternal de aquella mujer alegre, graciosa y sagaz, habían dejado ganarse íntegramente para su obediencia y predilección. Los padres y madres de familia, aunque ignorantes para apreciar en su verdadero significado la labor de la maestra, notaron por el comportamiento, aspecto y manifestaciones de sus hijos, algo de lo bueno que se estaba haciendo en la escuela y comenzaron a estimar y fiar de veras en aquella mujer singular.

No tardaron en producirse las muestras de correspondencia y agradecimiento de los comunarios hacia la maestra. Un día fué la aparición de una flamante silla de Caracato., adquirida expresamente para Domy; otro día, uno de los indios le pidió permiso para blanquear los muros de la escuela con una mano de cal. Una tarde de sábado, llegaron varios alumnos con los primeros obsequios para la despensa de la maestra, cestos de huevos, dos pollos cebados, un canasto de fruta, una jaulita con una pareja de perdices, un cordero "desollado", en fin, toda una serie de espontáneos presentes, que fué seguida en los restantes sábados con mayores y más variados aportes. Domy retribuía los obsequios con caricias y golosinas.

Para la atención de la maestra, y con objeto de proporcionarle las comodidades posibles en ese medio rústico, las autoridades de la comunidad designaron a una india como cocinera especial y establecieron un turno semanal entre las muchachas para acompañar y servir a Domy

en los menesteres personales y arreglo de su habitación. Además, cada semana, uno de los comunarios, por estricto turno, iba a la ciudad para traer los diferentes encargos de provisiones, útiles y cuanto necesitara la maestra para su uso personal o para la escuela.

Un día, el cacique propuso a Domy emprender algunos arreglos y adaptaciones tanto del aula como de su habitación particular; pero, la muchacha le hizo notar que era mejor pensar en la construcción total de un nuevo edificio, tal como ella había esbozado al iniciar sus trabajos. Esto obligó a los indios a convenir y preparar lo preciso para emprender tan importante obra. Al hacer la cosecha de ese año y distribuir como era costumbre los beneficios obtenidos, el cabildo destinó una parte considerable para la obra proyectada. Domy recibió la resolución con alborozo. Inmediatamente mandó traer de la ciudad las revistas y modelos de arquitectura y con ellos, durante las noches, se dió a proyectar dibujos, cálculos y demás detalles de la edificación. Al hacerlo sintió tal entusiasmo que quiso ser ella misma la que dirigiera los trabajos; esto se facilitaba perfectamente por la circunstancia de existir entre los indios de la comunidad varios albañiles que habían trabajado en la ciudad y que tenían conocimientos para el objeto.

Desde ese momento el proyecto de la edificación fué para Domy la ilusión más acariciada y cuyos preparativos llenaron todas las horas libres que le dejaron sus ocupaciones y le sirvieron de ameno entretenimiento en su soledad.

Al mismo tiempo se impuso un nuevo deber: visitar los hogares de los padres de sus alumnos, unas veces con motivo de embarazo de alguna madre, otras para curar algún enfermo, o con cualquier otro motivo, pero siempre con el premeditado propósito de inducir a las familias hacia hábitos de orden, higiene y mayores comodidades y mejores normas de vida. Al salir de cada una de las casuchas que visitaba sentíase consolida de la promiscuidad en que vivían esas gentes, en moradas tan estrechas y desaseadas y fué concibiendo también, para las realizaciones futuras, un plan para modificar tan lamentable situación.

\* \* \*

El tiempo había transcurrido tan vertiginosamente para Domy en medio de sus embargadoras y crecientes tareas, que pronto llegó la época fijada por los comunarios para comenzar la edificación de la nueva escuela, y que fué para la maestra de febril y gratísima actividad.

Todo estaba listo para iniciar la construcción: los planos, los materiales, los obreros y el sitio adecuado. Una mañana se congregó toda la comunidad para la típica ceremonia que en estos casos acostumbra la gente indígena, de acuerdo con sus tradiciones.

En una de las primeras zanjas que se había excavado para los cimientos se procedió a enterrar una llamita tierna, recién sacrificada sobre la que se arrojaron puñados de monedas y de hojas de coca; luego se vertieron un jarro de vino y otro de licor blanco. A continuación, el cacique pronunció la invocación de estilo para suplicar a la Pachamama que fuera generosa para la nueva obra que se iba a confiar a la solidez de la tierra y que la hiciera firme, duradera y venturosa para el beneficio de la comunidad. Luego se echaron las primeras paladas de tierra y seguidamente, los obreros comenzaron a colocar las piedras sillares y las primeras porciones de cal y arena para los fundamentos de los muros. Mientras tanto duró ese trabajo en toda la mañana otros grupos de indios, formando comparsas festivas, daban vueltas en torno de los que trabajaban, tocando sus pinquillos y "wancarás", en medio de la complacencia general.

Domy seguía el progreso de los trabajos cada día con mayor anhelo e interés. Todos los días, al terminar su trabajo escolar, acudía al sitio de la construcción. Cada fila de piedras o adobes que se añadía era, para ella, un motivo de satisfacción. A veces le parecía que la obra marchaba más lenta que su deseo. Hubiera querido que una mano mágica completara en una noche todo lo que faltaba.

Por fin llegó el día de iniciar el techado. Con tal motivo se realizó una nueva ceremonia. Los comunarios se congregaron nuevamente en son de fiesta en torno de la construcción que había sido adornada con ramas, banderines, serpentinas y faroles. La primera teja a colocarse fue rociada con licor y mixtura y entregada por la propia maestra a los obreros para que la colocaran; luego repitió la misma operación el cacique con la segunda teja, lo propio hicieron los demás indios, en el orden de su jerarquía; hasta los chiquillos y mozas tuvieron su respectiva teja para

entregar a los trabajadores y durante todo ese tiempo el trabajo fué amenizado por la música de las "cajas" y "pinquillos".

Desde ese día parecía que los trabajos avanzaban más notoriamente. La edificación iba completándose hasta mostrar las proporciones definitivas, la calidad y los detalles de la ornamentación, todo lo cual resultaba un inusitado contraste con las míseras viviendas del contorno. Los indios contemplaban el edificio con orgullo; estaban seguros de que sería la mejor escuela de la comarca, incluyendo las escuelas fiscales de la provincia. En sus viajes hablaban con vanidad de su futura escuela, daban pormenores de su capacidad, de sus materiales y de sus adornos, dejando impresionados a quienes les escuchaban. Muchos de los incrédulos para aceptar tanta maravilla, aprovechaban su paso por la comunidad para aproximarse sigilosamente y convencerse de las descripciones que oyeron. Hasta los vecinos mestizos de los pueblos inmediatos sintieron curiosidad por conocer aquello; se aproximaron a la escuela prejuzgando negativamente la excelencia de la edificación, pero, convencidos por sus propios ojos de lo contrario, se retiraban asombrados de que indios tan torpes e ignorantes hubieran realizado lo que ellos mismos no habían hecho en el pueblo.

-Pero, señorita -le dijeron a Domy algunos de estos vecinos-. Esto está muy bonito. ¿Pero, cómo se le ha ocurrido hacer esta escuela para estos "yocallas" piojosos, acostumbrados a vivir como animales?

-Precisamente por eso -les contestó ella-. Estos chiquillos viven así entre piojos y mugre, porque jamás han conocido otra cosa mejor.

-Pero, cuando lleguen a sus casas, vendrán, pues, a tizar y ensuciar esta escuela tan linda.

-Yo creo lo contrario. Ellos irán de la escuela a sus casas, llevando hábitos de limpieza y de orden, y serán, más bien, las casas de sus padres las que reciban la influencia benefactora de nuestra escolita.

Los interlocutores se despedían de la maestra llevándose el convencimiento de que aquélla era una obra superflua e inapropiada para esos "indios ignorantes". Pero también, en lo íntimo, envidiaban a esa extraordinaria y bella maestra a la que ellos, de mil amores, hubieran querido llevarse para la escuela de su pueblo.

Domy dejaba marcharse a aquellos incrédulos y pesimistas sin perder un ápice de su fe y de su entusiasmo y volvía junto a los obreros para vigilar y alentar el trabajo. Aquella muchacha se había ganado, no sólo el respeto sino también, lo más esencial, la confianza de los comunarios; todos ellos se disputaban el honor de cumplir al instante sus órdenes o deseos. Ella les había pedido suprimir ciertas festividades en que perdían el tiempo en borracheras y jolgorios y aprovechar hasta los domingos para concluir la obra, y así lo aceptaron los indios con la mejor voluntad y por tenerla contenta. También los chiquillos ofrecían su cuota de entusiasmo: en las horas de recreo y en todos los momentos libres se dedicaban espontáneamente al transporte de ladrillos, maderas, tejas y otros materiales, como laboriosas hormigas, para ayudar a terminar su querida escolita.

La maestra, después de cada día de labor fecunda, se retiraba en la noche a su cuarto, rendida de fatiga física, pero con la alegría de haber cumplido con su ideal y con su conciencia. Y si alguna vez en sus solitarias noches sentía un resabio de sus pasadas amarguras y pensaba en su origen y en el hogar que había dejado, eso mismo le servía para explicar el secreto de sus éxitos presentes. Pensaba que ella era una muchacha mestiza educada para señorita y que esas dos mentalidades que antes, como dos fuerzas adversas y excluyentes le habían producido tan grave conflicto espiritual hasta dejarle el alma tan mal parada, ahora le permitían hacer mejor que nadie, lo que estaba realizando. Porque, por un lado, la cultura que había adquirido y la selección espiritual que había logrado en el colegio, y, por otra parte, la romántica abnegación del mestizo, su espíritu de lucha y su proximidad mental y racial con el indio, le habían permitido concebir y realizar ese ideal que se estaba convirtiendo en bellísima realidad. Haber conseguido ensamblar esas dos antagónicas mentalidades al servicio de la superación del autóctono, era su orgullo. En suma: ella, cholita esmeradamente educada, estaba tamizando a través de su espíritu y de su sensibilidad un sistema, acaso muy personal y exclusivo, pero no por eso menos práctico para realizar su ideal en favor del indio.

Así pensaba, juzgaba y explicaba sus afanes y sus fervores durante sus largas meditaciones tan propicias en medio de su aislamiento social y de tan fecunda vida interior, que le permitían leer mucho y estudiar, pues, al mismo tiempo que trataba de educar a sus alumnos. Ella también se estaba auto-educando para su misión. En ambos propósitos el éxito era promisorio.

\* \* \*

Un día, el mundo remoto al que había renunciado, el pasado que consideraba hundido para siempre en brumosa lejanía, irrumpió en su espíritu venciendo la distancia por el conducto de una carta que el indio "semanero" le entregó al volver de la ciudad.

La carta era de Arenal, fechada en Europa.

"Durante un largo año he soportado el desesperado deseo de escribirte. Hoy, vencido por mi ansiedad, te escribo para desahogar mi espíritu y buscar alivio en tu recuerdo y en tu amistad. Domy, eres la única persona en el mundo a quien puedo acudir para contarle mis desventuras. Hazte cargo de esto y no me niegues tu auxilio.

"La vida que llevo se va haciendo una tortura insoportable. Me ha nacido un hijo del que esperaba fuera el factor de armonía en el hogar, que reavivara el cariño o a lo menos hiciera tolerable la convivencia con Liliana. Nada más distinto. Ese niño, hermoso y rubio, no ha hecho más que atarme a un deber que me produce nuevos y cada vez mayores sufrimientos. Su madre, que no parece serlo, porque lo abandona constantemente a mi exclusivo cargo, va demostrando taras y perversiones que me avergonzaría detallártelos, Con un grito del alma te digo que he fracasado completamente. No tengo a quien volver los ojos y por eso te envío mi angustiado recuerdo do, esperando de ti, sólo de ti!, caridad y consuelo.

"No sé lo que voy a hacer. Estoy desesperado. Sólo este hijo mío, inocente y desamparado del cariño de su madre, mantiene la razón de mi existencia. ¡Qué hubiera sido de él si no cumplo tu consejo de estar presente en su nacimiento...!"

Era lo que decía la carta en su parte fundamental y que Domy la releyó y volvió a releer con el corazón encogido por la añoranza.

Después de meditar cuidadosamente, resolvió contestar esa misma noche. En una epístola larga vació toda la elocuencia de su ternura en afán de consolar a ese hombre amargado y alentarle para que siguiera viviendo y luchando. Le recalcó que a él también le había nacido un ideal que era su hijo a quien debía consagrarse abnegadamente en el cuidado y educación. "¿Con qué esmero y amor podrás hacer eso, cuando yo hago lo mismo con niños ajenos?" -le escribió. Le manifestó luego que con esa gratísima tarea llenaría sobradamente los años de su vida. Finalmente, le contó todo lo que, a su vez, estaba realizando en Collamarca y los proyectos que tenía para completar su misión. Le narró la plácida vida que llevaba, sus inquietudes, sus fervores, sus esperanzas y las dulcísimas satisfacciones que premiaban cada día sus desvelos.

"Así es como yo vivo y trabajo. Ahí tienes cómo he superado la adversidad de mi suerte. Todo esto que te cuento, como a un entrañable hermano, ¿no podrá servir para que tú también hagas algo parecido y para que luches y venzas con las grandes cualidades que te adornan? Si mi recuerdo, como dices, no se aparta de ti, que él sea la fuerza que te mantenga vigoroso para triunfar. Yo hago lo mismo: evocándote hallo siempre la fuente de fervor cuando se debilitan mis fuerzas".

Antes de cerrar la carta, en el silencio de su habitación y el aislamiento de la noche altiplánica, Domy, con inusitado impulso romántico, tomó el papel y lo llevó a sus labios. Miró después en rededor, ruborizándose, como para esconder una ingenua travesura de su corazón menesteroso de amor.

## CAPITULO VIGESIMOPRIMERO

Cinco años de labor esforzada y constante habían llegado a realizar en gran parte el estupendo milagro de la transformación no sólo de la escuela sino también del caserío, transformación aparejada con nuevos hábitos de vida, de higiene y hasta de ética entre los moradores de Collamarca.

La nueva escuela, en pleno funcionamiento, constituía un acierto indiscutible. En lo material, el edificio contaba con un aula espaciosa, iluminada por amplios ventanales, alegre y ventilada, con magníficos bancos y mesas de trabajo; otra sala semejante al aula era el comedor colectivo, con mesas y o banquetas suficientes para todos los escolares; otra, servía de museo, biblioteca y para trabajos manuales, provista de todo el material necesario; una dependencia importante, y acaso lo más notable del edificio, era la sala de baños, dividida en largos pasadizos separados por tabiques bajos y que en todo su largo estaban rociados por una serie de regaderas alimentadas por el agua de un gran tanque que se calentaba sobre un hogar mantenido con "taquia", thola y otros combustibles abundantes en la región; luego venían la cocina y el almacén colectivo y, finalmente el gran cobertizo que servía en los días de lluvia para los juegos de los alumnos y en donde también se congregaban las familias para fiestas, exhibición de películas adecuadas, pues, para ello estaba provisto de una máquina respectiva, y otras ceremonias propias de la comunidad. Hacia el fondo del patio interior, estaba la vivienda de la maestra, pequeña casita suficiente y cómoda que comprendía una alcoba, un pequeño living que servía de comedor, biblioteca y cuarto de trabajo, más otras pequeñas dependencias como cocina, baño, repostero y cuarto para sirvientes.

Por la descripción del edificio principal y las finalidades de cada una de sus dependencias se podía deducir fácilmente el régimen de trabajo y de vida que Domy había implantado en su original escuelita de campo. Allí llegaban los niños con entusiasmo incomparable a dar su saludo a la maestra. Entraban luego como alegre bandada para comenzar su activa y entretenida jornada cotidiana. Tomaban primeramente su baño atemperado para despabilar e higienizar el cuerpo, luego hacían unos minutos de gimnasia para vitalizar el organismo y a continuación pasaban al comedor a tomar su apetitoso y confortante desayuno, compuesto de un buen tazón de "api" o un plato de "lagua" de maíz, de chuño o de quinua, más una porción de maíz tostado, "mote" o pan y fruta. Luego en el aula se iniciaban las labores con canciones apropiadas y venía la clase tan amenamente matizada con relatos morales, anécdotas y ejemplos edificantes adecuados a las gentes, usos y cosas propias de la región, que los pequeños oyentes captaban fácilmente y con gran provecho para sus espíritus. Insensiblemente pasaba la maestra de estas tareas amenas a la enseñanza de aritmética, lectura, historia y otros conocimientos que los alumnos los aprendían casi sin darse cuenta de las dificultades ni de la aridez de algunos ramos. Antes que la fatiga llegara a malograr la atención y resistencia de los chicos, ya estaban éstos distraídos con los trabajos manuales, moldeando, unos, en masa de arcilla objetos y animales del ambiente, confeccionando, otros pequeños utensilios, instrumentos, copiados de su medio natural, en madera, cartón, paja o alambre; dibujando o pintando, algunos, figuras y paisajes apropiados; las muchachas cosiendo o tejiendo diversas prendas para su uso personal o de sus parientes. En fin, realizando cada niño su trabajo de acuerdo a su afición y sus aptitudes.

Y, lo más raro y admirable en esa labor, sería o amena, importante o superflua, era que se cumplía espontáneamente, sin imposiciones ni castigos, sin amenazas ni protestas, nada más que bajo la mirada cariñosa y el influjo ejemplar de esa singular mujer que tan inteligentemente había intuído su misión hasta haber logrado formar con sus discípulos una gran familia solidaria, cordial y armónica, en la cual los pequeños se esforzaban por adivinar y cumplir los deseos de su grande y buena amiga, la maestra, y de rivalizar en obediencia, amor y gratitud.

Para aquellos indiecitos las nociones de castigo y recompensa se habían invertido saludablemente: recompensa y bienestar era para ellos permanecer el mayor tiempo posible en la escuela y muy cerca de su maestría; castigo durísimo, significaba el quedar privados de ir a la escuela y quedarse en la casa, recurso extremo que muy rara vez tomaba Domy para enmendar alguna falta extraordinaria.

Después de la fecunda labor de la mañana, llegaba la hora del almuerzo. Los chiquillos invadían el comedor con la alegre familiaridad de estar entrando a su propio hogar; ocupaban sus

asientos señalados en las diferentes mesas. La señorita presidía cada una de dichas mesas por estricto turno semanal, lo cual constituía un orgullo para sus vecinitos de la mesa. El menú era sano, substancioso y abundante y provenía de la contribución de todos los comunarios a la despensa de la escuela. Los alimentos eran a base de los productos de la región y se los variaba en lo posible con las adquisiciones que periódicamente se hacían en la ciudad o en otras comarcas. Domy, sentada a la cabecera de la mesa de turno, se servía del mismo menú, dando ejemplo a sus pequeños con sus maneras y su porte. Y fue de ver la torpeza inicial y más tarde la graciosa forma con que, los pequeños, pendientes de cuanto hiciera su maestra, trataban de imitar la forma de tomar la cuchara, los cubiertos, partir el pan, cortar los alimentos, usar la servilleta y todas esas pequeñas cosas y maneras de la mesa en que fueron practicando los muchachos. Luego, convertidos en cortesés compañeros, se hacían las atenciones del caso, ofreciéndose la sal, el pan, el agua, con una gentileza sorprendente.

Toda esa armonía social era nada más que el milagro del afecto y de la constancia de esa mujer exquisita, que había abierto para sus pequeños y dóciles discípulos todo el caudal de su ternura, de esa ternura que el mundo de la ciudad había pagado tan mal y que había tratado de cegar con sus egoísmos y prejuicios.

En la tarde se trabajaba menos en lo intelectual. Se daba preferencia a las lecturas, lecciones de cosas, rondas y excursiones", por los alrededores y otras ocupaciones atrayentes, hasta que llegaba la hora de tornar a sus hogares.

\* \* \*

Pero no se había detenido allí la obra de la escuela. Cada niño que pasaba la mayor parte del día en ese ambiente tan contrapuesto a todo lo que encontraba en su casa, llevaba sin darse cuenta un impulso espontáneo de comparación y de crítica, de exigencia y de inconformidad con su hogar, por un sentimiento lógico nacido del contraste. Estos niños que antes se conformaban con lo primitivo y deprimente de su casa y de su familia, comenzaban primero a mostrar su descontento, luego actuaban con más fuerza exigiendo y reclamando por mejorar las cosas y los hábitos de su hogar imitando a su escuela. Y así, de esa general, múltiple y constante actitud de sus hijos, surgió en los padres la necesidad de escuchar, meditar y finalmente satisfacer las innovaciones reclamadas. En ese caso, la maestra era consultada, escuchados sus consejos y, por último, llevados a la práctica. La proyección de la fuerza espiritual de la escuela llegó en tal forma y medida a los hogares de los rústicos y burdos comunarios que, poco a poco, uno después de otro, los indios jefes de familia se avinieron a abandonar sus tugurios para levantar una nueva morada según los modelos proyectados por la "señorita profesora". Estos modelos constaban generalmente de una alcoba para los padres, otra u otras para los hijos según su número, un recinto amplio para "cuarto de estar" y de cocina, provisto de una estufa y hogar donde a la vez de servir para cocer los alimentos; se obtenía la calefacción necesaria, evitándose el gas y el humo mediante un buen tiraje de la chimenea; aparte estaban los compartimientos para granero, herramientas y útiles de labranza, establo, gallinero, conejeras, etc. Cada casita correspondía a un estilo semi-colonial y muy apropiado para el crudo clima de la puna. Las paredes estaban enjalbegadas con estuco, lo que, desde la distancia daba al caserío el aspecto de una pequeña villa moderna, muy diferente a las miserables aldehuelas de la altiplanicie. En el interior, las casitas, por su limpieza, ventilación, muebles y hasta ornamentación, formaban una unidad completa de la vida sana y confortable dentro de lo que pudiera procurarse y necesitarse por esas gentes y en ese medio geográfico y mental.

\* \* \*

Los bienes de la comunidad, administrados de acuerdo a las nuevas exigencias, aspiraciones y deseos de comodidad, fueron inteligentemente aplicados y suficientes para esta transformación y otras mejoras indispensables. Así, por ejemplo, se adquirieron arados de acero, dos tractores y dos camiones en los cuales los comunarios trasladaban sus productos a la ciudad o a los lugares de consumo y traían, al retorno, todos los elementos que hacían falta para las necesidades de una vida mejorada.

Por solemne acuerdo del cabildo se había adoptado resoluciones trascendentales: en primer lugar, exclusión completa del uso del alcohol y la supresión de los alferados y fiestas de esa índole, reduciendo en adelante las fiestas tradicionales a lo puramente religioso y reemplazando las fiestas anteriormente hechas con tal motivo con esparcimiento apropiados, sin los derroches y excesos imperantes; los sacerdotes que concurrían a estas celebraciones debían concretarse a su labor sagrada, guardándose de explotar el pasado fanatismo; se estableció un

almacén de abastecimiento que proporcionaba a la escuela y a todas las familias, a precio de costo, los géneros, vestidos, alimentos y demás artículos precisos.

En tal vida y en un ambiente así transformado, el espíritu de los habitantes de Collamarca fue superándose en forma extraordinaria. Ya no había borrachos ni se suscitaban disgustos o disputas ocasionadas por el alcohol; ya no había enfermedades endémicas. Todos se sentían hombres libres y capaces de satisfacer sus nuevas necesidades de mejor alimentación, de confort, de sanas diversiones con lo que les proporcionaba su trabajo, más eficiente. Su porte, sus trajes eran de personas seguras y satisfechas de sí mismas y muy diferentes de la miseria, ignorancia y depresión moral que caracterizaba a los indígenas de las circunscripciones del contorno.

\* \* \*

Las innovaciones logradas en ese núcleo de civilización indígenal llegaron a ser conocidas en la ciudad y a despertar juicios y comentarios muy contradictorios. Opinaban unos que todo eso era pura propaganda de una otra ocasional hecha en base de adaptaciones exóticas que pronto serían abandonadas por la secular inferioridad de esa raza decadente y sin salvación. Otros juzgaban esa obra como un peligroso empeño comunista que trataba de crear en el indio derechos y ambiciones que con el tiempo desencadenarían sobre el país terribles luchas sociales y que toda esa labor, así presentada en forma de civilización, no era en el fondo más que mimetización de la acción demagógica ejercitada por religiosos extremistas internacionales. Finalmente, otros, escépticos y vencidos por el complejo de inferioridad, sonreían irónicamente, diciendo:

-¡Civilizar al indio! ¡Tontería! Lo único que hay que hacer es dejar que esa raza sucumba por efecto de sus propios vicios, para, después, poblar el país con inmigrantes. ¡Lo demás es un absurdo!

Pero nadie conocía la verdad de esa obra, ni suponía quién había sido el admirable realizador que la inició y que la hizo triunfar.

Domy, ignorante de que su obra ya estaba a merced de los prejujuadores, de los escépticos y de los politiqueros, seguía satisfecha y feliz. Cada día buscaba nuevas formas y medios para afirmar y completar su plan de superación, pero, todo dentro de un límite razonable y real, tal como se lo señalaban la tierra, el clima, la tradición y la raza. Así, por ejemplo, no le pareció acertado alterar la vestimenta típica y sólo se esforzó en conseguir limpieza y decencia. Los trajes, los ponchos, los gorros, las polleras, los aguayos, los taris, ¿para qué habían de ser sustituidos por otras prendas exóticas e inadecuadas a ese ambiente? ¿Por qué habían de ser suprimidos o modificados si habían sido impuestos por la tradición y la experiencia de innumerables generaciones y si sus formas, material y colorido habían sido sabiamente adecuados al ambiente? Por eso, la maestría no innovó en nada la indumentaria. Los indios lucían sus mismos trajes, pero ya no eran para ellos el sambenito de la esclavitud ni el testimonio de la inferioridad racial, sino la vestimenta dignificada por una tradición secular y apta para hombres orgullosos de su estirpe. Domy había pensado y realizado así, consecuente con las escogidas lecturas que, para autoeducarse, había hecho. En las obras de José Martí, el gran apóstol del americanismo, había leído: "que los nacidos, en América no tenían por qué avergonzarse de llevar el poncho indio; que América ha de salvarse con sus indios; que el gobierno ha de nacer del país y que no es más que el equilibrio de los elementos naturales; que el hombre libre importado ha de ser vencido en América por el hombre natural y que en estas tierras no hay batalla entre la barbarie y la civilización, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".

Enfervorizada con estos pensamientos, a través de su sensibilidad, tenía ella también sus principios personales: "que la jerga, áspera, burda, mal teñida, salía del vellón de sus ganados, hilada en ruecas indias, tejida y confeccionada por manos indias; que su "lagua" de chuño, de caya o maíz era don de su propio suelo, manjar de los paladares indios; que el poncho, la "chúa", la "ojota" y la pollera eran productos de su tierra, de su estética, de su trabajo, de su necesidad y de su clima".

Por eso, conservando lo típico en cuanto no perjudicara a la higiene, a la comodidad y a la dignidad humana, había ido introduciendo tan sólo lo que faltaba para elevar, complementar y mejorar la vida civilizada, sin producir dislocamientos ni violencias.

Y estaba segura, porque su corazón se lo decía y se lo comprobaban la gratitud y el amor de sus indios, que ella había acertado haciendo lo que hizo y cómo lo hizo.

\* \* \*

De las muchas cartas que Domy fue recibiendo de Arenal, aquella última, la que le entregaron ese día, le causó un sacudimiento emocional que la sustrajo por algún tiempo de sus plácidas y perfectamente distribuidas normas de vida y de trabajo.

Aquella carta era ya extremadamente categórica y definitiva:

"He terminado con Liliana. Mejor dicho, ella ha terminado conmigo y con su hijo. En la última de sus vergonzosas aventuras ha huído con su amante hasta América, desde donde me ha enviado un mensaje en el que me manifiesta que me deja libre junto con mi hijo para que haga lo que mejor me acomode. Lo primero que hago al conocer esto es participarte la gran noticia. Si no fuera tan espantosa y larga la secuela de mis sufrimientos y humillaciones, saltaría de gozo como un niño que sale de un cuarto oscuro y lleno de duendes; pero, no. No soy el niño. Soy más bien como un viejo penado al que dan la libertad después de media vida de prisión y que sale hosco y con la mirada torva sin saber lo que ha de hacer en lo que le resta de vida. Así estoy yo. Pero, por suerte, en medio de mi desolación se alza tu recuerdo como una esperanza bienhechora. ¿Podría ser tan necio dando las espaldas a esa esperanza? ¡No, Domy! A riesgo de ser un intruso en tu nueva y apacible vida, a peligro de ser un estorbo para la obra que con tan venturoso empeño has edificado, no puedo hacer otra cosa que correr hacia ti. No dudo que hallaré siquiera amistad fraternal. Viajaré muy pronto llevando a mi hijo. Los dos necesitamos consuelo y ternura. Hasta muy pronto. Joaquín".

Domy quedó desconcertada. Aquella carta le suscitaba sentimientos opuestos. De una parte, la inquietadora proximidad del gran suceso anunciado que le removía la evocación de innumerables sensaciones y de otra el temor de que su obra actual, aquella a la que se había consagrado tan enteramente, fuera desplazada de su corazón por el hombre que anunciaba tan repentinamente su presencia.

Se hallaba presa de estas trascendentales reflexiones, cuando un indio fue a su cuarto a anunciarle que un señor desconocido la buscaba. "¿Sería él", pensó con desasosiego y salió a recibirle.

\* \* \*

Llegaba a la puerta de la escuela, calmó su intranquilidad al ver a un personaje distinto al que temía. El recién llegado se anunció como el Inspector de Educación que había venido a realizar una visita a la escuela para informar sobre ella a las autoridades del Ramo.

Domy se le aproximó cortésmente. El funcionario era un individuo que al primer golpe de vista dejaba notar una pedante apostura; era de unos cuarenta años, disimulaba su intensa miopía detrás de unos anteojos de grandes aros de carey; de regular estatura, pero de constitución enclenque, con el pecho hundido y los hombros estrechos. Demostraba afectación en el vestir, pero sin llegar a la elegancia, especialmente por dos detalles: la caspa que manchaba el cuello y los bordes negros de las uñas.

-¿Señor, es usted quien desea visitar la escuela? -díjole amablemente la muchacha.

-Sí, señorita. Pero, antes, quisiera hablar con el Director o Directora -contestó el recién llegado- Porque debe usted saber, yo soy el Inspector General de Educación Pública y he venido a cumplir una altísima función oficial.

-Aquí, señor, no tenemos Director ni Directora -contestó ella.

-Pero, entonces, ¿quién es la persona que va a recibir aquí al alto representante del Gobierno.

-Una servidora de usted, señor Inspector.

-¿Usted es la maestra de esta escuela, de la que se cuentan cosas tan raras?

-Si, señor.

-Pero tendrá usted algunos colaboradores...

-¿Colaboradores?.. Sí. Creo que puedo llamar así a todos los padres de familia y también a los mismos niños, mis alumnos.

-¿De manera que usted, señorita, es la célebre maestra de esta escuela?

-Ya le he dicho que sí, señor Inspector.

-Es usted demasiado bonita y joven -comentó el Inspector, examinando a la muchacha con sorprendida complacencia.

-Creo tener la suficiente vocación y experiencia.

-Y, dígame, ¿es usted normalista?

-No, señor.

-¿A lo menos habrá usted hecho estudios, siquiera incompletos, en alguna escuela normal?

-No, señor. Se me ha ocurrido ser maestra de niños indígenas y, con estudio y cariño, creo haberme formado por mi cuenta.

-Lo lamento de veras.

-¿Qué es lo que lamenta, señor?

-Si usted hubiera sido normalista titulada habría podido ser una maestra de verdad.

-Y ahora, ¿no lo soy?

-No. Es imposible que una improvisada pueda llenar eficientemente su ardua misión docente. Bueno. Pero estamos aquí perdiendo el tiempo. Vamos a visitar la escuela.

Domy condujo al Inspector hacia el aula. Los niños seguían sus trabajos. El funcionario hizo algunas interrogaciones que fueron satisfactoriamente contestadas por los alumnos.

Bien. Ahora quiero que me enseñe su libro de preparaciones.

-No las hago, señor Inspector.

-Pero, ¡cómo! ¿Usted no hace las preparaciones antes de dar sus clases? ¡Qué barbaridad! Entonces, toda su labor es un fracaso. En fin, ya veremos todo eso en el informe. A lo menos, tendrá usted los programas.

-Tampoco, señor. Mi programa y mi plan se reducen a esta única finalidad: hacer de estos niños personas conscientes, laboriosas y honorables. ¿No le parece que es suficiente eso?

-Eso es muy poco, señorita, y no satisface a los planes oficiales que tenemos para la educación del indio. Aquí lo que hace falta es una obra coordinada y realizada con pleno conocimiento de las ciencias de la educación, la didáctica, la psicología, la metodología, etc. Sí, señorita. Si usted no sabe metodología no puede usted hacer nada.

Y el pedante Inspector se explayó en una larga perorata, trayendo por los cabellos a Freobel, a la Montesori, a Claparede, a William James, a Rouma, a Vasconcellos, etc., y hasta citó sus propias teorías y ponderó enfáticamente sus obras y sus méritos, tratando de deslumbrar a la muchacha.

Durante ese tiempo, uno de los alumnos, que a la sazón trabajaba en modelar figuritas de arcilla, llevado por la impresionante figura del funcionario. hizo un muñeco tan parecido al visitante, que los alumnos que le rodeaban no pudieron contener su regocijo, hasta que uno de ellos, el más espontáneo, se puso de pie para indicar a la maestra.

-Señorita. Mire lo que ha hecho Paulino Mamani.

-Domy tomó la figurita de greda y ufana se la enseñó al Inspector.

-¿Qué le parece, señor?

El visitante examinó el trabajo. Realmente era admirable, pero, más que una copia del natural parecía una caricatura en la que se acentuaban ciertos rasgos que mortificaron al modelo.

-¿También se ocupa usted de enseñar estas tonterías? - reprochóle el personajillo, al mismo tiempo que casi arrojaba el trabajo sobre uno de los pupitres.

-Yo respeto y estimo las inclinaciones naturales de los chicos. Eso es lo que yo entiendo por verdadera pedagogía -respondió la muchacha, y en seguida, dando unas cariñosas palmadas al autor del modelado, le dijo:- Muy bien, Paulino. Sigue trabajando. Tú vas a llegar a ser un verdadero artista.

-Sí, señorita -contestó el indiecito con sano orgullo-. Yo quiero ser el artista de la comunidad. Voy a hacer todos los adornos y figuras que se necesite.

Los demás chiquillos se acercaron a la figurilla modelada, la miraron y luego dirigían su vista al funcionario como comparando y apreciando el parecido. Esto mortificó al Inspector, el cual trató de salir lo más pronto de allí.

-¿Podemos proseguir la visita al edificio? -manifestó a Domy.

Pasaron seguidamente a las otras dependencias. Al examinarlas, el Inspector miró y juzgó a través de su suficiencia y de sus prejuicios, empeñado en señalar algunas deficiencias y algún defecto, según él decía: "desde el punto de vista pedagógico". Al final, con recalcada indiferencia, manifestó:

-Claro que aquí hay buena intención, atisbos suficientes de la voluntad de hacer algo. Pero, le repito, todo esto de nada sirve si falta lo más indispensable, que es el espíritu del normalista, es decir, del verdadero y único educador.

Domy comprendió la mezquindad del funcionario. Por reacción sintió mayor fe. Por lo demás, estaba tranquila. Aquel individuo, aunque se decía un agente oficial, no tenía derecho ni autoridad para inmiscuirse en aquella escuela creada y sustentada por el esfuerzo exclusivo de los comunarios.

Después de que el Inspector paseó todo el edificio, al ver hacia el fondo el pabellón que era la vivienda de la maestra, se empeñó en visitarlo. Domy, con cierta repugnancia que logró disimular para no mostrarse descortés, tuvo que conducirlo a sus habitaciones. Apenas el visitante entró en la alegre y graciosa salita del living y recibió el agradable aroma que reinaba en aquella vivienda femenina, se dejó caer en uno de los sillones.

-¡Ah! Créame, señorita, ahora sí que recién estoy a gusto y en mi elemento. Eso de estar haciendo siempre de autoridad técnica cansa al hombre más preparado e inteligente. Hace falta un paréntesis para olvidarse de las inmensas responsabilidades que uno tiene. Eso es lo que yo quiero hacer ahora que estoy fuera del ambiente escolar y en ésta su linda casita particular.

-Encantada, señor Inspector, de que ésto le satisfaga. Mientras que usted descansa, le ruego me disculpe para ir a atender a mis alumnos. Va a ser la hora para que salgan al almuerzo -díjole ella consultando su reloj y disponiéndose a salir.

-Oh, no. No se marche usted, señorita -la atajó con vehemencia el funcionario-. Por esta vez olvídense de sus deberes. Tiene usted también derecho a descansar.

La maestra no tuvo más remedio que quedarse frente al visitante.

-¡Qué linda casita tiene usted, señorita!

-¿Le agrada? Pues ha sido trabajada por los comunarios. Entre ellos hay habilísimos albañiles y carpinteros –explicó la muchacha, satisfecha de poder recomendar el mérito de los indios.

-¿Si? Pero, aquí lo que se nota por encima de todo es la gracia de una mano femenina que todo lo ha dispuesto con delicadeza y gusto.

-Agradezco su apreciación.

-No hago más que decir lo que siento. Y, mire usted, para seguir siendo sincero con usted, le voy a expresar que esta casita está hecha como un nido de amor. Y que, para ello, en este momento no falta ya nada. Un retiro encantador, discreto, sin testigos; usted, una simpática muchacha, digna de ser cortejada por un hombre inteligente y de porvenir y, por último, yo, rendidamente enamorado de su belleza.

-Y dígame señor Inspector General de Educación Pública, ¿estos galanteos son también parte de sus funciones oficiales?

-Pero, señorita. Déjese ya de considerarme un alto dignatario del Estado. ¿No acabo de decirle que al entrar en su departamento particular ya no soy otra cosa que un amigo de usted y que estamos entre cordiales e íntimos camaradas?

-Usted, señor, ha venido como funcionario oficial. Sólo a ese título le he permitido entrar aquí, porque imaginaba que el inspeccionar la casa donde vive la maestra era también una de las exigencias de sus funciones técnicas -respondió la muchacha con severo énfasis.

-Mire usted, señorita -continuó con impávida persistencia el normalista-. Todo lo que me ha dicho hasta ahora es más que suficiente para que yo pueda hacer concepto sobre su honorabilidad, lo que he de tener muy en cuenta para el informe que sobre sus cualidades y su conducta, debo elevar a las autoridades. Pero, ahora, ya podemos dejar de lado los formulismos y exigencias de la "ética profesional"; ahora podemos hablar y sentir, usted y yo, como una mujer y un hombre de carne y hueso y que tienen su complejo psico-fisiológico, como dicen los grandes pedagogos. Pues bien, ese complejo psico-fisiológico es para usted un conjunto de necesidades, instintos, pasiones y anhelos que debe y puede satisfacer. Usted es una muchacha joven, bonita, inteligente que, aislada en este destierro de la vida civilizada, necesita de un amigo, de un verdadero colega que la comprenda, la admire y la haga feliz. Y yo, señorita, a pesar de mi situación y de mi alta categoría, estoy dispuesto a ser su rendido admirador y amigo. ¿No debe usted, pues, bendecir la casualidad que me ha traído y que me permite ofrecerle lo que le hace tanta falta?

Aquello era para Domy el disco eterno, con las mismas impertinencias y propósitos vergonzosos, que había escuchado tantas veces en su vida y, aquella vez, acaso, más grosero e insoportable. Parecía que su destino era soportar el asedio del hombre torpe y sensual dondequiera que estuviera. Pero, felizmente, también estaba cada vez más inmunizada y preparada para rechazar atrevimientos y despropósitos como los que en ese momento estaba escuchando. Y así lo hizo.

-Señor -díjole, poniéndose de pie y colocándose en la puerta como señalando el camino que debía seguir aquel intruso-. Si usted ya ha hecho concepto de mi persona, como acaba de decirlo, le declaro, de mi parte, que tengo el debido concepto sobre usted. Entonces no le queda sino continuar su inspección desde un punto de vista estrictamente profesional y oficial. Ya le he dicho que estoy retardando la hora de conducir a los niños al comedor. ¿Quiere usted seguirme?

El Inspector no tuvo más remedio que seguir a Domy y salir al patio. Los alumnos ya estaban lavándose las manos para entrar al almuerzo. Domy, sin que le importase un ápice del buen o mal talante en que hubiese quedado el Inspector, se le aproximó para invitarle a pasar al comedor. Hizo disponer una silla suplementaria a la cabeza de la mesa de los alumnos más crecidos y en ella invitó a sentarse al visitante. Ella fue a ocupar la cabecera de otra mesa, siguiendo el turno acostumbrado. Uno de los alumnos fue a sintonizar la radio y mientras la música se difundía por el salón mezclándose con la alegre charla de los pequeños, fue servido el sencillo y abundante almuerzo.

El Inspector, al verse tratado así, sentía despecho, pero tenía apetito y tuvo que resignarse a comer lo que se le sirvió, democráticamente rodeado por los indíécitos. Entre uno y otro plato le fue ofrecida el agua.

-¿Desea usted agua, señor? -le dijo uno de los niños.

-No. Yo acostumbro tomar, por lo menos, cerveza -respondió él, altivamente.

-Entonces, señor, aquí no va usted a encontrar ni una gota de eso -le manifestó otro de sus pequeños vecinos.

-¿Ni aunque yo la pague?

-Ni así, señor. En Collamarca no hay licor de ninguna clase. Aquí sólo se bebe agua pura.

Calló el Inspector, y, mal de su agrado, siguió almorzando. Al poco momento, su vecino le habló así:

-Señor, ¿no le ha dicho nuestra señorita profesora que el alcohol hace mucho daño y que vuelve brutos a los que lo toman?

-¿Eso les ha dicho a ustedes?

-Sí, señor. Y es cierto -continuó el muchacho con sincera atención-. Tome usted agüita no más, como nosotros.

El funcionario tuvo que beber tal como se lo indicaron, quebrantando sus hábitos. Pero, en el fondo le mortificaba mucho más otra cosa. En todas sus inspecciones por las escuelitas rurales atendidas por maestras jóvenes, nunca había dejado de hacer con éxito su papel de tenorio, doblegando con el influjo de su autoridad o sus amenazas a muchas pobres maestritas que tuvieron que ser condescendientes con él por temor a sus venganzas. Ahora, por primera vez, le había fallado su inconfesable afán. Estaba resuelto a vengarse, pero como para ello no contaba con su autoridad oficial, buscó a manera de castigar a esa muchacha que lo trataba con tanto desdén.

Así, pues, pasado el almuerzo, consiguió empeñosamente que se reuniera el cabildo y también todo el conjunto de los padres de familia. En la testera del gran galpón se situaron el cacique, la maestra y el Inspector. Este tomó la palabra con voz solemne y pose afectada de gran orador. Comenzó su perorata haciéndose un ampuloso autoelogio para que supieran, según lo dijo textualmente, quién era el importante personaje que en ese momento estaba honrando con su presencia y su palabra a aquellos "humildes indígenas", de quienes "el Supremo Gobierno se había acordado para velar por ellos y controlar y encauzar la obra educativa que la casualidad había entregado a manos inexpertas de personas improvisadas". Luego ponderó intencionalmente el "esfuerzo puramente material", que habían hecho los comunarios al levantar esos edificios que, según él, adolecían de "gravísimas fallas pedagógicas". A continuación siguió lamentando que en esa escuela se hiciera todo "empíricamente" y con "absoluto desconocimiento de los grandes postulados de las ciencias de la educación". Habló de teorías, doctrinas y pedagogos notables y se extendió en una chácara nebulosa con pretensiones de erudición, consiguiendo por todo resultado, que su auditorio se quedara en la luna. Finalmente, concluyó su arenga con estas palabras:

-Pero, felizmente, para suerte de ustedes, yo estoy ahora aquí para remediar todas estas deficiencias. Comprendo mi deber profesional y la inmensa responsabilidad que tengo para con el país y con vosotros, y ahora mismo voy a solicitar al Gobierno que mande a esta escuela a un maestro normalista, es decir, a un verdadero educador, munido de los conocimientos técnicos y que, sobre todo, emplee con vuestros hijos los sabios secretos de la "Metodología".

Calló el funcionario su voz ahuecada y magisteril y miró irónicamente a Domy, como diciéndole: "¡Qué bien me he vengado, eh!".

Pero no pudo saborear por mucho tiempo el goce de su venganza. El cacique se levantó para contestarle:

-Señor Inspector. Te agradecemos por tu venida y lo mismo al gobierno que, como dices, se está preocupando por nosotros. Felizmente nos has encontrado con una escuela que ni ustedes tienen en la ciudad. También nos has encontrado viviendo como gente. Todo eso lo ha hecho esta señorita a quien queremos y bendecimos. Todo lo que ha hecho está muy bien para nosotros. Pero, ahora, vos nos hablas de mandarnos un profesor que enseñe a nuestros hijos con "metodología". Esto nos alarma. Hace muchos años que nos han mandado un profesor como el que nos ofreces. Pero, ¿sabes lo que ha pasado? Que ha dejado a varias de nuestras imillas en estado de ser madres. Por eso nos alarmamos y te pedimos que no te molestes en mandarnos a nadie. Estamos muy contentos así sin "metodología" y con una maestra a la que estamos dispuestos a defender contra cualquiera que se atreva a hacerla daño o a mirarla mal.

El pedagogo quedó sin palabra. Corrido y avergonzado por la categórica y sencilla respuesta del cacique, el cual había hablado con la seguridad y rudeza del hombre consciente y firme en su verdad, hizo terminar cuanto antes la actuación y salió de Collamarca mohino y cabizbajo.

## CAPITULO VIGESIMOSEGUNDO

Por aquel mismo camino que años antes recorriera Domy por primera vez para ir a hacerse cargo de la escuela de Collamarca, a eso del mediodía avanzaba un automóvil conducido por un señor elegantemente trajeado, joven aún y que por único compañero tenía a su lado a un niño de unos cinco años.

Había partido de la ciudad muy temprano y hasta ese momento la travesía se realizaba sin contratiempos. El carro avanzaba veloz y potente por el dilatado camino que se extendía hacia el confín de la meseta.

-¿Cuándo vamos a llegar, papito? -manifestó quejumbroso el pequeño, incomodado por la obligada quietud en que había permanecido tanto tiempo.

-Muy luego, Pablito. El sitio adonde vamos debe estar al pie de aquella serranía contestó el hombre indicando unas montañas rojizas que se veían hacia la izquierda.

Miró el niño en esa dirección y exclamó:

-¡Está muy lejos todavía, papito!

-Te parece, hijito. No tardaremos en hallar el desvío del camino.

-Pero yo quisiera salir a correr un rato.

-Ten paciencia. Ya vamos a llegar y entonces podrás correr a tu antojo.

Siguió la marcha durante algún tiempo más. El pequeño, después de guardar silencio, volvió a decir:

-Papito, ¿y esa señorita que dices, es muy bonita?

- Ya lo verás. Te gustará tanto como a mí.  
-¿Te gusta mucho?  
-¡Que si me gusta!... Tú y ella son lo que más quiero en el mundo.  
-¿Y es también muy buenita como me has dicho?  
-Ya te convencerás de ello, Pablito.  
-¿Y me querrá, papito?  
-Mucho. Mucho, hijito.  
-¿Más que mamacita.  
-Oh, sí. Te lo aseguro.

Al contestar a esta última pregunta, el hombre ensombreció los ojos con un velo de melancolía y disimuló un suspiro. Pisó a fondo el acelerador como si quisiera dejar atrás una negra idea.

Parecía cuestión de poco tiempo más el dar feliz término al viaje. La mañana era magnífica bajo un cielo despejado sin amenaza de lluvia; el camino estaba regular; no tenía huellas profundas porque era una de las rutas menos frecuentadas del altiplano.

En tales condiciones el automóvil estaba próximo a llegar al desvío de donde se desprendía el antiguo sendero a Collamarca, que los comunarios habían ensanchado y nivelado después para dar acceso a sus camiones.

De pronto el vehículo comenzó a perder velocidad, y, por mucho que su conductor presionó a fondo el acelerador e hizo los cambios oportunos, terminó por quedarse detenido en medio del camino.

Bajó el viajero a examinar la causa del contratiempo y, después de buscar mucho, comprobó que estaba roto el tubo de alimentación del gas. El desperfecto era serio y no era posible repararlo de inmediato.

El hombre quedó impotente. Después de calmar la creciente impaciencia del niño, se puso a pasear junto al carro con la esperanza de que acertara a pasar algún vehículo que pudiera auxiliarlo.

Así transcurrió más de una hora. Por los extremos de la carretera no asomaba ningún carro. Solamente algunas caravanas de indígenas cruzaban la inmensa extensión.

El viajero comenzó a desesperar y el niño a demostrar de diferentes maneras su impaciencia. No había, pues, más remedio que pedir ayuda a cualquiera que pasara por las intermediaciones.

Apareció una pareja de indios que parecía caminar sin prisa, como si estuvieran próximos a su hogar. A ellos se dirigió el viajero para preguntarles de qué manera podría llegar a Collamarca.

- Estamos muy cerca, señor. Es cuestión de media legua.  
-¿Es éste el camino, verdad? -díjoles él, indicando el desvío.  
-Sí, señor. Podemos conducirte, si lo deseas. Nosotros somos de esa comunidad.

No dejó de llamar la atención del viajero la excepcional gentileza de aquellos indígenas. Por un momento creyó que pudiera tratarse de una peligrosa celada y se llevó la mano al bolsillo para tentar disimuladamente su revólver. Mas, no tardó en convencerse, por la honrada expresión del rostro de aquellas gentes, que si no le hablaban con el servilismo o el gesto huraño tan típicos de otros nativos, en cambio se portaban con digna cortesía. Resolvió fiar de ellos. Aseguró las

puertas y ventanillas del carro y tomando al hijo de la mano se puso en marcha con los indios. Uno de estos se ofreció espontáneamente a llevar al pequeño cargado sobre las espaldas.

Marcharon en silencio durante un buen rato. El viajero creía que sus acompañantes le preguntarían el motivo del viaje a su comunidad; pero no sucedió esto. El recién llegado sintió la necesidad de ser espontáneo y les habló así:

-¿Quieren saber ustedes a qué voy a Collamarca?

-Seguramente a visitar nuestra escuela. Es la mejor de toda la comarca -respondió con seguridad y orgullo uno de los indios.

-Sí. A visitar la escuela y también a la excelente maestra que tienen -confirmó el viajero.

-¿Sabes, señor, quién es nuestra maestra?

-¡La mujer más buena que hay en el mundo! -respondió con vehemencia el hombre.

-¿La conoces?

-¿Eres tal vez su hermano? En algo te pareces a ella -preguntó y comentó el otro indio que cargaba al niño.

-Soy como su hermano.

La respuesta pareció satisfacer a los indios. Contemplaron a su interlocutor con franca mirada. Uno de ellos, después de meditar unos momentos, dijo:

-¿Has venido a visitarla?

-A verla de muchos años.

-¿Nada más que a visitarla? -preguntó el otro indígena, con inquietud muy manifiesta.

El viajero comprendió fácilmente el sentido de aquella inquietud y trató de atenuarla.

-Sí. Acabo de llegar de muy lejos y sólo deseo ver cómo está.

-Si es así -contestó tranquilo el campesino-, has de ser bien recibido.

\* \* \*

Media hora después, Domy, advertida por uno de los indios que se había adelantado, recibía jubilosamente al viajero en su pequeña casita próxima a la escuela.

-¡Domy de mi alma!...

-¡Joaquín de mi vida!...

Casi se abalanzaron los dos amigos con los brazos extendidos para estrecharse tiernamente.

Después del rapto de su vehemente afecto, se quedaron mudos, mirándose tan sólo y dejando a sus ojos deslumbrados expresar toda la emoción del encuentro.

Los sacó de su abstracción la voccita del pequeño, que había quedado hasta entonces al margen del momento patético y que con ingenuo engreimiento reclamó, por haber quedado olvidado:

-Papito, ¿por qué no me abraza también esta señorita?

-El padre se volvió al niño y lo enseñó a su amiga:

-¡Mi hijo, Domy ¡Mi pobre hijo!...

-¡Ven a mis brazos! ¡Mi encanto! -exclamó la muchacha, tomándolo cariñosamente y levantándolo en sus brazos, sembró muchos besos en la carita sonrosada.

-¿Me vas a querer mucho? -preguntó el niño.

-Sí, mi amor.

-¿Más que mi mamá? -insistió el pequeño.

Domy no acertó a formular la respuesta. Tomó nuevamente al niño para apretarlo cariñosamente contra su seno turgente.

La respuesta vino de otro lado, de Joaquín.

-Sí, hijito. Esta mujer tan bella y tan buena ha de ser para ti más que tu madre.

El niño, aunque no estaba apto para comprender el profundo valor de la respuesta de su padre, intuyó, sin embargo, algo, y tomando con sus pequeñas manos la linda cabeza de la maestra la acarició y la besó.

A su emoción propia, Joaquín sumó en aquel momento la de ver tan unidos a aquellos dos seres que llenaban su corazón: ella, iniciando generosamente su cariño maternal hacia su hijo, y éste saboreando quizá por vez primera el afecto maternal que la verdadera madre le había rehusado.

-Señorita -le dijo, aproximándose discretamente uno de los indios-. Me ha mandado el cacique a decirte que le manifiestes a este caballero que no tenga cuidado por su automóvil. Ha salido uno de nuestros camiones a remolcarlo para traerlo aquí y ver si se lo puede reparar.

Joaquín agradeció y entregó las llaves del carro, no sin sorprenderse de la perspicacia de esa gente y de su gentileza extraordinaria.

A la sazón la maestría ya había almorzado como de costumbre con sus alumnos en el comedor de la escuela, pero ordenó a sus sirvientes que improvisaran de cualquier manera el almuerzo para sus visitantes. Dejó instalado a Joaquín en el living y fué a la escuela para despedir a los chicos a sus casas. Por primera vez rompía las normas de trabajo de la escuela, porque había decidido dedicar el resto de ese día a su amigo.

A su regreso la mesa ya estaba dispuesta. Domy en persona ayudó a servir y atender a sus huéspedes. Mientras Joaquín y Pablito comían con apetito, la maestra contemplaba a su amigo. Se notaba que la vida lo había maltratado mucho. Su rostro, madurado por los sufrimientos, mostraba claras huellas de melancolía. Sus ademanes eran pesados, su actitud fatigada. Únicamente sus ojos, cuando se alzaban hacia Domy, se iluminaban con un fulgor de complacencia.

Cuando sirvieron el café, Domy tomó asiento frente a su amigo como dándole a entender que estaba dispuesta a escuchar sus confidencias.

Arenal comenzó a hablar grave y lentamente. Su voz era el eco doloroso de las tristezas que había vivido durante más de cinco años. Narró sus esfuerzos de tolerancia, el propósito de sacrificio que habíase impuesto al acompañar a su esposa en el regreso a su tierra, la emocionada espera al hijo, su nacimiento, las dificultades de su crianza por causa del inhumano despego de la esposa, quien se había negado hasta a darle el seno materno, la insuficiente asistencia de un ama mercenaria; luego, la infidelidad y las vergonzosas aventuras de Liliana y, finalmente, la separación definitiva.

Domy escuchaba con enternecido y compasivo silencio, hasta que Joaquín terminó así su relación:

-Al fin he salido de ese infierno, Domy. Y he venido junto a ti para consolarme de todas esas penas que acabo de contarte.

-Me das muchísima pena, Joaquín. ¡Qué injusta ha sido la vida contigo!

-Pero, yo no me quejo, Domy. Porque tengo la seguridad de que todo ese infierno ha terminado y que ahora me espera el premio.

-Desde luego, ya lo tienes: has recuperado tu tranquilidad.

-He venido donde ti para algo más que tranquilidad; ahora anhelo mi felicidad.

-Joaquín. Si para eso te ha de servir en algo el cariño de una hermana, te lo doy entero.

-¿Nada más es lo que ofreces, Domy?

-Es todo lo que puedo darte. No olvides que sigues ligado a otra mujer por un lazo legal y que...

-Ya no hay tal lazo que valga -interrumpió con vehemencia Arenal-. Fué ella misma, la esposa infiel, que, a lo menos tuvo la franqueza de disolverlo -sacó Joaquín un papel de la cartera y lo enseñó a su amiga-. Esta es la nota de nuestro Cónsul en Francia, que recibí pocos días antes de partir. Es la sentencia del divorcio gestionado y concluído por ella en los Estados Unidos, adonde había huído para casarse con el amante con el que se marchó.

Domy había tomado el papel y convencidos e de la veracidad de cuanto le aseguraba su interlocutor.

-¿Ves, Domy, como estoy libre?

-Sí, Joaquín.

-Vengo, pues, a buscarte, limpia y honradamente, como, a una novia; a pedirte que sellemos ya nuestra unión que será nuestra dicha.

-Joaquín -le dijo ella con sincero ruego-, ¿no te basta que yo sea para tí como una hermana?

-No, Domy. No me basta. No nos engañemos al señalar tan pequeño precio a nuestros dolores pasados. Seamos francos con nosotros mismos. Ya que el destino al fin se apiada de nosotros no le hagamos una jugarreta por la que puede vengarse. No hagas eso, Domy y déjame que te diga categóricamente, serenamente: ¡Sé mi esposa!

-Ay, Joaquín de mi vida. No precipites a tu corazón ni pongas ante el mío tamaña esperanza. Me da miedo aspirar a tanto. Cuantas veces he soñado con el amor, el despertar ha sido tremendo. No pronuncies todavía las palabras "te amo". Puede romperse el milagro de esta pobre paz que con tanto trabajo he conquistado. Dejemos al tiempo que nos dé la seguridad de que no nos ha de traicionar.

-Pero, Domy, ¿quieres acaso que sigamos bajo esta tortura suicida? ¿No tenemos derecho a ser felices?

-Joaquín, es que no te das cuenta de algo muy importante.

-¿De que ya no me amas, quizá?

-No se trata de eso. Tú eres libre, pero yo no.

-¿Qué es lo que dices?

-La obra que aquí realizo significa un deber que no puedo eludir.

-¿No es suficiente todo lo que has hecho? ¿Es que quieres agotar aquí tu ternura y tu amor para que nada quede para mí? ¡Entonces, me he equivocado al venir a ti con tanto anhelo!...

La vehemencia con que terminó de hablar Arenal embargó a la muchacha en profundos pensamientos y la hizo guardar silencio. Joaquín también quedó callado, esperando que su amiga dijera algo.

En el silencio de la estancia, producido por la patética situación de esas dos almas que medían la trascendencia de su destino, se produjo un ruido en la mesa.

Era que el hijo de Arenal, que desde hacía rato se había puesto a dormitar cansado por el viaje, acodado sobre el borde de la mesa en que había comido, perdió la estabilidad y estuvo a punto de caer de la silla al suelo.

Domy, más próxima, impulsada por su sensibilidad, acudió al pequeño y lo tomó en sus brazos. Viendo al niño tan profundamente dormido, resolvió llevarlo a su propio lecho, en la habitación inmediata. Joaquín la siguió con la manta de viaje en las manos para cubrir al hijo.

Mientras Domy, acercándose a la cama por un costado, se inclinaba para acostar suavemente a Pablito, Joaquín se había aproximado por otro lado para extender la manta. Al inclinarse Joaquín para cumplir su objeto, encontró la cabeza de Domy tan cerca que, sin saber cómo, embriagado tal vez por el aroma y el calor de esa persona tan querida, sus labios buscaron la frente de ella y, dulcemente, casi con veneración, dejaron en la tersa piel ensombrecida por un lindo bucle de cabello un beso de fervoroso amor.

Domy, estremecida por aquel contacto que hizo sucumbir todos sus anteriores reparos, como si ese ósculo hubiera despertado entera e impetuosa toda su juvenil exuberancia afectiva, se incorporó ruborosa para decir con una voz cálida que se traicionaba a sí misma:

-Joaquín, ¿qué has hecho?

-Demostrarte que es vano callar lo que sentimos. Que el amor es una realidad que no se puede esconder ni traicionar.

Domy con la garganta anudada, incapaz de responder con palabras al tumulto de emociones que pugnaban en su pecho, no acertó a otra cosa que a levantar su mano hacia su frente estremecida por ese beso y al tocar su piel le pareció encontrar allí la huella del verdadero amor, floreciendo radioso sobre su frente arrebolada.

-¿Aceptas, por fin, este amor santo y ennoblecido por tantos sufrimientos? -demandó él con rendida actitud.

Ella no contestó. Miró al niño que dormía plácidamente. Al contemplar esa carita candorosa, comprendió que no podía hallar otro símbolo más apropiado para su íntima dulzura que ese rostro angelical. Por eso, inclinándose delicadamente, selló con el tibio y aromado contacto de sus labios la frentecita del niño dormido.

Aquella muda respuesta fué suficiente para Joaquín.

-Domy de mi alma. Ahora sí sé que me amas. Esa caricia a mi hijo -a este hijo sin madre- me dice que estás dispuesta a ser su madre y mi esposa.

Por encima del niño dormido se tendieron las manos para apretarse con amor.

-Sí, Joaquín. ¿A qué negarlo ya? El amor, este nuestro amor vencedor de tantas adversidades es la única realidad -expresó ella.

-¡La divina realidad para nuestras vidas!...

Unos discretos golpes dados en la puerta cortaron el coloquio. Era el cacique que, después de avanzar unos pasos hacia el interior, se inclinó respetuoso para comunicar que el automóvil del viajero había sido remolcado hasta la comunidad y que el mecánico que había tomado a su cargo la reparación opinaba que sólo podía terminar su obra recién al día siguiente.

-Serio es el contratiempo -respondió Arenal. Pues mi propósito, después de visitarte, era el de volver esta misma tarde a la ciudad.

-Señor -expresó el cacique, mirando consultivamente a la maestra-, yo creo que, si la señorita autoriza, podemos prepararte alojamiento para esta noche en la escuela.

-Me parece excelente idea -opinó Domy-. ¿Qué te parece, Joaquín?

-¡Qué más puedo desear! -respondió complacido.

-Bien, señor. Entonces vamos a disponer lo necesario.

Mañana temprano estará listo tu carro.

-¡Gracias, buen anciano!

Apenas salió el cacique, salieron también Domy y Arenal para dar un paseo por el poblado y sus alrededores.

Sobrevenía el crepúsculo. A esa luz romántica los dos amigos cogidos del brazo visitaron la escuela y sus dependencias, luego fueron al caserío. La maestra le iba explicando la obra que había realizado. Joaquín de sorpresa en sorpresa fué examinando y admirando el extraordinario progreso material y moral de Collamarca.

Caía ya la noche cuando volvieron hacia la escuela. Tomaron asiento en un banquillo cobijado bajo la copa de una "quishuara".

-¡Qué admirable mujer eres, Domy! Has hecho una labor gigantesca.

-Todo lo que has visto no es más que el resultado del ideal que me has sugerido. Tienes, pues, mucha parte en lo que se ha hecho.

-Entonces, ¿tú me debes eso?

-Sí, Joaquín.

-¿Estás en deuda conmigo?

Bajó ella la cabeza, aprobando con muda respuesta.

-¿Sabes cómo voy a cobrar esa deuda?

-¿Cómo? -dijo ella, alzando la linda cabeza con gracioso mohín.

-¡Así! -un beso largo, febril, válvula abierta a la concentrada efusión amorosa, fundió las dos bocas-. ¡Así! ¡Así, mi vida!... ¡Así, mi amor!... -volvió a susurrar Joaquín, renovando una y otra vez sus raptos emocionados.

El pío de un pajarillo que anidaba en las ramas de la "quishuara" se dejó oír desde arriba. Otro pío cercano contestó. Era el dulce reclamo de dos avecillas contagiadas por el coloquio que contemplaban el idilio que se desarrollaba a sus pies.

\* \* \*

Domy se levantó muy temprano. Hizo su tocado con mayor esmero que de costumbre. Le parecieron exiguas sus esencias y sus cremas para estar como quisiera y buscó su mejor traje para presentarse ante Joaquín. Para ella ese amanecer había sido como una gloriosa mañana de Pascua en la que resucitaba su amor. El sol encontró ya en los alrededores de la escuela, risueña, ágil y contenta, atendiendo a sus primeros deberes de maestra.

Cuando los alumnos tornaban su ducha matinal, Domy fué a buscar a Pablito y le hizo dar su baño junto con los demás niños indígenas. Luego, reuniéndose con su amigo, pasaron al comedor escolar y ocuparon los tres la cabecera de una de las mesas. Mientras ella y Joaquín reanudaban sus expresiones de afecto, el pequeño Pablito no cabía de sorpresa al ver que los indiecitos e indiecitas estuvieran sentados a la misma mesa que él y su padre y que supieran comportarse tan correctamente. La impresión que le causara esa mesa tan igualitaria le arrancó de pronto una candorosa exclamación:

-Papito: ¿por qué estos chicos están en la misma mesa que nosotros? ¿Son nuestros iguales?

-Sí, Pablito, -se apresuró a responder la maestra-. Todos éstos que aquí ves son también como tú.

-Y, entonces, ¿por qué son de color tan oscuro y visten como nuestros sirvientes?

-Son así y visten ese traje porque trabajan en el campo en medio del viento, del frío y del sol para mandarte a la ciudad lo que tú comes en tu mesa.

-Entonces, ¿si ellos no trabajan, yo no como? -preguntó el chiquillo con ingenua alarma.

-Sí, Pablito. Si los niños indígenas y sus padres no trabajaran, tú y todos los que viven en las ciudades, no tendrían los alimentos y muchas otras cosas que da el campo.

-Entonces, ¿son muy buenos estos chicos?

-Sí. Tan buenos como tú y, además, muy laboriosos.

-¿Por eso los quieres tanto y los traes a tu mesa?

-Sí. Por eso los quiero. Pero, yo no los traigo a mi mesa. Son ellos los que me trajeron a su mesa y ellos también los que ahora te ofrecen una parte de su desayuno.

Joaquín escuchaba encantado el diálogo de su hijo con esa rara y entrañable mujer que, así, tan sencillamente, acomodándose a la capacidad del pequeño observador le daba una lección inolvidable de moral y de justicia social. A la luz de su cariño admiró el enorme progreso mental y espiritual de aquella jovencita que antes conociera como una muchacha desilusionada y hoy la veía convertida en un apóstol de tan generoso evangelio y en el factor poderoso de toda la profunda renovación que estaba palpando en todos y cada uno de los detalles que ofrecían la vida de ese poblado indígena.

Al terminar el ágape matinal, entró el cacique a anunciar a Joaquín que el chófer de uno de los camiones de la comunidad había hecho la reparación del automóvil, dejándolo listo para que pudiera proseguir el viaje sin mayores contratiempos. Joaquín quedó asombrado de la noticia, pero dudaba. Salió a comprobar el caso y se convenció de que todo era exacto. Allí, junto al carro estaba aún el insospechado mecánico acelerando el motor para comprobar que el desarreglo estaba absolutamente reparado. Contempló con admiración al joven indígena vestido de su overall, traje que lucía con orgullo, pues era el distintivo del chófer y mecánico oficial de la comunidad.

-Está listo tu carro, señor -le dijo el indígena al poner pie en tierra.

-¿Y dónde has aprendido eso? -le interrogó Joaquín.

-He ido a trabajar a una maestranza de la ciudad antes de que compráramos los camiones. Y, ahora, como ya estoy dos años manejando carros, conozco bien los motores, señor.

En efecto, Joaquín subió al automóvil y en seguida quedó completamente complacido. Felicitó al mozo y le dio una generosa propina.

Mientras los alumnos hacían su tiempo de recreo antes de entrar en el aula para comenzar sus clases, Domy y Joaquín se apartaron de todos los demás para hablar de sus cuestiones íntimas y definir sus planes para el porvenir.

Conviniere que ella permanecería en la escuela unos pocos días más a fin de preparar el ánimo de los comunarios para que no sintieran tan bruscamente su partida. Este plazo coincidía a la vez con los días que necesitaría Joaquín para ir a la ciudad a ocuparse de la boda y de instalar su anhelado y feliz hogar, para volver a llevar a Domy dentro de ocho días.

Media hora después, Joaquín se despidió de su prometida y de los indios a quienes agradeció vivamente por todas las atenciones recibidas.

Pablito antes de separarse de Domy, fué más explícito en su despedida:

-¿Verdad que cuando regresemos has de ser mi mamacita?

-¿Te gustaría eso? -preguntó la maestra con emocionante rubor.

-Papito me ha preguntado lo mismo al despertar esta mañana.

-Y, tú, ¿qué le has contestado?

-¿Quieres saber -y el chiquillo hizo una señal para que Domy se inclinara como si quisiera decírselo al oído.

Inclinóse la muchacha sobre la alegre carita del niño. Este estrechó con sus bracitos la bella cabeza de su amiga y aproximando su boca a la mejilla de Domy depositó un sonoro beso. Se separó luego de ella, como alarmado por su propia travesura, y se refugió en el carro, al lado de su padre.

A los pocos instantes los viajeros iniciaron el retorno a la ciudad. Domy reunió a sus pequeños alumnos y entró en la escuela para trabajar en sus últimas jornadas.

### CAPITULO ÚLTIMO

Desde el día siguiente mismo en que aquel forastero, amigo de la maestra, había estado en Collamarca, comenzó a notarse una rara transformación que fué haciéndose más profunda a medida que pasaban los días.

Aquella transformación no afectaba a las cosas materiales; se refería al espíritu de las gentes. Era una especie de malestar y abatimiento. Las mujeres, en frases sigilosas y con tono contristado, se comunicaban sus impresiones. Los hombres, en plena labor, allá en las eras o al borde de las acequias de regadío, suspendían su faena, como si el desaliento aflojara sus músculos, y mientras enjugaban el sudor de sus frentes tostadas de sol y de viento, se trasmitían sus preocupaciones y, después, alzando la mirada contemplaban con pena el edificio de la escuela que levantaba su elegante silueta junto al caserío. El cacique y los "mandos", cavilosos y preocupados, hacían misteriosos conciliábulos. Solamente los niños seguían todavía entregados a sus tareas junto a su querida maestra, la cual, como nunca, se mostraba más cariñosa con ellos. La única persona que en la comunidad parecía haber acrecentado su actividad y sus predilecciones para con todos era Domy. En sus clases estaba más expresiva, más tierna, más elocuente y más precipitada en sus consejos y reflexiones, como si quisiera decirlo todo de una vez, como si el tiempo estuviera ya limitado para su tesonera labor.

¿Qué había pasado?

Al principio, una simple noticia difundida por las dos muchachas que sirvieron aquella noche cuando la "señorita" cenaba con el huésped del automóvil hizo conocer a los pobladores de Collamarca los pormenores de la conversación y de los propósitos que Domy y su amigo habían llegado a definir para realizarlos muy pronto.

¿Que aquel señor quería a la "señorita maestra"? ¡Claro! ¡Cómo no había de quererla! ¿Acaso ellos mismos no hacían otro tanto para agradecerle todo el inmenso bien que les estaba haciendo?

Pero, es que aquel señor había manifestado que quería llevarse a la señorita, lejos, a la ciudad, para hacerla su esposa. ¡Ah! Eso era muy distinto. Eso lo vería aquel intruso, porque para impedirlo, para disputarse a su maestra estaban ellos. Todos, sin excepción, defenderían su derecho de propiedad sobre su querida señorita. No permitirían jamás que un extraño, por muy "señor" que fuera, viniera a arrebatarlas con la alevosía de un ladrón. No en vano habían transcurrido seis años de vida teniendo a esa admirable mujer como origen y fuente de todos sus beneficios, de su alegría y de su tranquila prosperidad. No en vano durante esos seis años la habían obedecido ciegamente y cumplido con fervor y constancia sus órdenes e iniciativas. No en

vano habían munido a sus hijos de cuanto la maestra les había pedido para alimento, decencia y comodidad de los niños. Los hombres habían renunciado con heroico esfuerzo al licor y a la coca, demolido sus antiguas chozas para levantar, como ella les aconsejara, esas nuevas casitas en las que vivían libres de bichos y de enfermedades. No en vano habían renunciado a las brutales orgías de sus alferados, al sortilegio de los brujos y a las viejas rencillas que habían sido la ley de su vida pasada. Ni habían invertido todo el producto de su trabajo en vestir mejor ellos y sus hijos, en alimentarse mejor, en levantar esa escuela de la cual había brotado todo ese milagro de superación. No en vano todos, hombres, mujeres y niños, la amaban tanto y la consideraban como el genio tutelar, más beneficioso que los achachilas y las deidades tradicionales de la raza.

No. Ellos, todos ellos pelearían como fieras el día en que aquel hombre egoísta y envidioso se atrevería a presentarse en Collamarca para reclamar a la maestra. Sí. Ellos defenderían el orgullo de su comunidad; defenderían a esa mujer extraordinaria; pelearían y morirían, si fuera preciso, por la autora de la redención y de la felicidad del poblado.

Así discurrían los hombres y las mujeres de Collamarca después de que llegaron a sus oídos las primeras noticias sobre la conversación que habían escuchado los allegados a la casa de la señorita cuando fué hospedado el forastero.

Muchos de los indios, al día siguiente, empujados por su inquietud, robaron el tiempo a sus labores cotidianas para ir a observar, merodeando por los alrededores de la escuela, para ver y sorprender en la conducta y actividades de la maestra los síntomas de desapego o cualquier otra cosa que pudiera confirmar sus temores. Y, lo mismo, al regreso de los niños al hogar, después de la faena escolar, los padres inquirían de los hijos si habían notado algo que diera a entender el deseo de ausentarse de la señorita. Pero, ni los viejos vieron nada de lo que con temor sospechaban, ni los pequeños tuvieron motivo para explicar el menor cambio en la vida de la escuela y en la conducta de la maestra. Muy al contrario, los mayores vieron que todo marchaba perfectamente y los alumnos les dijeron que su "señorita" acentuaba sus afanes para con ellos, que les prodigaba con igual esmero sus enseñanzas y que más bien parecía aumentar las raciones de su cotidiana ternura.

-¡Ah, sí! ¡Claro! -decían todos al recibir el alivio de sus observaciones y las referencias de sus hijos-. Es que la señorita no quiere irse. Es que la maestra no desea abandonar su obra. La señorita sabe muy bien que la queremos. ¡Cómo nos iba a abandonar!

Pero, si ese hombre volviera y tuviera la audacia de violentarla, de seducirla quién sabe con qué astucias y embrujos, entonces -seguían pensando ellos- nos tocaría a nosotros salir en su apoyo y expulsar a aquel mal hombre a la fuerza y, si fuera necesario, a golpes. ¡Sí, a golpes! Como se defiende un bien que nos es muy caro.

Pero... ¿Y si la señorita quisiera marcharse?..

\* \* \*

Y, la "señorita" lo quería.

Tal se lo dijo, dos días después en reservada conferencia al viejo cacique. Lo mismo declaró más tarde en el cabildo de la comunidad a los indios que la escucharon compungidos.

El malestar creció entonces como una resaca de desolación, llegando a todos los hogares y alcanzando a todos los espíritus. El desdichado sino de la raza, después de haberles mostrado una breve y luminosa aurora, había tornado a encapotar su cielo de tinieblas y deprimente amargura.

-Eso no era posible. Aquello era inadmisibile -le dijeron los caciques, cuando éste les comunicó oficialmente la penosa nueva.

-Y, ¿no podemos hacer algo? -le preguntaron anhelosos.

-¡Nada! -les había respondido el anciano con pesadumbre-. Nada podemos hacer para evitar esto, como no fuera, arrancarle el corazón. Por que ella se va a marchar, obligada por su corazón. Es mujer y es joven; tiene derecho de amar y de ser feliz. Ella me lo ha dicho: antes de venir aquí, ha conocido a ese hombre; por él ha sufrido y llorado mucho. Y, ahora, después de

tantos años de agonizar sin esperanza, el destino lo ha traído, cautivado y cediendo a sus brazos. Y, nosotros, que todo se lo debemos, nosotros que, mientras ella sufría, hemos merecido sus mercedes y su cariño, ¿vamos a pagarle todo eso negándonos a dejarle que, al fin, sea dichosa?

El viejo, dolorido por la lógica de sus mismas e incontestables palabras, se quedó abrumado y silencioso. Los demás se fueron dispersando rumbo a sus hogares, vencidos por la tremenda sabiduría de su anciano cacique.

Aquella noche, Domy, acostada en su cama, proyectaba para el día siguiente la grata tarea de ir preparando sus cosas para la partida. Estaba henchida de satisfacción. Aquel día había dado el paso más penoso y difícil: la entrevista con el cacique y la declaración ante el cabildo para anunciar y acordar su partida. Es cierto que comprendió el mal rato que había dado a los indios, por eso había llamado nuevamente al cacique para desnudar sinceramente la verdad de su situación sentimental. Al principio había creído que podría encubrir lo definitivo de su ausencia, mintiéndole un viaje temporal con la promesa de volver luego; pero, no se atrevió a tal simulación, al recordar que ella precisamente había inculcado en todos el culto a la verdad hasta haber conseguido hacer sinceras y veraces a esas gentes envilecidas secularmente desde el día de la conquista por la mentira y el fraude, por la hipocresía y la traición de sus dominadores de ayer y de sus amos de hoy. Encubrir en tal forma su ausencia habría sido destruir con criminal torpeza una obra bella, acaso la mejor, lograda tan paciente y fervorosamente a través de los años. No. Era imposible que ella hiciera eso, cuando a lo menos había que dejarles ratificado hasta el último instante el amor a la verdad. Por tal consideración había resuelto hablar al cacique con absoluta sinceridad. Y vió con alegría que su conducta fué comprendida y apreciada por aquel venerable anciano con la clarividencia y abnegación que tienen los hombres que han vivido mucho y que conocen el corazón humano. Por eso, después de su confidencia, escuchó de los labios del viejo las palabras más generosas y de dolorida resignación para sufrir la inminente ausencia.

En fin, ya había pasado todo aquello. Ahora, regocijándose plácidamente entre la tibieza de su lecho, se dió a soñar en su dicha próxima y a restaurar con su fantasía todo lo que en el tiempo pasado, dichoso y lejano, había edificado con su ilusionado apasionamiento.

Es cierto momento de aquella noche de ensonación no pudo de pronto, definir si aquella melodía que comenzó a escuchar era parte de su sueño o producto de un agente exterior y ajeno a su persona.

Era una música medrosa y dolorida que discordaba con la dulzura de sus pensamientos. Una melodía "in crescendo" que parecía haber brotado de una breña de la pampa infinita en que ella había vivido tantos años y que se difundía por los ámbitos hasta cubrir la extensión de la meseta. Parecía la voz solemne de toda una raza que llegaba a golpear sobre su corazón, para recordarle que esa su felicidad de amor era una cosa pequeñita en comparación con la inmensidad de ese reclamo que se alzaba de todas partes y que la envolvía y que la estrujaba, que le penetraba por los sentidos y por los poros del cuerpo. Se le figuraba que una pena enorme luchaba allá afuera, bajo el cielo de la puna, pugnando por elevarse al cielo hasta llegar a una lejana estrella brillante y solitaria, cuya imperturbabilidad parecía retar a las fuerzas de abajo. Y que esa pena, convertida en nube, en ola y en huracán quisiera subir a descolgar aquella estrella impasible para traerla hacia un lugar de la pampa y colocarla sobre una casa blanca parecida a la escuela y allí tenerla como un núcleo de luz y de calor.

Luego le pareció que esa estrella, vencida al fin por los elementos de la tierra andina, era ella misma, y que la nube, la ola y el huracán, amansándose, aquietándose y humanizándose se convertían en una muchedumbre de gentes indias en las que pronto reconoció a sus pequeños y queridos alumnos y a los demás habitantes de Collamarca, los cuales, formando en torno a ella una ronda grandiosa, cantaban y bailaban a la luz que ella misma, convertida en estrella proyectaba en torno de la escuela.

Cuando la fuerza de esta fantasía declinó y se fue sedimentando en su cerebro el sentido de las cosas reales, recién Domy se dió cuenta de que en la plaza del poblado, los indios de la comunidad estaban tocando una conocida melodía autóctona del género de las llamadas "cacharpayas" -despedidas- tal como acostumbraban cuando alguno de la comunidad partía al servicio militar o a un largo viaje.

No dudó de que ella había fantaseado excesivamente: la estrella, la nube, la ola y el viento no habían sido otra cosa que la mágica sugestión ejercida por aquella música sobre su sensibilidad hiperestesiada por la emoción que la embargaba. No había más que la "cacharpaya", que, posiblemente, le daban sus amigos, los comunarios, por su próxima partida.

Tranquilizada con esta consideración, se durmió plácidamente hasta el siguiente día.

\* \* \*

El día amaneció más triste que nunca para el poblado de Collamarca. Todos los comunarios sabían que ése era el día convenido para que el desconocido del automóvil viniera a llevarse a la maestra. Y, mientras Domy, alegre y jocunda, cantando con una voz que tenía son de campanas de fiesta, se vestía y hacía los últimos preparativos, fue notando que su alma contenta, sus afanes y su alegría contrastaban violentamente con la pena de todos los rostros y con la tristeza de las voces que murmuraban en su torno.

Las primeras personas en darle esa sensación fueron sus servidores. Compungidos, casi sollozando le atendieron al servirle el desayuno y al recoger y doblar sus últimas prendas. Domy estuvo casi segura de que al doblar las ropas de la cama para hacer el fardo para el viaje, las cobijas se llevaron en sus pliegues muchas lágrimas vertidas por el desconuelo de las dos indiecitas.

Los alumnos habían llegado más temprano que de costumbre. Pero, aquella mañana no se habían contentado con esperar a su "señorita" en el jardín frontero de la escuela o en el patio interior; Se habían atrevido a invadir poco a poco y en grupos hacinados por una melancólica timidez el propio pabellón de la maestra. Y allí, los pobres chiquillos quedaron con los ojos azorados al ver que todo lo que pertenecía a la maestra estaba recogido y embalado. Con las caritas mustias de pena se fueron retirando lentamente hacia las dependencias de la escuela.

Cuando llegó la hora de la ducha matinal, los alumnos la recibieron silenciosamente, sin los consabidos gritos de alegría y salieron serios y cabizbajos, como si el agua los hubiera dejado entumecidos. Pasaron al comedor, y aquel desayuno que todas las mañanas daba a Domy la impresión de un grande y dichoso hogar, fue en aquella vez una escena triste, sin voces cordiales, plena de desgano. Al final, muchas raciones se quedaron en la mesa tal como se las había servido.

De tal manera fue haciéndose patente la anticipada nostalgia de sus queridos discípulos que Domy por primera vez se dio cuenta de que su partida iba a producir un doloroso desgarramiento en las almas delicadas y sensitivas de aquellos niños que se habían acostumbrado a pasar junto a ella más tiempo que en sus mismos hogares. Y, a pesar de su alegría clarísima de que para ir en pos de su dicha personal le sería preciso romper torpemente los fuertes vínculos que con esa gente la tenían sujeta. Esa noción le sugirió luego otra: la de su egoísmo, porque, al darse sólo a su amor estaba en trance de ser inhumana, destruyendo esa felicidad colectiva que ella misma había creado y fomentado en tantos años de abnegados afanes. ¿Era lógico, entonces, lo que estaba haciendo? ¿Podría irse, así nomás, dejando en pos de sí tantos anhelos malogrados y tantos afectos mal pagados?

Sensitiva y delicada siempre, Domy no pudo ya libertarse del efecto de esas impresiones. Siguió empero sus preparativos, completando los últimos detalles para su viaje; pero al hacerlo le pareció que a sabiendas y conscientemente estaba produciendo un daño irreparable. Sintió desazón y disgusto contra sí misma y le pareció que sus sueños y proyectos con Joaquín estaban relegándose a un segundo plano, porque en su espíritu había acabado por irrumpir la elocuente influencia de cuanto le rodeaba como una fuerza cada momento más poderosa para retenerla.

Entró al aula en donde la costumbre y la disciplina consciente ya había reunido a los niños. Retardó cuanto pudo sus pasos hacia la mesa. Parecía un reo que debía comparecer ante un severo tribunal para dar cuenta de su conducta. Ocupó por fin su sitio desde el cual todas las mañanas, año tras año, había dirigido las alegres faenas escolares. Aquella vez ya no haría lo mismo; se trataba tan sólo de despedirse de sus pequeños amiguitos. Con su voz estrujada por la emoción y por la ternura dio sus últimos consejos y pronunció al final la tristísima palabra del Adiós que se quebró en sus labios dando a la escena mayor patetismo.

Como si de pronto se hubiera alzado una enorme compuerta que hasta ese momento estuviera conteniendo la emoción de ese centenar de niños, estalló en el aula el llanto de todos ellos, inconsolable, caudaloso, sollozante, porque era la pena sincera y sin trabas de aquellas almas tiernas que se vertía sin límite en toda su inmensa significación.

Domy se contagió de esa pena y conteniendo la expansión de su corazón salió de la sala para esconder su llanto que era también sincero y sentido porque, al fin y al cabo, toda esa ternura desolada que había respondido a su Adiós era lo que ella misma había sembrado en esas almas, ternura dolorida que se había alzado para reprocharle su inconsecuencia y, quién sabe, su traición también.

Quiso sustraerse a su pesar caminando de aquí para allá, buscando nimiedades que le permitieran ocuparse y distraerse mientras llegara el hombre que habría de liberarla con su amor de todas esas desazones.

No tuvo que esperar mucho. Por el camino de la pampa asomaba, vertiginoso y potente, como el deseo de su amado, el carro que conducía Arenal para llevársela.

Los alegres bocinazos del automóvil al detenerse en la explanada fueron como el somatén que difundiera la alarma y el barullo en Collamarca. Los chiquillos salieron en tumulto a agruparse delante de la escuela; las mujeres y los viejos salieron de sus casas y bajaron a prisa a la plazuela; los labradores, dejando su trabajo, corrieron a través de los senderos de la gleba para reunirse con los demás; los pastores dejaron a los perros la vigilancia del ganado para correr detrás de los agricultores. Todos, toda la comunidad se halló congregada en torno de la escuela y compartiendo una misma inquietud y ahogando en los pechos la misma protesta contra su mala ventura.

Arenal bajó del carro completamente ajeno al drama espiritual de aquellas gentes que comenzaron a rodearle, y no tuvo, por el momento, ojos más que para buscar a la amada mujer a quien venía a rescatar para su dicha. Al ver a Domy, extendió los brazos anhelosos de estrecharla en ellos. La muchacha estaba vestida y lista para la marcha.

-¡Ya estoy aquí, Domy!

-¡Cuánto te he esperado, Joaquín!

-Entonces, no hay que perder tiempo -aconsejó él, notando para entonces las severas y hostiles miradas de todos que convergían sobre él, causándole la incómoda sensación de estar recibiendo un reproche mudo pero terrible.

Entretanto, Domy ordenó a sus servidores que colocaran los bultos de su equipaje en el carro.

Ya todo estaba listo. Ya no restaba más que decir Adiós a esos buenos indios y embarcarse junto a su amado para correr a realizar su soñada dicha.

De pronto, avanzó hacia Domy una india, llevando de la mano a dos arrapiezos.

-Señorita -le dijo con emoción-, antes de que te vayas te ruego que amarres estos cintillos en la mano de mis hijos -y le alcanzó dos trozos de cinta de hilo-. Dicen que es el secreto para que no se "amartelen" las **guaguas** cuando se va una persona muy querida.

Tan sencillo ruego causó a Domy una profunda emoción. Tomó los lacillos y con uno de ellos ató en la muñeca de uno de los dos pequeños, como una pulserita. El chiquitín comenzó a llorar inconsolablemente. Aquello doblegó la aparente serenidad de la maestra, quien ya no pudo atinar a hacer el segundo lazo.

Como si el llanto del chiquitín hubiera sido una señal, todos los niños, que hasta entonces se habían contenido milagrosamente en el ímpetu de correr hacia su "señorita", lo hicieron abalanzándose hasta formar en torno de Domy una trinchera de afecto y de amargura. También los indios mayores avanzaron unos pasos, estrechando el gran círculo que habían formado a

respetuosa distancia. En ese momento pasó al centro el cacique, el cual se incorporó hasta dominar a los demás. Se hizo el silencio para escuchar la despedida del anciano.

-Señorita maestra: tengo mucha pena al decir lo que ahora tengo que decir. Así como yo, en un día feliz, te he encontrado allá en la ciudad, y te he traído para que seas la maestra de nuestros hijos, me toca también ser el que te despida. Sabemos por qué te vas. No tenemos más remedio que dejarte. Sólo quiero que sepas que, al irte así, nos dejas a todos muy tristes. Quizá se cierre la escuela, esta escuela que es obra de tu cariño y de nuestras manos. Porque otra como vos creo que no vamos a encontrar ni arañando la tierra. Eso nomás quería decirte antes de que te vayas.

Domy abrazó al anciano con tal ternura como si estuviera estrechando en ese momento a todos esos centenares de seres que la iban a añorar. No pudo articular ni una palabra para responder. Si hubiera abierto los labios en ese instante, hubiera sido para lanzar un sollozo. Prefirió separarse en silencio del cacique y dirigirse hacia el auto en el cual ya le esperaba también Pablito. Mas, no pudo alcanzar su meta. Un grupo de "imillas" y "yocallas" se le interpuso decididamente. Todos ellos la abrazaron, se asían de su vestido y clamaban:

-¡No te vayas, pues, señorita!... ¡No te vayas!... ¡No nos dejes! ¡Niñita, no seas mala!... ¡Quién nos va a enseñar!... ¡Quién nos va querer!... ¡Señorita, **khollilita!**...

Aquello fue demasiado para su sensibilidad de mujer generosa y para su ternura romántica y abnegada. Miró a los niños. Miró el auto en cuyo interior Joaquín y su hijito la esperaban con el ansia expresada en sus ojos y en su gesto. Volvió a mirar a los chiquillos que seguían implorantes. Y no pudo dar un paso ni decir nada. Solamente sus manos, en febril y desatinada demostración de angustiado afecto, acariciaban una y otra de esas infantiles cabecitas que se apretaban desesperadamente contra su cintura.

-.Señorita!...¡Niñita!...¿Acaso no te queremos?... ¿Acaso te desobedecemos?...¡ No te vayas!... ¡Quédate, niñita!...

Ruegos, lágrimas y manos tendidas hacia ella en afán de suprema angustia le borraron completamente la perspectiva de su felicidad. Y, su corazón, ese corazón que se había dado entero durante jornadas de años al bien de esas gentes humildes, fue imponiendo su voluntad por encima de todo, resuelto a seguir dando su cariño ,con abnegación y sacrificio.

-¿Vamos ya, Domy? -llegó a sus oídos atormentados el reclamo del amor egoísta. Debemos apurarnos -siguió diciendo Joaquín, saliendo nuevamente del carro.

Cosa rara. Esa voz y esa palabra que en otro momento y lugar la hubiera obligado a acudir cautivada, oídas ahora, entre el rumor gemebundo, de esos niños, no tuvieron la suficiente fuerza para decidirla.

-Domy, ¿por qué estás indecisa? ¿No hemos convenido marcharnos?

-Sí, Joaquín. Lo hemos convenido -contestó la muchacha con cariñosa melancolía.

-Entonces... ¡Vamos, pues!

Pero, Domy no pudo dar un solo paso.

Un nuevo silencio. Más angustiado. Todas las almas estaban pendientes de lo que pudiera decir los labios de esa mujer acongojada.

Al fin, ésta, con la luz de una lágrima prendida en sus hermosas pestañas y el tremor de su pecho, habló:

-¡No, Joaquín! ¡Ya no puedo ir contigo!

-¿Y, nuestro amor? ¿Nuestra felicidad? -imploró él.

-No los acepto al precio de la amargura de todos estos inocentes que no saben otra cosa que quererme.

-¿Vas a dejar que me vaya solo y defraudado?

-Joaquín de mi alma! ¿Y qué remedio? ¡No ves cómo ya no puedo irme! ¿No lo estás viendo? Mi corazón ha echado aquí raíces que lo atan fatalmente. Además, Joaquín, el mundo aquel, al que deseas llevarme, ha sido tan malo para mí. Ya no podría vivir en paz. ¡Quién sabe aún lo que allí me espera! En cambio, aquí estoy defendida por mi misma obra y por la fe y el cariño de todos estos pequeños.

Arenal hubiera querido aproximarse a Domy; rodearla con sus brazos amorosos, mirarla muy cerca, besarla y, así, al embrujo de sus caricias encenderla otra vez en las viejas ansias y forzar su romántico y tierno corazón. Pero cuando trató de allegarse a la mujer amada, los indios que habían escuchado ya la suprema decisión de su entrañable maestra, creyeron que era llegado el momento de intervenir en defensa de su bien. Se irguieron altivos y fieros, mirando amenazadoramente al obcecado intruso. En ese mismo momento algunos de ellos, para demostrar su resolución y aleccionar a Joaquín, se aproximaron al carro a descargar los bultos de Domy y transportarlos a la escuela.

Arenal comprendió lo que pasaba en el ánimo de esas gentes y temió lo que podría ocurrir si persistía en su afán. Se detuvo a meditar lo que debía hacer. Allí no era más que un intruso. Casi el ladrón de la tranquilidad de esas gentes. Su misma dignidad le impulsó a un nuevo y tremendo renunciamiento. Resolvió hacerlo abnegadamente aunque llorara sangre su corazón. Desde la distancia miró por última vez a su amada y le hizo un penoso signo de despedida y sin volver más la cabeza entró en el coche y se preparó a encender el motor.

Domy, desde su sitio, con mirada y angustiosa expectativa vió perderse a su amado dentro del automóvil. Vió la cara de Pablito pegada al vidrio de la ventanilla posterior y notó en esa carita un gesto de desilusión muy amarga. ¡Parecía que al niño también le tocaba su parte en el drama sentimental de aquel día!

El motor del auto ya había comenzado a zumbar. La partida era cuestión de pocos segundos. Domy sintió en ese instante que en su desesperación el corazón crecía expandiéndose a todo el cuerpo hasta el cerebro.

Un grito del corazón gigantescamente ensanchado, con sonoridad plena de angustia inmensa, brotó de su boca:

-¡No! ¡No te vayas, Joaquín!

Al instante calló el motor y el carro siguió inmóvil. De su portezuela abierta salió Arenal radiante de esperanza y con los brazos extendidos hacia la mujer que avanzaba a pasos precipitados.

-¡No! ¡No me dejes! ¡Sabiedo que te amo! ¡Que no podré vivir ni trabajar lejos de ti!

-¡Qué hago, entonces, amada mía?

-¡Quédate, Joaquín mío! ¿No se te ha ocurrido que puedes ser aquí compañero y ayuda en esta bella obra?

-¡Tienes razón, Domy! Es la mejor solución que podemos hallar para nuestro destino.

Domy y Joaquín tomados del brazo marcharon jubilosos hacia el grupo de niños e indígenas. Estos, cambiando su alarma por franca complacencia abrieron el grupo para dejar paso a la pareja.

Arenal se volvió hacia su hijo para decirle:

-¡Ven, Pablito! Tómate de la mano de esos niños y síguenos.

El niño, obediente y contento, cumplió en seguida la orden de su padre.

-Sí, Domy. Aquí nos casaremos y viviremos. Y, con nosotros vivirá este niño nacido en un país lejano, porque así lo impuso el orgullo de su madre.

-Será nuestro hijo, Joaquín.

-Sí, y además, un símbolo de la sublime comprensión de almas que se está operando en esta tierra.

-¡Bien mío!

-¡Amor mío!...

La maestra y su novio volvieron hacia la escuela rodeados del cariño multiplicado de los indios.

Detrás, Pablito, el niño rubio, rodeado cordialmente por los chiquillos y tomado de las manos por dos "imillas" siguió a su padre hacia su nuevo hogar de Collamarca.

**FIN DE LA NIÑA DE SUS OJOS**

La Paz, Bolivia, diciembre de 1946.